
La Hija
QUE LE OCULTÉ AL
Siciliano
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA · LIBRO 7

D. A. LEMOYNE

Copyright © 2025


La Hija
QUE LE OCULTÉ AL
Siciliano
D.A. LEMOYNE
SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 7

La Hija
QUE LE OCULTÉ AL
Siciliano

D.A. LEMOYNE

SEDUCCIÓN SICILIANA - LIBRO 7



Página de la autora en Amazon con una lista de todos los libros.

Sumário

Obras de la autora en español

Sinopsis

Nota de la autora

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Epílogo 1
Epílogo 2
Bono - Luciano Lattanzi Trovato
Palabras de la autora
Sobre la autora

Obras de la autora en español

La Família Lykaios

La Obsesión del Magnate Griego: Una brecha de edad y un romance de segunda oportunidad (La Familia Lykaios nº 1)

Seducción Siciliana

El amor que el siciliano rechazó

Una esposa con fecha de vencimiento

Una farsa que siempre fue amor

El padre de mi hijo es el amor de mi vida

Devoción siciliana: Protegida por él

Una Navidad con el pecador

La Hija que esconde al siciliano

Hermanos Benítez

El Amor que eché de mi Vida (Siguiente)

Mi inesperado "amor para siempre" (Siguiente)

Tres regalos de color rosa (Siguiente)

Amores del Destino

El magnate que nunca supo amar (Siguiente)

El magnate que no queria herederos (Siguiente)

El único amor del magnate turco (Siguiente)

—Eres mía. Solo mía, hasta que yo diga que estoy satisfecho.

—Puedes engañarte pensando eso, pero yo no soy de nadie.

—Me encantará demostrarte lo equivocada que estás, mi dulce Constance.

El tono amenazante de sus palabras sale sin esfuerzo y me hace estremecer. ¿Ruggieri se dio cuenta de que soy una fraude? ¿Percibe que no tengo la menor idea de cuáles son las reglas de este juego en el que me metí voluntariamente?

Ruggieri y Constance

D. A. LEMOYNE
dalemoynewriter@gmail.com
Copyright © 2025
Título original: O segredo que escondi do siciliano

Título: La Hija que le oculté al Siciliano

Primera edición 2025
Carolina del Norte - EE. UU.
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Nombre del autor: D. A. Lemoyne
Lector Beta: C. Freitas
Portada: L.A. Designer Editorial
Ilustraciones: Mery Ribeiro
Ilustraciones: Gah Ilustra
Imágenes: Adobe Stock y Freepik
ISBN: 978-65-01-28085-1

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, negocios, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con eventos es pura coincidencia.

Sinopsis

Advertencia: puede contener desencadenantes.

Advertencia: "La Hija que le oculté al Siciliano", libro 7 de la serie ***Seducción Siciliana***, es un volumen único. Los siguientes títulos de la serie podrán leerse de forma independiente, aunque es probable que contengan spoilers de los anteriores.

Advertencia: aunque la temática de esta obra pueda considerarse un contenido sensible, NO se trata de una novela dark. Aun así, es necesario recalcar que, al tratarse de una historia sobre la Mafia, ciertas escenas pueden resultar incómodas en algún nivel.

Ruggieri es todo lo que una ex novicia teme, pero también es aquel al que Constance no puede resistirse.

Ruggieri Marchese Trovato controla su mundo mediante el poder y la crueldad.

Abogado de una de las familias más influyentes de la Cosa Nostra, el siciliano es peligroso e implacable.

Proveniente del submundo de una organización mafiosa, el multimillonario sabe que nadie se atrevería a desafiarlo.

O al menos eso creía, hasta descubrir que la ex novia de su hermano le ocultaba un secreto.

Constance Dalary solo quiere escapar de su pasado después de que un hecho vergonzoso sale a la luz. No le queda otra opción, y por eso ingresa en un convento como novicia. Lo que no imaginaba era que sus actos terminarían provocando una tragedia irreversible.

Ruggieri y Constance juntos son fuego y gasolina. La atracción entre ellos es intensa e incontrolable, al igual que el rencor que el siciliano siente por ella, lo que lo lleva a echarla de su vida.

Cuando descubre que está embarazada del villano, ella decide huir lo más lejos posible de él, pero en el momento en que el magnate se enfrenta a la verdad, no existe lugar en el mundo donde pueda esconderse.

Entre el dolor y el deseo, ambos quedarán atrapados en un matrimonio de conveniencia, donde poco a poco la pasión dará paso al amor, y el mafioso terminará rindiéndose ante las dos mujeres de su vida: su esposa y su hija.

.

Para todos aquellos que están tristes por el final de la serie, pero esperaban ansiosamente el libro final.

Carolina del Norte, 2025.

Nota de la autora

"La Hija que le oculté al Siciliano", libro 7 de la serie ***Seducción Siciliana***, contará la historia del abogado mafioso Ruggieri Marchese Trovato y de Constance Dalary.

Ruggieri es un personaje nuevo. Es primo de los Lattanzi Trovato, con quienes mantiene una relación cercana, así como también de los Parisi Trovato, aunque con estos no comparte nada más que el apellido.

Al igual que sucede con Cesare y sus hermanos, los protagonistas de los libros 1 al 5 de esta serie no socializan con sus parientes mafiosos, excepto Michele (libro 5), quien considera a Cesare (libro 6) como un hermano.

Ya lo mencioné en la "nota de la autora" del libro anterior: los hermanos de Cesare serán los protagonistas de una serie sobre la mafia siciliana.

Constance es un rostro familiar para los lectores, sobre todo por su participación en el libro donde Lexi es la protagonista, "Una esposa con fecha de vencimiento", y también por las menciones que recibe en "El padre de mi hijo es el amor de mi vida" y "Devoción siciliana: Protegida por él".

Ruggieri y Constance tienen una historia complicada, que se remonta prácticamente a toda la vida de ella.

Constance siempre le tuvo miedo, pero cuando se convirtió en adulta comprendió que parte de ese temor era, en realidad, una atracción avasalladora hacia el mafioso.

Ruggieri es hermano de su ex novio, y la relación entre ellos es de esas que, con solo mirar a la pareja, uno sabe que están destinados a estar juntos. Son explosivos cuando están cerca el uno del otro.

La historia estará marcada por la maldad, la obstinación y el orgullo de ambos lados, pero también por un amor profundo, pasión y, por supuesto, perdón.

Es una novela sobre segundas oportunidades, así que si no te gustan las historias en las que el amor se pone a prueba, tal vez esta no sea para ti.

Espero que la disfrutes tanto como yo disfruté escribiéndola.

No puedo dejar de recordarte que prestes atención a la línea temporal. Hasta la tercera parte de la historia, Romy aún no está casada y el libro de Cesare todavía no ha sucedido.

Ya advertí sobre eso en la sinopsis, pero sé que no todos leen con la atención que deberían, así que quiero recalcarlo una vez más: aunque la temática de esta obra pueda considerarse un contenido sensible, **NO se trata de una novela dark.**

Aun así, es importante recordar que, al ser una historia sobre la Mafia, algunas escenas pueden resultar incómodas en cierto nivel.

Por último, aunque mis libros son siempre historias independientes, todo mi universo literario está interconectado. Por eso, de vez en cuando encontrarán personajes de una serie apareciendo en otra.

De todas formas, siempre aclararé de dónde provienen y dejaré una nota al pie con la referencia a la obra correspondiente.

Espero que te enamores del universo que inventé tanto como yo amé crearlo.

Un cariñoso beso y buena lectura.

D. A. Lemoyne



Prólogo

Estados Unidos

Pasado

El jardín de la casa de los patrones de mi madre es mi paraíso secreto.

No siempre puedo jugar aquí. Ella solo me deja salir cuando los dueños de la casa están de viaje, porque dice que no puedo "mezclarme" con el hijo menor de ellos ni con los hijos de los invitados.

¿Acaso yo soy masa de pastel para mezclarme? Yo lo que quiero es jugar.

Hoy vine aquí afuera sin que ella lo supiera, pero hasta va a valer la pena que me jale de las orejas o que me deje de castigo, porque esta será una gran aventura.

Veo a mi mejor amigo, el hijo menor de los patrones de mamá, subirse al árbol para amarrar la sábana en la rama y, aunque me da miedo que se caiga, yo sé que es fuerte como un superhéroe.

Me encantaría que ellos tuvieran una hijita, pero solo tienen dos varones.

No. Ellos tienen un niño, Italo, que tiene doce años, es mi único amigo y tres años mayor que yo; y otro hijo adulto, Ruggieri, que tiene veinte, y que parece un villano de los cuentos de hadas que mi madre me leía antes de dormir, cuando yo todavía no sabía hacerlo sola.

Ruggieri ya es grande.

Tiene cara y voz de malo.

Voz de trueno. Cara de veneno. Incluso rima.

Él tampoco sonríe nunca, ni siquiera para Italo.

Creo que no le gusto porque cada vez que me encuentra, aparece una "v" entre sus cejas, sobre todo cuando estoy jugando con Italo.

—¡Listo, Constance! —dice mi mejor amigo, terminando de amarrar la sábana en una rama baja del árbol.

Le conté que hoy tenía ganas de columpiarme porque hacía calor y un poco de viento en la "cara" me vendría muy bien.

Italo entró a la casa y enseguida volvió con una sábana que me pareció muy bonita. Me dijo que iba a hacer un columpio para mí.

Me dio miedo porque creo que esa sábana es de su madre y doña Claudia nos va a regañar si descubre que la estamos usando para jugar, pero Italo me dijo que no me preocupe, porque su madre nunca se enoja con él y que asumirá la culpa para protegerme si nos descubren.

Miro el columpio improvisado y siento cosquillas en la barriga. Parece alto, pero me gustan las alturas y todo lo que me da miedo.

La mayoría de las niñas de mi edad se aterra con las películas de terror. A mí me encanta verlas y me parece tan genial cuando el monstruo persigue a los actores. Me gustaría encontrarme con un monstruo y pelear contra él. Sería más lista que él y quizá hasta lograría que se volviera bueno.

—¡Constanceeeeeee, despierta!

—¡Ups! Me distraje.

Italo se ríe porque sabe que esto me pasa seguido. Él dice que siempre estoy con la cabeza "en la luna", pero la verdad es que me gusta soñar despierta. Yo invento historias en mi mente.

—¿Estás seguro de que va a aguantar mi peso? —pregunto, ya entusiasmada.

—¡Claro que va a aguantar! Solo agárrate fuerte. Voy a empujar despacio primero, lo prometo. Y si te caes, te atrapo en el aire. Soy un superhéroe. Tú misma lo dijiste.

—Lo eres, pero no vuelas que yo sepa, y si me rompo un brazo, además del dolor, mi madre me va a regañar y me va a dejar castigada.

—No tengas miedo.

Él me ayuda a subir al columpio y yo agarro la seda del tejido; sé que es de seda porque la madre de ellos dice que solo duerme en "seda", y la sábana es de ella.

Le pregunté a mamá qué era la seda y me contó que es un tejido que a los ricos les encanta.

—Agárrate fuerte para no caerte.

—Pensé que me ibas a salvar si me caía.

—Y te salvaré, pero no quiero que te asustes ni que llores.

Él empieza a empujarme y, después del miedo inicial, yo suelto una carcajada porque siento esas cosquillas adoradas en la barriga.

—Podríamos ser hermanos, ¿no? —digo, después de unos minutos—. Eres tan bueno conmigo, Italo.

—No, yo no quiero ser tu hermano. Me voy a casar contigo cuando seamos grandes. Vas a ser mi esposa. Una *regina*[1] de la mafia.

Abro la boca para decirle que no debe decir la palabra "máfia". No sé qué significa, pero estoy segura de que es una palabra prohibida porque una vez la dije, habiéndola escuchado en una conversación de los padres de Italo, y mi madre me dejó una semana sin ver televisión.

Antes de que pueda decirle a Italo que no quiero ser reina porque ellas usan ropas raras, escucho pasos y casi me caigo del columpio cuando veo quién es.

Ruggieri.

¡Oh-oh!

Italo deja de empujarme de inmediato, sus ojos se giran hacia su hermano mayor.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Ruggieri y yo tiemblo de miedo.

Italo empieza a hablar, pero su hermano me mira.

—Constance, entra ahora mismo.

Su voz suena tan enojada que me bajo del columpio en movimiento y termino cayendo al suelo.

Me raspo la rodilla y me duele muchísimo, pero no lloro, y cuando Italo viene a ayudarme no lo dejo, porque no quiero que lo regañen por mi culpa.

Corro hacia el interior de la casa, pero escucho a Ruggieri ordenarle a su hermano que no juegue más conmigo.

También le dice a Italo que se quite de la cabeza la idea de que yo seré su "regina".

Yo no sé por qué siempre parece tan enojado conmigo.

Quizá no le gusten los niños.

Está bien. A mí tampoco me gustan los adultos como él. En realidad, no me gusta él.

Y creo que voy a aceptar ser la "regina" de Italo solo para enfadar a Ruggieri.



Capítulo 1

Estados Unidos
Nueve años después

Ella está delirando otra vez.

Pongo la mano en su frente solo para confirmar mis sospechas, porque sé que mamá tiene fiebre. No necesito un termómetro para comprobarlo; ya conozco los síntomas cuando empeora.

Doy gracias a Dios de que la *signora* Claudia, desde que mamá enfermó, haya tenido la bondad de permitirnos ocupar una habitación de huéspedes en el segundo piso, en lugar de seguir en el cuarto de servicio en el que siempre vivimos y cuya temperatura es baja, incluso con la calefacción central encendida.

El colchón de esta habitación es blando y está cubierto con sábanas de lino. Los muebles son tan bonitos como los de las demás suites de la mansión de los Marchese Trovato.

Hago una oración en silencio, pidiéndole perdón a Dios por haber juzgado mal durante años a la matriarca Marchese Trovato.

Claudia puede ser un poco altiva y no demasiado simpática, pero tiene buen corazón; de lo contrario no nos habría permitido quedarnos en el piso superior.

Sentada junto a la cama de mamá, entrelazo nuestros dedos mientras observo el tono grisáceo de su rostro.

Mamá parece pequeña y frágil ahora. Sus ojos, que siempre estuvieron llenos de vida, están hundidos y con ojeras, y la manera en que me mira es como si ya perteneciera al otro mundo. Uno en el que no existe más dolor y en el que esa maldita enfermedad que la atacó ya no la hará sufrir.

Leí en un libro, hace unos días, que el verdadero amor es abnegado. Nos hace pensar en el bienestar del otro, en vez de en nuestra propia soledad, cuando imaginamos a nuestro ser querido partiendo, por fin descansando.

Siento vergüenza de admitir que mi amor no es tan bonito. Es muy egoísta, porque aunque el médico que la atiende ya nos dijo que la rara enfermedad que padece mi madre no tiene cura, no consigo imaginar mi vida sin ella.

No es solo porque, aparte de algunos parientes lejanos repartidos por el país, no tengo a nadie más; es porque amo a mi madre con todo mi corazón.

Ella se mueve en la cama, como si intentara arrastrarse de espaldas sobre la almohada, pero suspira y desiste.

—¿Estás cómoda, mamá? —pregunto, forzando una sonrisa y tratando de parecer fuerte.

El médico dijo que, la mayor parte del tiempo, ella no tiene noción del mundo a su alrededor, y tal vez sea mejor así.

Ella asiente, pareciendo mirarme sin verme.

—¿Vas a estar bien sin mí, Constance?

Su voz tiembla y siento como si un nudo se instalara en mi garganta.

Quiero suplicarle que no diga eso, que va a vivir para siempre, porque esas palabras suenan a despedida. Yo solo tengo dieciocho años y no estoy lista para decirle adiós a mi madre todavía.

¿Algún día lo estaré?

Pero sé que no puedo ser egoísta y confesarle cómo la idea de quedarme sola me llena de pánico.

—Voy a estar bien, mamá.

—Si necesitas protección, pídesela a Italo. ¿Ustedes siguen siendo amigos?

Abro y cierro la boca varias veces, sorprendida de que tenga la lucidez para recordar nuestra amistad de la infancia y de la adolescencia. Me siento un poco mal por no haberle contado nunca que el cariño que siempre nos tuvimos se transformó en un romance poco antes de que él partiera a Sicilia, hace tres años.

Sin embargo, sé que no puedo hacerlo porque Italo y yo acordamos mantenerlo en secreto hasta que él regresara.

Cuando se fue, me explicó que necesitaba hacer un entrenamiento dentro de la Cosa Nostra, la máfia siciliana de la que forman parte todos los Marchese Trovato, porque en el futuro tendría un papel importante dentro de la Organización, pero que volvería para mí porque mi destino era ser su *regina*.

Al principio, apenas se fue a Europa, yo lloraba todas las noches porque lo extrañaba, pero en los últimos meses tengo que esforzarme cada día para recordarlo. Ahora que ya soy adulta, técnicamente hablando, porque acabo de cumplir dieciocho, el tiempo que pasamos juntos mientras yo crecía parece cada vez más lejano.

Nadie sabe de nuestra relación, excepto nosotros dos. Él me pidió que tuviera paciencia y me dijo que cuando regresara, nos comprometeríamos.

En esa época, eso me pareció un sueño. ¿Qué chica no querría casarse con su mejor amigo?

Yo lo amo con todo mi corazón, porque Italo es, después de mi madre, la persona que más adoro en el mundo.

Él es protector y cariñoso, sin embargo algo cambió dentro mío.

Además, no sé si quiero comprometerme tan joven. Ni siquiera hemos sido novios de verdad, salvo por unos besos más intensos, y aun así, cuando las cosas se ponían más ardientes, él me decía que tenía que parar porque no era de hierro y que quería que yo me casara virgen.

—¿Por qué necesitaría protección? —evado la pregunta, porque no quiero mentirle acerca de Italo y decirle que, si nos casamos, él

me protegerá de todos modos, pero tampoco quiero romper la promesa que le hice a él de guardar silencio sobre nuestra relación.

—Porque el medio en que vivimos no es el de los héroes de los cuentos de hadas, querida.

Es la primera vez que mamá menciona algo relacionado con el hecho de que los patrones son de la máfia.

En el pasado, cuando yo le hice una pregunta sobre la "Cosa Nostra" después de presenciar decenas de reuniones de hombres con aspecto tan temible como el de Ruggieri, ella me regañó y me dijo que lo que pasaba en la casa de los Marchese Trovato no nos incumbía.

Aunque incluso ahora no haya usado la palabra "máfia" directamente, las dos sabemos a qué se refiere.

—Yo sé cuidarme. Y sí, Italo y yo seguimos siendo amigos. Hablamos por teléfono cada semana.

No agrego que a veces él pasa más de veinte días sin llamar. Él se disculpa y dice que tiene mucho trabajo en Italia, pero siempre es amable y me envía algún regalo pidiéndome perdón.

Ella me dedica una sonrisa triste.

—Yo debería haberme ido contigo mientras pude, pero fui cobarde.

—¿Porque tenías miedo de mi padre? —pregunto, aprovechando que ya estamos tocando un tema prohibido, la mafia siciliana, y sacando a la luz algo que me incomoda desde que era una niña.

Yo nunca conocí a mi padre, y aunque mi madre ha sido la mejor que podría desear, me gustaría que, por una sola vez, se hubiera sentado conmigo y me hubiera dicho quién es y por qué no se quedaron juntos.

Veo que sus ojos se cierran y no estoy segura de si es porque está cansada o porque huye del tema, pero decido dejarlo pasar. Aprendí que mi madre tiene muchos secretos y que la mayoría de ellos, al menos, no piensa contármelos.

Tengo la certeza de que lo hace para protegerme, aunque yo no desee esa protección. Preferiría saber toda la verdad.



Capítulo 2

Dos semanas después

La cocina de la mansión está sumida en silencio y oscuridad, y yo avanzo de puntillas de pie, hacia lo que espero que sea el refrigerador.

Me siento muy ansiosa porque mi madre empeoró esta semana y el médico dijo que no hay nada que hacer, que cualquier medicación más fuerte que las que ya le administran podría tener un efecto contrario y volverse fatal.

Siempre que su salud se desestabiliza, cuando tengo la certeza de que está sintiendo dolor, yo tampoco consigo dormir. Como cuando era niña, lo único que me calma es un vaso de leche caliente.

Abro el refrigerador y su luz blanca interna es la única capaz de traer algo de claridad al ambiente.

Normalmente, no tomo comida ni bebida del refrigerador de los patrones, ya que en el cuartito donde vivíamos hasta que mi madre empeoró y fue trasladada al piso superior hay un refrigerador propio. Sin embargo, por estar pendiente de ella, olvidé comprar leche.

Con la puerta del refrigerador abierta, alzo los brazos para estirarme, porque siento como si todo mi cuerpo estuviera dolorido.

He estado comiendo mal y durmiendo poco porque temo que, si me alejo de mi madre por mucho tiempo, ella pueda partir sola, atada a esa cama.

Tengo pesadillas con eso. En ellas, pierdo la oportunidad de decirle a mamá por última vez cuánto la amo y que me siento honrada de ser su hija.

No es algo que quiero que ella sepa solo porque está en su lecho de muerte, sino porque es verdad. Mamá es la mujer más fuerte que conozco. Es una roca que, incluso en medio de las tormentas más fuertes, no se deja derrumbar, y yo siento que nunca podré agradecerle lo suficiente a Dios por haberme dado el privilegio de ser criada por ella.

Me giro cuando creo escuchar pasos y, por un momento, me quedo congelada en el lugar, con la respiración suspendida. Pero al obligarme a permanecer atenta a cualquier ruido durante más de un minuto, no ocurre nada y casi me río de mí misma al recordar que Italo decía, cuando yo era niña, que era muy miedosa.

¿Es triste que pensar en mi novio secreto no me haga sentir su ausencia física, sino nostalgia por el tiempo en que no teníamos otra preocupación que trepar árboles?

Cierro la puerta del refrigerador, agarro la botella de vidrio con leche usando ambas manos y la coloco sobre la encimera de la cocina.

Y entonces no tengo tiempo de completar una segunda respiración antes de que alguien me agarre por el cuello, me empuje contra la puerta del refrigerador y me ponga un arma en la sien.

Mi cerebro entra en cortocircuito. Sé que debería gritar y decir quién soy porque claramente me confundieron con un intruso, pero lo único que consigo hacer es respirar el olor de mi "verdugo", ya que conozco ese perfume y sé de quién se trata.

No podría decir cuántos segundos pasan hasta que él se da cuenta de que no estoy reaccionando, pero noto el cambio cuando la presión en mi cuello disminuye y los dedos rozan mi piel, ahora casi como una caricia.

Vivo en esta casa desde que nací y nunca antes Ruggieri Marchese Trovato me había tocado. Ni siquiera un abrazo de

cumpleaños. Nada.

¿Cómo es posible que alguien de quien siempre me mantuve alejada por miedo (y por antipatía también) me resulte tan reconocible en plena madrugada, en esta cocina oscura, después de años sin verlo?

Y aun así, de algún modo, sé que es él.

—Constance —dice con voz baja y ronca, en su habitual tono de mando.

Retira el arma de mi sien, pero su mano sigue en mi cuello.

Yo tiemblo.

Mientras crecía, para mí existían dos polos opuestos. El príncipe (Italo) y el villano (Ruggieri).

Uno ponía el mundo a mis pies. El otro nos vigilaba a mí y a su hermano como si no quisiera vernos juntos.

Al principio creía que era porque yo era hija de la empleada, pero después empecé a sospechar que Ruggieri simplemente no me soportaba.

Una antipatía gratuita, quizá porque quería mostrarme que no pertenezco a su mundo. Me trataba como a una niña tonta que habla demasiado (y sí, lo hago), alguien con quien no valía la pena desperdiciar cinco segundos de su tiempo.

Para mí, él siempre fue el hombre malo, pero a medida que fui creciendo, mi rabia se transformó en curiosidad.

Él no habla mucho, al contrario que Italo. Parece un águila, observándolo todo a su alrededor. Dudo que alguien pueda saber qué pasa por su mente, porque sus ojos son fríos y su rostro permanece inexpresivo cuando nos mira.

No hace falta que grite para que sepa que es peligroso. Hay una vibración que emana de la persona (ese mismo instinto que permitió a nuestros antepasados sobrevivir mientras muchos otros no) que te advierte del peligro, y Ruggieri definitivamente exhala peligro por cada poro.

No sé mucho sobre él, salvo que es dueño de un bufete de abogados que trabaja exclusivamente para los primos de Sicilia y que, aunque también tiene oficinas en Estados Unidos, la sede está en Palermo. Allí vive él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ruge.

Yo pongo mi mano sobre la suya, intentando que me suelte, pero en lugar de aflojar su agarre, su cuerpo avanza y me aprisiona.

Me gusta la sensación porque el cuerpo de Ruggieri es enorme, parece una fortaleza cálida y llena de músculos firmes, pero solo me toma un instante recordar quiénes somos.

Ruggieri no sabe que su hermano y yo somos novios, pero yo sí.

No importa que sea un secreto, que ya ni siquiera recuerde cómo besa Italo después de tanto tiempo separados, o que mi corazón no se acelere al pensar en reencontrarlo.

Aunque termine con él cuando regrese de Sicilia (lo que cada vez me parece más lo correcto, ya que no puedo imaginarme casándome con alguien por quien no siento más que amistad), Italo siempre fue a quien amé como a un hermano y no merece ser traicionado ni siquiera en pensamiento.

Apoyo las manos en el pecho sólido del primogénito Marchese Trovato y lo empujo con todas mis fuerzas.

Su cuerpo ni se inmuta y, cuando al cabo de lo que parece una eternidad sus dedos aflojan en torno a mi cuello, su mano se desliza hasta mi hombro.



Capítulo 3

Todavía tarda algunos segundos antes de soltarme.

Sí, *me suelta*, porque el movimiento que hace no es para apartarse, sino apenas lo suficiente para que yo logre salir de la "trampa" entre su cuerpo y el refrigerador.

Como si estuviera ebria, tambaleo hacia lo más lejos posible de él, tratando de recordar dónde está el interruptor más cercano.

Paradójicamente, aunque mis piernas parecen no tener fuerza para sostenerme en este momento, la sangre corre con violencia por mis venas, la adrenalina bombea de manera agresiva dentro mío.

Enciendo la luz… o mejor dicho, tropiezo hasta alcanzar el interruptor, y tan pronto como lo logro y la cocina se ilumina, siento el brazo de Ruggieri alrededor de mi cintura. Sé que, de no haberme sostenido, me habría estrellado contra el suelo.

Estoy de espaldas a él, medio recostada contra la encimera, y la posición es tan íntima que mi rostro se enciende al instante.

—¿Estás intentando suicidarte?

Su voz suena ahora muy cerca de mi oído y un escalofrío me recorre, pero esta vez es él quien se aparta, no sin antes girarme para que lo enfrente.

Me gusta la emoción del peligro, la misma que siempre sentí cerca de él desde que tengo memoria, pero hoy no fue solo el temor

de siempre. Fue algo lo bastante intenso como para dejar mis piernas temblorosas y mi corazón haciendo piruetas desconexas dentro del pecho.

No tengo ningún control cuando mi mirada comienza a recorrerlo de arriba abajo. Es como si mis ojos tuvieran vida propia.

Veo sus zapatos, sé que son de cuero y hechos a mano, porque Italo me dijo una vez que ningún hombre de su familia usa nada que sea producido en serie en una fábrica. Los trajes y los zapatos son siempre a medida y por encargo.

Sin embargo, Ruggieri no viste un traje esta noche. Está completamente de negro. Lleva un pantalón que se ajusta a sus piernas musculosas, una camisa social también negra con varios botones desabrochados y las mangas arremangadas hasta los codos.

Siempre lo vi de traje, por eso la ropa casual casi lo hace parecer humano. Pero cuando mis ojos alcanzan su cuello ancho y su rostro cuadrado, me doy cuenta de que fue solo una ilusión momentánea. Ruggieri parece tan salvaje y peligroso como siempre.

—Buenas noches, señor Marchese Trovato. ¿A cuál de las dos preguntas debo responder primero?

Él parece sorprendido.

Quizá se deba a que nunca lo enfrenté y Ruggieri percibió la ironía en mi pregunta.

Pero cualquier desconcierto que haya sentido no dura mucho. Pronto vuelve a mirarme con esa expresión de villano que conozco tan bien.

¿Y qué es lo peor? Que estoy segura de que Ruggieri no se comporta como un tipo malvado porque quiera asustar a alguien. Él es así.

Durante unos segundos me sostiene la mirada, pero luego baja los ojos y yo casi pierdo el equilibrio cuando me doy cuenta de que está observando mi cuello.

¿Será posible que se sienta culpable por haberme sujetado con tanta rudeza?

—No me lastimaste —digo.

Él hace lo mismo que yo hice hace un momento: recorre mi cuerpo entero con la mirada hasta que volvemos a encontrarnos

cara a cara.

—No apreté tu garganta cuando noté que se trataba de una mujer. Podría haberte roto el cuello con una sola mano, si hubiera querido.

La prudencia me dice que me quede callada, pero la emoción de estar hablando con el lobo feroz de igual a igual termina ganando.

—No me dispararías en la cocina de la casa de tus padres.

Cruza los brazos y me observa como si yo fuera una criatura salida de otro planeta que, de repente, captó su atención.

—No des nada por sentado sobre mí solo porque creciste en esta casa, Constance. No me conoces.

Quédate callada. Deséale buenas noches y vete a dormir.

—Si me estrangularas, tendrías que hacer desaparecer un cuerpo. Si me dispararas, harías un desastre enorme.

Las últimas palabras salen como si hubieran sido vomitadas desde lo más profundo de mi pecho. Escapan con urgencia porque, en este momento, soy una mezcla a partes iguales de miedo e imprudencia.

Nunca había estado tan cerca de la jaula de la fiera, y aun así me siento valiente al encararlo.

—Si te estrangulara o te disparara, tendría a alguien que limpiara el desorden antes de que mi familia despertara. —Su voz suena casi aburrida, lo que me irrita—. Pero ahora dime, pequeña Constance, ¿cómo llegaste a la conclusión de que yo sería capaz de dispararle a alguien? ¿Qué descubriste sobre mí?

Su tono cambia y me provoca escalofríos en la nuca, porque entiendo que, por culpa de mi gran boca, caí en una trampa.

Ruggieri me está diciendo, sin necesidad de pronunciar todas las palabras, que me mantenga lejos de sus negocios y de su vida. Y yo lo sé, porque crecí entre los Marchese Trovato, que esa no es una amenaza vacía. Todos en esta casa, excepto mi madre y yo, son personas con las que no se debe jugar.

Yo investigué sobre la Cosa Nostra porque, de vez en cuando, mientras crecíamos, Italo se jactaba de que su familia formaba parte de la mafia siciliana. Pero cuando le pregunté a mi madre al respecto, ella me dijo que nunca más mencionara ese nombre, ya

que necesitaba conservar el empleo en el que recibía un buen salario y que además le daba un techo.

—Nada, salvo que eres abogado.

—Estás mintiendo, Constance, pero solo porque le tengo consideración a tu madre voy a darte una advertencia. Mantén esa boquita bonita cerrada, así como tus oídos y tus ojos. Mis asuntos no son de tu incumbencia.

Una persona en su sano juicio habría huido ante una amenaza implícita. Aparentemente, yo no soy esa persona, porque lo único que atraviesa mi cerebro saturado es que Ruggieri piensa que tengo una boca bonita.

De repente, siento como si él ocupara cada rincón de la cocina, como si su cuerpo y su voz lo llenaran todo.

Hace mucho que no lo veo, incluso más que a Italo, porque se fue a Europa hace años.

Me enteré por Claudia que, cuando querían estar con el primogénito, viajaban hasta Sicilia.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —pregunta de pronto, retomando la postura inicial.

—¿Qué?

—Tú no vives aquí. ¿Qué hacías rondando de madrugada por la casa de mis padres?



Capítulo 4

Me tomo un momento para responder, no porque no tenga qué decirle, sino para calmarme.

Definitivamente, hay algo en Ruggieri que saca mi peor lado a flote, porque me cuesta horrores no abrir la boca para decirle que, si mi vida siguiera el rumbo que su hermano desea, en poco tiempo sería parte de la familia de manera definitiva.

Dos cosas me detienen, sin embargo. El hecho de que le prometí a Italo mantener nuestro noviazgo en secreto y también porque, si soy honesta, las probabilidades de que me convierta en la señora Italo Marchese Trovato son mínimas. Si necesitaba una prueba de que no estoy enamorada de él, este reencuentro con Ruggieri me quitó cualquier duda.

Creo que cuando amas a alguien de verdad, no sientes atracción por otra persona.

Mi deseo de provocarlo desaparece como por arte de magia, sin embargo, cuando recuerdo la razón por la que fuimos aceptadas en la casa de los patrones.

—Tu madre nos invitó a mudarnos.

—¿Por qué?

—Mi mamá empeoró —digo, sin mirarlo a los ojos—. Los médicos afirman que es solo cuestión de tiempo hasta que...

No tengo valor de completar la frase, pero no hace falta porque él lo entiende.

—¿Tu madre está enferma?

Lo miro, esperando que sea algún tipo de broma de mal gusto. ¿Cómo es posible que Ruggieri no sepa que mi madre está enferma si sus padres están directamente involucrados en el pago de los médicos? ¿Si hablo con Italo prácticamente todas las semanas y le doy noticias de cómo anda su salud?

Sin embargo, sé que Ruggieri jamás fingiría ignorar algo así, y como no puedo preguntarle por qué Italo no le contó nada (porque, hasta donde sé, el hijo mayor de los Marchese Trovato no sabe que yo y su hermano estamos juntos), me preparo para salir de la cocina.

—Sí, está muy enferma. Es algo raro e incurable. Vine por leche porque siempre me ayuda a dormir. No sabía que estabas en la casa, de lo contrario no habría bajado. Buenas noches.

Hago lo mejor que puedo para recomponerme mientras camino, pero mi disfraz se derrumba cuando, casi en la puerta de la cocina, escucho su voz decir:

—No bebiste la leche.

—Ehhh...

Doy media vuelta y regreso hacia la encimera, sintiéndome súbitamente intimidada, como siempre me pasa a su lado.

Tomo la botella con la intención de devolverla al refrigerador, pero ni siquiera llego a abrirla cuando escucho a alguien decir detrás mío:

—¿Por qué estaba tan seguro de que te encontraría despierta?

Es como si la electricidad recorriera mis venas.

El temor, la inseguridad y la sensación de no pertenecer desaparecen, porque la voz de Italo me hace sentir en casa.

Dejo la botella de leche sobre la encimera otra vez, pero ahora corro hacia los brazos de aquel que, mientras yo crecía, siempre fue mi refugio seguro.

—¡Volviste!

Olvido que no estamos solos. Hace tres años que no veo a Italo, salvo por videollamadas, así que rodeo su cuello con mis brazos cuando él me levanta del suelo.

Gira conmigo por la cocina, haciéndome reír y al mismo tiempo querer llorar, porque lo amo tanto como a mi madre.

—Sí, volví.

Durante varios segundos, quizá minutos, me limito a quedarme en los brazos de Italo. Lo mantengo apretado contra mí, queriendo sentir algo parecido a la agitación interna que experimenté cuando estaba sola con Ruggieri en la cocina, pero nada sucede.

"Tal vez cuando me bese", me convenzo, pero enseguida me coloca de nuevo sobre mis pies y lo único que recibo es un beso en la frente.

Sé que Ruggieri nos observa y que no sabe lo nuestro, pero ¡Italo lleva tres años sin verme!

No puedo evitar que mi cerebro compare a los dos. No creo que el hermano mayor de mi novio actuaría así si estuviera conmigo.

No, no lo haría, porque para empezar, él jamás ocultaría una relación.

No me gusta que mi mente se vaya por ese camino. Comparar a los hermanos no es justo. Viéndolos ahora, incluso con Italo siendo adulto, todavía parece un chico.

—¿Cómo está Abigail?

—¿Por qué nadie me dijo que Abigail estaba enferma? —interviene Ruggieri antes de que pueda responder.

—Tú tienes tu vida. No pensé que te interesaría Constance ni su madre.

Italo se encoge de hombros al decirlo y mi ánimo cambia de inmediato.

La enfermedad de mi madre no es un detalle sin importancia. Ha sido el peor drama de mi vida en los últimos meses. Lo que me impidió ir a la universidad para la cual había conseguido una beca. Lo que me ha dejado sin dormir. Lo que me hizo bajar de peso. Lo que me hace llorar cada noche al pensar que, cuando ella se vaya, voy a quedarme sola en el mundo.

—Todo lo que sucede con esta familia me incumbe, y Constance y Abigail están incluidas en eso.

—Constance, no —dice Italo, y hay un tono de desafío en su voz. Es algo muy sutil, porque estoy segura de que, como el resto del

mundo, él teme a Ruggieri. Aun así, percibo una vibración extraña entre los dos—. Ella no es asunto tuyo.

Miro a uno y luego al otro. Primero a Ruggieri, después al menor de los Marchese Trovato. Mi mejor amigo. Mi novio y quien me dijo que me haría su reina.

No me gusta lo que veo ni lo que escucho. De hecho, detesto la forma en que Italo lo dice, como si yo fuera su juguete y pudiera manipularme a su antojo.

—No soy asunto de nadie. —Levanto el mentón—. Soy adulta y puedo cuidar de mí misma.

Y entonces veo, por primera vez, al chico que adoré toda mi vida transformarse en un extraño cuando su expresión se endurece y da un paso hacia mí.

No es como lo hizo Ruggieri. El hermano mayor es intimidante sin siquiera esforzarse, pero Italo ahora parece agresivo.

—¡No me desafíes o no te van a gustar las consecuencias! —Su voz se eleva y el impacto de escucharlo gritarme es tan grande que retrocedo y me encojo.

Antes de que pueda decir algo, Ruggieri ya está entre nosotros, con sus anchas espaldas bloqueando mi campo de visión.

—Sube, Constance —ordena, y no discuto, porque en este momento lo último que quiero es estar cerca de Italo.

No sé si conozco al hombre que tengo delante. Han pasado tres años de conversaciones esporádicas, casi semanales, de quince minutos por videollamada.

En ellas, él era divertido y despreocupado como siempre, y jamás me levantó la voz.

No tengo certeza de qué pasaría si estuviéramos solos hoy.



Capítulo 5

Exhala como si respirar fuera algo que lo aburriera, pero yo sé, porque lo conozco desde que nació, que está intentando controlar su propio miedo.

Italo sabe que cruzó un límite al decirme que la enfermedad de Abigail no era asunto mío. No solo porque soy su hermano mayor. No porque sea el jefe de nuestra familia, sino porque, si no llevara mi sangre y me hubiera respondido como lo hizo, estaría en el suelo con la garganta cortada mientras la vida se le escapaba del cuerpo.

—¿Por qué me estás mirando así? —finalmente rompe el silencio, sosteniéndome la mirada, pero su intento de parecer seguro de sí mismo no me convence.

Mantengo mis ojos fijos en él, analizándolo.

Han pasado tres malditos años desde que nuestro padre lo envió a Sicilia, y el muchacho no ha sido otra cosa que un problema.

En nuestro negocio no llamamos la atención. No eres una maldita celebridad para aparecer en redes sociales o en páginas de chismes. Te ocupas de la jodida administración de tus asuntos y te mantienes en la sombra, porque nacimos, vivimos y morimos por la Cosa Nostra.

La organización y la familia son el centro de todo.

Sin embargo, en lugar de prepararse para el futuro, él se ha comportado como un maldito adolescente suelto en una fiesta por primera vez, farreando como si el mundo se acabara mañana.

Hay un leve temblor en su labio superior, una señal clara de que se está cagando de miedo y de que no es tan estúpido como aparenta.

Está nervioso. Puedo percibir el miedo de la gente a kilómetros de distancia.

—No volverás a hablarle a la hija de Abigail como si fuera tu mascota, y no vas a levantarle la mano a la muchacha, a menos que quieras pasarte el resto de tu vida con una sola mano.

—No sé de qué hablas…

Pocas cosas desprecio más que la debilidad, y es todavía peor cuando la veo en alguien de mi propia sangre y carne.

Italo jamás podrá ser lo que yo esperaba de él. Le falta fuerza interior.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando. —Doy un paso adelante, acortando la distancia entre los dos—. Constance no es tu propiedad. No tienes ningún derecho sobre ella.

Cruza los brazos, intentando disimular su incomodidad.

—Constance y yo somos muy unidos. Siempre lo supiste.

Puedo ver el conflicto en sus ojos. Quiere enfrentarse a mí, pero sabe que no puede, no solo porque soy superior en la cadena alimenticia, sino porque le faltan cojones.

Italo siempre lo tuvo todo en bandeja de plata. No hay nada de lo que tiene ahora que haya tenido que ganarse.

Ese dicho de que los tiempos fáciles generan hombres débiles es una realidad. Mi hermano menor nunca tuvo que pelear por nada en su vida, y por eso simplemente no sabe cómo hacerlo.

Como sigo clavándole la mirada, termina poniéndose histérico.

—¿Qué pensabas que iba a pasar? ¡No iba a golpearla! ¿Y por qué la proteges? Nunca te importó. Eso que viste es normal entre nosotros. Constance ya me conoce.

—Lo que vi pareció una amenaza, no un juego. Te conozco lo suficiente para saber cuándo estás a punto de perder el control. —Da un paso atrás, buscando espacio, pero yo avanzo, no dejándole

aire para respirar—. Acuéstate con tus mujeres fuera de casa y deja a la muchacha en paz. Si llego a enterarme de que lastimaste a la hija de Abigail, te borro del mapa.

—No entiendes. No tienes idea de lo que hablas. Constance es mía.

—Es tu mejor amiga.

—Es mi mujer.

—Estás loco. Acaba de cumplir dieciocho años.

—Estamos juntos desde hace años y, antes de que yo me fuera, eso se volvió físico. La hice mía y voy a casarme con ella.

—¡Ella tenía quince, carajo! ¿Qué demonios pasó por esa mierda de cerebro que tienes?

La rabia me hierve bajo la piel, y no solo porque el bastardo esté diciendo que se acostó con una menor de edad.

¿Ella le pertenece a Italo y aun así reaccionó conmigo de esa manera? Porque yo no soy un niño, y sé cuándo una mujer me desea.

En este momento no sé a quién desprecio más, si a mi hermano o a ella.

—¿Y sellaste esa maldita promesa metiéndole la verga a todo lo que se movió en los últimos tres años?

—Sabes perfectamente que es distinto para nosotros los hombres. Constance será la madre de mis hijos. Las demás solo fueron diversión.

¿Por qué estoy tan enojado con esto?

Porque la pequeña princesa de ojos azules desafiantes merece más que alguien tan débil como Italo para llamarla esposa.

—Si lo que pretendes es convertirla en tu esposa, deberías respetarla. Si Constance será la mujer que engendre a tus hijos, no voy a permitir que la trates como basura.

Aprieta los puños, pero no dice nada.

Mi hermano sabe que no tiene control de la situación. Dentro de la familia, hasta cada respiración que da está bajo mi autorización.

—No sabes nada de nosotros. Constance está loca por mí.

—Por lo que vi, parecía asustada.

Pero apenas suelto esas palabras me doy cuenta de que no encajan.

No, no estaba asustada de él. Constance me teme a mí, siempre lo ha hecho, aunque eso nunca la haya detenido de acercarse.

Lo que vi en sus ojos, cuando Italo le gritó, fue decepción.

Bien, si planea casarse con ese desgraciado, más vale que se prepare, porque "decepción" será una de las palabras más familiares en su diccionario.

Clavo mis ojos en mi hermano, con la mente viajando a un futuro cercano, y por más que lo intente, no consigo imaginarlo casado con la hija de Abigail.

—Ella no estaba asustada y tampoco pretendía golpearla. Constance cambió y solo quiero que tenga claro quién va a mandar en nuestra casa cuando nos casemos.

—A nuestras mujeres no se las golpea, Italo. Ellas darán herederos y deben ser respetadas. Las esposas son reinas. Una mujer asustada no te respeta. Te teme, y el miedo no es lealtad. Alguien que te teme puede traicionarte. El miedo puede convertirse en odio. Vas a dormir y despertar a su lado todos los días.

—No volverá a pasar. Perdí el control.

—Guarda la mierda de tus puños para pelear con alguien de tu tamaño.

Le doy la espalda, preparándome para salir, porque en este momento no veo a mi hermano, veo a un cobarde en todo sentido.

—¿Ruggieri?

—¿Qué quieres? —Me detengo, sin volver a mirarlo.

—Nadie puede saberlo todavía. No le conté a *mamma* ni al *papà* porque estaba esperando tener tiempo de regresar y pedirle a Constance que se casara conmigo.

No le doy respuesta y, en lugar de subir, porque después de horas de vuelo debería dormir un poco para prepararme para la mierda que me espera mañana en el trabajo, me dirijo a la cochera y tomo una de mis motos.



Capítulo 6

Acabo de cerrar la puerta del cuarto donde he estado durmiendo con mi madre cuando veo a Italo venir hacia mí, y si no fuera por el riesgo de despertarla, volvería a la suite, porque en este momento él es la última persona a la que deseo ver.

—Constance, no huyas.

El tono de su voz ahora no es el mismo de ayer, cuando me trató como si yo fuera una esclava a la que podía dar órdenes, sino el del chico que conocí alguna vez y al que amé toda mi vida.

El problema, en mi caso, es que soy rencorosa. No perdono con facilidad ni pongo la otra mejilla para que me golpeen otra vez.

—No estoy huyendo, pero si viniste a hablar conmigo, no estoy interesada.

Sé que los cuartos de él y de Ruggieri están en el último piso, igual que los de los patrones.

Hay una escalera separada que lleva a esa planta, así que el hecho de que esté aquí solo puede significar que vino detrás mío.

—Necesitamos hablar. ¿Qué quieres que diga? Perdóname si te asusté ayer. Perdí el control.

Si no fuera el hijo del dueño de la casa en la que estamos, le diría exactamente lo que pienso sobre esa excusa barata de "perder el control", pero la verdad es que, con el estado en el que se encuentra

mi madre, no puedo darme el lujo de quedarme sin un techo sobre nuestras cabezas.

—Pasé una noche horrible. Mamá casi no durmió, así que, sea lo que sea lo que tengas que decirme, puede esperar.

Ignora mis palabras y se acerca, tomando un mechón de mi cabello entre los dedos.

—No seas así, cariño. Vine por ti. Dejé el trabajo atrás y vine para quedarme contigo, para que decidamos juntos nuestro futuro. ¿Qué tengo que hacer? ¿Arrodillarme a tus pies? Porque lo haría si eso quieres.

No espera respuesta y se arrodilla frente a mí.

Recuerdo que ya había hecho eso en el pasado, justo cuando nuestra relación dejó de ser platónica y pasamos a los besos. Su comportamiento cambió drásticamente, pero yo pensé que la forma en que me trataba era porque sentía demasiado celos y me amaba mucho.

Ahora, en cambio, escenas de gritos e incluso un apretón fuerte en mi antebrazo invaden mi memoria.

¿Cómo pude haberme olvidado de eso? ¿Cómo borré el lado de Italo que casi me hizo terminar con él antes de que partiera a Sicilia?

Lo que en el pasado me pareció un pedido de perdón sincero, hoy no me provoca absolutamente nada.

—Tengo que irme. Necesito preparar el desayuno de mi madre.

Él se aferra a mi cintura.

—Perdóname, Constance, y nunca más te trataré de esa manera. Ruggieri habló conmigo ayer y me hizo ver que debo respetarte, ya que serás la madre de mis hijos.

Pensé que este encuentro no podía ser peor, pero escuchar que no vino a mí porque se dio cuenta por sí mismo de lo cretino que fue ayer, sino porque el hermano se lo señaló, me irrita todavía más.

No tengo tiempo de alejarlo, que es lo que quiero hacer, porque en un abrir y cerrar de ojos, él está lejos de mí y metiendo sus manos en los bolsillos de sus pantalones.

Un instante después aparece Claudia, y es entonces cuando comprendo que él se apartó para que su madre no nos sorprendiera. Debió escucharla acercarse.

—Ah, aquí estás —dice la matriarca, y noto que ya había hablado con el hijo esa mañana, porque cuando pasa a su lado solo le aprieta la mejilla como solía hacerlo cuando era niño.

—Sí. Iba a preparar el desayuno de mi madre.

—Y yo iba a visitar a Abigail —se apresura a decir Italo.

—¿Cómo pasó la noche? —me pregunta Claudia.

—Igual que siempre. Pocas horas de sueño.

—Pobrecita. Si al menos hubiera algo que yo pudiera hacer…

—Estamos muy agradecidas por todo lo que ha hecho, señora Marchese Trovato. Ahora, si me permite, necesito irme porque ella me dijo que siente hambre, lo cual es casi un milagro últimamente.

—Ve, querida. Yo entraré a hablar con ella y nos veremos en la cocina en un momento.

No miro hacia Italo, aunque siento que me observa. En este momento no me provoca nada bueno y lo único que deseo es mantenerme lo más lejos posible de él.

Durante tres años, a pesar de mis dudas sobre seguir o no en una relación amorosa con él, el afecto en cuanto a nuestra amistad no había cambiado ni un milímetro. Pero al menos por ahora, ni siquiera eso puedo ofrecerle.

Él tiene razón, necesitamos hablar, salvo que quizá el resultado de esa conversación no será lo que espera. Si antes de reencontrarlo ya dudaba sobre continuar con nuestro noviazgo, lo que ocurrió esta madrugada dejó todo tan claro como un día soleado en mi mente.

Estoy casi llegando al primer piso cuando algo atrapa mi atención por la visión periférica.

Giro la cabeza hacia ese lado y, de repente, todo el oxígeno abandona mis pulmones, porque Ruggieri está entrando en la sala principal vistiendo solo shorts y zapatillas, con el cuerpo cubierto de sudor.

Nunca lo había visto con tan poca ropa y me quedo inmóvil, porque el hombre parece una estatua esculpida, tan imponente es la solidez de su musculatura. Su pecho es amplio y tiene vello, pero no demasiado. Justo lo suficiente para que me den ganas de…

Me cubro la boca, horrorizada, pero cuando lo miro a los ojos, me doy cuenta de que es demasiado tarde: ya logró adivinar en qué

estaba pensando.



Capítulo 7

Momentos antes

Volví a casa al amanecer. Hacía mucho tiempo que no salía a recorrer Manhattan sin rumbo fijo y, a esa hora de la madrugada, la isla parecía hacer una pausa en la locura cotidiana.

Mi vida está completamente guiada por la organización y los planes. No solo me ocupo de mi propia protección, sino de la de toda la familia, y eso significa que las malditas piezas que nos rodean deben estar siempre en orden.

No me interesa el drama personal de nadie ni con quién Italo quiera casarse, siempre y cuando el imbécil sepa lo que significa estar casado.

Y si eso es así, ¿por qué la idea de verlo formando una familia con Constance lo molesta tanto?

Es la pregunta del millón. Nunca he perdido demasiado tiempo mirando dos veces en dirección a la chica. Su madre es una empleada leal que trabaja con nosotros desde hace tantos años que Abigail y Constance se han vuelto casi parte del mobiliario. Algo que sabemos que siempre estará allí.

Pero la Constance que encontré a medianoche ya no es la adolescente torpe con ojos de demonio (sí, siempre me dio la

sensación de que, a pesar de su rostro angelical, había algo bajo la superficie), sino una mujer completa.

"Una mujer que pertenece a mi hermano", me obligo a recordar y mantengo ese pensamiento mientras entro a la casa después de correr diez kilómetros alrededor de nuestra propiedad.

El desgaste físico suele ser mi válvula de escape, pero ni la velocidad con la que manejé mi moto ni la carrera de hace un rato trajeron el alivio que buscaba.

Paso las manos por el rostro, como si eso pudiera ayudarme a ordenar mi mente, cuando escucho pasos bajando la escalera.

Constance aparece en mi campo de visión justo cuando entro en la sala. Al principio parece que no me ve, entonces se queda congelada en el lugar, como una presa que sabe que su depredador la observa.

Como si estuviera pegada al suelo, no se mueve y aprovecho para observar su cuerpo, porque mi cerebro se niega a recibir otra orden, a aceptar que ya tiene dueño.

Su cabello rubio cae por sus hombros y, cuando finalmente se gira hacia mí, sus ojos azules brillan como piedras preciosas.

Constance tiene ese tipo de mirada que sabes que, una vez dirigida hacia ti, está cien por ciento concentrada. No es descuidada ni indiferente. Te mira sin temor, aunque sé que sí, tiene miedo de mí.

Es refrescante encontrar a alguien tan imprudente como para pensar que puede enfrentarse a mí de igual a igual.

Es increíblemente hermosa. Su rostro delicado tiene rasgos suaves, pero ahora hay una fuerza allí que antes no existía.

¿La enfermedad de su madre le habrá dado eso?

Sus labios, llenos, parecen a punto de decir algo, pero permanecen cerrados, como si se hubiera arrepentido en el último minuto.

Lleva un vestido floreado de tirantes, ajustado al cuerpo, no de manera provocativa, sino como si le hubiera quedado pequeño por haber crecido y no tuviera dinero para comprar ropa más grande.

El pensamiento me incomoda.

No importa que Italo haya dicho que nadie sabe sobre su relación. Si Constance le pertenece, él debería cuidar a su mujer.

¿Su mujer?

Siento cómo se tensa mi mandíbula al recordarlo, lo que no me impide seguir mirando a quien me está prohibida.

Sus piernas son largas, perfectas para…

Me obligo a dejar de observar porque no está disponible.

Pero al mirarla, me doy cuenta de que el rostro de Constance es un espejo del mío. Ella me estaba evaluando con el mismo interés que yo siento, y por más satisfactorio que sea confirmar que no estoy solo en esto, la culpa me golpea de inmediato.

La conciencia de lo que estábamos haciendo me alcanza como un golpe. La rabia recorre mi sangre.

—No deberías mirarme así. Especialmente estando comprometida con mi hermano.

Sus ojos se abren de par en par por un momento porque sabe que fue descubierta. Sus mejillas se enrojecen, pero pronto la vergüenza desaparece, reemplazada por una expresión de irritación.

—¿Sabías lo nuestro?

—Él me lo contó a medianoche, pero ese no es el punto aquí. —Mi mirada permanece fija en la de Constance y la admiro por no bajar la vista—. Si eres de él, sabes lo que eso significa. Así que lo repetiré: no me mires así.

El brillo en sus ojos azules se intensifica y una sonrisa irónica curva sus labios.

Sí, la chica definitivamente tiene una veta suicida.

—¿Y qué me dices de lo que tú acabas de hacer? —replica con voz calmada—. Tampoco deberías mirarme así si sabes que soy la novia de tu hermano.

Su contraataque fue certero.

Constance ya no es una niña. Es consciente de su belleza y sabe que la forma en que la miro no es la que un cuñado debería tener.

—Eres bonita. ¿Y qué? Puedo tener docenas iguales en mi cama en un abrir y cerrar de ojos. Y no me interesa casarme por ahora, así que, como ves, elegiste al hermano correcto.

Ella entrecierra los ojos, molesta, pero pronto la sonrisa irónica crece y da un paso adelante, tan cerca que puedo sentir su perfume.

—Italo siempre ha sido mi elección. Solo tengo ojos y corazón para él, *signor* Marchese Trovato. Con permiso.

Aprieto y suelto el puño, el deseo de enredar los dedos en su cabello rubio casi me hace perder el control.

Se aleja de mí, dirigiéndose directamente a la cocina, pero antes de salir de mi campo visual, le digo:

—Sigue intentando convencerte de eso, Constance. De que Italo es el único. Estaré pendiente de ti. No vas a hacer que mi hermano parezca un idiota.

Ella gira el cuello lo suficiente para que nuestras miradas se crucen.

—Tal vez deberías seguir el mismo consejo que me estás dando y vigilarte a ti mismo.

—¿Creíste que te estaba dando un consejo? No pierdo mi tiempo en eso, muchacha. Fue una orden. Serás una esposa fiel y obediente.

—Si hay matrimonio —dice ella, antes de finalmente irse.



Capítulo 8

Las palabras quedan en el aire.

¿Qué demonios fue eso?

¿Acaso Italo retrocedió en su intención de casarse con ella?

No, conozco al cretino tan bien como a mí mismo. No va a renunciar a hacer de Constance su esposa.

—No sabía que habías vuelto, hijo mío. Bienvenido —dijo mi madre—. La empleada me dijo que te vio salir a correr temprano. Si hubiera sabido que vendrías, habría mandado preparar tus platos favoritos.

Me giro hacia la mujer que durante casi toda mi vida fue mi mundo, hasta que descubrí lo deshonesta que es.

La observo mientras baja las escaleras y, sin importarle que estoy sudado, se pone de puntillas, apoya la mano en mi hombro y me besa.

Me quedo quieto solo el tiempo suficiente para que complete la acción antes de apartarme.

Nunca hablé con ella sobre lo que descubrí, porque eso destruiría dos familias, pero sospecho que sabe por qué cambié el trato que le daba.

No me doy el trabajo de saludarla.

—¿Por qué no me dijiste que Abigail estaba enferma?

Hace un gesto con la mano como si eso no tuviera importancia.

—Tienes demasiados problemas de los que preocuparte.

—Todo lo que concierne a esta familia es problema mío.

—No Abigail ni Constance.

Se enciende una señal de alerta en mi mente.

¿Sabe sobre Italo y Constance? Porque la forma en que mencionó a la hija de la empleada parecía un desdén.

—Todo es problema mío y no vas a ocultarme nada más de lo que ya has hecho hasta hoy, ¿quedó claro?

Ella jadea y el miedo brilla en sus ojos.

—No necesitas ser grosero. Soy tu madre.

—¿Qué le pasa a Abigail?

—No hay recuperación posible. El médico ya nos dijo que es solo cuestión de semanas, tal vez incluso días. Parece que una bacteria rara atacó su sistema inmunológico. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Estados Unidos?

—Me voy mañana.

—¿Viniste por negocios, entonces?

—¿Por qué otro motivo lo haría?

—¿Por qué empezaste a odiarme, Ruggieri? Eres mi hijo querido. Mi primogénito, el favorito.

Empiezo a subir las escaleras.

—¿Por qué te odiaría, Claudia, si te falta el rasgo que más valoro en los humanos? Si fueras cualquier otra que no fuera mi madre, estarías muerta.

Completo el resto del camino hasta mi suite y, media hora después, habiéndome bañado, voy a la habitación de Abigail.

Todavía no entiendo por qué mi madre mandó que ella y Constance ocuparan una suite en la casa principal. La bondad no está entre las características de la mujer que me dio la vida.

—Pase. —Oigo una voz débil después de dos golpes en la puerta

No hay nadie más que la madre de Constance en la habitación.

—Buenos días, señor Marchese Trovato.

Abigail nunca me llamó por mi primer nombre, ni siquiera cuando yo era adolescente y ella apenas unos años mayor. Creo que la

madre de Constance no debe tener más de cuarenta y tantos, aunque ahora su apariencia sea la de una persona mayor.

Su rostro está hundido y la piel parece tan fina como una hoja de papel.

—Buenos días, Abigail. Vine a asegurarme de que tenga todo lo que necesita.

No tengo idea de cómo tratar a alguien que sabe que va a morir pronto. No soy quien lleva consuelo, sino el dolor, y si vine aquí es porque no confío en Claudia para proveer todo lo necesario y hacer que los últimos momentos de esta mujer en el planeta sean lo menos dolorosos posible.

—Sí, tengo todo, muchas gracias.

Siento que quiere decir algo más, pero dado que es la primera vez que interactuamos a un nivel personal, parece incómoda.

—¿Qué deseas, Abigail?

—No quiero abusar de usted, pero Constance y yo estamos solas en el mundo. Quisiera pedirle que cuidara de ella y…

—Mamá, no. Por favor, sé cuidarme. —Constance entra por la puerta que dejé abierta—. El *signor* Marchese Trovato debe tener muchas responsabilidades. Yo ya soy adulta.

¿Estaba escuchando la conversación? Llegó en el momento exacto. Constance sabe lo suficiente de la dinámica de mi familia para estar segura de que, si hubiera dado mi palabra a su madre, no daría marcha atrás.

—Lo siento mucho, hija. No quería incomodarte.

Ya no miro a la madre, sino a la mujer que supuestamente pronto será mi cuñada.

Nada de la actitud que mostró cuando nos encontramos más temprano queda en su rostro. Sus ojos están llenos de lágrimas cuando pasa frente a mí y se arrodilla junto a la cama de su madre. Sus manos tiemblan al sostener las de la moribunda.

—No me incomodaste, madre —dice, y luego lleva las manos de Abigail a sus labios y las besa—. Pero no necesito ayuda. Estaré bien.

Noto por su tono nasal que está llorando o a punto de hacerlo, y no sé cómo lidiar con las lágrimas, así que tras hacer un gesto con la

cabeza hacia Abigail, salgo de la habitación.

Debería seguir mi camino, pero en lugar de eso me quedo en el pasillo esperando a que Constance salga, porque algo me dice que lo hará, y poco más de un minuto después está frente a mí.

¿Cómo es posible anticipar su comportamiento cuando nunca le presté mucha atención?

Pero aprendí que la Constance adulta tiene garras y, más allá de eso, no le gusto.

—Lo siento. Ella está en pánico porque estaré sola. Por favor, ignora lo que haya podido decirte.

Coloco ambas manos en los bolsillos del pantalón del traje, porque su rostro abatido y sus ojos llenos de lágrimas me provocan una sensación desagradable.

—No he hecho ninguna promesa.

—Está bien, entonces.

Ella amenaza con volver a la habitación, pero mi voz la detiene:

—Serás la esposa de Italo. Estarás protegida de cualquier manera. ¿Tu madre no lo sabe aún?

—Nadie lo sabe. Y no se ha hecho ningún pedido formal ni yo lo he aceptado.

—¿Por qué no aceptarías? Serás rica y tendrás protección de por vida si lo haces.

Debe haber algo en mí que le provoca rabia, porque en una fracción de segundo, la expresión abatida da lugar a un rostro desafiante.

—Tal vez quiera algo más que dinero, más que ser una mascota. La diversión y la libertad parecen opciones mucho mejores que convertirme en una máquina de parir.



Capítulo 9

No puedo creer que exista otro ser humano en la Tierra capaz de encender mi locura como lo hace Ruggieri.

Pasé de las lágrimas a furiosa en un abrir y cerrar de ojos, pero eso fue porque no me gustó la manera en que dijo que sería rica y protegida de por vida. No es que cualquiera de esas cosas sea mala. No soy hipócrita. No tener que preocuparme por el dinero sería una bendición.

El problema fue la forma en que Ruggieri lo dijo, como si yo fuera una muñeca sin cerebro ni voluntad propia.

Dios, ¿por qué le dije que quería diversión? ¿Y cómo sé lo que es divertirse?

No soy tonta y mi ataque fue intencional. Soné deliberadamente frívola cuando, en realidad, tomé muy en serio mi compromiso con Italo.

Nunca lo he traicionado e, incluso antes de que mi madre enfermara, no salía de noche con amigas. Italo me pidió que no lo hiciera porque sería una prueba de mi amor por él.

¿De qué amor? Porque el hombre que está en el piso de arriba no tiene nada que ver con el chico al que amé toda mi vida.

Entro en la habitación y doy gracias a Dios de que mi madre esté dormitando, porque ella logra leer en mi rostro cuando no estoy bien.

Miro su cuerpo debilitado por la enfermedad y siento que mi corazón se rompe en pequeños pedazos dentro del pecho, porque no estoy lista para dejarla ir, aunque sé que necesita descansar.

Tengo problemas mayores que Ruggieri e Italo, porque mi intuición me dice que no le queda mucho tiempo.



Ruggieri

Sabía dónde encontrarlo.

Aunque aún sigue funcional y trabaja algunos días a la semana, mi padre ya no es ni la sombra del hombre poderoso que fue alguna vez.

Después de un derrame cerebral, se refugia siempre que puede en la cabaña de caza que tenemos a la orilla del río. Me aseguro de que tenga un verdadero ejército protegiéndolo, porque si alguien quisiera alcanzarme, intentaría algo contra él, ya que llegar hasta mí es prácticamente imposible.

Bajo del coche y miro alrededor, porque aunque mis hombres hayan venido adelante y verificado la seguridad, nunca doy nada por garantizado.

Mientras camino hacia el muelle junto al río, reviso el arma en mi funda y hago mi propia inspección, y solo después me acerco al lugar donde mi padre está sentado de espaldas a mí, con el equipo de pesca a un lado.

El viento mueve las ramas de los árboles alrededor, pero aparte de eso, el suave correr del río y el sonido de mis zapatos pisando

hojas secas crean un silencio absoluto. Ni los guardaespaldas se mueven, como estatuas en constante tensión, con las armas listas para proteger al hombre más importante de mi vida.

Me detengo a unos pasos de él, mirando la cabeza blanca del que una vez fue respetado en la Cosa Nostra como uno de los abogados más implacables. Cada vez que lo encuentro ahora, parece cansado de la vida; de vivir.

Gira la cabeza de perfil, casi imperceptiblemente, pero sé que es porque intuye que ya no está solo.

Miro su mano y sostiene un cigarro apagado entre los dedos. Ya no puede fumar, pero me dijo que se siente bien cuando al menos huele el maldito cigarro.

—Papá.

—Estaba seguro de que eras tú, Ruggieri.

Noto que parece haber perdido peso. No le gustan las videollamadas, así que solo hablamos por teléfono, y no tenía idea de que estaba tan delgado.

Se incorpora, girándose hacia mí, y tengo la certeza de que sí, ha perdido al menos diez kilos.

Y no solo parece más pequeño físicamente. Hay algo en su rostro que nunca había visto antes.

Está abatido, marchito.

Me acerco y me observa con ojos cansados.

Lo abrazo, pero como siempre, no es algo natural. No soy alguien dado a abrazos o a gestos afectuosos. Mi padre es igual.

Sé que nos amamos mucho, pero es un amor latente, raramente mostrado.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí? —pregunto.

Se sienta después de que ocupo una silla a su lado y encoge los hombros, mirando nuevamente al río.

—Hoy en día prefiero estar solo.

La respuesta me incomoda. Mi padre nunca fue un hombre de reflexiones filosóficas. Era acción, decisión, resultado. El hombre que sacó de la cárcel a innumerables criminales y mantuvo a nuestra *famiglia* con pocas pérdidas ante el sistema.

—Sigues siendo el mismo. El derrame cerebral no cambió eso.

—No soy el mismo. ¿Vienes para recordarme que estoy fallando en cumplir con mi deber como jefe de familia? Te cedí el puesto hace mucho tiempo, Ruggieri.

—No te estoy reclamando nada. Todo está bajo control.

Permanece en silencio un largo momento antes de continuar:

—¿Sabes cuál es mi mayor miedo? No es la muerte. Es perder tu respeto.

¿Qué demonios está pasando? Nunca se mostró tan vulnerable y no tengo la menor idea de cómo manejar esto.

—No pasará, papá. Eres una de las pocas personas a las que respeto.

Algo en su mirada me impulsa a preguntar qué ocurre, pero antes de que pueda, vuelve a su tono habitual.

—¿Y los negocios? —pregunta, cambiando el tono.

—Todo como se esperaba. Stefano tenía algunos agentes del FBI detrás, por eso tuve que venir a Estados Unidos, pero no es nada que no pueda manejar.

Él sonríe.

—¿En la corte?

—No llegará a la corte. Costará una pequeña fortuna, pero los hijos de puta ya establecieron sus precios.

—¿Los pagarán esta vez?

No siempre sucede. Algunos agentes de policía, jueces, fiscales, no solo son corruptos, sino problemáticos, y cuando detectamos que intentan chantajearnos, o los eliminamos o los entregamos a las autoridades, exponiendo su corrupción.

—Sí, lo haremos.

—La última vez que fui a la oficina, accedí a un caso que involucraba a Cesare.

—El asunto está resuelto. No tenían pruebas, solo querían hacer ruido. Les dimos un pedazo de carroña y, como hienas, corrieron tras ello. Les tomará tiempo darse cuenta de que están persiguiendo su propia cola.

—No es porque seas mi hijo, pero nadie podría reemplazarme mejor, Ruggieri. Tienes todo lo que un hombre de verdad debe poseer.

Por varios minutos, miramos el río. Aunque el equipo de pesca está al alcance de la mano, no parece interesado en nada más que en estar solo.

—¿Qué sabes sobre la enfermedad de Abigail, papá? —Rompo el silencio.

—¿Cómo está?

Frunzo el ceño, sorprendido por la pregunta.

—¿No lo sabes?

—Vine aquí hace unos días.

—¿Por qué nadie me dijo nada?

—Ya tienes demasiado de qué ocuparte. Tu madre se encarga de todo. —Su voz tiene un tono enigmático que no puedo descifrar, pero antes de que pueda cuestionarlo más, se levanta de la silla—. Creo que hemos hablado suficiente por hoy. Tengo cosas que resolver adentro. Hablamos después.



Capítulo 10

Solo me di cuenta porque me levanté a buscar un vaso de agua y aproveché para asegurarme de que ella estuviera bien; de lo contrario, solo lo habría notado por la mañana.

Todas las noches, antes de dormir, paso mucho tiempo con ella, revisando su respiración y diciéndome a mí misma que debo prepararme para lo peor, pero la verdad es que nunca estás realmente lista para perder a tu madre, sin importar la edad que tengas.

No sé qué hacer. Mi mente está en blanco mientras siento que caigo en un abismo sin fin.

Mi madre está muerta.

Repito esta frase una y otra vez para que penetre en mi cerebro, aunque mi corazón se niegue a aceptarla.

Se fue dormida, y finalmente, mi temor de perderla cada vez que pedía su bendición antes de dormir se hizo realidad.

Sin aviso y sin despedida, estoy sola.

Me siento al borde de la cama y dejo que las lágrimas corran por mis mejillas. Mi pecho duele, como si mi corazón estuviera siendo aplastado.

Tomo su mano y la beso. Todavía está caliente y me niego a mirar su rostro por ahora.

En lugar de eso, me aferro al recuerdo de su sonrisa, a la forma en que siempre me llamaba su ángel, al aroma de su perfume.

Daría cualquier cosa por tener más tiempo a su lado.

—Mamá, te amo. No creo haberlo dicho lo suficiente, pero te amo con todo mi corazón y fuiste la mejor madre que podría haber soñado. Todo lo que soy te lo debo a ti y prometo que sentirás orgullo de mí cuando mires la Tierra y veas cómo aproveché todo lo que me enseñaste.

Mi garganta arde. Mi piel está fría y, por última vez, me recuesto sobre su pecho y me dejo estar.

Abrazo sus brazos a mi alrededor y cierro los ojos, fingiendo que aún puede mantenerme así, protegida y amada.

Me duermo y cuando despierto, ya es de día.

Tan pronto como me doy cuenta de dónde estoy y recuerdo que mamá se ha ido, la angustia regresa, trayendo las lágrimas consigo.

¿Cómo podré vivir sin ella?

Oigo dos golpes en la puerta y, cuando digo que puede entrar, aparece Italo.

—Fui a tu cuarto y no estabas, pequeña.

No respondo y pronto él percibe que algo está mal.

Siempre ha sabido cuando estoy triste, y hoy me siento mortalmente herida por la vida.

—Constance… —La forma en que dice mi nombre me indica que ya adivinó lo que pasó.

Italo se acerca y me envuelve entre sus brazos.

Por primera vez desde que llegó, me siento como cuando éramos niños y él era mi mundo, mi mejor amigo.

No pregunta nada, y yo tampoco podría hablar. Me siento sofocada en medio del dolor.

—Todo estará bien, mi amor. Estoy aquí.

Quiero creerle, que sus palabras sean verdad, pero ya no soy una niña. El mundo de fantasía no existe. Esta es mi vida, y es muy real.

Aun así, al menos por ahora, el calor de su abrazo me hace sentir un poco mejor.

—Mi madre murió, Italo. Estoy sola ahora.

—Lo siento, Constance. Quería mucho a Abigail, pero sabes que no había cura, y ella descansó. Cuando tengas la mente más clara, podrás poner todo en perspectiva y aceptarlo. Y en cuanto a estar sola, no lo estás. Me tienes a mí.

Sé que no puede devolverme a mi madre. Ni que nada de lo que diga o haga cambiará el hecho de que está muerta, pero este es uno de esos momentos en que necesitamos consuelo, aunque sean promesas sin garantía.

—No sé qué hacer. No sé cómo vivir sin ella.

—Vas a sobrevivir porque voy a cuidar de ti.

Estoy tan herida y agotada que no tengo fuerzas para decir que puedo cuidar de mí misma. Solo me quedo con la cabeza apoyada en su pecho.

Poco a poco, mis sollozos disminuyen.

—Tenemos que tomar medidas —digo.

—Déjame todo a mí —responde, y me siento al mismo tiempo agradecida y orgullosa de que se muestre tan responsable, hasta que agrega—: Voy a despertar a mi madre y estoy seguro de que podrá coordinar con su asistente un velorio adecuado, así como el entierro de Abigail.

Me da un beso en la frente y luego me mira, y noto que lo dice con naturalidad. Desgraciadamente, no puedo dejar de darme cuenta de algo más, incluso en este momento doloroso.

Italo siempre necesitará apoyo. No importa que sea casi cuatro años mayor que yo. Es un niño y dudo que alguna vez deje de serlo.



Es triste que ella solo tenga a su familia presente en su funeral, porque toda su vida estuvo dedicada a servir a sus jefes y a cuidarme a mí.

Y aun así, el clan Marchese Trovato está incompleto, ya que ni Ruggieri ni el patriarca asistieron.

Mantengo la vista fija en el ataúd, captando apenas algunas palabras que dice el sacerdote.

Italo está a mi lado, pero sin tocarme, porque supongo que aún no le ha contado a su madre sobre nosotros.

No puedo evitar pensar que incluso en un momento de dolor, él valora las apariencias. Necesita la bendición de sus padres antes de decir públicamente que somos novios.

Alguien toca mi hombro y, al darme vuelta, veo a Carlorino, el único primo de Ruggieri e Italo que todavía vive en Estados Unidos y, también, mi persona favorita en la familia después de Italo.

—Lo siento, *piccola*. Vine tan pronto como lo supe.

No me importa que Claudia esté presente. A diferencia de Italo, Carlorino parece no darle importancia a que la tía nos observe, porque me abraza.

—Gracias por venir.

—No me lo agradezcas, tú y Abigail son familia.

—Carlorino… —La voz de Italo se hace escuchar, y creo que no es por saludar al primo, sino como advertencia para que se mantenga alejado de mí.

Siempre ha sido celoso con nosotros dos.

—Italo, qué gusto verte —responde, pero su tono es indiferente —. Constance, sabes que cualquier cosa que necesites, solo basta una llamada al teléfono, ¿verdad?

—No te preocupes por eso. La cuidaremos —Italo le gruñe y, cansada de esta demostración territorial, solo asiento a Carlorino y me alejo de los dos, acercándome al ataúd.

El sacerdote comienza con las palabras finales y mi corazón se contrae porque sé que en pocos minutos daré mi último adiós a mamá.

Mis ojos arden de tanto llorar y siento como si una tonelada de peso me aplastara el pecho, impidiéndome respirar.

Cuando todo termina, deposito la última rosa sobre el ataúd antes de que lo bajen a la tierra.

—Vamos, Constance —me llama Italo.

Carlorino está a mi otro lado y sostiene mi mano mientras Italo solo camina conmigo.

—¿Quieres regresar a casa? —pregunta Italo.

Niego con la cabeza.

—Te llevaré a almorzar más tarde —dice Carlorino.

—No. Constance se quedará conmigo.

No espera la respuesta del primo y, después de casi obligarme a despedirme rápidamente de su madre, me guía hacia el coche.

—¿Ya no te preocupa lo que pensará Claudia?

—¿Qué?

—Nada. Olvídalo.

Y eso hace. Ignora que me hiere que ni siquiera en el funeral de mi madre haya tenido el valor de asumir nuestra relación.

Abre la puerta para mí y todo lo que sigue después parece una película borrosa, mal editada por un director incompetente.

Veo casi como desde afuera, como si no fuera yo quien vive la escena, cómo estaciona frente a nuestra cafetería favorita, pide nuestros sándwiches (los mismos que siempre comíamos en la adolescencia) y el café que nos gusta.

Es como ver una caricatura en video.

El restaurante es el mismo.

La comida también.

Yo, no.



Capítulo 11

El camino de regreso a la casa de sus padres fue silencioso y, cuando Italo entró conmigo, Claudia estaba en el vestíbulo. Nos miró a ambos, pero pareció distante.

Avergonzada, fui directamente al cuarto que mi madre ocupó hasta esa mañana, decidida a recoger nuestras cosas y devolverlas a los aposentos de los empleados, hasta que pueda decidir cuál será mi próximo paso.

Italo me dejó sola y dijo que necesitaba hablar con Claudia, lo que, de cierta forma, me alivió. Es demasiado íntimo para alguien que lleva tres años lejos de mí estar a mi lado mientras recojo las cosas de mamá.

Le dije que yo también necesitaba un tiempo sola.

Además, no puedo imaginarlo haciendo algo como recoger maletas para mi pequeña mudanza al piso inferior. Pensándolo bien, nunca lo había visto lavar un vaso o cargar algo pesado.

Abro la maleta que usé para traer nuestras cosas cuando la enfermedad de mamá empeoró y Claudia nos dijo que podíamos ocupar un cuarto de huéspedes.

Pasó aproximadamente media hora y apenas había colocado algunas prendas dentro de la maleta cuando mi celular sonó.

Al ver que era Italo quien llamaba, no entendía nada.

—*¿Quieres salir?* —me pregunta.

—¿Qué?

—*No puedo quedarme mucho tiempo en esta casa. Me siento asfixiado.*

—¿Pasó algo?

No tengo fuerzas mentales para dramas. No después de haber enterrado a mi madre hace apenas un par de horas. Las discusiones entre Italo y sus padres no son nuevas para mí, pero hoy simplemente no quiero involucrarme.

—*Lo de siempre. Aburrimiento por este lugar.*

—No quiero salir. Comencé a guardar las pertenencias de mi madre para…

—*Está bien, entonces, princesa. No creo que vuelva hoy, pero sabes que puedes llamarme cuando quieras, ¿verdad?*

—Sí, claro. Gracias —respondo automáticamente.

Gracias por dejarme sola en el día más difícil de mi vida simplemente porque estás aburrido.

Él cuelga después de un frío "te amo" y durante un largo rato sostengo el teléfono, mirándolo fijamente, procesando lo que acaba de pasar.

Mi cuerpo y mi mente están exhaustos, pero no al punto de poder ignorar la actitud egoísta y mezquina de mi novio.



Miro alrededor del cuarto para asegurarme de no haber olvidado nada y aprieto los ojos, conteniendo las lágrimas que amenazan con caer al ver la cama en la que, apenas unas horas antes, ella había estado acostada.

Levanto la maleta, pero la vuelvo a dejar en el suelo cuando mi celular vibra con la llegada de un mensaje. Por un instante, mi tonto

corazón cree que podría ser Italo, porque un amigo de verdad nunca dejaría solo al otro en un momento como este, ¿cierto?

Sí, me dejó. Porque al mirar la pantalla, no es su nombre el que aparece, sino el de un desconocido.

—¿Hola?

—Constance.

Ruggieri.

No tengo su número de celular y ni siquiera sospechaba que él conociera el mío, aunque eso no debería sorprenderme. Dudo que muchas cosas pasen desapercibidas para el hijo mayor de Claudia.

—*Signor* Marchese Trovato.

No me corrige. Empecé a llamarlo así desde que entré en la adolescencia y nunca me dijo que usara solo su primer nombre.

—¿Necesitas algo?

La pregunta no viene acompañada de un falso lamento, compasión o bondad fingida.

Como Ruggieri, es cruda y directa. No intenta adornar ni fingir una amistad inexistente entre nosotros. Es la pregunta de un ser humano a otro que está en una situación difícil y, aun así, tiene un peso enorme para mí, porque viene de él.

Dudo que tenga el hábito de preocuparse por alguien que no sea de su familia hasta el punto de ofrecer ayuda.

Entiendo que lo hace por respeto a la lealtad de mi madre hacia su familia y, aun así, me conmueve que haya tomado un momento de su día para recordarnos.

—No. Estoy bien, gracias.

—Nadie que pierde a su único familiar puede estar bien. Guarda este número. Es personal. Puedes contactarme si es necesario.

Cuelga sin despedirse y, aun siendo tan frío e impersonal, hay más en la oferta de Ruggieri que en todo lo que Italo hizo durante la mañana, porque, a diferencia de mi novio, él toma la responsabilidad en sus manos. No espera que alguien le sirva.

Quizás no sea justo compararlos, pero ya no puedo ver a Italo con *lentes color rosa* como antes. Cada vez veo más sus colores reales y percibo que la tonalidad debajo de la fantasía que creé en mi cabeza, a la que me he aferrado todos estos años, no me agrada.

Bajo las escaleras y noto que la casa está silenciosa.

¿Y por qué no lo estaría? Que yo sepa, solo estamos Claudia y yo aquí.

Porque eres una tonta crédula que, en el fondo, tenía la esperanza de que Italo no se hubiera ido, pero sí, te dejó sola el día que tu madre murió porque se sentía "aburrido".

Mi pecho se aprieta, pero poco después, la rabia comienza a hervir en mi sangre.

Por más que haya dicho que quería un tiempo sola al llegar a casa, ¿qué tipo de persona toma eso literalmente?

Dejo la maleta en el cuarto en el que vivimos toda la vida y, para distraerme, decido recoger la ropa de mi madre de sus armarios y separarla para donación.

Además de los objetos personales, hay cajas con recuerdos del pasado. Cuando abro una y veo una fotografía mía con mamá en mi primer día de jardín de infantes, la vuelvo a colocar en su lugar porque no estoy lista para enfrentar eso aún.

Con toda la ropa ya separada, decido revisar si hay alguna cuenta por pagar. Mi madre era muy responsable con sus compromisos y odiaría deberle a alguien.

Me siento en la única silla del cuarto, cerca del escritorio que uso para estudiar, y tomo la caja de metal con tapa de acrílico donde guardaba nuestras cuentas pendientes.

Nunca la había tocado porque simplemente no lo necesitaba. Mamá siempre estuvo al frente de todo.

Dentro, hay una factura de celular que vence a fin de mes y algunas tarjetas de crédito viejas, ahora inválidas, que le gustaba coleccionar. Sin embargo, lo que me llama la atención es un sobre con membrete de Marchese Trovato, dirigido a mi madre.



Capítulo 12

No me siento cómoda abriendo la correspondencia, pero necesito saber de qué se trata porque no encuentro ninguna razón para que alguien de la familia Marchese Trovato le enviara una carta a mi madre, sobre todo cuando doy vuelta el sobre y veo que el sello que lo cerraba pertenece al padre de Italo.

El sobre parece amarillento, como si fuera antiguo, y cuando saco la carta de adentro, estoy segura de que no se trata de una correspondencia reciente.

Mi corazón se acelera al abrir la carta, porque aunque no tengo idea de lo que esperar, la intuición me dice que estoy a punto de sumergirme en algo que cambiará mi vida para siempre.

Y esa premisa se confirma al leer la primera línea del mensaje.

"Mi querida Abigail".

Mi estómago se revuelve en nudos porque claramente es un trato íntimo del padre de Italo hacia mi madre.

Comienzo a leer y cada frase se clava en mi pecho como una daga afilada.

"Nunca habrá palabras suficientes para expresar cuánto lamento los errores que cometí. Fallé contigo, con nuestra hija y, sobre todo, con lo que podríamos haber sido. No pasa un día sin que me arrepienta de no haber tenido el coraje de luchar por nosotros. Pero en aquel entonces fui cobarde. Elegí la seguridad de mantener las apariencias, mi nombre y posición, en lugar de decidirme por lo que era correcto.

Cuando me contaste que esperabas a Constance, quise dejar todo atrás, pero no pude porque un hombre en mi posición no tiene derecho a seguir simplemente al corazón.

Sí, por más que no lo creas, Abigail, tengo un corazón, y fue y siempre será tuyo, pero nunca pude ser el compañero que merecías ni un padre para nuestra hija.

Aceptar mi invitación y traer a Constance a esta casa fue un acto de generosidad que solo una mujer maravillosa como tú podría haber tenido.

Soy un pecador, Abigail, y tú, mi ángel y único amor.

Además de un corazón inmenso, eres valiente.

No tienes idea de cuántas veces quise abrazar a nuestra hija y decirle que soy su padre, pero eso habría destruido todo lo que luché por construir durante toda mi vida.

Constance está mejor sin saber quién soy. Tú le diste un hogar, amor y la libraste de la humillación de ser llamada bastarda.

Veo a mis hijos creciendo juntos (Italo y Constance son inseparables) y siento que Dios perdonó parte de mis pecados, porque se aman como verdaderos hermanos.

Italo construyó con Constance el vínculo que nunca pude tener abiertamente con ella.

Abigail, eres la persona más fuerte que conozco. Imagino lo difícil que debió ser acercar a Constance a mí, pero con eso me diste la oportunidad, aunque a distancia, de admirar a la hija hermosa que tengo.

Siempre aprecié tu capacidad de amar incondicionalmente.

Espero que algún día puedas perdonarme. Nunca te merecí a ti y ciertamente no merezco a Constance.

Gracias por cuidarla, por darle la seguridad que yo no pude.

Con eterno arrepentimiento y amor,
Giado".

Leo la carta tres veces y luego corro al baño para vomitar. Por mucho que vomite, sigo sintiendo náuseas.

¡El señor Marchese Trovato es mi padre! ¡Eso convierte a Italo y Ruggieri en mis hermanos!

¡Bese la boca de mi hermano! ¡Casi me caso con él!

Jesús, ¿qué pasaría si nosotros hubiéramos…?

No, no puedo pensar eso o enloqueceré.

Camino de un lado a otro dentro del cuarto, desesperada, sin saber qué hacer.

No, sé lo que necesito hacer. Irme. Aun así, no logro organizar en mi mente confusa una línea temporal.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento las lágrimas recorriendo mi cuello.

Siento asco de mí misma porque guardar el secreto de mi madre sobre mi relación con Italo casi provoca una tragedia.

¡Giado Marchese Trovato es mi padre!

Ese cobarde permitió que la mujer que supuestamente amaba viviera en un cuarto pequeño con la hija que tuvo con ella sin asumir nunca responsabilidades, ni emocionales ni financieras.

Recuerdos de mi madre trabajando en fiestas aquí a lo largo de los años, siempre con una sonrisa en el rostro, cuando por dentro debía sentirse mortificada, llenan mi mente.

¡Ni siquiera fue al funeral!

No le importó cómo me sentía o si necesitaba algo. Incluso Ruggieri, el hombre sin corazón, me ofreció apoyo.

¡Giado Marchese Trovato es un monstruo débil y cobarde!

Pobre Claudia. ¿Lo sabía? No es posible que lo supiera, o no habría aceptado que le restregaran en la cara a la hija de su amante.

Ahora entiendo por qué mi madre, siendo todavía tan hermosa, nunca tuvo un novio. Ya había tenido un amor, uno que le rompió el corazón y la humilló durante años, desfilando con su familia perfecta frente a ella. ¿Y todo para qué? ¿Para que él tuviera la oportunidad

de verme todos los días y decirle que hizo un buen trabajo criándome?

Nunca he despreciado tanto a alguien como lo hago con Giado Marchese Trovato.

Mis sollozos son altos e incontrolables.

La puerta del cuarto se abre de repente y veo que es Claudia. Me mira, sorprendida.

—Oh, querida. Lo siento mucho. Yo también la quería. No debería haberte dejado sola hoy.

Me abraza y me siento aún peor. La madre de Italo no merece lo que le hicieron.

Todavía tengo la carta en las manos y, aunque dejo que me abrace, no correspondo porque sé que me odiará cuando descubra quién soy.

—Necesitamos hablar —digo, dando un paso atrás.

Finalmente, ella mira mis manos.

—¿Qué es eso?

No puedo hablar, así que simplemente le extiendo la carta. Mis manos tiemblan ligeramente mientras le entrego el pedazo de papel.

Al principio parece confundida, pero pronto su expresión cambia a horror y se sienta en la cama.

Cuando termina, está llorando.

—Nunca me sentí tan avergonzada en la vida. Perdóneme.

—¿Por qué? No tienes culpa de nada de lo que está escrito aquí. En realidad, ni Abigail tiene la culpa. El único culpable es Giado. Por lo que entiendo, tu madre solo intentó protegerte.

—No comprende…

—¿Qué no entiendo, querida?

—Italo y yo…

—¡Dios mío! Estaba tan abrumada con el descubrimiento que recién ahora me doy cuenta. Eres media hermana de mis hijos.

—Sí. Pero Italo y yo… hemos estado de novios por tres años y…

—¡Jesucristo! Ustedes dos…

—No, nunca pasó nada más que besos, pero estoy desesperada. ¡Bese a mi hermano!

—Fueron inocentes en esta historia, Constance, pero necesitamos hablar.



Capítulo 13

El horror de la situación es casi demasiado para que pueda soportarlo, cuando ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde que enterré a mi madre.

—¿Conversar?

—Sí, querida. Un poco antes de que Italo se fuera, vino a hablar conmigo. Me contó sobre ustedes. Nunca sospeché nada. Para mí, eran como hermanos. Solo hoy supe que el interés que siempre tuvieron se transformó en amor de hombre y mujer. De hecho, me puse un poco desconfiada cuando los vi juntos en el pasillo ayer, pero jamás pasó por mi cabeza que fuera algo tan serio.

—Antes de hablar sobre Italo, quiero decirle que no puedo pedir perdón por los pecados ajenos, señora Marchese Trovato, y aun así lo haré.

—Llámame Claudia, y tutéame. Y no necesitas pedir perdón. Sin embargo, tenemos un problema enorme entre manos. Italo me dijo que planea pedirte matrimonio en su cumpleaños número veintidós.

Sabía que eso sucedería tarde o temprano, y aunque no tenía la menor intención de aceptar la propuesta (de hecho, estaba más que decidida a romper con Italo dentro de unos días), siento que mi corazón se quiebra al pensar en cuánto lo voy a lastimar cuando le

cuente toda la verdad y la razón por la que nunca podremos ser nada más que amigos.

Con mi silencio, Claudia continúa:

—Él está enamorado de ti, Constance. Italo me dijo que eres la elegida.

—¡Oh, Jesús! —Me cubro el rostro con ambas manos.

—Sí, lo sé, querida. Tenemos que pensar cómo resolver este enredo.

—No hay nada que pensar. Le diré toda la verdad a Italo y…

—No, por favor, te lo imploro. No hagas eso. No puedes contar la verdad. Arruinarías a mi familia. Ruggieri nunca perdonaría al padre y a Italo… —Ella se detiene, respirando hondo—. Eso lo devastaría. Por favor, tienes que prometerme que no le dirás nada a nadie.

Ella vuelve a llorar y la miro, tratando de entender la situación desde la perspectiva de la mujer que, junto a mi madre, fue humillada por el canalla que contribuyó a mi nacimiento.

No puedo hacer eso con Claudia. ¿Qué podría resultar bueno de mi revelación, más allá de dolor y resentimiento?

Ella tiene razón. La verdad destruiría a la familia Marchese Trovato.

—Prometo que no diré nada. Me iré.

—No es tan simple, Constance. Si conoces a Italo, debes saber que nunca te dejaría ir. No se rendirá hasta entender por qué no quieres casarte con él, si lo amas.

Podría explicarle que no lo amo como hombre, como creía cuando tenía quince años, pero prefiero quedarme callada.

—Tarde o temprano tendrá que renunciar a mí.

—Constance, conoces a Italo de toda la vida. ¿De verdad crees que renunciaría a ti? A menos que tú quieras…

—¿Qué?

Ella se seca los ojos.

—Dios mío, estoy siendo egoísta. A menos que quieras que Giado te reconozca como hija. Tienes derecho a ser tratada como tal.

—Leí la carta, Claudia. Nunca tuvo el valor de reconocerme y no creo que fuera por respeto a ti, sino para no manchar su propia

reputación. No quiero nada que venga de ese hombre. Ni el nombre, ni un centavo suyo.

—Te entiendo, hija. En tu lugar, yo tampoco aceptaría una moneda de ese desgraciado. Estoy tan dolida, Constance.

—No puedo imaginar lo que sientes. Estar casada con alguien toda la vida y descubrir que es un traidor… No voy a fingir que comprendo, pero tienes toda mi solidaridad. Como te dije, me iré y…

—No servirá de nada, Constance. Si realmente quieres que Italo te olvide, debes tomar una medida drástica.

—¿Cómo cuál, por ejemplo?

—Hay una solución. No es la ideal, pero es la única que se me ocurre. Está claro que necesitas irte, pero no bastará con salir de esta casa; tienes que salir del país.

—¿Qué? ¿Ir a otro país? ¿A dónde?

—A un convento. Puedes decirle a Italo que necesitas paz, que buscas algo que cure el dolor por la pérdida de tu madre. Él no podrá luchar contra eso porque te ama y entenderá y respetará tu necesidad de espacio.

—¿Un convento? —repito, incrédula, pero al mismo tiempo entiendo adónde quiere llegar, porque si me quedo disponible, Italo no aceptará un no como respuesta, a menos que le revele toda la verdad, lo que destruiría a su familia.

—Sí. No estoy diciendo que te conviertas en monja. Puedo enviarte a Suiza, a una escuela solo para señoritas, donde yo estudié. Conozco a la madre superiora. Allí puedes ser novicia. Será realmente bueno para sanar tu corazón y después de unos meses, mi hijo perderá la esperanza. Es joven y atractivo, Constance. Encontrará esposa sin esfuerzo.

Ella hace una pausa, pareciendo incómoda.

—¿Qué sucede?

—Los hombres tienen necesidades. Italo me contó que, incluso amándote, tiene diversas amantes en Sicilia y muchas más repartidas por Europa, porque así son los hombres de mi familia. En algún momento, encontrará a una buena mujer para casarse.

Intento apartar el impacto de saber que mientras yo ni siquiera iba al cine con amigas, él dormía con mujeres a mis espaldas.

—¡Oh, Dios! Pensaste que él era fiel.

—Sí, pensé eso.

—Ninguno lo es, querida. Siempre supe de las infidelidades de mi esposo, pero jamás imaginé que traería a la amante a mi casa… Perdóname por hablar así de nuestra pobre Abigail, que Dios la tenga en un buen lugar. Digamos que nunca pensé que traería a una de sus mujeres a vivir bajo el mismo techo que yo y nuestros hijos.

Mis mejillas se enrojecen de vergüenza.

—¿Entonces aceptabas las traiciones?

—Constance, llevas tiempo aquí suficiente para conocer a los tres hombres de mi vida. Ningún miembro de la Cosa Nostra es fiel. Su lealtad es solo hacia la *famiglia*.

Casi cuestiono si acaso consideran a la esposa parte de la *famiglia*, pero ya no me importa. Solo quiero alejarme de ellos y el plan de Claudia me parece perfecto.

—¿Y si viene tras de mí? —pregunto.

—No lo hará. Hablaré con mi hijo al respecto. Le explicaré que necesitas vivir tu duelo.

—Está bien. Iré al convento, pero ni siquiera sé cómo empezar a prepararme para el viaje. No tengo pasaporte ni nada.

—Gracias por ser tan generosa, Constance. Sé que te estoy pidiendo mucho, pero estás salvando a esta familia. Y por eso, te estaré eternamente agradecida. En cuanto a los preparativos, no te preocupes. Yo me encargaré de todo.



Capítulo 14

Han pasado tres días desde que mi madre murió y descubrí que mi novio, en realidad, es mi medio hermano.

Setenta y dos horas en las que Italo no intentó ponerse en contacto conmigo ni una sola vez, a pesar de que mi celular siempre estuvo cargado y cerca mío.

Si esto hubiera sucedido antes del descubrimiento, probablemente mi corazón estaría roto, porque aunque estaba segura de que nunca me casaría con él, ya que no lo amaba de la manera que él deseaba, no puedo evitar pensar que no se abandona a un amigo que acaba de perder a su madre y se marcha sin dar noticias. Mucho menos si esa amiga es la persona con la que dices que quieres casarte.

A pesar de que él había prometido estar a mi lado, simplemente desapareció y ahora, sabiendo lo que sé, que me estaba engañando, estoy decidida a no permitir que esto me afecte más de lo que ya lo ha hecho en los últimos días.

Su ausencia resultó beneficiosa para nuestros planes, porque me dio el espacio necesario para organizar todo con Claudia respecto a mi mudanza a Suiza.

Pasé el tiempo ordenando mis cosas y tratando de encontrar algún sentido en medio del caos. Mi mente estaba en un torbellino constante, y cada acción (doblar una prenda, guardar un libro,

separar documentos) era un intento de recuperar algo de control sobre mi vida.

La madre de Italo se encargó de todos los detalles prácticos del viaje, asegurándose de que nadie de la familia supiera de los preparativos.

Su esposo (jamás llamaré "padre" a ese desgraciado) no volvió de la cabaña donde ha pasado la mayor parte del tiempo durante los últimos años, y Ruggieri tampoco me llamó nuevamente.

La partida hacia Suiza era necesaria, pero aun así me sentía como si estuviera huyendo.

Habría sido peor si no fuera por el total desinterés de Italo por mi bienestar. Incluso Carlorino llamó algunas veces para preguntar si necesitaba algo.

Hoy, en la mañana de mi partida, la casa está sumida en un silencio casi sepulcral. El chofer de Claudia me espera afuera mientras me despido de la matriarca Marchese Trovato.

Todavía me siento incómoda al saber que mi madre tuvo un romance con su esposo. Aunque diga que sabía de sus infidelidades, ¿qué tipo de canalla trae a la ex amante y a la hija de esa relación bajo la nariz de su esposa?

Jesús, tantas cosas podrían haber salido mal.

Italo y yo estábamos siempre juntos, y si no ocurrió nada inapropiado entre nosotros, fue por su antigua idea de que yo debía casarme virgen.

Pensar en ello revuelve mi estómago otra vez, pero me recuerdo que nada pasó.

Salgo de la casa sin mirar atrás, después de prometerle a Claudia que la llamaría si necesitaba algo.

Ella fue insistente en su ayuda. En un abrir y cerrar de ojos, ya tenía garantizada mi entrada al colegio de monjas, pasaporte y boleto de avión comprados.

También se encargó de que recibiera el seguro de vida que mi madre dejó para mí e insistió en que aceptara un regalo en dinero. Acerca de eso, fui firme y le dije que no.

Sé que Claudia tiene dinero de su familia, de sus padres, pero no quiero nada que provenga de los Marchese Trovato.



Al día siguiente, pese a que el vuelo fue tranquilo, aterrizo en Suiza con la mente aún sobrecargada.

No manejo bien los cambios bruscos. Crecí dentro de la burbuja protectora que mi madre creó para mí y ahora estoy sola en el mundo, en un país extraño, por mi propia cuenta, lejos de la única casa que he conocido.

Mirando por la ventana del avión mientras espero que la tripulación nos autorice a bajar, veo las montañas nevadas y me digo a mí misma que puedo hacerlo. Cuando mi madre quedó embarazada, ella también estaba sola en el mundo y logró sobrevivir.

Una hora y media después, llego al convento y soy recibida por una monja con una sonrisa tímida pero cálida, y palabras amables.

El lugar está aislado, rodeado de montañas y árboles.

Exhala paz por cada centímetro, lo que contrasta con la tormenta de tristeza que llevo dentro.

Después de instalarme en un pequeño cuarto, me siento en la cama y miro la maleta, todavía cerrada, en el suelo.

La tentación de posponer lo que debo hacer es grande, pero no puedo.

Saco el teléfono de la mochila y, antes de que una crisis de ansiedad me paralice, decido llamar a Italo.

El celular suena varias veces hasta que contesta.

—Constance, amor. Perdón por no haberte llamado antes, pero prometo que volveré a casa mañana.

Mañana. Casi una semana después de la muerte de mi madre y, probablemente, solo porque lo llamé yo.

Respiro hondo.

—No estoy en casa, estoy en Suiza.

—¿Qué? ¿Cómo pudiste ir a Suiza sin que yo lo supiera?

—Estoy en un convento. Necesitaba un tiempo para mí, Italo. Tu madre me ayudó con todo.

Hay un silencio al otro lado de la línea durante varios segundos.

—¿Por qué no me dijiste nada antes de irte?

¿Qué? ¿Eso es todo lo que me pregunta?

Estaba a punto de proponerme matrimonio... Me escapé a Suiza y lo que importa es ¿por qué no le pedí permiso para viajar?

—Porque sabía que intentarías convencerme de quedarme, porque quieres casarte conmigo. No estoy lista para asumir ningún compromiso ahora. Mi cabeza está hecha un caos.

—¿No estás lista para asumir un compromiso? ¡Los dos sabemos lo que sentimos el uno por el otro! ¿Qué más necesitas entender?

Me quedo tiesa, mientras reflexiono:

¿Qué sentimos el uno por el otro, Italo? Alguien que ama no traiciona ni abandona, como lo hiciste conmigo en el momento más frágil de mi vida.

Pero sé que no puedo reprochárselo, porque no hay futuro para nosotros.

—Necesito entenderme a mí misma. Estoy demasiado triste por la muerte de mi madre. Quiero un tiempo lejos de todo, para ordenar mis pensamientos.

—¿Estás rompiendo conmigo? —Su tono demuestra incredulidad y rabia.

—No digo que este sea el fin para siempre —comienzo, porque sé que si acabo todo ahora, tomará el primer vuelo y vendrá tras de mí —, solo necesito espacio. Esto no es sobre ti. Es sobre mi dolor.

—Está bien. Si crees que necesitas este tiempo, lo permitiré. Pero quiero que sepas que estaré esperándote.

Algo en la forma calmada en que acepta mi deseo de aislamiento me hace querer gritar.

Casi puedo notar satisfacción en su voz.

¿Por qué?

Claro, es tan obvio.

Eres una idiota, Constance. Porque contigo en el convento, tendrá lo mejor de ambos mundos: la seguridad de una futura esposa intacta y la libertad de seguir de juerga.

—Gracias por ser tan comprensivo —digo casi en un susurro, cuando en realidad quiero decirle que lo odio en este momento.

Sí, soy un completo caos por dentro.

—No tienes que agradecerme. Solo dime cuando estés lista para mí y iré por ti.

Unos minutos después, en los que respondo a las preguntas que me hace, corta la llamada.

Incluso si no fuéramos hermanos, Italo nunca habría sido el hombre adecuado para mí.

Un hombre enamorado no dejaría a su amor solo en un momento de sufrimiento.

Aunque todo entre nosotros fuera posible, y no existiera ninguna barrera insalvable, sus acciones en los últimos días habrían consolidado el fin de nuestra historia.



Capítulo 15

Sicilia

—Doctor Marchese Trovato, su hermano está en la línea dos. Dice que necesita hablar con usted —dice la secretaria, entrando en mi oficina.

Claro que necesita hablar. Probablemente está metido en algún lío y quiere que yo lo saque de problemas.

Suspiro, irritado, tamborileando los dedos sobre la superficie de vidrio de mi escritorio.

Italo está buscando atención y eso está molestando a nuestro Don, Stefano. Me ha dejado manejar a mi hermano, pero sé que si Italo sigue actuando como un niño, pronto tendré que darle un ultimátum.

Está intentando hablar conmigo desde temprano, pero deliberadamente he estado ignorando sus llamadas, porque pensar en mi hermano me hace recordar a su futura esposa, y no quiero que mi mente vaya en esa dirección.

—Pásame la llamada —respondo al fin, y la veo salir.

Segundos después, mi teléfono suena.

—¿Qué quieres, Italo?

—Ya no habrá boda, al menos por ahora.

Hay un tono de angustia en su voz que inmediatamente me pone en alerta.

—Pensé que amabas a Constance.

—La amo. Estoy loco por esa mujer, pero necesitó aislarse un tiempo.

—Continúa.

El idiota me cuenta que desde el día en que Abigail murió hasta hoy no volvió a casa, y que recibió una llamada de su novia hace poco, avisando que estaba en Suiza y que fue hasta allá con ayuda de nuestra madre.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¿Dónde crees? Relajándome —dice, con un tono de risa en la voz.

—Con mujeres, supongo.

—Sí.

—Eres un imbécil, Italo, y tienes suerte de que no estés frente a mí, porque te quedas sin tus malditos dientes. ¿La madre de tu mujer muere y tú desapareces? ¿Y si ya estuvieran casados? Eres un niño. No tienes idea de lo que significa una familia. No abandonamos a los nuestros durante un duelo. Nunca los abandonamos.

—No sé cómo lidiar con la muerte.

—¡Vete al infierno, egoísta de mierda! ¿Y crees que ella lo sabe? ¡La niña tiene dieciocho años!

—Constance decidió entrar a un convento para trabajar su dolor. —Hace una pausa, como esperando mi reacción. Cuando permanezco en silencio, continúa—. *Dijo que necesitaba tiempo para ordenar su cabeza. ¿Crees eso posible?*

¿Constance, en un convento?

—¿Y estás satisfecho con esa decisión? —pregunto, con sarcasmo en la voz. Sé que Italo rara vez piensa en alguien más que en sí mismo, y no creo que su tono alegre signifique que piensa que Constance estará bien en Suiza.

—Claro que sí. —Se ríe—. *Así sé que estará segura, y también que me será fiel mientras yo disfruto un poco más antes de atarme de verdad.*

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, y sostengo el teléfono con tanta fuerza que no entiendo cómo no se rompe en dos.

La falta de consideración de Italo hacia su novia es vergonzosa.

—Realmente crees eso, ¿no? ¿Piensas que ella va a quedarse esperando mientras tú disfrutas de la vida?

—Ella es mía, hermano. Además, está atrapada entre monjas, en un convento en el fin del mundo, en Suiza. Solo le estoy dando el espacio que pidió. Pero, al final, Constance volverá a mí.

—Si entró en un convento, ahora es novia de Cristo. Y, francamente, Él es un rival muy difícil de superar.

—Constance me ama.

—Tal vez. O quizá haya renunciado al matrimonio para siempre.

—Ella me pertenece. Y si no es mía, no será de nadie más.

Sí, es un maldito niño.

—Tienes problemas más serios que preocuparte por tu novia monja, Italo. Si ya no necesitas estar con Constance, vuelve a Sicilia. Estás caminando sobre la cuerda floja con Stefano, y tienes mi palabra de que si te resbalas otra vez, no intervendré. Te dejaré que te partan en dos.



La casa de Ortensia, la madre del Don, es tan lujosa como la de mis padres en Estados Unidos, pero aquí hay calor humano.

Puedo ver en el rostro de la matriarca la satisfacción de tener a todos sus hijos reunidos mientras camino con Stefano hacia la biblioteca.

Desde que descubrí la traición de mi madre, no me siento cómodo aquí. Es como si fuera una intruso, entre aquellos con los que no merezco estar.

Dentro de unos minutos se servirá la cena, pero esta misma noche, más tarde, tendremos una reunión importante con miembros de varias familias de la Cosa Nostra.

—¿Cómo va el pago para la liberación de la carga? —pregunta Stefano al cerrar la puerta.

Sé que se refiere a los sobornos necesarios para asegurarnos de que las autoridades cierren los ojos ante nuestra última operación.

Hay un cargamento de armas siendo entregado en África y circulan rumores de que algunos agentes podrían interferir.

—Todo va según lo planeado. Los pagos se han hecho, no tendremos problemas.

Asiente, con una expresión satisfecha.

—¿Por qué Italo sigue en Nueva York?

No me sorprende el cambio de tema. Su mente nunca descansa.

—La madre de su novia murió. Tenía la intención de celebrar su cumpleaños allí y pedirla en matrimonio durante la celebración, pero parece que los planes se pospondrán.

—Debes controlarlo, Ruggieri. Darle a Italo cualquier posición de relevancia dentro de la familia está fuera de discusión. Desde que llegó hace tres años, no ha cumplido con las expectativas.

—Ya me lo imaginaba. Y tampoco sirve para las oficinas.

Me mira y sé lo que está pensando: Italo no sirve para nada más que para emborracharse y causar problemas.

—Casi quita la virginidad de una de las hijas de los Leone. ¿Sabes lo que eso significaría si hubiera pasado? Tu hermano podría despedirse de esa novia americana. Tendría que casarse con la heredera Leone. Estoy pensando en enviarlo a Las Vegas. Es una forma de tener a uno de mis hombres vigilándolo las veinticuatro horas del día y, al mismo tiempo, mantenerlo lejos de mi vista.

Su tono no cambia, porque Stefano, como yo, no amenaza. El enemigo ni siquiera sabe que será eliminado hasta que es demasiado tarde.

—Haz lo que sea necesario. Tú eres nuestro Don. Apoyaré cualquier decisión que tomes.



Capítulo 16

—¿La comida es de tu agrado, hijo? —pregunta Ortensia, y yo miro a la mujer que considero una fortaleza en todos los sentidos que importan en mi mundo.

Ella perdió el movimiento de las piernas cuando sufrió un atentado junto a su esposo, lo que provocó la muerte de él y la dejó en una silla de ruedas para siempre.

Los seis hijos todavía eran pequeños cuando ocurrió, y aun así, ella pospuso su propio duelo por la muerte de su marido y ayudó a Stefano durante su primer año al mando como Don.

No hay una sola alma dentro de la Cosa Nostra que no la admire por su capacidad de levantarse en medio del caos. Es una superviviente de una tragedia que casi la destruye.

Me sorprendo pensando en mi madre, que no posee ninguna de las cualidades necesarias para ser una reina de la mafia, salvo la habilidad para manipular.

Luego pienso en Constance.

A primera vista, la rubia parece frágil, habla demasiado y es torpe, o quizás esa era la impresión que guardé de ella, basada en las veces que la vi mientras crecía en mi casa.

Sin embargo, nuestros últimos encuentros me mostraron que no solo tiene cerebro, sino también una lengua afilada.

Una reina de la mafia no puede ser una mariposa, un cristal que se quiebra al mínimo contacto. Necesita tener sangre caliente en las venas y eso, no tengo dudas, Constance lo posee en abundancia.

Pero de qué sirve una reina si dudo que el hombre con quien decidió casarse, mi hermano menor, tenga siquiera la capacidad de manejarse a sí mismo, y mucho menos de dirigir una familia.

—Sí, está todo delicioso, *signora* —respondo.

—¿Nunca vas a cambiar esa formalidad, Ruggieri? ¿No sabes que para mí es como si fueras un hijo?

Por un momento, la observo en silencio.

¿Ella sabe? ¿Ortensia sabe que la han traicionado?

No, no guardaría un secreto así. No quisiera estar en la piel de Claudia si la matriarca Lattanzi Trovato descubriera la verdad.

—Es un hábito. En mi mente, es Ortensia.

—Así está mejor, entonces.

Me cae bien Ortensia, pero siempre que estoy frente a ella siento que cargo con los pecados de su esposo y de Claudia.

Me siento incómodo, porque en mi cerebro una voz me recuerda constantemente que mi presencia aquí es un error.

Cuando termina la cena, nos levantamos y nos dirigimos a la salida.

Los seis hermanos y yo iremos a la reunión convocada por el Don de la familia Lucchese.

Orestes Genovese[2] también estará presente. Supongo que, entre otras cosas, asistirá porque quiere reafirmar el compromiso de casar a su hija, Mariangela, con Cesare, uno de los hermanos de Stefano, capo y responsable de todas nuestras operaciones internacionales de armas.

Los matrimonios por conveniencia en nuestro medio son movimientos estratégicos, donde cada parte del acuerdo tiene algo que ofrecer y algo que recibir. En nuestro caso, sin embargo, siempre nos aseguramos de ser quienes obtengan las mayores ventajas.

Cesare está prometido a Mariangela Genovese desde hace años, y la alianza entre ambas familias hará que nosotros controlemos, en un futuro donde Orestes Genovese ya no esté en este maldito planeta, toda su fortuna. También los negocios de ellos pasarán a nuestras manos.

Una hora después, tras realizar las verificaciones de seguridad dignas de una operación militar, en las que soldados de las seis familias presentes inspeccionaron cada rincón de la propiedad donde nos reunimos, los Dones se sientan mientras los capos, subcapos y consejeros permanecen de pie detrás de ellos.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que esta reunión es necesaria —comienza Stefano.

—Sí —es la primera intervención de Orestes Genovese.

No me gusta ese hijo de puta. Siento que hay algo extraño en él, a pesar de que durante todos estos años ha sido un aliado.

No logro identificar bien qué es, quizá su necesidad constante de agradar o que habla demasiado.

Los charlatanes tienen vida corta dentro de la Cosa Nostra. En una organización donde los secretos pueden significar supervivencia, una boca suelta es casi una sentencia de muerte.

Observo a todos los Dones asentir con Stefano, y cuando termina el protocolo inicial, la discusión comienza de verdad.

Durante más de una hora, en la sala de reuniones improvisada (en realidad, un galpón de una finca), se tratan diversos temas: desde rutas de los barcos para el contrabando de armas, lavado de dinero, hasta asuntos más importantes como investigaciones de fiscales sobre capos y soldados de cada familia.

No hay mesa. Solo sillas incómodas que apenas acomodan a los hombres sentados, porque todos quieren ver las manos de los demás y no ser sorprendidos en un ataque.

La impresión que da el círculo de seis Dones es casi de camaradería, pero la verdad es que en nuestro mundo, las alianzas se forjan y se rompen en un parpadeo. Quien es tu aliado hoy, mañana puede ser tu enemigo mortal.

Miro alrededor, observando los rostros de los hombres que tienen la responsabilidad de liderar sus familias dentro de la Cosa Nostra.

Algunos nacieron para liderar; otros, como Orestes Genovese, son un error y recibieron un cargo para el que no están calificados.

—Como último punto en la agenda, sugiero discutir un aumento de las tasas que cobramos por la protección de los comerciantes —dice el Don de la familia Lucchese.

—Sí, y esta cuestión es fundamental debido a los recientes incrementos en los "incentivos" que las autoridades portuarias han exigido para liberar nuestra carga —complementa el líder de los Bonano—. Recomiendo que traslademos este gasto extra a los comerciantes. Si pagamos más para que los puertos liberen nuestras cargas, cobraremos más para mantener la ciudad segura.

—Estoy de acuerdo —dice Stefano—. La liberación de las cargas es urgente. En Nueva York quieren implementar nuevos sistemas de escaneo de contenedores. Para contrarrestarlo, tendremos que pagar más a los malditos agentes portuarios para que miren hacia otro lado.

Tenemos hombres infiltrados en los puertos, pero incluso ellos tienen dificultades para evadir la vigilancia de quienes no se dejan corromper.

Cuando el riesgo de ser atrapados aumenta, solo una cantidad significativa justificaría que arriesgaran sus vidas por nosotros.

—No me gusta la idea de pagar cada vez más —interrumpe Orestes Genovese.

—¿Cuál sería la otra solución? —pregunta Bonano, irritado—. No podemos dejar de usar los puertos.

—No lo sé. Aceptar la demanda de ellos nos pondría de rodillas.

—No aceptar la demanda nos haría perder contratos —intervengo, ya irritado con el imbécil.

—Podemos simplemente hacerlos desaparecer —responde el cretino.

—¿Con todos los agentes portuarios alrededor del mundo? —interrumpe Luciano, otro hermano de Stefano, por primera vez—. No es solo una propuesta irreal, sino estúpida. No eliminamos a autoridades a menos que sea absolutamente necesario.

Tiene razón. Hoy en día, podemos contar con los dedos de ambas manos cuántas veces matamos a jueces, fiscales o inspectores.

—Algo que era común hace treinta años, el "desaparecer" a autoridades —intervengo otra vez—, hoy no solo dejaría un rastro de sangre que nos pondría al mundo encima, sino que también podría significar el fin de toda una familia, si se hiciera una investigación a fondo y se llegara al Don.

Todos me miran con respeto porque saben que ya saqué a hombres de la cárcel que tenían condenas prácticamente seguras. También soy quien hace magia con el dinero, convirtiendo lo sucio en legal de forma irrastreable.

—¿Qué sugieres? —pregunta Lucchese.

—Por ahora, es necesario aumentar las tasas de las coimas. Como sugirieron, podemos trasladarlas a los comerciantes. Además, necesitamos rutas secundarias, alternativas, que no atraigan tanta atención. Podemos usar transportistas más pequeños para dividir las cargas, haciéndolas menos visibles.

—Estoy de acuerdo —dice Massimo, hermano y consejero de Stefano—. También es hora de invertir en tecnología para despistar los sistemas de rastreo. Eso exigirá recursos, pero es mejor que perder cargamentos enteros.



Capítulo 17

Suiza

Dos años después

Los días en el convento pasan despacio y dentro mío siento que voy en dirección opuesta.

Mi corazón está agitado. Quiero irme, pero tengo la sensación de que caí en una trampa.

Han transcurrido dos años desde que llegué aquí y el deseo de Italo de casarse conmigo no ha retrocedido ni un milímetro.

Me llama por teléfono todas las semanas, hace planes, y no importa cuánto le mienta diciendo que no tengo ninguna intención de irme de aquí y que voy a dedicar mi vida a Cristo, él ignora mis palabras y cada maldita vez me habla sobre nuestro futuro.

Suspiro y me acerco a la ventana de mi cuarto, pensando en cómo mi vida está estancada. Por un lado, el silencio y la sencillez del día a día en el convento me han permitido vivir mi duelo en paz, pero sigo sintiéndome tan perdida como cuando llegué.

Al principio, pensé que tendría en Claudia una amiga, pero desde la primera vez que hablamos después de que llegué a Suiza, ella se mostró distante.

¿Quién podría culparla? Soy la prueba viva de la traición de su esposo.

La verdad es que, fuera de algunos llamados esporádicos en Navidad o en mi cumpleaños, la única persona con la que hablo de mi vida anterior es Italo y, de vez en cuando, con Carlorino.

Con Italo no son conversaciones; son discusiones, porque siento que su paciencia se está agotando.

De mi parte, solo queda la memoria de lo que alguna vez fuimos, de la amistad que tuvimos, porque el hombre traidor, sin empatía y mentiroso no se parece al Italo de mi infancia.

La vida no ha sido solo tristeza, sin embargo, porque Dios puso dos ángeles en mi camino. Lexi y Romy son mis únicas amigas en el mundo entero. Mi refugio seguro.

Lexi es mitad italiana y estudió en el mismo colegio de monjas en el que soy novicia, pero ahora está casada con un siciliano.

Lo que ocurrió entre nosotras fue amor a primera vista, y ese amor se extendió a Romy, que fue enfermera de la abuela de Lexi. Aunque ninguna de ellas sabe sobre mi pasado, mantenemos contacto y nos apoyamos mutuamente. Incluso fui a Sicilia algunas veces a visitarlas, en las únicas salidas que he hecho del convento desde que me mudé aquí.

Lexi es astuta y desde el primer momento en que hablamos se dio cuenta de que no tengo vocación para ser monja.

La conexión entre nosotras tres fue inmediata y el vínculo que se formó es inquebrantable. De hecho, fue nuestra amistad y un plan muy loco que ideamos lo que permitió que Lexi se casara con el amor de su vida.

Ella estaba comprometida con un hombre malo y mucho mayor, y Romy y yo elaboramos una estrategia para que él desistiera del matrimonio.

Todo salió mal, claro, e incluso tuve que pedir ayuda en una consulta legal a Carlorino, primo de Italo y también abogado. Tuve que hacerlo porque los padres de Lexi amenazaron con enviar a su abuela a un asilo si no aceptaba casarse con aquel miserable.

Después de muchas complicaciones, al final conseguimos lo que queríamos: Lexi se libró del cretino y se casó con Carmine Parisi

Trovato.

Suspiro pensando en mi mala suerte.

Parisi Trovato.

Al principio, creí que el apellido del esposo de Lexi y el de los Marchese Trovato era solo coincidencia, hasta que escuché una conversación durante una visita a Sicilia: en realidad, el esposo de Lexi, Carmine, es pariente lejano de los Marchese Trovato y también de los Lattanzi Trovato, ambas familias mafiosas.

Realmente, vivimos en un mundo pequeño.

Cada vez que fui a Sicilia procuré mantenerme discreta y jamás se lo conté a Italo, pero decidí que ya no volveré allí, porque aunque él no tenga lazos con los Parisi Trovato, no quiero involucrar a mi amiga en la suciedad de mi pasado.

Además, Italo se ha vuelto cada vez más agresivo por teléfono y estoy empezando a tenerle miedo.

O quizás, estando sola por primera vez, estoy empezando a verlo tal como es.

Al poner en una balanza sus cualidades positivas y negativas, me doy cuenta de que no queda mucho que admirar en él.

El camino hacia el futuro aún es incierto, pero por primera vez en mucho tiempo siento que controlo mi destino, a pesar de todo.

Extraño a mi madre cada día y no guardo rencor por haberme ocultado quién era mi padre. Sabiendo lo que sé de él, creo que intentó protegerme de una decepción.

Suena mi celular y al ver el nombre de Italo en la pantalla, el deseo de ignorarlo es enorme. He considerado la posibilidad de huir, de ir a algún lugar lejano.

Con cada llamada, mi miedo de nunca librarme de él, a menos que le cuente la verdad sobre lo que somos, aumenta.

Él nunca acepta un "no" como respuesta. Por más que le diga que no me casaré con él, que nuestra historia terminó, actúa como si yo fuera una niña que no sabe lo que quiere.

—¿Hola?

—Ya te di tiempo suficiente. Y ahora estoy harto de esta mierda. Voy a buscarte.

—No.

—Constance, ningún duelo dura tanto.

—Pensé que estabas feliz con tu vida de soltero —ironizo.

Antes nunca había investigado sobre él. Mi confianza en su lealtad era absoluta, pero las veces que estuve en Sicilia revisé redes sociales y busqué su nombre.

Me decepcionó verlo en fiestas con varias mujeres, y en casi todas las fotos parecía estar ebrio.

—Es el convento el que te tiene así, deprimida. Ya es hora de que nos casemos. —Finge no escuchar lo que dije.

—Italo, no me voy a casar contigo. Ya no te amo.

Y es verdad. Nunca lo amé como hombre; ahora lo entiendo. Pero tampoco lo quiero como amigo. No me gusta la persona en que se ha convertido y no siento admiración por él.

Al otro lado de la línea no dice nada, y por un instante tengo la esperanza de que esta vez acepte mi decisión, pero pronto su tono demuestra una pérdida total de control.

—Siempre fuiste mía. No importa cuánto tiempo pase, eso no cambiará.

—El pasado quedó atrás, Italo. Yo seguí adelante.

—¿Seguiste adelante? ¿Qué diablos significa eso? No puedes decirme que no, descartarme. Me dediqué a ti toda la vida y si crees que voy a dejar de lado esta inversión, no me conoces.

—¿Inversión?

—Sí, inversión. Siempre te traté como una princesa. Solo eres la hija de una empleada. Nada más. Te estoy ofreciendo la oportunidad de ser mi reina. Si crees que puedes huir de mí, estás equivocada.

Él cuelga el teléfono en mi cara y, exhausta, caigo sobre la cama y me duermo de inmediato.

Horas después despierto con voces de monjas y alumnas gritando en los pasillos.

Me levanto rápidamente y abro la puerta. Veo a las hermanas de caridad pasar apresuradas, con los rostros pálidos.

—Constance, vuelve a tu cuarto y enciérrate allí. ¡Ahora! —me dice una de ellas.

—¿Qué está pasando? —pregunto, sintiendo que mi corazón se acelera.

—Hay un intento de invasión en el convento. Ya han llamado a la policía, pero debemos protegernos hasta que lleguen.

Regreso a mi cuarto, cerrando la puerta con manos temblorosas.

Me apoyo en ella, tratando de calmar mi respiración mientras escucho los sonidos apagados de pasos y voces del otro lado.



Capítulo 18

Casi grito de susto cuando suena mi celular.

—¿Italo? —pregunto, porque su nombre aparece en la pantalla.

—Lo que acaba de pasar fue solo un aviso, Constance. Ya les dije a mis hombres que se retiraran, pero si hubieran querido, podrían haber quemado este maldito convento con todos tus amiguitos dentro.

—¡Debes estar loco! ¿Mandaste a invadir el convento?

Él se ríe y noto que su voz suena un poco entrecortada. Probablemente bebió.

—¿Loco? Ni siquiera has visto mi locura todavía, mujer.

Percibo que ya no hay gritos afuera, lo que significa que dice la verdad y que debe haber ordenado a sus hombres que nos dejaran en paz.

—Espera un momento. Necesito comprobar si están realmente bien.

Quien me escuchara no pensaría que estoy a punto de tener un ataque al corazón. Italo no solo acaba de admitir que mandó invadir el convento, sino que también habría tenido la audacia de quemarlo.

—¿No confías en mí? —ironiza.

—No quieres escuchar la respuesta.

Pongo el teléfono en espera y abro la puerta.

—¿Llegó la policía? ¿Arrestaron a alguien? —pregunto al ver a una de las monjas.

—Sí, llegaron, pero nadie fue detenido. Están revisando la propiedad y hasta ahora no encontraron nada. Quizá fue una falsa alarma.

—Sí. Quizá —digo solo para no asustarla, aunque estoy segura de que fue muy real.

—Ve a dormir, Constance. Mañana tendremos muchas tareas que cumplir.

—Está bien. Buenas noches.

De regreso a mi cuarto, tomo el celular nuevamente.

—¿Cómo te atreves, Italo? ¡Son inocentes! No puedes estar en tus cabales. ¡Y todo esto porque me niego a casarme contigo!

—No seas dramática. Digamos que solo quería recordarte de lo que soy capaz. Tu mundo puede volverse un lugar peligroso, Constance.

Increíblemente, no siento miedo, quizá porque he perdido el respeto por él. Lo que domina cada gota de mi sangre es pura ira.

—Esto tiene que terminar, Italo. Te lo digo por última vez: se acabó. No hay futuro para nosotros.

—¡Conociste a alguien! —me acusa, con la voz llena de odio—. *Solo puede ser eso. ¡Me traicionaste, estás con otro!*

Estoy a punto de recordarle que he vivido encerrada en un convento durante dos años cuando algo me impide replicar, porque de repente es como si se levantara un pesado telón ante mi rostro, mostrándome que solo tengo una salida.

Necesito hacer algo que lo aleje de mí para siempre.

—Sí, tienes razón. Conocí a otra persona. Nunca estuve completamente encerrada en el convento. De vez en cuando salía a divertirme y conocí a un hombre que me ayudó a darme cuenta de que lo que sentía por ti no era amor.

—¡Estás mintiendo! —grita—. *¿Crees que puedes engañarme así? Sé quién eres, Constance. ¡Nunca me traicionarías!*

Es triste que me conozca tan bien al afirmar eso, porque tiene razón: nunca lo traicionaría. Pero, por otro lado, no se da cuenta de

que estoy tan desesperada por alejarme de él que me aferré a un salvavidas para que desaparezca para siempre.

—No seas infantil. No éramos más que dos niños. Yo ni siquiera sabía lo que era el amor. Eres mi amigo. Nada más. No te amo. Ni me siento atraída por ti.

No tenía intención de herirlo, pero de repente me doy cuenta de que cada palabra que digo es verdad. Confundí amistad con amor. De mi parte, nunca fue pasional.

Considerando que Italo es un traidor nato, ¿qué tan afortunada soy, de cierta forma, por no amarlo? Porque no me queda duda de que, siendo o no medios hermanos, jamás subiríamos al altar. No siento atracción física por él.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! ¡Y voy a matarte! —explota—. *Si crees que puedes escapar de mí, estás muy equivocada. Si no eres mía, no serás de nadie. ¡Te mataré antes!*

Su amenaza no parece vacía y su descontrol me hace estremecer. Aunque sé lo que él y Ruggieri son, sus palabras me conmocionan.

Necesito esconderme hasta que su mente vuelva a la razón.

—¿Me estás escuchando, Constance? ¡Voy a matarlos a los dos, maldita sea! ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—Tú también me traicionaste. Vi tus fotos en sitios con mujeres alrededor del mundo.

—¿Traición? Nunca te traicioné. Eres la única que amo. Ellas no significaban nada. Soy hombre y tengo mis necesidades.

—Es el discurso más ridículo que podrías dar. Es arcaico y machista. Hombres y mujeres sienten deseo, hipócrita.

—Los hombres no pueden controlarlo. Tú no tienes esa excusa. Eres una zorra traidora, pero aún te amo, Constance. Te perdonaré por lo que hiciste, siempre que me jures que nunca se repetirá. También quiero el nombre del tipo. Necesito matarlo para limpiar mi honor.

Dios, es repugnante. No queda nada del niño que adoraba. Pero sé que no sirve confrontarlo en este estado. Lo mejor es mantenerme firme y decir que estoy enamorada de otro.

—Lo que sientes por mí es obsesión. El amor verdadero no traiciona. No nací para ser una reina de la mafia, alguien que baja la

cabeza ante el marido y hace la vista gorda ante las traiciones. Encuentra a otra persona. Se acabó.

—¡No se acabó, traidora! ¡Vas a ser mía!

—No soy tuya. Pertenezco a otro. —Respiro hondo, pidiendo a Dios ayuda para ser una buena actriz—. Estoy embarazada de otro hombre.

—¡Maldita! ¡Voy a matarte, Constance! ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Cuelgo el teléfono y me siento mareada. Sabía que el final sería feo, pero no tanto.

Estoy herida y también siento lástima por él, porque no puedo apartar por completo la memoria de nuestra infancia juntos.

Italo necesita ayuda y Claudia tiene que saberlo.

En cuanto a mí, me voy. No puedo seguir posponiendo escapar de esta pesadilla.



Capítulo 19

—No puedo seguir aquí —digo directamente a Claudia en cuanto atiende el teléfono.

Me siento en deuda con ella por el hecho de que mi madre se involucrara con Giado Marchese Trovato, un hombre casado, pero eso no significa que voy a quedarme en un convento para siempre como forma de proteger a sus hijos para que este secreto no salga a la luz y terminen despreciando a su padre.

Además, a partir de ahora, el problema no soy solo yo. No es solo mi vida la que está en riesgo por el descontrol de Italo, sino también la de las alumnas del internado y la de las monjas del convento.

—Mientras seas discreta, no veo por qué no podrías salir de allí.

—Perdón, Claudia, pero no estoy pidiendo autorización. Solo te aviso que hoy abandonaré el convento. No soy una prisionera.

Dudo en contarle lo que Italo hizo, la tentativa de invasión del convento, pero luego concluyo que es lo mejor. Quizá hable con Ruggieri, porque si alguien puede contener la locura de Italo, es el primogénito de los Marchese Trovato.

—¿Por qué pareces tan preocupada?

—¿Preocupada? ¡No tienes idea de lo que han sido mis conversaciones con tu hijo menor, Claudia! He vivido aquí dos años porque no puedo decirle la verdad, cumpliendo la promesa que te

hice, pero la distancia que mantuve no sirvió de nada. Italo sigue pensando que nos casaremos y hace unos días mandó a invadir el convento.

—¿Qué? ¿No crees que exageras, Constance? Italo no está loco. No haría algo así porque teme a su hermano. Ruggieri jamás permitiría tanta exposición.

—Pues lo hizo y me lo confesó por teléfono. Intenté manejar la situación como pude, pero quedarme aquí pondrá en riesgo la vida de otras personas. No sabes el caos que fue aquella madrugada en que Italo ordenó que amenazaran con invadir el convento. Las alumnas corrían de un lado a otro y las monjas estaban aterradas. Incluso llamaron a la policía.

—¡Dios mío!

—Te llamé solo para decirte que, a partir de hoy, me mantendré un tiempo sin contactar a nadie.

En realidad, no pienso mantener ningún contacto con ellos, pero no hay razón para ser grosera.

—¿Hacia dónde vas? ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Nunca he tocado el dinero del seguro de vida de mi madre, y respecto a adónde iré, no me malinterpretes, pero por ahora prefiero mantenerlo en secreto. No te preocupes por mí. Estaré bien. —Dudo antes de continuar—. ¿Claudia?

—¿Qué pasa?

—Juro por todo lo sagrado que entiendo tu posición por querer proteger a tus hijos al no contarles que somos medios hermanos, pero las mentiras nunca terminan bien. Italo sufre por no comprender por qué lo estoy excluyendo de mi vida. Creo que debería decirle la verdad. Adiós.

A pesar de toda la locura que Italo ha demostrado, creo que si supiera la verdad yo podría seguir adelante, pero no soy yo quien tiene el poder de decisión. Le estoy pasando esa responsabilidad a su madre.

Italo ya no es problema mío.



La Alberca – España
Semanas después

—Tomaste la mejor decisión —me dice Romy, y Lexi asiente con la cabeza a través de la pantalla del notebook—. *Nunca pude verte como monja.*

—Ni yo —agrega Lexi—*. ¿Qué piensas hacer ahora?*

—Aún no lo sé. Viajar un poco. Estoy en España, por el momento.

Intento sonar despreocupada y espero que compren mi mentira.

Sí, realmente estoy en España, pero hasta mi sombra me da miedo porque estoy alerta de que Italo pueda aparecer en cualquier momento y hacerme daño.

Creo que el amor que alguna vez tuvo por mí, el cariño de amigo que quizá aún guardaba, se transformó en odio.

—¿En qué parte de España? —pregunta Romy.

—En el interior —respondo vagamente.

—¡Qué misteriosa! —bromea Lexi—. *Ve a disfrutar la vida, Constance. No sé de qué estás huyendo, pero estoy segura de que hay algo de tu pasado que aún no estás lista para compartir. Cuando quieras, sabes que puedes contar con nosotras en cualquier momento.*

—Lo sé. No se molesten si no llamo con frecuencia. Mantendré contacto aunque sea por mensaje, pero ahora necesito respirar. Es la primera vez que me siento libre desde que murió mi madre.

—Si quieres pasar un tiempo con nosotras en Sicilia, serás bienvenida —dice Lexi.

—Gracias, amiga. Lo consideraré en el futuro.

Porque, por ahora, Sicilia es el último lugar donde debo pisar. Allí está aquel de quien necesito huir, pienso, pero me lo guardo dentro

mío.

—No puedo invitarte así. Yo también estoy sola en el mundo y me mudo con frecuencia —dice Romy.

—No se preocupen por mí. Estaré bien. Las quiero.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en España? Recibí las fotos que me enviaste y, cuando estén listas, te las mandaré.

Lexi mandó restaurar fotos de sus abuelos, que estaban descoloridas y dañadas. Me contó que quedaron maravillosas y, cuando le dije que yo también tenía un sobre con fotos de los padres de mamá, que ella siempre guardó como un tesoro y prometió restaurar algún día, se ofreció generosamente a hacerlo por mí.

—Aún no lo sé, pero en cuanto decida quedarme en un lugar más tiempo, te aviso.

Pasamos unos minutos más al teléfono antes de colgar, y apenas lo hago, ya siento nostalgia de ellas.

Me gustaría poder aceptar la invitación de Lexi. La familia de mi amiga es maravillosa. Pero no puedo entrar a la jaula del león.

Sicilia también es territorio de los Marchese Trovato.

—Hola, Constance, ¿quieres salir a merendar? —pregunta Casimiro, el joven que trabaja conmigo en la única librería de la pequeña ciudad donde estoy.

—Tengo hambre, pero ¿crees que deberíamos?

—Sí, vamos. Necesitas ganar algo de peso —dice con su estilo directo.

Encontré La Alberca por pura casualidad, buscando en internet un lugar remoto y difícil de localizar por Italo.

Desde el inicio, al llegar y conocerlo en el centro de la ciudad, fue extremadamente amable: me presentó a la dueña del hotel donde estoy hospedada y consiguió un empleo para mí en la librería. Agradezco a Dios haber usado los años en el convento para perfeccionar mi italiano y aprender español, porque me ha sido muy útil.

El joven es tan amable que temí que estuviera interesado románticamente, pero me aseguró que no le atraen ni hombres ni mujeres. Solo quiere hacer amigos.

Ha sido una grata sorpresa y creo que fue puesto en mi camino por Dios, que sabe que no estamos hechos para vivir solos.

—Bien, vamos a gastar unas calorías y a criticar la vida de los demás —bromeo.

—El material aquí es limitado. Quizá puedas contarme tus aventuras en el convento, hermana —se burla.



Capítulo 20

Estaba esperando la llamada de los soldados que había enviado para cazar a Italo.

Durante semanas, aquel desgraciado desapareció y ni siquiera los hombres de Stefano lograron rastrearlo.

Finalmente lo ubicamos en un apartamento en Las Vegas, y les dije a mis hombres que le avisaran que si no me llamaba, iría personalmente a Estados Unidos a arrancarle la cabeza, porque, aparentemente, no sirve para nada.

—¿Qué quieres conmigo, Ruggieri? Déjame en paz. Nunca me caiste bien.

—¡Estás borracho, maldita sea! —Miro el reloj—. Son las siete de la mañana en Las Vegas y estás ebrio, hijo de puta, irresponsable de mierda. Debería dejar que Stefano te mate.

—Hazlo. Ya no tengo razón para vivir. Esa perra me traicionó.

—¿De qué demonios hablas?

—Constance terminó conmigo. Está embarazada de otro y se fue con él de Suiza. Estaba dispuesto a aceptar la traición, pero no voy a criar al hijo de otro hombre.

—¿Constance está embarazada?

Estaba sentado en el escritorio de mi oficina, pero me levanto porque en ese instante soy capaz de matar a alguien.

¡Constance embarazada!

¿Por qué la sola idea me vuelve completamente loco, cuando sabía que en algún momento esto podría pasar si se casaba con Italo?

Porque la quieres. Y si la respetaste, fue solo porque ella pertenecía a tu hermano.

—Sí. Me lo confesó todo antes de huir de Suiza la última vez que la llamé.

—No dices ni una cosa con sentido.

—Le di dos años, Ruggieri. Permití que pusiera su cabeza en orden porque admito que no fui lo que ella necesitaba cuando Abigail murió. ¿Y cómo pagó mi paciencia? ¿Cómo me devolvió mi amor? Traicionándome. Entregando su virginidad. Dejando que otro hombre la dejara embarazada. Si lo hubiera sabido, habría…

—¿Qué?

—Nunca tuvimos sexo.

—Me dijiste que habían tenido sexo antes de enviarte a Sicilia.

—Te mentí. Quise marcar territorio sobre ella. Nunca toqué a Constance más que con unos pocos besos, porque quería que se casara virgen, pura. Y ella me devolvió la confianza dejando que otro le metiera la verga.

—Quizá fue mejor así. No la amabas. Traicionaste a Constance con todas las mujeres que cruzaron tu camino.

—Hace dos años aún estaba deslumbrado por la cantidad de perras que saltaban a mi cama con un chasquido de dedos, hermano, pero eso terminó en el momento en que entendí que había fallado con ella. Lastimé a Constance cuando la dejé sola tras la muerte de Abigail, y ahora la perdí para siempre.

Su voz es pura desesperación. Estoy seguro de que está borracho, pero nadie finge dolor así. Italo está sufriendo.

—Desde que Constance entró al convento, no toqué a nadie más. No la traicioné otra vez. Estábamos juntos y ella me traicionó. Todo este tiempo estuvo con otro.

Me froto la sien, tratando de dejar de lado la rabia que siento hacia ella, porque esta misma rabia tiene motivos equivocados. No

tiene que ver con que ella ya no quiera a Italo, sino que me vuelve loco imaginarla embarazada de otro.

—Quiero que vuelvas a Sicilia, Italo. Mis hombres se encargarán de ti hoy, mañana te darás un baño y volarás para acá.

—No quiero salir de Las Vegas, salvo que sea para encontrarla. Mentí. Si Constance me acepta de nuevo, criaré al hijo de otro hombre.

—Estás borracho y no tienes la menor idea de lo que dices. Pónte sobrio y regresa aquí. Es una orden.

—La amo, Ruggieri. No puedo vivir sin ella. Constance es todo lo que me importa. Tiene que perdonarme. Sueño con casarme con ella desde que era un niño.

—Si está embarazada de otro, no hay nada que hacer.

—¿No escuchaste lo que dije? Asumiré al bebé. No puedo vivir sin ella. Por favor, Ruggieri, tienes que convencerla de que vuelva conmigo. Se fue. He intentado encontrarla, pero no puedo. Estoy a punto de cometer una locura. Si Constance no acepta ser mi esposa, no tengo más razón para vivir.

—Déjate de tonterías. Solo tienes veinticuatro años. Aún te queda mucha vida por delante.

—¡Ella nunca me amó de verdad! ¿Cómo pudo hacerme esto?

Está llorando como un bebé y le ordeno que le pase el celular a uno de los guardaespaldas.

—¿Jefe? —responde el hombre.

—No te separes de mi hermano. No está en condiciones de estar solo. Pase lo que pase, no dejes que se vaya hasta que esté sobrio, y luego súbelo a un avión y mándamelo. —Hago una pausa, pensando qué hacer—. No, olvídalo. Voy para allá. Solo asegúrate de que no vuelva a beber.

—Entendido.

—Recoge todas las botellas de alcohol que encuentres y revisa si hay drogas en el apartamento.

—Sí, señor.

Corto la llamada y hago otra hacia mi… primo Massimo, el consejero de Stefano.

—Tengo que ir a Las Vegas.

—¿Problemas con Italo?

—No tienes idea.

—Tenemos que pensar qué hacer con él, Ruggieri.

—Por ahora, intentaré impedir que beba hasta morir.

—¿Es tan grave?

Le explico rápidamente lo de Constance, aunque evito repetir que está embarazada de otro, porque no puedo creer esa mierda.

¿Quién es el maldito? Quiero matarlo.

—Si ella eligió a otro hombre, tu hermano no puede hacer nada. Tal vez sea hora de que madure. Conseguiremos una esposa siciliana para él y pronto olvidará esta historia.

—No creo que sea tan fácil, pero tienes razón. Haré una lista de solteras disponibles y le arreglaré un matrimonio lo antes posible.

—¿Necesitas algo?

—Sí. Voy a encontrarme con mi hermano. Me preocupa, pero quiero saber a dónde fue Constance.

—¿La ex novia?

—Nunca fueron novios.

Permanece en silencio varios segundos.

—La quieres.

—Lo que quiero no importa. Tengo que cuidar a mi familia. Italo es mi prioridad ahora.

—Entonces, ¿por qué necesitas saber dónde está?

—No tengo respuesta para eso.



Capítulo 21

—No te vayas nunca.

—¿Qué?

—Eres mi alma gemela, sin que el sexo tenga que entrar en la ecuación. Somos perfectos juntos —dijo Casimiro, y yo me reí—. Hablo en serio —continuó.

Creo que soy alguien de amores fáciles.

Amé a Italo desde el primer contacto. Lo mismo ocurrió con Lexi y Romy, y ahora con Casimiro.

No amo a todo el mundo, pero tengo una especie de clic interno que, cuando encuentra a ese "alguien", se activa.

En pocos días aquí, ya somos como mejores amigos, porque él es maravilloso.

Casimiro ahora sabe más de mi vida que Lexi y Romy, porque le conté todo mi pasado.

La conversación fluyó fácilmente un día, al final del trabajo, cuando la dueña de la tienda nos pidió que acomodáramos un cargamento de libros nuevos. Entre copas de vino y aperitivos de jamón de Parma, le conté todo a mi nuevo amigo.

Ni siquiera sabía cómo empezar a desahogarme, solo dejé que las palabras salieran de mí como nunca había tenido el valor de hacer con las chicas, porque no quería sobrecargarlas con mis problemas,

sobre todo, pero también para no involucrar a Lexi y Romy en asuntos de la mafia.

Soy hija y hermana de mafiosos, aunque Ruggieri e Italo no lo sepan y mi padre no me reconozca.

Y ahora que estoy segura de que existe un parentesco distante entre los Marchese Trovato y los Parisi Trovato, doy gracias a los cielos por nunca haberles revelado nada.

El hecho es que al final de ese día me sentí más ligera, y cuando terminé de narrar la historia, sin decirle a Casimiro los nombres ni apellidos de los dueños de la casa donde crecí, los dos estábamos llorando.

Yo comencé y luego no pude parar. También fue la primera vez que me permití llorar a mi madre después del día de su entierro.

—¿Por qué no vienes conmigo cuando me vaya?

—No. Me gusta la tranquilidad de mi ciudad, *mi amore.*

Él no tiene familia. Al principio, no me contaba mucho sobre sí mismo, salvo que no echaba de menos tener relaciones personales más allá de la amistad, pero después de mi desahogo, también se abrió.

Me dijo que sufrió prejuicios mientras crecía por no tener novias ni novios. La gente quería que admitiera que era gay, y cuando les decía que no sentía atracción sexual por ninguno de los géneros, escuchaba burlas y se convirtió en objeto de escarnio.

Investigué y descubrí que la asexualidad es una orientación caracterizada por la ausencia de atracción sexual por otras personas, lo que no significa que no puedan tener relaciones románticas, emocionales o platónicas, aunque Casimiro me dijo que nunca se había enamorado.

También leí que la asexualidad es un espectro. Algunas personas pueden sentir atracción romántica, como heterosexuales, gays o birrománticos, pero no sexual.

Otras pueden sentir atracción sexual solo en circunstancias muy específicas, y se les llama demisexuales. En esta orientación, la persona solo siente deseo sexual si hay un fuerte vínculo emocional acompañándolo.

No existe una "causa" para la asexualidad y los estudios apuntan a diversas direcciones, aunque no hay pruebas de que ninguna sea concluyente, como por ejemplo factores biológicos.

Según esta línea de investigación, hormonas y genética pueden influir en la atracción sexual, pero no hay evidencia concluyente de que estos factores definan la asexualidad.

También hay teorías sobre factores psicológicos, en las que algunas experiencias pasadas podrían influir en cómo una persona percibe su sexualidad. Sin embargo, según investigué, la mayoría de los asexuales no reportan traumas asociados a su orientación.

A mí no me importa cómo se identifica Casimiro. Logró hacer que lo quiera tan rápido que ni vi llegar el sentimiento.

—Volveré.

—¿Ya estás pensando en irte?

—Después de lo que te conté, sabes que no puedo quedarme mucho tiempo.

Él me atrae hacia sus brazos.

—Me gustaría ser rico para poder protegerte, Constance.

—Me has dado más paz en unas semanas de la que tuve en los últimos dos años. No importa lo lejos que vaya, siempre volveré.

Me besa en la frente y luego me ofrece el dedo meñique para hacer un pacto.

—Jura, mujer.

—Lo juro. No me conoces mucho aún, pero soy leal, Casimiro, y nunca olvido a quienes amo.

—Lo que significa que todavía piensas en el hijo de puta de tu medio hermano.

—Sí. Le temo, pero una parte de mí todavía lo ama. ¿Cómo puedo dejar de preocuparme por él?



Horas después

—Tengo algo que contarte, pero ni siquiera sé cómo empezar —dice Lexi en la videollamada. Su rostro denota tanta vergüenza que, por un instante de locura, pienso que podría estar intentando confesar que Carmine la traicionó.

Luego, sin embargo, me río de mí misma. Si hay un hombre completamente loco por su esposa, es el marido de Lexi.

—Puedes decirme cualquier cosa.

—Lo diré de una vez o perderé el valor, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Entre las fotos que me enviaste para restaurar, en realidad, pegada a dos fotografías de tus abuelos, había una de tu madre con un hombre.

Siento que la sangre se me hiela y creo que ella lo percibe por mi rostro.

—¡Jesús, no es asunto mío!

—Cuéntame.

—Es una declaración de él hacia ella, diciendo que la ama profundamente y que nunca la olvidará. Parecía una despedida.

¡Maldito Giado!

—¿Y qué más?

—Creo que era caligrafía masculina, pero debajo había una nota escrita con letra de mujer, creo que de tu madre. —Lexi hace una pausa y sostiene la foto que solo entonces noto que estaba sobre la mesa frente a ella—. *"No puedo odiarte, por más que lo intente, porque me diste lo más preciado que tengo, mi Constance. Todavía te amo, Truett".*

¿Truett?

—¿Qué dijiste?

—Sé que nunca quisiste hablar sobre tu pasado, pero me llevé un gran susto cuando leí la dedicatoria porque reconocí al hombre en ella. Constance, ¿tu padre era Truett Marcussen, el multimillonario que murió en un accidente de avión hace un año?

—¡No!

—Oh, querida, lo siento, no quería avergonzarte.

—No me avergonzaste, pero ¡no puede ser cierto!

Pienso en la carta que leí el día del funeral de mi madre. La repentina llegada de Claudia y su propuesta de ayudarme.

¿Aquella miserable planeó todo esto? ¡No soy hermana de Italo ni de Ruggieri! ¡No soy hija de Giado! Quiso enviarme lejos para impedir que me casara con su hijo menor.

—Constance, me estás asustando. Tu rostro está mortalmente pálido.

—Lexi, gracias por la información, pero debo irme.

—¿No lo sabías?

—No, no tenía la menor idea. ¿Dices que murió?

—Sí. Sufrió un accidente de avión el año pasado. Lo sé porque Carmine conocía a la familia y enviamos nuestras condolencias. ¡Dios mío, qué locura! ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada, amiga. Solo necesito tiempo para procesar todo esto.



Capítulo 22

Las Vegas

Miro las imágenes que tengo en las manos.

En la primera de ellas, Constance está en los brazos de un hombre que debe tener su edad, dentro de una librería, en un pequeño pueblo español.

Rastrearla no fue difícil, no para alguien como yo. Bastó un descuido (el uso de una tarjeta de crédito en una cafetería) y la encontré. Italo dijo que la buscó durante semanas, pero no hizo lo básico: seguir sus gastos.

¿Y qué hace bien mi hermano? No hay una sola maldita cosa que pueda destacar.

Aprieto la foto entre los dedos.

El hombre con Constance la sostiene en sus brazos y le da un beso en la frente. Sus ojos están cerrados, como alguien que se siente segura. ¿Enamorada? Al menos parece en paz con él.

El cuarto del apartamento en Las Vegas al que llegué hace unos días, buscando a mi hermano, está silencioso. También oscuro. Solo una rendija de luz solar entra por la cortina, lo suficiente para que pueda identificar el rostro de Constance en la imagen. Apenas noto al hombre con ella.

Me levanto y abro por completo las cortinas para dejar entrar la claridad de la mañana.

La ira se arrastra por mi piel al observar la intimidad entre los dos.

En otra fotografía, ella sonríe hacia él y algo en lo profundo de mi cerebro grita que esa sonrisa me pertenece. Su mirada me pertenece. Cada maldito centímetro de ella es mío.

Es un deseo irracional, pero la verdad es que desde el momento en que Italo me dijo que Constance lo dejó, ese pensamiento obsesivo de que será mía martilla mi mente.

No, no será mía porque Constance pertenece a otro. Está embarazada de otro.

Vuelvo a mirar la foto.

No solo se deja sostener por el hombre, parece cómoda con él.

Sonríe de un modo que nunca había visto, ni siquiera cuando estaba con Italo.

Hay algo en esa sonrisa que me corta como una hoja afilada.

Odio que entregue sus sonrisas a otro.

La rabia que sientes hacia ella no es por ti, es por Italo, intento convencerme.

En el avión, rumbo a Las Vegas, me dijo que los dos tenían un acuerdo. Constance se mantendría virgen y él podría divertirse hasta casarse con ella. Las traiciones nunca fueron a sus espaldas, al contrario de lo que yo pensaba.

Constance, sin embargo, lo engañó. Rompió el pacto entre ellos. Lo traicionó de la peor manera, no solo saliendo con otro a escondidas de mi hermano, sino quedando embarazada de ese bastardo.

La idea de que esté embarazada de otro hombre me enfurece, me repugna, y aun así no puedo dejar de desearla.

Es el mismo deseo que me consume desde la última vez que la vi, hace dos años, y que, por más que me diga que ella está prohibida, me insiste en gritar que es mía.

¿Cómo puede la pequeña bruja tener este efecto sobre mí, sin que siquiera le haya metido mi verga, cuando otras, mucho más experimentadas, intentaron y no lograron mantener mi atención más allá del tiempo que pasé con ellas en la cama?

Transformo la fotografía que tengo en mis manos en una bola de papel y la lanzo contra la pared.

Constance no vale la pena. Ella aceptó un pacto y fue la primera en romperlo, traicionando a Italo de la manera más vil al embarazarse de otro.

¿Y mi deseo por ella? ¿No es también una traición?

La rabia que siento hacia Constance no se compara con la que siento hacia mí mismo.

Mis pensamientos regresan a Italo. Ha desaparecido de nuevo.

Tuve que controlarme para no matar a los hombres que dejé vigilándolo, y fue bueno escucharlos antes de apretar el gatillo, porque no había nada que pudieran haber hecho para detenerlo. El estado mental de Italo está tan deteriorado que arriesgó su vida, saltando desde la terraza de la suite en la que le ordené que lo mantuvieran al apartamento vacío de al lado, y desde allí escapó.

—Jefe, creo que lo encontramos —me dice uno de los soldados, tras solo golpear la puerta.

—¿Dónde está?

—En un hotel… hum… de quinta categoría.

Italo ha estado escapando de nosotros por poco. Durante días lo busqué, y cada vez que me acercaba, desaparecía de nuevo.

—Prepara mi coche. Voy para allá.



Constance

Apenas puedo contener el odio mientras espero que ella conteste. Un rencor que nunca había sentido hace temblar mi cuerpo.

—¿Constance? No esperaba tu llamada —dice la mujer sin honor, y es bueno que estemos a un océano de distancia, porque yo, que

nunca me consideré violenta, podría lanzarme sobre ella ahora. Más aún cuando la cínica continúa—: *Pero siempre es bueno hablar contigo.*

Claro, no esperaba mi llamada. Desde que me mandó lejos con sus mentiras, no hizo nada más que hablar conmigo en Navidad y en mi cumpleaños, y aun así, no tengo dudas, era solo para cumplir un protocolo, para darme la falsa ilusión de que no estaba completamente sola.

—No finjas que estás feliz de escuchar mi voz.

—¿Por qué estás tan agresiva?

—Descubrí todo, Claudia, así que debes saber por qué te estoy llamando.

La pausa entre lo que digo y su respuesta es tan larga que por un momento pienso que colgó.

—No entiendo a qué te refieres, querida. —Su voz suena vacilante. Sabe exactamente de qué hablo, pero es una serpiente venenosa y solo admitirá sus maldades si la enfrento directamente.

—¿No entiendes? Déjame refrescarte la memoria, entonces. Mentiste. Me hiciste creer que era hermana de Italo. Destruiste dos años de mi vida con esa vil farsa. Y ahora sé la verdad. Tu esposo no es mi padre. Encontré la prueba de quién es mi verdadero padre, desgraciada.

Suspira.

—Hice lo que era necesario para proteger a mi familia, para protegerte a ti.

—¿Protegerme? Lo dudo. No me querías con Italo, por eso me enviaste a un convento. Me hiciste creer que cometí un pecado por dejar que Italo me besara. Ni siquiera tomaste en cuenta mi duelo. Planeaste toda la trampa el día del funeral de mi madre. No tienes alma, Claudia. Eres una mujer vacía, manipuladora y cruel.

—No sabes lo que estás diciendo.

—Eres una serpiente. Sabías que la mentira me haría alejarme, destruiría cualquier vínculo entre Italo y yo. Deje de vivir mi vida, Claudia. Jugaste con los sentimientos de tu hijo. Pero no te importó, ¿verdad? Porque al final, lo que importa es que conseguiste lo que querías. No se juega con la vida de las personas así.

—¿Y qué sabes tú de la vida, niña? —Finalmente se deja caer la máscara—. *Creciste a costa de nuestro dinero, protegida. ¿De verdad pensaste que dejaría que mi hijo precioso, mi niño de oro, se casara con una doña nadie como tú?*

—Yo no soy una "doña nadie". Tú sí lo eres. Una mujer sin humanidad dentro suyo. No respetaste mi duelo. Planeaste que me fuera solo para que Italo no concretara la propuesta de matrimonio. ¿Y para qué, Claudia? Para, al final, destruir la vida de tu hijo. ¿Has hablado con él últimamente? ¿Te tomaste la molestia de verificar dónde está desde que te dije que envió hombres para intentar invadir el convento? Italo es una sombra de lo que fue, y espero que seas consciente de que gran parte de su caída es tu responsabilidad.

Sé que no es del todo cierto. No importa cuánto apoyes a alguien, la fuerza interior es fundamental, e Italo no la tiene. Pero estoy furiosa con ella. Quiero su sangre, hacerla sufrir por hacerme creer que mi madre me mantuvo en la casa del amante toda la vida, ocultándome quién era mi padre, restregando en la cara de la esposa traicionada a la hija que tuvo con ella.

Sí, al fin y al cabo, todavía soy hija de un hombre casado, según investigué sobre mi padre biológico. Pero no tengo la menor idea del contexto en que se conocieron y no me apresuraré a juzgarlos antes de investigar la relación que tuvieron, lo cual planeo hacer en el futuro.

—Hice lo que hice y lo volvería a hacer. No tienes clase ni educación suficiente para ser una reina de la mafia.

—Voy a contarlo todo —amenazo, aunque sea una posibilidad remota, ya que no planeo acercarme a ninguno de los hermanos Marchese Trovato—. Voy a decirle a Ruggieri e Italo quién eres.

—Si lo haces, te mato, Constance. Te juro por Dios que te mato.

—No te tengo miedo, pero deberías temer por tus hijos. Italo, sobre todo, no perdonará lo que nos hiciste.

—No te casarás con mi niño.

—No es un niño, es un hombre hecho. Y sobre lo de casarme con él: no me interesa. No lo amo y no me gusta en lo que se ha convertido, pero eso no cambia el hecho de que eres una miserable

con el corazón podrido, Claudia. No sé cómo puedes mirarte al espejo.

—Un día, si no te mato antes, serás madre y entenderás que no hay límite a lo que haríamos para proteger a nuestros hijos. No te hagas la inocente. Me engañaste perfectamente. Nunca noté que mi hijo estaba enamorado de ti, o te habría echado junto a tu madre, a la calle, mucho antes.

—Te deseo mucho dolor en tu camino, Claudia. No que mueras ni que recibas un castigo específico, solo que recibas de vuelta el mal que causaste. No tengo dudas de que debe haber otras víctimas tuyas alrededor del mundo y, tarde o temprano, te llegará la hora.



Capítulo 23

Mi naturaleza es controlada. No hay muchas cosas en este planeta que puedan alterarme, pero en este momento estoy parado en el centro de esta sucia habitación de hotel, sin saber qué hacer.

Mi celular no para de sonar y sé que es uno de mis primos, porque es el teléfono con el que hablo exclusivamente con ellos. Aun así, no hago ningún movimiento para contestarlo.

El impacto del olor a muerte es como un puñetazo en la cara.

Se mezcla con el aroma a moho de la habitación.

Las paredes manchadas, la alfombra desgastada y un ventilador de techo roto, girando solo con una paleta, completan el escenario deprimente.

La tensión se concentra en mi cuerpo de manera tan sólida que parece que está lleno de hormigón, no de carne.

Aunque no debería sorprenderme su muerte, dado que nuestra vida está llena de riesgos (y por la forma en que Italo conducía su existencia, sabía que acabaría metiéndose en algún lío irreversible), no puedo aceptar que mi hermano, que aún no llegaba a los veinticinco años, ya no esté entre nosotros.

Nadie desea encontrarse con un hermano muerto, especialmente en estas circunstancias.

—¿Quién fue? —pregunto al hombre detrás mío, el mismo soldado de quien Italo escapó hace días.

—Todavía no lo sabemos, jefe. Mexicanos, albaneses… Hay enemigos por todos lados.

—Descubran quién fue. Tienen veinticuatro horas para eso.

Me deja solo y sé que la tarea que le di no tardará ni medio día en cumplirse. Nadie quiere que mi odio se vuelva contra él.

El celular vuelve a sonar y, cuando finalmente lo saco del bolsillo interior del blazer, noto que hay varias llamadas perdidas de mis primos, pero quien me llama ahora es Stefano.

—Lo vengaremos.

—No, yo lo haré. Solo necesito que cuiden el cuerpo y que nada se filtre a los periódicos.

—Ya envié un equipo de limpieza y la policía impedirá que cualquier periodista se acerque.

Sé que eso significa que está enviando agentes policiales de nuestra nómina. Cuando se anuncie la muerte de Italo, será como una "enfermedad repentina", un problema cardíaco.

Aunque no haya un alma en este planeta, entre nosotros, que dude de quién soy y de mi vínculo con la Cosa Nostra, para el ciudadano común, el inocente que no se da cuenta de que movemos el mundo a nuestro antojo como si fuera un tablero de ajedrez en el que dictamos las reglas, mi familia no es más que un respetado clan de impecable reputación.

Para mantenerlos engañados, al igual que a la prensa, no puedo permitir que la muerte de Italo llegue al público tal como realmente ocurrió, que todos sepan lo deshonroso que fue el final de mi hermano.

—Saldré. Dejaré a mis hombres en el lugar —aviso.

—Luciano acaba de aterrizar en Vegas. Sabes que solo será cuestión de horas antes de que atrapemos a los responsables. Estará contigo cuando llegue el momento de ajustar cuentas.



Constance

—¿Qué dijiste?

Intento agarrarme de algo porque dudo que mis piernas puedan sostenerme, y cuando no encuentro apoyo, me siento en el suelo.

La sensación es que la pequeña librería se cierra a mi alrededor como un capullo, pero no del tipo que da seguridad, sino que asfixia.

—Lo siento mucho, querida.

—No, estás mintiendo.

—Constance, respira hondo —dice Carlorino.

—No quiero respirar. ¡Quiero que me digas que eres un idiota que me está haciendo una broma de mal gusto! —exijo, aunque empiezo a aceptar que la noticia que el primo de Italo acaba de darme es cierta, porque Carlorino, a pesar del entorno en el que creció, es alguien generalmente alegre.

Si lo hubiera conocido fuera de contexto, lejos de los Marchese Trovato, habría pensado que era un playboy como tantos otros en el mundo, no un miembro de la mafia siciliana.

El tono de su voz, sin embargo, no deja dudas de que lo que dice es verdad.

—No puede estar muerto.

Llamé a Carlorino hace dos días porque quería orientación sobre qué hacer respecto a la mentira de Claudia.

Él no respondió, así que imaginé que estaba en una reunión y dejé un mensaje de voz, contándole toda la verdad sobre su tía y pidiéndole que me contactara para aconsejarme sobre cómo revelar a Italo lo que su madre hizo.

No porque descubrir la trama de Claudia cambiara algo entre nosotros. Mis sentimientos por Italo se modificaron para siempre

según sus propias acciones, pero después de pensarlo mucho, decidí que no podía dejar que ella saliera impune del mal que causó.

No respetó mi dolor, el hecho de que mi madre acababa de morir y que yo estaba destrozada, completamente sola en el mundo. Solo pensó en sus propios intereses, que básicamente consistían en alejarme de su hijo; manchó la memoria de mi madre, difamando con ello al propio marido.

Claudia es una serpiente peligrosa y, al principio, solo pensé: *que se vaya a la mierda*. Pero conversando con Casimiro, me dijo que no debía permitir que ella se saliera con la suya fácilmente.

Yo no podía ir a buscar a Ruggieri porque no le agrado, y dudo que creyera si le contara quién es su madre, así que la única persona que pensé que podría intervenir, al menos para hablar con Italo y el primogénito de los Marchese Trovato sobre lo que ella hizo, era Carlorino.

Y entonces, cuando finalmente me llamó, no fue para aconsejarme ni decir si apoyaba mi decisión. Fue para decirme que Italo estaba muerto.

—Está muerto, sí, Constance, y no tienes idea de cuánto lamento ser yo quien te da esta noticia.

—Por favor, di que es mentira.

—No lo es, querida —suspira al otro lado de la línea—. *Escuché tu mensaje, pero siendo franco, no creo que sea un buen momento para que te enfrentes a Claudia. Ruggieri está completamente fuera de sí por la muerte de su hermano. ¿Podemos tratar esto cuando se calme la situación? No te estoy diciendo que dejes sin castigo lo que hizo mi tía. Perdiste dos años de tu vida, pero a pesar de ser una persona horrible, está sufriendo, Constance.*

—Tienes razón. Y para ser honesta, eso parece tan pequeño ahora frente a su muerte…

—No llores, querida.

—No puedo controlarme, Carlorino. Italo ha sido parte de mi vida desde que aprendí a hablar. Quisiera ir al funeral.

—Ven. Estaré a tu lado todo el tiempo. Voy a conseguir un pasaje para ti. ¿Dónde estás?

—En España.

—Tampoco tenías por qué huir de mí.

—No estaba huyendo de alguien en particular, solo tratando de respirar. El aire alrededor de la familia Marchese Trovato es demasiado denso.



Capítulo 24

Me gustaría estar en Sicilia.

Quisiera tener más tiempo con ellos. Allí tenemos una finca donde torturamos, matamos y deshacemos de los cuerpos de nuestros enemigos.

Matarlos rápidamente ni siquiera se acercaría a satisfacer mi odio, pero necesito regresar a casa, con mi padre, y estar a su lado, porque acaba de perder a su hijo menor.

¿Su único hijo?

No, yo también soy hijo, no importa que no compartamos la misma sangre.

Estoy dentro del galpón al que fueron llevados, hay olor a sudor y carne podrida.

El aroma de la muerte de mis enemigos.

Es de día ahora, pero estoy con ellos desde la tarde de ayer. No dormí, no comí, no oriné ni bebí.

Trabajé en cada uno de ellos como un cirujano plástico obsesionado con su obra de arte.

Mi arte es la destrucción. La transformación de seis cuerpos humanos en pedazos ensangrentados.

Los gritos de ellos, sin embargo, contrario a lo que pensaba, no alivian en nada la contracción de mi corazón.

Están boca abajo. Abiertos como piezas de carne.

Media docena de chinos.

Forman parte de un brazo de la Tríada, la mafia china que opera, entre otros países, en Estados Unidos.

Tenemos muchos enemigos. La muerte nos acecha en cada esquina y mi hermano, con el cuerpo lleno de drogas y sin protección, entró en su territorio sin la menor idea de lo que hacía.

Después de casi veinticuatro horas torturándolos, sé todo sobre los eventos que llevaron al asesinato de Italo.

Observo a los hombres con agujeros donde antes estaban sus ojos.

Aparte del hecho de que sus cerebros aún no están muertos, apenas pueden considerarse humanos. Para siempre serán un recordatorio de que no se debe tocar a un Trovato. Solo puedo interpretar lo que hicieron con mi hermano menor como un deseo de muerte.

Tomo mi celular y presiono "play". Pronto, los gritos de lo que sería el equivalente a un subjefe de ellos resuenan a través del aparato. Incluso casi muertos, escuchan al hombre suplicando por su vida y se retuercen, escupen sangre en agonía. Uno de ellos se ahoga, pero tomo un bate de béisbol y lo golpeo en el abdomen. Nada como una buena dosis de dolor para acabar con la debilidad.

—Ya sé quién dio la orden de matar a mi hermano. Acaban de escuchar sus gritos. El jefe de ustedes está muriendo, así que si sigo aquí con ustedes es porque disfruto hacerlos sufrir. El entierro de mi hermano será pasado mañana. Ahora mismo, mi padre se está preparando para el funeral del hijo menor, y voy a asegurarme de que las mujeres de sus familias, hijos de puta, tengan una maldita tonelada de trabajo organizando tantos ataúdes. No los suyos, claro. Sus cuerpos desaparecerán. Hablo de sus familiares. No quedará nadie. Cada ascendiente y descendiente varón será exterminado.

Uno de ellos murmura, suplica perdón, reitera que solo estaban siguiendo órdenes. La misma letanía que intentaron usar para justificarse cuando me vieron y comprendieron lo que les esperaba.

Sé por qué mataron a mi hermano.

Hace aproximadamente un año, eliminamos a uno de los líderes de la Tríada en Nueva York, junto con sus soldados. Ese hijo de puta nos causó un daño enorme al robar un envío de dinero destinado al lavado.

Italo fue quien descubrió, en una de las pocas veces que tomó en serio sus responsabilidades dentro de la familia, que habían sido los chinos quienes interceptaron y desviaron nuestro dinero.

Nuestra respuesta fue rápida y brutal. Un ataque coordinado que resultó en el exterminio de quince miembros de ellos.

Fue un movimiento estratégico, más que una venganza, para consolidar nuestra posición frente a los enemigos.

No nos vengamos por pérdidas financieras. Eliminamos a los ladrones de manera rápida. La venganza se reserva para cuando se atenta contra un miembro de nuestra familia.

Pagamos sangre con sangre. Dolor con tortura.

Sin embargo, no actuamos proporcionalmente.

Una ofensa contra la familia significa una venganza que hará que el apellido del enemigo desaparezca de la faz de la Tierra.

Durante tres horas más, uso todos los instrumentos que encuentro para destruir cada centímetro de sus cuerpos, pero ni siquiera así siento el alivio que esperaba.

Mi hermano no fue solo asesinado, fue destrozado como un animal. Deshonraron mi sangre y por eso me aseguraré de que nunca olviden sus muertes también.

Luciano está sentado en una silla y, aunque no puedo verlo, sé que me observa. No intentó intervenir ni pedirme que me detuviera porque ambos sabemos que él haría lo mismo si lo que pasó con Italo le ocurriera a uno de sus hermanos.

No, él se vengaría, creyendo incluso que solo soy su primo, aunque desconozca que compartimos el mismo padre.

Los hombres gritan, pero ya no con tanta fuerza.

Podría haberles cortado la lengua, pero quería escuchar sus gritos, y lo hicieron durante todo el tiempo que los torturé.

Cuando el silencio finalmente se extiende como un manto pesado y grueso, al estar todos muertos, dejo caer el cuchillo al suelo.

—Vamos. Ve a cambiarte y saldremos a beber. Conozco algunas mujeres que estarán más que dispuestas a una fiesta —dice Luciano.

—Volaré a Nueva York.

—No esta noche. No te dejaré solo. Mañana iremos a Manhattan. Mis hermanos vendrán al funeral.

El entierro de Italo no será inmediato. El cuerpo será enviado a Nueva York, pero deberá ser preparado antes del velorio. Mis padres no pueden verlo en el estado en que se encuentra. Así que el entierro será en dos días.

Él me espera mientras me deshago de la ropa ensangrentada, que será quemada por el equipo de limpieza, y una hora después estamos en el auto, rumbo a uno de los apartamentos de Stefano en la ciudad.

—¿Estás seguro de que no quieres salir?

—Absolutamente. Volaré temprano para estar con mi padre.

—¿No con tu madre?

Siento mi mandíbula tensarse y sé por qué hace la pregunta. Se esperaría que consolara a mi madre.

—Claudia puede cuidarse sola.



Una hora después, estoy desnudo, recostado en la suite del apartamento de Stefano.

El odio aún hierve dentro mío y ni siquiera sé a quién dirigirlo.

No, lo sé.

La imagen de Constance atraviesa mi mente.

Hermosa, con un rostro perfecto. La mujer que pasé los últimos dos años intentando borrar de mi memoria, sin éxito.

Ella tiene culpa en lo ocurrido con Italo. Nadie la obligó a casarse con él. No es una princesa de la mafia y no sería forzada a un

matrimonio por conveniencia. Todo lo que necesitaba hacer era terminar con él, pero lo engañó, lo hizo esperar dos años y luego apareció embarazada de otro.

Constance también es responsable del estado mental de mi hermano, que culminó en su muerte.

Me levanto, abro una botella de whisky y la bebo directamente del cuello. Limpio mi boca con el dorso de la mano.

Su rostro angelical se alterna en mi mente con el cuerpo de Italo eviscerado en el suelo del hotel.

Y entonces, recuerdo la fotografía. Constance sonriendo en los brazos de otro, esperando un hijo de otro.

—Maldita mujer. Bruja del infierno.

Lanzo la botella vacía contra la pared.

Mi pecho arde de rencor y mi ira es tan profunda que tardo en darme cuenta de que mi celular está sonando.

Miro la pantalla.

Carlorino.

—No quiero hablar, así que si vas a intentar consolarme de alguna manera, ahórranos ambos el esfuerzo.

—Constance está regresando.

—¿Qué?

—Constance vendrá al funeral de Italo y temo que pueda haber alguna tensión con tu madre, así que no te sorprendas si me quedo a su lado todo el tiempo.

—Dame su número de teléfono.

Sé que cambió de teléfono desde que huyó de Italo.

—Ruggieri, no estás pensando con claridad y…

—No me importa lo que pienses. Envíame por mensaje el maldito número de su teléfono.



Constance

Número desconocido: "Me verás en cuanto pises suelo americano".

Ya no tengo su número guardado, pero sé quién me envió el mensaje, porque todo mi cuerpo tiembla al leerlo.

Durante el tiempo que creímos que podíamos ser medios hermanos, me prohibí pensar en él porque no podía dejar de recordar nuestro último encuentro y cómo me sentí.

Escribo una respuesta rápida antes de perder el valor.

"¿Dónde?".

Número desconocido: "Habrá un chofer esperándote en el aeropuerto de Nueva York. Pásame el número de tu vuelo".

Pensé que el funeral sería mañana, pero no discutiré.

Está herido por la pérdida de su hermano. Ruggieri no sabe toda la verdad y quizás quiera escuchar de mí qué ocurrió para que Italo cayera en una espiral tan decadente.

No tengo idea de cómo murió, pero imagino que fue un accidente de auto. Carlorino no respondió cuando le pregunté.

Lo que me dijo es que fue prácticamente un suicidio.

Hago lo que Ruggieri pide y le envío el número de mi vuelo.

La respuesta llega rápido.

Número desconocido: "No huyas".

Mi corazón se dispara.
¿Hay un tono de amenaza en este último mensaje?

"Estaré allí".



Capítulo 25

Cuando el avión toca tierra, siento que todo mi cuerpo entra en alerta porque sé que estoy cada vez más cerca de encontrar a quien ha sido, durante toda mi vida, mi villano.

En los últimos dos años, Ruggieri estaba prohibido para mí en más de un sentido, y no pensar en él se volvió un esfuerzo consciente.

No hay más barreras entre nosotros, sin embargo, y ahora mi mente vuela para recordar cada detalle de él, aunque luche contra ello y me diga a mí misma que venir a Estados Unidos, y sobre todo este encuentro con él, es únicamente por la muerte de Italo.

Estoy hecha un lío por dentro y siento como si en mi estómago estuviera ocurriendo una revolución.

Los pensamientos se enfrentan entre sí, una batalla interna entre el deseo de huir del encuentro con él y la necesidad de encararlo porque ya no soy una niña.

Él no hará nada contigo, pienso para calmarme.

Sé que es peligroso, y aun así, algo distorsionado dentro mío desea verlo de nuevo.

Supongo que es porque no tengo muchas referencias de mi pasado actualmente y Ruggieri, al igual que Italo, representa mi hogar.

Un hogar aterrador y malvado, pero que me recuerda a la familia.

¿Qué tan tonta puedo ser para pensar así?

Salgo del avión caminando despacio, intentando calmar la tensión creciente en mi cuerpo.

Tan pronto cruzo las puertas automáticas que separan la zona de desembarque, veo un grupo de hombres y los reconozco de inmediato como los guardaespaldas de Ruggieri.

Todos están vestidos con traje, adoptando una postura que no deja dudas de que no son hombres con los que se deba jugar.

Me acerco a ellos, sintiendo que todas las miradas nos observan.

—Ustedes trabajan para Ruggieri —digo, haciendo un gesto con la cabeza en señal de saludo.

—Sí. Y te llevaremos con él.

¡Corre!, susurra la voz de la razón, pero no lo haré porque he decidido que no huiré de nada más en la vida.

—Está bien.

Mi corazón late tan fuerte que parece retumbar en mis oídos.

En silencio, observo cómo toman mi equipaje y luego me indican que los siga hasta un coche negro, estacionado frente al área de desembarque, en el que un conductor ya nos espera.

Entro y me acomodo en el asiento trasero, sintiendo el cuero frío del tapizado contra mi espalda, que a estas alturas está sudada por los nervios.

El teléfono en mi bolso vibra. Lo había encendido de nuevo tan pronto el avión empezó a rodar.

Lo tomo, agradecida de tener algún tipo de distracción que calme mi ansiedad.

Es un mensaje de Carlorino.

Carlorino: "¿Estás segura de que quieres hacer esto?".

Aprieto el celular con ambas manos y miro por la ventana, observando cómo la ciudad pasa mientras el coche avanza entre el tráfico.

Sí. No sé qué espera de mí, pero no voy a huir. Nos vemos mañana, en el funeral.

Carlorino: "Ten cuidado. Y el funeral será pasado mañana".

"Cuidado".

La palabra da vueltas en mi mente.

¿Estoy loca por ir a encontrarme con Ruggieri sola?

¿Y qué podría hacerme? ¿Matarme? ¿Culparme por la muerte de Italo? Sería ridículo.

Guardo el teléfono y me obligo a mantener la calma.

El coche se detiene frente a un edificio imponente.

¿Se mudó? Porque sé que tiene, o al menos tenía, una casa en Brooklyn. Nunca he estado allí, pero Claudia decía que a su hijo no le gustaba vivir en edificios de apartamentos, y puedo entender la razón.

Ruggieri parece una fiera y no encaja en una prisión de concreto.

Sin embargo, aquí estamos.

El conductor sale, abre mi puerta, y uno de los guardaespaldas me pide que lo siga.

Me enojo conmigo misma al darme cuenta de que estoy avanzando con pasos vacilantes, uno tras otro.

El vestíbulo del edificio es lujoso, lo que me intimida aún más.

Suelo de mármol, columnas altas y sillones de cuero blanco dan al lugar un aire de imponencia, pero también de frialdad.

Solo ahora noto que uno de los guardaespaldas ya estaba frente a mí, parado en la puerta del ascensor, abierta. Él gesticula para que entre.

Solo uno se coloca a mi lado dentro del ascensor: el mismo que lleva mi única maleta de mano. El hombre no dice nada y siento un nudo formarse en la garganta.

El botón está presionado y rezo para que el ascensor tarde en llegar, así tendré tiempo de calmar los latidos de mi corazón.

Cuando el elevador se detiene mucho antes de que me sienta lista para salir y las puertas se abren, quiero huir.

No de forma diplomática: quiero salir corriendo, sin preocuparme por la dignidad.

Estoy a un segundo de decirle al guardaespaldas que informe a su jefe que cambié de opinión, *cuando lo veo.*

Parado frente a mí, con toda su fuerza e imponencia, Ruggieri me observa.

Viste una camisa gris, impecablemente ajustada al cuerpo, con las mangas remangadas hasta los codos, revelando los músculos de sus antebrazos; pantalones oscuros y zapatos de cuero completan su apariencia, pero es la manera en que se mueve lo que lo hace único.

Exhala autoridad y peligro, como un rey observando a sus súbditos.

Y si mi intuición es correcta, yo sería un súbdito que no le agrada.

Mi mirada recorre cada detalle.

El rostro, siempre hermoso y serio, parece aún más endurecido. Tiene barba de varios días, la boca es una línea fría sin expresión, lo que me impide adivinar sus pensamientos, pero al atreverme a sostener su mirada, es como si el tiempo se detuviera.

Parece más peligroso que antes y, también, más atractivo.

—Entra. —Su voz corta el silencio.

El guardaespaldas pasa junto a nosotros y lleva mi maleta al interior del apartamento.

Trago saliva y no puedo responder. Estoy paralizada y mi corazón late tan rápido que temo que lo note.

El guardaespaldas murmura algo al regresar, entra al ascensor y se marcha. Al mismo tiempo, Ruggieri coloca la mano en la parte baja de mi espalda, guiándome hacia el apartamento.

El entorno sofisticado no me intimida. Su presencia sí.

Es inevitable que mi cuerpo tiemble y ni siquiera cuando ya estoy dentro logro controlarme.

La sensación empeora cuando cierra la puerta tras de mí y vuelve a acercarse.

Un escalofrío recorre mi columna.

No puedo hacer nada más que mirarlo, perdida en la intensidad del hombre.

Al mismo tiempo que es el mismo Ruggieri que recuerdo, también parece completamente distinto.

¿O fui yo la que cambió?

No, él parece más endurecido, más aterrador.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto, cuando el silencio se vuelve sofocante.

Mi corazón martilla en mi pecho.

No veo nada más que a él.



Capítulo 26

Dos años.

Estuve dos años alejado de la mujer que pensé pertenecía a mi hermano.

Dos años de deseo reprimido y ahora ella está aquí, al alcance de mi mano.

¿Qué tan imprudente puede ser Constance para entregarse como una presa?

No debería haber venido, sobre todo después de todo lo que pasó, porque me siento volátil.

Intento concentrarme en que, en última instancia, es por ella que mi hermano está muerto, pero no puedo callar una voz en mi cerebro que grita que, no importa cuánto hubiéramos huido el uno del otro, acabaríamos juntos.

¿Juntos? No. Constance merece mi desprecio.

Fue la principal causa, aunque de manera indirecta, de la caída de mi hermano, de que Italo desistiera de vivir.

Él se destruyó por ella, y eso debería ser suficiente para que mi odio aflore, pero al tenerla tan cerca, cualquier otro sentimiento es suplantado por el deseo, sofocado por algo más primitivo, visceral.

Ella no se mueve. Sus ojos se fijan en los míos, confusos, pero también con un atisbo de desafío.

¿Miedo? ¿Culpa? ¿Deseo?

Sí, hay deseo en su mirada.

Extiendo mi brazo y pruebo mi autocontrol al posar mis dedos en su cuello para sentir su pulso.

Es un contacto leve, suave para mis estándares, pero suficiente para que, al sentir su piel caliente, mi deseo surja como lava de un volcán.

Constance es llama bajo mi mano.

Sus ojos se abren de par en par y buscan los míos, como si ella también se sorprendiera por la corriente eléctrica que nos atraviesa simultáneamente.

No se aleja, intenta escapar, y mi hambre se vuelve incontrolable.

Cuando la atraigo hacia mí (por la cadera, el cuello, o cualquier parte de ella que pueda alcanzar), aún tengo tiempo de retroceder, porque sé que lo que hago está mal, pero no me importa atravesar la condena eterna del infierno, ya que ninguna muerte puede ser peor que imaginarme eternamente su sabor.

No tengo una gota de sangre delicada en mí, pero me acerco con el cuidado con que se toca un cristal. Rozamos nuestros labios con suavidad. La desprecio, pero paradójicamente no quiero asustarla.

Constance jadea, y ese jadeo es mi muerte.

Mi juicio se va al carajo. Choco nuestros labios con el hambre que he contenido durante dos años.

El beso es salvaje, bruto, lleno de rabia y deseo reprimido.

Mi mano cierra sobre la carne de sus nalgas y ella, en lugar de asustarse, gime y separa los labios para dejarme entrar.

Se entrega a mí, moviendo la boca contra la mía con la misma locura febril, como si lo hubiera estado esperando tanto como yo.

La empujo contra la pared. Atrapo sus manos con las mías sobre su cabeza, pero la diferencia de tamaño entre nosotros es tan grande que no puedo sentirla como quiero.

La levanto en brazos, separando sus muslos, metiéndome en medio de ellos, acercando su vulva protegida por la lencería a mi verga bien dura.

No hay una sola célula cerebral funcionando en mí.

El calor de su cuerpo moldeado al mío, el suave respiro de su aliento en mi boca, todo me enloquece.

Mis manos la aprietan porque quiero marcarla. Quiero su piel clara bajo mis dedos, demostrar mi posesión sobre ella. Dejarla sobre la mesa, azotar sus nalgas y luego meterle la verga así.

Constance agarra mi camisa, atrayéndome hacia ella, y sus dedos recorren mi pecho, tocando todo lo que alcanza, haciendo que mis músculos se tensen de deseo.

Mi mente grita que debo soltarla, pero mi cuerpo la quiere, y no es un deseo que pueda controlarse.

No hay espacio para la razón aquí. Solo un hambre voraz, insaciable.

El beso se profundiza, volviéndose más desesperado. Mi boca se desliza hacia su cuello, y el suave sonido que escapa de sus labios es combustible para el fuego que ya me consume.

Por un instante, un destello de conciencia intenta emerger. Una voz en algún rincón de mi mente intenta recordarme por qué esto no debería suceder. Pero es inútil. Ella está aquí y no se irá antes de que la posea.



Constance

Debo estar loca.

Ruggieri es un bruto y debería empujarlo, pero su beso es delicioso.

Su lengua me domina, sus manos aprietan mi carne. La barba sin rasurar raspa mi cuello y aún quiero más.

La manera en que besa…

¡Jesús!

Con un solo beso me rinde a su demanda de posesión. Sus labios son ardientes y su lengua dominante.

Su boca exige todo de mí, como si reclamara algo que siempre le perteneció.

Ahora entiendo lo que sentí cuando nos encontramos en la cocina de la casa de Claudia, tras años sin verlo.

Deseo, en su estado más crudo y voraz.

Esa noche me despertó como mujer sin siquiera besarme.

Desde entonces, el miedo que sentía de él mientras crecía, porque cada fibra de mi ser me decía que era malvado, se transformó en necesidad de ser tocada por él.

Invade mi boca con una urgencia que me deja sin aire, explorándola como si intentara grabar cada centímetro mío en su memoria.

Ruggieri es peligro, es caos, pero quiero perderme en su abismo oscuro.

La fuerza de su cuerpo presionándome, la intensidad con que me sostiene, como si estuviera a punto de perder el control, hace todo aún más electrizante.

Un vestigio de juicio implora que no ceda, pero no puedo dejar de besarlo, porque ahora entiendo que he esperado toda mi vida por un beso así.

Mis manos suben a sus hombros, sujetándolo, por miedo a que deje de tocarme.

Un gemido escapa de mis labios, y su respuesta es inmediata. Me devora con la boca, su lengua acaricia la mía en un ritmo que promete un placer aún mayor.

Cada parte de mí le pertenece en este momento.

Cuando aleja su rostro para mirarme, siento los labios adormecidos por la fuerza casi cruel de su boca y mi respiración se vuelve agitada.

Lo miro y sus ojos están oscuros.

—Esto no debería haber pasado —dice, con voz ronca, pero no me suelta.

No puedo responder.

Aún siento su sabor y el calor de su cuerpo ardiendo contra el mío.



Capítulo 27

Tocar a Constance fue mi error. Probar el sabor de su boca y escucharla gemir para mí se convertirá en mi propio infierno.

El control que creía tener sobre mí mismo se deshizo en el momento en que la atraje hacia mis brazos.

La llevo en brazos hasta el comedor y la recuesto sobre la mesa.

Inclinado sobre ella, no puedo dejar de mirar su hermoso rostro.

Es un ángel y un demonio, enviada a la Tierra para poner a prueba mi cordura.

Sus dedos se deslizan por mis hombros y suben para tocar mi rostro.

La beso otra vez porque no puedo detenerme. He tenido que contenerme durante demasiado tiempo.

—No tienes idea de lo que quiero hacer contigo —murmuro en su boca.

Su respuesta es morder mi labio inferior.

Mis manos recorren sus piernas, atrayéndola hacia el borde de la mesa, mientras mi lengua viaja por su cuello, mordiendo y succionando.

Sé que no hay vuelta atrás. He entrado en un camino que recorreré hasta el final, aunque eso nos destruya a ambos.

Gime fuerte cuando agarro sus caderas y, apenas mis dedos rozan el elástico de su tanga, su respiración se vuelve errática.

—Te quiero desnuda para mí. Necesito sentir tu vulva en mi lengua.



Constance

Por nunca haber estado desnuda con un hombre, debería tener miedo de lo que dice, y quizás, en el fondo de mi mente, haya un poco de temor, pero es insignificante comparado con el placer de ser tocada por él.

Estar en los brazos de Ruggieri es como sumergirse en una tormenta sin estar segura de que lo que sabes sobre nadar será suficiente para no ahogarte.

Todo en mí le pertenece: el cuerpo, el deseo, el hambre y la sed.

Solo existe Ruggieri y el calor que siento, despertado por él y que me consume por completo.

Su mano se desliza, presionando la parte delantera de mi ropa interior sobre mi clítoris, y quiero más, pero él no parece tener prisa. Sus ojos están abiertos y observa mis reacciones.

—Más —gimo, porque siento que voy a morir si no me hace llegar al orgasmo.

Entonces, de repente, algo cambia.

Su rostro se endurece y su expresión se vuelve furiosa.

Se aparta bruscamente, dejándome jadeante y perdida.

Es como ser arrojada a la sombra después de haber disfrutado del calor del sol.

Pero más que la distancia física, es la mirada de Ruggieri sobre mí la que aprieta mi corazón.

Es una mirada sombría y rencorosa.

—¿Cómo puedes permitirme besarte así si estás embarazada de otro hombre?

Sus palabras son como dagas de hielo y de inmediato recuerdo la mentira que le conté a Italo para que me dejara en paz.

Italo. Fue por él que vine, no para ser seducida por su hermano mayor sobre una mesa.

Lo que hace un momento era pasión ahora me deja avergonzada.

Me levanto de la mesa y acomodo mi vestido, tirándolo hacia abajo lo máximo que puedo.

Me siento expuesta y odio a Ruggieri por transformar lo que pasó en algo que me avergüenza.

Mi primer impulso es negar todo: el embarazo y el novio. Decirle que nunca estuve con otro hombre. Pero algo dentro mío lo impide.

Levanto el mentón, intentando ocultar el temblor de mis manos mientras las aprieto juntas.

—Nunca estuve embarazada. Dije eso porque quería que Italo dejara de buscarme.

—¿Y el otro hombre?

Sus ojos se entrecierran y la intuición me dice que tiene problemas para controlarse.

—Se acabó —digo, con palabras frías y calculadas—. Lo que tenía con él terminó, pero eso no tiene nada que ver contigo. No es asunto tuyo. No sé por qué me llamaste aquí, pero me voy.

—No vas a ir a ningún lado.

—No soy tu prisionera.

—No, pero serás mía el tiempo que yo quiera. Me pertenecerás. Pero ten en cuenta que no soy Italo, Constance. Yo soy quien usa, no quien es usado.

El dolor que causan sus palabras me sorprende. Es físico, pero no lo dejo notar. En cambio, sonrío, como si lo que dijo fuera un chiste.

—¿Usarme? No creas que me conoces, Ruggieri. Ya no soy la niña inocente que creció en tu casa.

Se acerca y sus dedos se cierran alrededor de mi cuello. No aprieta, pero el contacto es suficiente para que no pueda mover la cabeza.

—La niña que fuiste nunca me interesó. La mujer que te has convertido es la que quiero. Muéstrame tu verdadera cara, Constance. Muestra lo peor de ti, pero no esperes menos a cambio.

—No te tengo miedo —miento, y al mismo tiempo siento mi corazón galopar, porque la emoción que su amenaza despierta en mí es algo que nunca experimenté.

Antes de que pueda reaccionar, toma mi boca otra vez.

No hay cuidado ahora; es un hombre besando a una mujer, mostrándole cuánto la desea.

El hambre con que me besa roba mi aliento. Es el apetito de una bestia, una seducción letal sobre la que no tengo control alguno.

Hay desesperación en la manera en que me besa, como si estuviera enfadado con nosotros dos.

Sujeta mi rostro, y su dominio sobre mí es tan imperativo que me siento mareada ante su exigencia.

Debería morderlo y decirle que no puede acercarse a mí nunca más, pero no puedo. Es como si yo fuera un instrumento que solo él sabe tocar.

La pasión explota en mí y mi respuesta es tan intensa como su demanda sobre mí.

Sé que esta vez no habrá salvación. Mi cuerpo está entregado, mi mente rendida. Ruggieri es una fuerza imposible de resistir y cada fibra de mi ser grita dejarme llevar.

Estoy perdida, completamente envuelta en nuestra pasión, cuando un sonido nos interrumpe.

Es estridente y corta el aire, devolviéndome a la realidad como si cayera abruptamente por un precipicio.

Tardo en darme cuenta de que es el timbre, pero cuando escucho la puerta siendo desbloqueada, entro en pánico.

Lo empujo justo cuando Carlorino y otro hombre, muy parecido a Ruggieri (tan parecidos que podrían ser hermanos) entran.

Creo que es uno de sus primos sicilianos, pero no estoy segura, ya que rara vez venían a la casa de Claudia.

Los ojos de Ruggieri siguen fijos en mí; parece frustrado y furioso, aunque esta vez parece ser por los visitantes inesperados.

Cuando reúno valor para mirar a los otros dos hombres, siento mi rostro arder al darme cuenta de que sospechan lo que estaba ocurriendo. Sus ojos se alternan entre Ruggieri y yo, como tratando de juntar las piezas de lo que interrumpieron.

El calor de la vergüenza se esparce rápidamente por mi cuerpo, pero enderezo la columna, sin dejarme intimidar.

Ruggieri es el primero en hablar, su voz suena como un gruñido autoritario.

—¿Qué quieren? —pregunta, sin dejar de mirarme.



Capítulo 28

Constance sale de la sala con la cabeza erguida, como una reina.

Quizás logre engañar a Luciano y a Carlorino, pero no a mí. Sé que está muriéndose de vergüenza porque casi nos atraparon. Y, de manera inesperada, me siento protector con ella, algo que no debería suceder, porque a pesar de desearla, también la desprecio.

Quedó claro al confesar que le mintió a mi hermano sobre el bebé, y también por la manera frívola con que habló de su ex novio: está acostumbrada a usar a los hombres.

La rabia hierve dentro mío.

Los celos dominan mi sangre.

En parte, esta ira se dirige hacia ella, pero principalmente contra los intrusos inesperados.

—¿Por qué diablos aparecieron aquí sin avisar?

El rostro de Carlorino refleja tensión, pero la expresión de Luciano sigue en blanco.

Él toma la delantera.

—Nos preocupamos —comienza—. Después de todo lo que pasó, temíamos que pudieras perder la cabeza.

Tardo unos segundos en entender.

¿Pensaron que podría matar a Constance?

Rio, pero no hay humor en el sonido.

—Yo no mato mujeres.

—La odias —dice Carlorino—. Sabemos que estás enojado con ella. Cualquiera en tu lugar lo estaría. Pero la verdad es que Constance no tiene culpa directa en la muerte de Italo. Necesitas entender eso antes de hacer algo de lo que te arrepientas.

Mi rabia se dispara hasta la estratosfera.

No admito que nadie se meta en mi vida, y con toda certeza en el infierno, no quiero ningún desgraciado entre Constance y yo.

—Si supuestamente la odio, eso queda entre nosotros.

El teléfono de Carlorino suena y se aparta para contestar.

—¿Qué pretendes, Ruggieri? ¿Vas a hacer de ella tu esposa? —pregunta Luciano.

—No tengo intención de casarme ahora, y cuando lo haga, no será con ella. Pero Constance es mía por ahora.

—¿Y el novio español?

—Ya no hay novio alguno.

—Aun así, la mujer es un problema, Ruggieri, y la quieres por razones equivocadas. Para vengarte de lo que le hizo a Italo.

Hasta besarla, podría estar de acuerdo con él. Después de todo, para eso la llamé: para curarme del deseo que siento por la maldita bruja y también para devolverle un poco del dolor que causó.

Mi rabia era tal que borré de mi mente la historia del embarazo. Solo recordé eso cuando estaba a punto de arrancarle la ropa.

Sin embargo, probé su sabor y me volví adicto a esa boca. No puedo dejarla ir todavía. Ya no tiene nada que ver con Italo. No soy tan generoso. La quiero en mi cama el tiempo que desee, porque esa mujer me vuelve loco.

—No tienes la menor idea de lo que estás diciendo.

—Carajo, ¿no ves que eso solo te traerá problemas? No la quieres como esposa, como acabas de admitir. ¿Cuánto tiempo vas a tenerla como amante?

—Hasta que mi hambre por ella muera.

Lo veo fijar su atención sobre mi hombro y sé que ya no estamos solos. Cuando me giro, veo a Constance entrando nuevamente en la sala.

Nuestros ojos se encuentran y, por un instante, algo brilla en sus iris, pero enseguida desvía la mirada de mí.

Ella no dice nada.

Solo toma la maleta que mi empleado trajo y pasa entre los tres, ya que Carlorino acaba de cortar la llamada con su celular.

Su expresión es puro desafío, como si me dijera que es dueña de sí misma.

No lo es. Y lo descubrirá rápido.

Constance sigue hacia la puerta sin mirar atrás. Mi deseo es traerla de vuelta, pero la dejo ir.

La observo desaparecer por la puerta, mi cuerpo está rígido, la rabia aún pulsando en mis venas, pero hay algo más que no logro identificar todavía.

¿Posesividad? ¿Deseo?

No importa.

Constance puede huir si eso es lo que necesita ahora, pero ambos sabemos que esto no ha terminado.

Antes era un deseo.

Ahora se ha convertido en mi obsesión.



Constance

Todavía me siento temblorosa cuando llego al cementerio para observar de lejos el entierro de quien fue mi mejor amigo alguna vez.

La vulnerabilidad que el encuentro con Ruggieri dejó en mí me impidió dormir, como si su presencia aún flotara en mi habitación de hotel.

El calor, la intensidad y la sensación de peligro que emana y que me excita… todo permanece, como una marca de su posesión.

En mi cuerpo. En mi mente.

¿En mi corazón?

No sigas por ese camino, Constance. Ayer dejó muy claro lo que desea de ti.

Me obligo a apartarlo de mi mente, aunque es difícil, ya que toda la familia está a menos de treinta metros de mí.

Los observo, reunidos alrededor del ataúd.

No, la verdad es que solo tengo ojos para él. La línea de sus hombros rígidos, como si fueran de piedra, denota tensión.

No mira el ataúd; está de perfil, como si presintiera que yo vendría.

Sé que está sufriendo. La relación entre ellos no siempre fue mala. Italo estaba loco por su hermano mientras crecían, y Ruggieri lo protegía como el menor.

Seco una lágrima al recordar lo que Carlorino me contó cuando me llamó anoche.

Se preocupó por mi visita al apartamento de Ruggieri y, claro, por mi partida abrupta. Me llamó para decirme que podía quedarme en uno de sus apartamentos. Agradecí, pero respondí que no. Preferí quedarme en un pequeño hotel. No quiero deber favores a la familia de Italo.

Otras lágrimas siguen allí amenazando al recordar que me reveló que mi amigo fue asesinado por una mafia rival. Carlorino no entró en detalles, pero sé lo suficiente sobre la familia Marchese Trovato como para entender que debió ser algo doloroso.

He investigado sobre mafias durante algún tiempo, principalmente las sicilianas, una de las cuales pertenece a la familia de los antiguos patrones de mi madre. Tienen muchos enemigos.

No fui al velorio porque imaginé que no me querrían cerca, pero no podía dejar de despedirme de Italo.

Puedo escuchar al sacerdote desde donde estoy. Conduce la ceremonia con palabras que me parecen vacías, pues no traen consuelo.

Me desconecto de todo mientras observo solo una parte del ataúd, ya que varias personas lo rodean.

En mi mente, comienzo a repasar los momentos que viví con Italo desde la infancia.

El amigo que fue mi refugio alguna vez y, más tarde, se convirtió en mi mayor tormento.

Recuerdo cómo me hacía reír, las conversaciones que tuvimos al crecer y los planes de conocer el mundo juntos.

A pesar de ser rico, cuando era pequeño, Italo no disfrutaba de la libertad que otros niños tenían, pues vivía rodeado de guardaespaldas y no podía ir a cualquier lugar. Solo cuando fuimos adolescentes entendí que su padre lo protegía de los enemigos.

Después de los recuerdos felices, otros intrusivos pero necesarios piden paso.

Recuerdo las traiciones con mujeres, que descubrí primero por su madre y luego por sitios de internet.

Me engañó durante años, mientras yo no tenía vida social alguna.

Luego, surgen memorias de peleas, amenazas y de las veces que me trató como si no tuviera cerebro.

Aun así, no puedo borrar el amor que sentí por él alguna vez.

Por dentro, soy una tormenta de dolor, pero también de nostalgia.

Las lágrimas recorren mi rostro hasta que empiezo a sollozar. Mi pecho parece a punto de explotar de tanto dolor reprimido, y solo me doy cuenta de que la ceremonia terminó cuando miro al frente y veo a la mujer malvada que odio a solo unos metros de distancia.

La responsable de enviarme lejos, de hacerme creer una mentira que destruyó el mundo que conocía.

Italo y yo nunca habríamos funcionado como pareja, pero era nuestro derecho descubrirlo.

Claudia me mira y sus ojos se entrecierran. Veo en su expresión que no me quiere aquí.

No vine a confrontarla. Planeaba respetar su dolor, pero ahora empieza a caminar hacia mí.

—¡No deberías haber venido! —grita—. ¡Es todo culpa tuya!

Mi rabia emerge.

—¿Y tú crees que tienes derecho a juzgarme después de lo que hiciste?

Noto de reojo que algunas personas nos observan y, aparentemente, Claudia también lo percibe, porque cuando ve que no bajo la cabeza, su tono cambia.

—No voy a discutir contigo hoy. No es apropiado.

—¿Apropiado? —digo bajito, para que solo ella escuche—. Eres un chiste, Claudia. La pena que siento porque perdiste a tu hijo no se compara con cuánto te desprecio.

Escuchamos pasos y ella palidece.

—Por favor, no digas nada. No hoy.

—Me gustaría ser un demonio como tú, que pisa el dolor ajeno como un tractor, pero creo en el karma, Claudia, y sé que pagarás por lo que me hiciste.

—Solo te pido que mantengas la compostura por ahora.

La miro por unos segundos más, mi pecho aún lleno de rencor, antes de dar un paso atrás.

No es el momento.

Giado Marchese Trovato y Ruggieri tienen derecho a velar a Italo en paz.



Capítulo 29

Estaba apoyando físicamente a mi padre, que parecía a punto de doblarse sobre sí mismo mientras observaba cómo bajaban el ataúd de Italo, cuando, por el rabillo del ojo, noté movimiento.

Al mirar en esa dirección, veo a Claudia en lo que parece ser una discusión con Constance.

No puedo escuchar lo que dicen, pero el lenguaje corporal de ambas es inequívoco.

—Ve, yo me quedaré con él —dice Massimo, uno de los hermanos de Stefano y Luciano, al notar hacia dónde estoy mirando.

Todos mis primos vinieron al funeral y Ortensia habló largo rato por teléfono conmigo esta mañana. Como madre consciente de que alguno de sus seis hijos podría no volver a casa algún día, lamenta el dolor de mi madre, aunque nunca hayan sido amigas.

¿Amigas? Una amiga no duerme con el marido de otra.

Mientras me acerco a ellas, no puedo ver el rostro de Claudia, pero el de Constance está lleno de rabia contenida, y puedo imaginar lo que ocurre: mi madre la está culpando por la muerte de Italo.

¿Y no fue lo mismo que tú hiciste?, pregunta mi voz interna.

Sí, en parte; la considero culpable de que él se haya hundido en las drogas, cuando antes solo consumía alcohol. Pero no importa

cuánta rabia sienta hacia ella, no puedo culparla por la muerte de Italo a manos de los chinos. El riesgo de toparnos con una mafia rival nos persigue desde el nacimiento.

Ahora estoy lo suficientemente cerca para escuchar a Claudia decir:

—Mi hijo murió de manera indigna y tú lo llevaste a eso.

—Para alguien que hace un momento me suplicó que no hiciera un escándalo, no sabes cuándo callarte, ¿verdad? —responde Constance, con el rencor destilando de su voz.

Está vestida con jeans, una camisa rosa de botones, zapatillas y coleta. Nada que ver con el demonio tentador de ayer, que llevaba un vestido corto rojo. Ahora parece un ángel entre pecadores, pero ambos sabemos que no hay nada angelical en ella.

Sin embargo, el contraste con Claudia, vestida con ropa que probablemente costó tanto como mi traje, mientras la hija de Abigail parece una universitaria indefensa, es como observar a David frente a Goliat, y decido intervenir antes de que las dos pierdan el control.

No es ni el día ni el lugar para este tipo de mierda. Mi padre no necesita presenciar a su mujer dando un espectáculo público.

El cementerio está rodeado de guardaespaldas, que se mantienen vigilantes para que ni reporteros ni nuestros enemigos se acerquen, y si Constance logró entrar fue porque di órdenes expresas de que podía pasar, pues sabía que vendría.

Estoy muy cerca de ellas ahora, a apenas medio metro detrás de Claudia, y por un momento me detengo a admirar a Constance.

Mientras crecía, era un punto de interrogación para mí la mayor parte del tiempo. No me gustaba verla con mi hermano porque incluso cuando él era un niño, mostraba señales de engaño y de carácter débil. Temía que Italo hiciera alguna locura, como dormir con Constance antes de que tuviera la edad legal. Cuando mintió diciendo que habían tenido sexo, quise matarlo.

Nunca entendí la fascinación de Italo por ella. Ahora, sin embargo, veo que hay mucho más detrás de la chica de cabello rubio con matices rojizos, boca fogosa y ojos celestes.

Constance tiene sangre caliente corriendo por sus venas y sabe defenderse. Lo mostró al salir de mi apartamento ignorándome a mí

y a mis primos. Lo demuestra ahora, enfrentando a Claudia cara a cara.

Pero hay algo en su postura desafiante, que intenta mostrar al mundo que no tiene miedo, que me hace ir a rescatarla.

Es joven y está demasiado sola. No hay equilibrio en esa balanza en una guerra contra Claudia.

Acorto la distancia que me separa de ellas y me coloco entre ambas.

Mi presencia es suficiente para silenciarlas. Constance me mira porque estoy frente a ella. Sus ojos aún brillan con rabia, probablemente por lo que escuchó que le dije a Luciano en mi apartamento.

—Ya basta —determino.

No espero protestas. Mi mano toma la suya y la guío hacia la salida, ignorando la mirada fulminante de mi madre hacia la hija de la ex empleada.

Constance no se resiste. Camina a mi lado y no intercambiamos palabra mientras la conduzco hasta el coche.

La tensión entre nosotros es densa como un día de niebla; la rabia es recíproca, pero también hay algo más profundo ardiendo bajo la superficie.

Abro la puerta trasera de mi auto para ella y entro detrás, esperando que el chofer se acomode al volante.

Espera a que los guardaespaldas estén listos antes de arrancar.

Mientras el auto atraviesa la ciudad, ninguno de los dos dice nada, y tal vez sea mejor así. Para lo que quiero, funcionamos mejor en silencio.

Esta vez no la llevo a mi apartamento, un lugar que uso solo para dormir cuando debo quedarme unas pocas noches en Nueva York. Ordeno a mi empleado que conduzca hacia mi casa en Brooklyn porque no tengo intención de quedarme solo un par de días en Nueva York. La mantendré conmigo hasta que me sienta libre del hechizo que ejerce sobre mí.

Cuando llegamos, bajo primero, abro su puerta, pero no la ayudo a salir.

—¿Dónde estamos?

—En mi casa.

—Pensé que…

—El apartamento está reservado para reuniones de negocios.

Aún está pálida, probablemente por la discusión con Claudia, pero no baja la cabeza ante mí.

—¿Soy un negocio? O mejor dicho, déjame reformular la pregunta: ¿me llevaste a tu apartamento cuando llegué a Estados Unidos para hablar de negocios?

La ironía gotea en su voz y me siento fascinado por esta criatura que parece tan frágil, pero que tiene más dureza en los huesos que muchos de mis hombres.

También es imprudente, sin dudas. Debería saber que jugar conmigo es caminar directo al infierno, pero me gusta que me enfrente.

—Ayer no sabía qué hacer contigo, pero ya tomé una decisión.

—¿Y puedes decirme cuál es? —Ella intenta aparentar calma.

—Puedes irte ahora, pero ambos sabemos que te voy a cazar. Y lo seguiré haciendo hasta poseerte, hasta que seas mía.

Ella jadea y sus ojos se oscurecen.

Nunca imaginé que el peligro la excitara, pero noto que lo hace.

—¿Y cuál sería tu propuesta? —dice cuando estamos fuera del vehículo.

—Te quedas aquí conmigo hasta que volvamos a Europa.

Busca aire y aunque parece temer decirme que sí, sé que también lo desea.

—Lo pensaré —dice, pero ambos sabemos que está mintiendo. Su decisión ya está tomada.

Constance me sigue en silencio hacia mi casa. No duda cuando, tras despedir al chofer y a mis hombres, abro la puerta para que entre.

El sonido de la puerta al cerrarse tras nosotros es como la señal de que un pacto acaba de sellarse.

No nos agradamos, pero nos deseamos con locura; hasta que este hambre termine, será mía.

Constance finge ignorarme, prestando atención a la decoración mientras sale del hall y entra en la sala principal como si estuviera

fascinada por cuadros y esculturas.

Su postura rígida no me engaña.

No tengo dudas de que los mismos elementos mezclados dentro mío (rabia, deseo, resentimiento) también arden en ella.

Se gira hacia mí.

—Me quedaré hasta mañana.

—Te quedarás hasta que yo quiera.

—No soy una prisionera. Puedo irme.

—No querrás irte.

Me acerco a ella en unos pasos y cuando mi mano agarra su nuca, se esfuerza por no mostrar cuánto se derrite al contacto.

Pongo mi boca cerca de la suya, sin besarla todavía, y sus pupilas se dilatan.

—No te extrañes si mañana despiertas y no estoy a tu lado en la cama —dice.

El aviso audaz estalla en mi mente, cualquier autocontrol que intentaba mantener desaparece, y nuestros labios reanudan la guerra que tanto ansío.

No es una batalla de palabras, es de lenguas, dientes y gemidos. Un beso violento y rudo, en el que cada uno toma del otro lo que necesita.

—Eres mía. Solo mía, hasta que yo diga que estoy satisfecho.



Capítulo 30

No tengo ninguna experiencia con hombres, entonces, ¿cómo puedo pensar en jugar de igual a igual con alguien como Ruggieri?

Él es un depredador y parece hambriento por mí.

Una mujer con un fuerte sentido de autopreservación huiría, pero me siento marcada por él, como si le perteneciera.

—Puedes engañarte pensando eso, pero yo no soy de nadie.

—Me encantará demostrarte lo equivocada que estás, mi dulce Constance.

El tono amenazante de sus palabras sale sin esfuerzo y me hace estremecer. ¿Ruggieri se dio cuenta de que soy una fraude? ¿Percibe que no tengo la menor idea de cuáles son las reglas de este juego en el que me metí voluntariamente?

Hay algún tipo de magia poderosa que me atrae hacia él. El hombre representa riesgo y peligro, y aun así, no puedo decirle adiós ni darle la espalda.

Me siento atraída por Ruggieri como una polilla hacia la luz.

He leído libros donde los autores hablaban de química electrizante, pero dada mi única experiencia con Italo, que estaba muy lejos de eso, pensé que nunca me ocurriría. Pero ahora, cuando mis ojos se hunden en los del hombre malo, me siento conectada a una corriente de alta tensión.

Su barba sin afeitar, que enmarca las líneas duras de su mandíbula, le da un aire aún más irresistible para mí. La boca, a centímetros de la mía, me tienta como si me desafiara a darle la espalda a su seducción.

Su dedo largo toca mi labio inferior y mis piernas pierden fuerza. Es humillante que una caricia tan sutil pueda hacerme desmoronar en sus brazos.

No tengo control sobre mí misma y mis manos se agarran del tejido de su camisa.

No es suficiente y acerco mi rostro, inhalando su aroma.

Froto mi cara contra su ancho pecho y la respuesta de Ruggieri es sujetarme del mentón y sumergir sus ojos en los míos.

La otra mano rodea mi espalda. Me siento pequeña y delicada junto a su cuerpo masculino.

No sé cuánto tiempo me observa, pero cuando vuelve a presionar su boca contra la mía, no lo hace con brutalidad.

Gimo de placer, mi cuerpo ansioso por más.

Toma mi boca como alguien que sabe lo que hace. Como si pudiera verme por dentro y entender lo que necesito, pero cuando levanto los brazos, rodeando su cuello, y agarro un puñado de su cabello, el beso se vuelve feroz.

Su lengua se hunde profundamente en mí, y mi cuerpo cobra vida, empujando contra el suyo.

Puedo sentir su calor bajo la ropa, y cuando clavo mis uñas en su carne, un tipo de gruñido resuena desde lo profundo de su garganta.

Es un sonido masculino y tan salvaje que me deja completamente erizada.

—Nunca he tocado a una mujer contra su voluntad, Constance —dice, separando la boca solo lo suficiente para que sus palabras lleguen a mí—. Así que dime claramente si esto es lo que quieres o me detengo aquí.

—Dijiste que me cazarías.

—Y lo haré, pero mi arma contra ti no será la violencia, sino dejarte tan necesitada de mí que te será imposible dormir sin tocar tu clítoris deseando que sean mis dedos, mi verga o mi lengua.

—Eres grosero.

—Soy quien te va a arruinar para todos los demás hombres, quien te impedirá desear a otro.

La amenaza tiene el efecto contrario. Debería asustarme, pero en realidad me dan ganas de jalarlo hacia mí y exigir que cumpla.

No soy un juguete sexual, soy una mujer con deseos y necesidades, y quiero el paquete completo de lo que él tenga para ofrecerme, porque sé que nunca seremos un "para siempre".

—¿Qué quieres de mí?

—El control sobre tu cuerpo mientras estemos juntos. No será de nadie más. Solo mío.

Busco la respuesta dentro mío, rogando a mi cerebro que lo mande al infierno, porque, por el amor de Dios, ¡estamos en pleno siglo XXI!

Nada sale de mi boca excepto un gemido. Principalmente cuando siento sus manos jugar con el borde de mi blusa, como una promesa de que la quitará en cualquier momento.

—Por el tiempo que yo quiera, seré tuya.

Él mordisquea mi oreja.

—Ah, Constance, podría convertir esto en un deseo perpetuo para ti. Mantenerte siempre dispuesta para mí, rogando por más.

—¿Y crees que lo contrario no es cierto? Debería ser prohibida para ti, Ruggieri. Somos incorrectos el uno para el otro en todos los sentidos y, aun así, me deseas al punto de que una noche no sea suficiente.

Trago saliva después de decirlo. Sé que estoy provocando a la fiera, pero no puedo detenerme.

—Di que sí —dice, ignorando lo que acabo de declarar.

—Sí para todo lo que tenga que ver con un *adiós* —lo desafío.

Quedo completamente sin aliento cuando, con un agarre de ambas manos, transforma mi blusa en un harapo tirado al suelo. Sus calientes dedos tocan mi espalda y el placer se extiende por cada centímetro de mí.

Deja de besarme y se mueve alrededor mío, colocándose detrás. Aparta mi cabello, besa mi cuello, desabrocha el botón y baja la cremallera de mis jeans. Y entonces, sus manos están sobre mí.

Sin aviso para prepararme, Ruggieri toca simultáneamente mis pezones por dentro del sostén, mientras su enorme mano entra en mi tanga.

Grito al primer contacto, sorprendida por la invasión, pero solo pasan unos segundos antes de que empiece a presionarme contra sus dedos, que por ahora solo juegan ligeramente con mi clítoris.

—Estás loca de deseo, *bella mia.*

Se separa de mi vulva y giro la cabeza hacia atrás, queriendo su boca, pero Ruggieri no me besa.

—No eres tú quien pone las reglas, Constance.

Él deja de tocarme y quiero llorar de frustración, pero entonces, con una habilidad que estoy segura viene de la práctica, me deja completamente desnuda muy rápido.

Me rodea, como si estudiara mi cuerpo, y aunque quiero esconderme, adoro la fascinación que veo en sus ojos.



Capítulo 31

Nunca sentí que alguien fuera irresistible para mí.

Tengo sexo desde la adolescencia y eso no esconde ningún misterio que yo desconozca.

Al ver a Constance desnuda, los jeans, las zapatillas y el par de medias tirados en el suelo, la lencería destrozada en los trapos en que la convertí, me siento como un hombre que lo hace por primera vez. No me gusta el poder que la pequeña hechicera tiene sobre mí.

Enredo las manos en su pelo y le doy un beso, porque la boca de esa mujer es mi perdición. Ella responde restregándose contra mí, montando mi pierna.

—Tú no tienes control sobre ninguno de los dos. Ve hasta la pared y apoya las manos en ella, de espaldas a mí.

Ella duda, me mira, y aunque sé que el deseo aún la domina, noto que se siente insegura.

—Quiero probarte —digo.

Las palabras la despiertan de la súbita vergüenza y Constance me obedece. Mientras camina hacia la pared, empiezo a desnudarme sin apartar la vista de su cuerpo perfecto. Tiene unas nalgas grandes en proporción al resto del cuerpo y pienso meterle la verga allí pronto. No habrá ningún pedazo de ella que no me pertenezca.

Veo que tiene un pequeño hoyuelo sobre el coxis y me acerco, besando esa imperfección. Me gusta que sea así porque la hace parecer humana; de lo contrario, podría creer que tengo a un ángel inocente entre mis manos.

Ella no es inocente. Es una pecadora como yo. Tal vez no tan experta, pero no hay ni un gramo de pureza en Constance.

Dejo que mi lengua recorra su columna hasta su culo. Separo las nalgas y la lamo allí. Le doy una bofetada fuerte en la nalga derecha y ella gime alto.

—Abre las piernas. Quiero comer esa vulvita.

Siento la tensión en su cuerpo, pero pronto hace lo que le ordeno.



Constance

Cada centímetro de mi piel sabe que le pertenezco, no importa si me está tocando o no.

Con dientes, labios, dedos, lengua, Ruggieri es todo calor y destreza. Es como si tuviera un manual secreto de mi cuerpo, en el que supiera exactamente cómo excitarme.

Está de pie detrás mío, con una mano enredada en un puñado de mi pelo y mordiendo mi nuca mientras la otra pellizca mi pezón. Usa los dientes para recorrer la piel de mi espalda y me estremezco de placer.

Juega con mis tetas y me quedo sin aire cuando siento su cuerpo desnudo contra el mío. Su verga está dura y me la roza entre mis muslos, empujando contra mí para que su longitud alcance mi clítoris.

La fricción es deliciosa y pronto me inclino hacia delante, intentando que me dé más.

Una mano sigue jugando con mi teta y la otra va hacia el medio de mis piernas.

Me siento mareada, como si hubiera bebido.

Mi respiración es apenas un soplo. Y cuando él vuelve a rozar mi clítoris con la punta del dedo, gimoteo su nombre.

—Te encanta esto, tesoro mío.

—Ahhhhh…

No sé cuánto duran sus caricias, no tengo noción de tiempo ni de espacio, pero cuando siento mi cuerpo tensarse y un placer que se extiende desde el cuero cabelludo hasta la punta de los dedos de los pies, quiero suplicarle por más. No quiero que pare nunca.

Se arrodilla y agarra la carne de mis nalgas como si quisiera marcarla. Cuando vuelve a probarme con los labios y siento su lengua en mi entrada, sé que estoy perdida.

No me imagino dejando que otro hombre me toque así, porque no importa cuánto pase el tiempo, siempre seré suya.



Ruggieri

La rendición de ella es mi punto de quiebre.

Subestimé el efecto que esta mujer tiene sobre mí.

Despierta un hambre que nunca había sentido.

Incontrolable. Salvaje. Un deseo que, incluso antes de tomarla, sé que no se calmará pronto.

—Tu vulvita es una delicia. Tu puta dulzura es adictiva.

Mi sed y hambre por ella son señales de alerta y mi lado racional me advierte que aún podría parar en este momento, pero no puedo resistir. Constance es como un veneno que quiero beber y repetir la dosis.

Sexy, hermosa, atrevida. Estoy enredado por el deseo que siento por ella y mientras dure, será mía.

Mi verga está hinchada, rígida, y cuando la dejo empujar levemente en su entrada y mi pulgar roza su clítoris, ella gime alto.

—Quiero tus fluidos. Voy a alimentarme con tu deseo.

Penetro un dedo con cuidado para no asustarla, porque son grandes y gruesos y Constance es toda delicada.

Como intuía, ella se cierra alrededor de él, y cuanto más empujo, más descontrolada se pone.

La respiración se acorta, volviéndose agitada.

La giro de frente hacia mí y le sujeto una de las piernas sobre mi hombro.

—Mira a tu dueño, Constance. Tu vagina, tu culo y tu boca me pertenecen. Tus pensamientos son míos, así como tu deseo.

Aparto sus labios vaginales con los dedos y empiezo a chupársela despacio, dejando que mi lengua azote el clítoris sin piedad.

Chupo ese botón duro y la penetro suave con el anular, deteniéndome algunas veces para succionar los labios hinchados de su vulva.

Ella gimotea mi nombre y no tarda en acabar en mi boca. Tengo sed y sigo chupándola, alimentándome de su miel, y creo que nunca tendré suficiente.

Sus manos temblorosas agarran mi pelo con fuerza todo el tiempo, mientras sus caderas se elevan hacia mi boca en señal de ofrecimiento.

—Me perteneces, Constance.



Constance

No puedo pensar, protestar ni odiarlo por ser un cavernícola y creer que tiene derechos sobre mí, porque cuando Ruggieri se pone de pie y siento su verga dura rozar mi abdomen, elijo vivir en lugar de racionalizar.

Él me toma en brazos, roza mi entrada, y me enderezo, apoyada en sus hombros, para sentir la cabeza hinchada en mi vulva.

—Carajo, estás muy mojada.

Ruggieri sigue estimulándome y aunque sé que es un juego peligroso, no puedo pedirle que pare.

—Estoy loco de deseo, así que avísame si soy rudo, princesa. No quiero lastimarte de una manera fea.

Pero él quiere herirme.

Debes de estar loca, Constance. Huye de ese hombre.

Sube las escaleras conmigo en brazos hasta una habitación y me deja en una cama de sábanas suaves y oscuras.

Ruggieri se aparta para mirarme y por primera vez puedo verlo entero, completamente desnudo. El hombre es hermoso, todo grande, y me atraganto al notar el tamaño y el grosor de su verga erecta.

Su miembro apunta bien hacia arriba y su cabeza es grande. Ruggieri parece una obra de arte.

Quizá debería decirle que soy virgen, pero ¿y si él se detiene por considerarme inexperta?

No. ¿Qué es aguantar un poco de dolor frente a la posibilidad de perder mi virginidad con este dios siciliano?



Ruggieri

No puedo mirarla.

Al ver a Constance desnuda en mi cama, todo lo demás que sé de ella deja de existir, y si no supiera quién es, podría caer en el error de no desear mantenerla conmigo en el futuro. Quiero conservarla para siempre porque parece pura, esperándome, es la imagen misma de la inocencia y la curiosidad. Pero es la misma mujer que fingió un embarazo solo para alejar a mi hermano de su camino.

Mintió y engañó.

Constance es una seductora que juega con los hombres. Su falsa pureza es solo un arma que usa a su favor.

Agarro sus muslos y la acerco al borde de la cama.

Me inclino sobre ella, pero aún no la toco. Tengo una mano apoyada en el colchón y, mirándola a los ojos, deslizo los dedos en su vagina, uno tras otro, sin forzarla, penetrándola ligeramente.

La expresión en su rostro es de entrega apasionada, y hay una posibilidad de que jamás logre borrar de mi mente lo que estoy viendo ahora.

—Vas a acabar otra vez sobre mi dedo. Necesito dejarte lista para recibir mi verga.

A pesar del placer que siente, parece enfadada conmigo por ser yo quien dirige el juego, mientras toma la iniciativa de masturbarme.

Su caricia es vacilante y no logra cerrar la mano alrededor de mi verga, pero aun así, aprieto los dientes porque sentirla tocarme es ardiente.

Pongo mi mano sobre la suya y empiezo una masturbación más rápida.

Agarro su pelo y la acerco hacia arriba.

—Abre la boca. Me vas a chupar hasta el fondo.

Sujeto mi miembro y rozo la cabeza hinchada en sus labios. Tengo líquido preseminal y gruño al verla lamerlo.

Ella chupa la punta, también me la lame, el roce de su lengua hace que me tiemblen las piernas.

Me mira de abajo hacia arriba, tomando cada vez más de mi verga en esa boca fogosa.

Empujo la cadera, haciendo que me la trague casi entera.

—Chúpala bien, déjame entrar. Hace dos años sueño con meter mi verga en esta boca y llenarte con mi semen. ¿Vas a tragarte todo,

princesa?

Ella asiente con la cabeza, creo que tan perdida de deseo como yo.

Comienza a mamar con entusiasmo, con sus ojos fijos en los míos.



Capítulo 32

—Eres tan ardiente. ¿Te la puedo meter más hasta el fondo? Relájate y haz un gesto si es demasiado, *amore mio.*

Agarro su mandíbula con una mano y su pelo con la otra, y empujo hasta la garganta.

Se atraganta unas cuantas veces, pero no retrocede, y cuando salgo por completo, recorre con la lengua desde la punta hasta los testículos.

Vuelvo a entrar y otra vez me la recibe entera, gimiendo alrededor de mi verga, pero a pesar de lo que dije antes, quiero acabar por primera vez en su vagina.

—Ya habrá tiempo para que te alimentes de mí; ahora necesito entrar en ti.



Constance

Aún siento los labios entumecidos por la forma en que lo recibí en la boca, pero estoy tan excitada que la humedad empapa mis muslos. Nunca imaginé que dar placer a alguien fuera tan bueno.

No a cualquiera. Sé que me siento así porque es con Ruggieri, porque solo podría ser con él.

Pensar en ello me emociona, y eso no es lo que quiero, así que me concentro en la pasión entre nosotros.

Él me levanta y me besa la boca. Después lo veo ir al baño en busca de un preservativo.

Trato de alejar los celos al imaginarlo con tantas mujeres… las suficientes como para necesitar preservativos en toda su casa, pero cuando Ruggieri maldice en voz alta y vuelve pareciendo un dios de la guerra, hermoso y desnudo, aunque muy irritado, me confundo.

—No tengo condón.

—¿Qué?

—No traigo mujeres a mis residencias. No tengo preservativos.

Siento el rostro caliente, pero como la tonta romántica que soy, mi corazón aplaude esa noticia.

—¿Siempre lo usas? —pregunto.

—Sí. ¿Y tú?

Veo el hambre en su rostro al hacerme esa pregunta.

—Siempre —miento, porque la verdad es que nunca lo necesité—, y como tú no…

—Detente.

—¿Qué dije mal?

—La idea de ver tu vaginita empapada con mi semen me vuelve loco, Constance, así que no me plantes eso en la cabeza.

Disimulo una sonrisa.

—Entonces no lo pienses.

—Rostro de ángel, cuerpo y seducción de una hechicera. Eres peligrosa, princesa. —Se acerca otra vez—. Sé que no eres virgen, pero la primera vez, dime si voy demasiado intenso. La tengo muy grande. Tu vagina es apretadita y quiero que también te guste a ti.

—¿Y después, cuando yo… hum… me acostumbre?

—Te voy a penetrar como yo quiera.

Escucho un suspiro escapar entre mis labios y percibo que Ruggieri entiende que acabo de rendirme a él.

Me alza con facilidad por la cintura y me deja en la cama. Hunde el rostro entre mis muslos y el placer de la barba rascando mi piel es exquisito, pero cuando me muerde, siento un pinchazo de dolor y, para mi asombro, mi deseo aumenta aún más.

Ruggieri me besa y chupa donde me mordió. Luego me devora hasta que grito, suplicando ser suya, y cuando hago eso, se alza sobre mí, y su cara tiene una expresión tan primitiva y dominante que me hace temerle y desearlo al mismo tiempo.

Toma mi mano y la envuelve alrededor de su gruesa verga.

—Guíame dentro tuyo. Marca el ritmo hasta que te haga mía, porque no quiero lastimarte y mi autocontrol se fue a la mierda, Constance.

La confesión de alguien como él toma un atajo directo a mi corazón. Sobre todo porque su voz suena ronca, como si mantener el dominio sobre sí fuera casi imposible.

Ruggieri me desea, pero quiere que sea bueno para mí, y eso solo puede significar que le importo.

Mi villano tiene un corazón.

Vuelve a besarme cuando hago lo que me pide, separando las piernas para él.

Me prometo a mí misma que, por mucho que duela, no dejaré que note que es mi primera vez.

Necesito controlar una oleada de pánico cuando siento la cabeza hinchada en mi entrada, pero cuando su boca hace magia contra la mía, diciéndome en silencio que soy suya, me dejo llevar.

Ruggieri me la mete completamente, sin aviso, y el dolor y la quemazón son tan intensos que mi cuerpo se tensa como acero. Pero él sostiene mi rostro y me besa con tanto cariño, llenándome por completo, sin moverse al principio, que poco a poco mi corazón se calma mientras mi carne se estira para acomodarlo.

Pareciendo satisfecho con mi entrega, devora mi boca y empieza a moverse despacio.

Duele mucho, pero también me siento completa.

Me besa. Aún sosteniendo mi rostro, se separa para mirarme y luego toma mi boca otra vez. Es como si fuera una compulsión y no pudiera tener suficiente.



Ruggieri

En el momento en que la hice mía y se endureció debajo de mí, llegué a pensar que era virgen. Su rostro tenía una expresión de dolor, pero supe que era imposible que fuera pura.

Solo tenía dificultad para recibirme dentro de su vaginita.

Recorro sus tetas con la mano, pellizcando sus pezones. La beso, estimulando su clítoris, y empieza a gemir, moviéndose conmigo.

La sensación de que me apriete dentro de tu cuerpo es como llegar al puto paraíso.

Está llena con mi verga, dominada por mí, pero en este momento, también le pertenezco. Soy un esclavo de la vulvita de la mujer que me enloquece.

Su respiración está agitada, pero se contonea debajo mío y yo me muevo.

—Así, eso es, puedes tomarme entero, *bella mia*. Eres tan excitante, Constance. Tócate para mí.

Parece sin aliento, loca de deseo, inquieta y salvaje.

Salgo y vuelvo profundamente, pero no es suficiente para lo que necesito, así que me siento entre sus muslos y la acerco a mí.

La sujeto por la cintura, con las manos clavadas como dos garras, y vuelvo a penetrarla.

Pierde el aliento y se contrae a mi alrededor, pero cuando la hago bajar y subir, pronto entra en su propio ritmo.

La sensación de tenerla extendiéndose para recibir mi dura verga, de que me monte, es tan deliciosa que roza lo insoportable.

Muerdo su cuello y paso varios minutos comiéndola así.

La tengo con los muslos sobre mis antebrazos.

—Tócate para mí, *amore mio*. Quiero que gimas conmigo.

Constance me besa apasionadamente, con una mano en mi cara, y la otra usando mi hombro como apoyo para ganar impulso.

Cada vez que baja, me entierro en ella hasta los testículos. La penetro hasta hacerla acabar otra vez, y cuando llego a mi límite, la saco de encima y la pongo en cuatro en la cama, de cara a mí, agarrando tu pelo.

—Bébete todo —le ordeno, sosteniendo mi verga frente a su rostro—. Quiero ver el movimiento de su garganta mientras me traga mi leche.

Vuelvo a penetrar su boca, pero solo empujo dos veces antes de que chorros de mi semen alcancen el fondo de su garganta. Se atraganta, pero lo traga todo y sigue lamiéndome como si no pudieras parar.

Salgo de ella y veo un hilo resbalando por sus labios.

Recojo el semen y se lo doy para beber. Está débil, pero abre la boca.

Su sumisión, sabiendo lo desafiante que suele ser, me enloquece. La beso y la recuesto en la cama, con mi verga endureciéndose otra vez.

Ella pasa sus uñas por mi espalda, arañándome, y en poco tiempo, la deseo de nuevo.

La poseo hasta que no nos quedan fuerzas, y cuando caigo en un sueño profundo, mi último pensamiento es conservarla.

Prisionera entre mis brazos.

Prisionera mía.

Por tanto tiempo que no puedo imaginar el final.



Capítulo 33

En plena madrugada, escapé a un cuarto de huéspedes.

Cuando llegamos aquí era de día y, al traerme a su suite, noté que las cortinas ya estaban cerradas. El lugar donde duerme Ruggieri es acogedor y me recuerda a un hogar, y fue precisamente eso lo que me dio una sensación de pánico y me hizo huir mientras él dormía.

No conozco las reglas del sexo casual y quedarme en sus brazos, en su suite, cuando él me dijo que jamás había traído a una mujer aquí, con Ruggieri sujetándome como si nunca fuera a dejarme ir, me hizo desear cosas que sé que son imposibles.

Estaba completamente perdida porque no fue solo mi cuerpo el que cedió a su seducción. Mi mente también está consumida por él.

Entré en su vestidor, tomé una camisa y escapé al primer cuarto que encontré.

Me di una ducha rápida y cuando me miré en el espejo no me reconocí. Mi cuello estaba rojo por la barba de él. Tenía un chupetón en el hombro, y cada una de esas marcas era un recuerdo de nuestra pasión.

Me pongo su camisa y me acuesto para intentar dormir, pero no pasan cinco minutos desde que me acomodé bajo las cobijas cuando siento el colchón hundirse detrás mío.

—Nunca vas a poder escapar —murmura, tirándome contra su cuerpo.

—Me llevé tu camisa —digo, intentando calmar los latidos de mi corazón—. Espero que no te importe.

—Prefiero que estés desnuda.

—Pervertido.

—Completamente.

Sus manos empiezan a desabrochar los botones y pronto estoy sin nada otra vez.

Durante un buen rato, solo me acaricia, como si estuviera mapeando mi cuerpo con la punta de los dedos.

Ruggieri deja que sus manos recorran mi cuerpo. Tetas, vulva, cintura, abdomen, muslos. No hay lugar que no alcance y pronto estoy completamente rendida otra vez.

Me coloca de espaldas en la cama y se ajusta entre mis muslos. Me besa los pechos, muerde mi cuello y vuelve a mirarme en el exacto momento en que comienza a poseerme.

—Quiero que vengas conmigo a Sicilia.

—Ruggieri…

—Quiero que te quedes conmigo, en mi casa, en Palermo.

No me deja pensar. Las palabras parecen alternarse con los movimientos de su cuerpo contra el mío, pero no quiero que me manipule, así que, en lugar de darle lo que desea, levanto las caderas.

—Te respondo después, pero ahora te necesito.

Me mira como si supiera lo que estoy haciendo, parece percibir que estoy aprendiendo a jugar, pero cuando lamo su pezón, se sumerge en la locura conmigo, hasta el punto en que, cuando acabamos, ya ni sé mi propio nombre.

Prácticamente me desmayo en sus brazos, pero necesito levantarme poco después. Cuando huyo esta vez, es por una buena causa.

Mi celular está sonando y no quiero despertar a Ruggieri.

Aprieto el botón para silenciar el reloj de mi pulsera.

La canción que puse para el timbre de Casimiro es inconfundible: "I'll Be There for You" de The Rembrandts, el tema de la serie

Friends. Sí, no soy muy original, pero le va tan bien. La intuición me dice que Casimiro es el tipo de amigo en quien podré confiar para siempre, igual que Lexi y Romy.

Dejé el teléfono en volumen máximo, así que corro abajo para contestar.

Vuelve a sonar, pero antes de que llegue a la sala, deja de sonar nuevamente.

Casimiro debe haber pensado que todavía estaba dormida, ya que en España son seis horas más que aquí.

Decido llamarlo yo. Me pesa no haberlo hecho después del funeral. Él creía que me iría de Nueva York en cuanto saliera del cementerio.

Al entrar en la sala veo que mi maleta, que debería estar en el hotel, está aquí.

Dios mío, ¿este hombre piensa en todo? ¿En qué momento mandó a que entraran en mi cuarto de hotel y trajeran mi equipaje?

Ni siquiera sabía que Ruggieri conocía dónde me estaba hospedando.

Recuerdo la petición que me hizo.

"Quiero que vengas conmigo a Sicilia. Quiero que te quedes conmigo en mi casa, en Palermo".

Cierro los ojos un instante. La tentación de aceptar la invitación es grande, pero ¿y lo que dijo a sus primos, que me quería solo hasta hartarse?

¡Él repitió eso sobre ti hace unas horas, Constance! ¿Cómo puedes ser tan tonta como para siquiera plantearte aceptar esa propuesta?

¿Pero sería tan malo? No voy a hacerlo a ciegas. Sé que no tendremos un futuro juntos.

Dejarlo ahora, después del placer que fue esta noche, por pura cobardía, ¿no sería una estupidez?

Mi corazón se acelera solo por la posibilidad de aceptar su oferta, pero no creo que sea buena idea decidir así, apresuradamente. Como no puedo hablar con Lexi o Romy (porque ellas no sabían de Italo ni de mi pasado), me queda Casimiro, mi amigo, que debe estar ansioso esperando mi llamada.

Tomo la maleta y elijo un juego de lencería y un vestido para cambiarme después de hablar con Casimiro y ducharme. También me llevo las zapatillas.

Recojo, sintiendo el rostro ardiendo, la ropa esparcida por el suelo de la sala, incluida la lencería rasgada.

Dios, ¿los empleados habrán visto todo esto?

Metí todo en la maleta, la cerré de nuevo y, con el cambio de ropa en la mano, busco un lugar donde pueda hablar con Casimiro sin despertar a Ruggieri. Encuentro una biblioteca en la planta baja.

—*¿No puedo verte?* —me pregunta por teléfono cuando responde y después de saludarnos.

—Sí, pero necesito vestirme antes.

—*Una frase, muchas explicaciones por dar.* —Él suena preocupado, porque lo primero que le conté tras decirle "hola" fue que estaba en la casa de Ruggieri. Si hay alguien que ahora sabe todo de mi vida, es Casimiro.

—Tranquilo, te lo contaré todo. En un rato te llamo otra vez.

Me gustaría ducharme, pero sé que no puedo perder tiempo porque Ruggieri va a despertarse en cualquier momento. Así que entro al baño de la biblioteca y me preparo para vestirme.

Justo cuando me siento en el inodoro para hacer pis, noto que mis muslos están pegajosos y la sangre se me hiela en el estómago.

La última vez que hicimos el amor, Ruggieri no paró. Eyaculó dentro mío.

¿Se habrá dado cuenta?

Siento como si una piedra se hundiera en mi estómago.

No va a pasar nada. ¡Por favor, Dios, que no pase nada!

Temblando, me limpio como puedo en el lavabo, me pongo la lencería y el vestido, y me calzo las zapatillas.

Regreso a la biblioteca y enciendo el celular.

—¡Hola! —le digo a Casimiro.

—No te voy a presionar, Constance, pero por el amor de Dios... Es el hermano de tu ex, que Dios lo tenga en su gloria, pero el tipo no era más que un psicópata. ¿Y si él es igual?

Él no tiene ni idea de que, por otros motivos, Ruggieri es mucho peor.

—Él es irresistible para mí, Casimiro.

—¡Dios mío, muchacha!

—Todo salió mal.

—¿Cómo es posible? ¿La idea no era que fueras al funeral y volvieras a España?

—Sí, pero apenas pisé Estados Unidos me urgieron a encontrarme con el hermano de mi ex.

Le cuento rápidamente todo lo que pasó, sin omitir siquiera lo que oí a Ruggieri decir frente a los primos sobre lo que quería conmigo: un gran nada. Sexo sin compromiso.

—Estoy tan preocupado por ti que ni sé qué decir, Constance.

No voy a revelar por ahora que la guinda del pastel fue que tuve sexo sin protección.

—Sé lo que hago —miento para no preocuparlo—. Esto no va a durar. Él no se compromete con nadie en serio. Solo me estoy divirtiendo. Tengo veinte años y no he vivido nada todavía. Quiero disfrutar sin pensar en el mañana.

—¿Quién soy yo para detenerte, querida? ¿Piensas volver conmigo cuando todo esto termine?

¿Volveré? No lo sé. Me gustaría quedarme un poco más con Ruggieri.

Ir a Palermo también me permitiría ver a mis amigas.

—No lo sé todavía.

—Dime que me amas, al menos, y que eres mía —dice, con tono sarcástico

—Soy tuya y mi corazón siempre te pertenecerá. Por ahora solo estoy disfrutando la vida en esta mansión hermosa, pero en algún momento volveré a tus brazos y seremos felices para siempre.

Cuelgo el teléfono riéndome, pero mi sonrisa muere al levantarme y ver que la puerta de la biblioteca está entreabierta. Estoy segura de haberla cerrado cuando entré.

Voy al pasillo y siento que el corazón se me encoge cuando encuentro a Ruggieri apoyado en la pared opuesta a la puerta, solo con unos bóxers, con su mirada oscura fija en mí.

En ese instante ya no es el amante apasionado que hizo el amor conmigo toda la noche. Es el mafioso al que siempre temí.

No necesito ser adivina para darme cuenta de que oyó el final de mi conversación con Casimiro y lo entendió todo mal.

—¿Hablabas con tu ex novio? —Su voz suena cargada de desprecio y, por dentro, me encojo.

Antes de que pueda responder, sin embargo, se oyen voces en la sala, como una discusión, y escucho a un empleado decirle a alguien que no puede entrar.

—No te vayas de aquí —ordena Ruggieri, entra a la biblioteca y, segundos después, regresa empuñando una pistola.

—¿Qué está pasando?

—No te muevas, Constance. Si oyes disparos, escóndete en mi suite.

—Por favor...

—Obedece.

Pasa casi un minuto. Los gritos ya han cesado, pero él aún no ha regresado, así que decido ir a ver quién llegó.

Me quedo paralizada cuando reconozco a Claudia. Ella parecía discutir con su hijo, pero al notar mi presencia se acerca, con el rostro transfigurado por el odio más puro.



Capítulo 34

—¡¿Cómo pudiste?! —grita ella, su voz resuena por toda la casa. Le habla a Ruggieri, pero me mira directamente a mí—. ¡Te acostaste con la ex de tu hermano! ¡Con la mujer que destruyó su vida! ¡La que fue la causa de su muerte!

Ya estaba nerviosa por el malentendido con la llamada de Casimiro, pero ahora siento que podría vomitar, porque Claudia acaba de convertir la experiencia más hermosa de mi vida en algo sucio y vil.

Me siento incapaz de abrir la boca o responder a sus agresiones.

Sus palabras cortan como cuchillos afilados, porque en el fondo tengo remordimiento por la forma en que Ítalo se vino abajo… y también por haberme acostado con su hermano.

Hay guardaespaldas presenciando todo. Aunque permanecen inmóviles, como estatuas, quiero morirme de la vergüenza.

Veo a Ruggieri dar un paso hacia su madre.

—Ya basta, Claudia.

—¿Claudia? ¡Soy tu madre! ¡Yo te di la vida!

Durante varios segundos él la observa, y casi puedo percibir el rencor que Ruggieri siente hacia ella. ¿Por qué? Hasta donde recuerdo, la adoraba. Nunca fue cariñoso (no es su forma de ser),

pero trataba a su madre como a la reina de la casa, incluso más que Ítalo.

—Créeme, no quieres que te responda eso delante de todos, Claudia.

La mujer empieza a llorar, pero esta vez, a diferencia de cuando murió mi madre, no me conmueve. Son lágrimas de cocodrilo, al menos hasta donde sé.

—¡Tu padre me contó todo! ¡Me dijo cómo encontraron a Ítalo, tirado en el suelo mugriento de un hotel, despedazado como un trozo de carne, con los órganos expuestos! —dice, y me siento mareada, porque la escena se materializa en mi mente—. ¡Su cabeza estaba sobre un mueble, como si esperara que alguien entrara y lo viera así, tan indignamente! ¡La verga mutilada! ¡No solo mataron a tu hermano, Ruggieri, le robaron la humanidad a mi hijo!

—¡Dios mío! —Un grito se escapa de mi boca.

—¿Qué pasa, estás impactada? —se burla Claudia—. No deberías. Fue tu desprecio hacia Ítalo, la forma en que jugaste con sus sentimientos, lo que lo llevó a destruir su propia vida. Si no lo hubieras maltratado como lo hiciste, empujándolo a las drogas, jamás habría entrado en territorio enemigo. ¡Deberías estar muerta! ¡Eres la principal responsable del fin de mi niño!

—¡Basta! —dice Ruggieri, con la voz baja, pero tan cargada de autoridad que ambas nos estremecemos—. Lárgate de aquí.

—¿Qué?

—Me escuchaste, Claudia.

—¿Me estás echando de tu casa? ¿Te acostaste con esta perra que se acuesta con cualquiera y ahora me expulsas de tu casa? Nunca voy a permitir que estén juntos, Ruggieri. Eres mi hijo, y mi deber como madre es protegerte, incluso de ti mismo si es necesario. Ustedes, los hombres, piensan con su…

—No voy a darte una segunda advertencia, Claudia. No quieras empezar una guerra conmigo.

Ruggieri hace un leve movimiento con la cabeza hacia el guardaespaldas, que se coloca al lado de su madre.

¿Tendría el valor de ordenar que la escoltaran fuera?

Miro su expresión endurecida.

Sí, lo tendría.

—¡Me estás echando por culpa de ella! —La mujer parece histérica, y quiero defenderme de todo lo que ha dicho sobre mí y sobre Ítalo, de que fui la causa de su muerte, pero estoy en shock.

No sé qué habría pasado entre Ítalo y yo en el futuro. Tal vez, si no hubieran sido por las mentiras de Claudia, y yo no me hubiera ido, habríamos terminado comprometidos, aunque estoy segura de que nunca me habría casado con él.

Hice lo que pude para alejarlo, pero sin poder contar toda la verdad, o al menos lo que yo creía que era verdad (que éramos medio hermanos); tenía las manos atadas.

Lamento su muerte, me duele que su vida haya terminado tan pronto, pero no me siento responsable de ello.

—Me iré, pero ten por seguro lo que te dije: nunca estarán juntos, porque te conozco. No puedes estar con una mujer que fue la causa de la muerte de tu hermano menor. —Me mira el vientre—. Ítalo me dijo que esta desgraciada quedó embarazada de otro, incluso.

Ruggieri sabe que no es verdad, pero Claudia no. Sin embargo, la forma en que él me mira ahora… es como si recordara las razones por las que debe mantenerse alejado de mí.

—Llévensela —dice a los guardias, pero antes de que alguien la toque, Claudia levanta el mentón y camina hacia la puerta.

—Te maldigo, Constance. Nunca serás feliz. Espero que mueras de una forma peor que Ítalo.

Siento todo mi cuerpo temblar, pero intento disimularlo.

Claudia está loca, y no puedo tomar en serio lo que dice. En cuanto se vaya, hablaré con Ruggieri y le diré la verdad sobre su madre, que fue ella quien, con sus artimañas, me hizo terminar con Ítalo y entrar al convento.

Finalmente quedamos solos, y es como si él solo hubiera estado esperando eso.

—Voy a mandar a alguien que te lleve al aeropuerto —dice, con los brazos cruzados frente al pecho.

Durante varios segundos lo miro sin poder formar una frase. Repito sus palabras en mi cabeza.

¿Va a mandar a alguien que me lleve al aeropuerto? ¿Por qué? ¿No me había invitado a ir a Sicilia?

—Yo no…

Intento decirle que no pienso irme, que necesitamos hablar, pero las palabras mueren antes de salir, porque la forma en que me mira lo explica todo.

—Me vuelvo a Sicilia. No puedes quedarte aquí —dice.

Me siento menospreciada y rechazada, pero en lugar de dolerme, eso enciende mi furia. ¿Quién se cree que es para hablarme así, como si fuera desechable?

Sabes perfectamente quién es, Constance. Siempre lo supiste. Nadie te engañó. Entraste al infierno de Ruggieri por voluntad propia.

—Tú mismo me invitaste a ir contigo. —Niego con la cabeza, fingiendo burla para ocultar el dolor—. Nunca pensé que fueras el tipo de hombre que cambia de opinión tan fácilmente.

Parece sorprendido de que lo esté enfrentando. ¿Esperaba que me pusiera a llorar? Probablemente sucederá, pero no delante de él. Prefiero morir antes que darle ese gusto.

—No cambié de opinión, solo llegué a la conclusión de que no funcionaría. No quiero darte la ilusión de algo más entre nosotros. Tenía hambre de ti, y ya fue saciada. Ahora puedes volver con tu ex novio. Debes estar ansiosa. Tu promesa de amor hacia él habría sido conmovedora… si no hubieras pasado toda la noche en mi cama. Me da pena el hombre que se case contigo.

Su golpe es certero. Siento mi cuerpo tambalear, cierro los puños y aprieto los ojos para no llorar.

—Sí, estoy ansiosa por volver con él. Tenía curiosidad por saber cómo sería acostarme contigo. Ya lo descubrí. El sexo no es lo mismo que el amor. Pero antes de irme…

Quiero contarle las mentiras de Claudia, pero me detengo.

—¿Qué pasa?

Recuerdo lo que acaba de decirme: *"tenía hambre de ti, y ya fue saciada".*

Dejo que mis ojos se paseen por su rostro, porque será la última vez que lo vea.

Podría quedarme y luchar, humillarme, suplicarle que me crea, pero al final, en unas semanas, me echará otra vez, porque para él no soy más que un pasatiempo.

El dolor me atraviesa por completo, tan intenso que me deja sin aire.

—¿No tienes nada que decirme, Constance?

—No.

—Entonces sal de mi casa. No hay nada más que quiera de ti.

Mi corazón se detiene.

Las lágrimas me arden en los ojos, pero me niego a dejarlas caer.

Asiento con la cabeza y miro a mi alrededor.

Aún tengo el celular en la mano, y la maleta está lista.

Los hombres que escoltaron a Claudia regresan, y uno de ellos hace ademán de tomar mi equipaje.

—No —digo, intentando mantener la voz firme.

—Ordenaré que te lleven —habla Ruggieri.

Me detengo. Estoy de espaldas a él, y pasan algunos segundos antes de que logre forzar una sonrisa.

Miro por encima de mi hombro.

—No será necesario. Tomando tus propias palabras, no hay nada más que yo quiera de ti.



Capítulo 35

Es hora de salir de la casa.

La sensación es que Dios me ayudó a contener las lágrimas hasta que ninguno de los hombres de Ruggieri pudiera verme, porque apenas pongo un pie en la calle, empiezo a llorar.

Es un llanto incontrolable, doloroso, pero también lleno de rabia; resentimiento hacia él, pero sobre todo hacia mí misma.

El viento frío de la mañana me golpea, aunque no puede competir con el dolor que llevo dentro.

Pido un Uber, y la aplicación indica que en unos tres minutos llegará un coche. Había caminado unos doscientos metros desde la casa de Ruggieri antes de pedir el transporte. Por eso, cuando oigo un auto acercándose por detrás, me sorprende que haya llegado tan rápido. Pero al girarme, sé que no es el Uber. El vehículo es demasiado lujoso para ser de transporte público.

El coche se detiene junto a la acera y un hombre baja.

—Señorita Dalary, el jefe ordenó que la lleváramos al aeropuerto.

—Dígale a su jefe que puede irse al infierno. Avísele que no necesito nada que venga de él.

El hombre parece desconcertado, sobre todo porque cada palabra que pronuncio está intercalada con un sollozo.

En ese momento, odio a Ruggieri por hacerme sentir tan humillada delante de un extraño.

—No puedo hacer eso, señorita —dice el hombre.

Parece un tipo rudo, como los soldados de la mafia que vi a lo largo de los años en la casa de los Marchese Trovato. Sin embargo, quizá al verme llorar, me mira como si quisiera salir corriendo. Las lágrimas de una mujer siempre asustan a los hombres.

—Déjeme en paz. Pedí un transporte y llegará en breve.

Y Dios vuelve a mostrar que está de mi lado, porque apenas termino de hablar, el Uber llega. Confirmo la placa y, sin decir una palabra más al empleado de Ruggieri, subo al coche.

El conductor me observa por el retrovisor con expresión preocupada.

—Sé que di la dirección del aeropuerto, pero cambié de opinión. Primero me gustaría ir a un cementerio.

—Normalmente no hago eso, señorita, pero parece que ha tenido una mañana difícil.

Fuerzo una sonrisa.

—Sí.

—¿A qué cementerio quiere ir?

Le doy la dirección donde está enterrada mi madre. A diferencia de Ítalo, ella está en un cementerio más sencillo, mientras que el hermano de Ruggieri descansa ahora en uno donde sepultan a celebridades y personas muy ricas.

Casi una hora después, me despido del amable hombre que tuvo la gentileza de traerme hasta aquí y le dejo una buena propina por el desvío. Le doy cinco estrellas en la aplicación y le daría más si pudiera, porque hoy fue mi superhéroe.

Camino hasta la tumba de mi madre arrastrando la maleta de mano, y mientras avanzo, escucho el viento mecer las hojas de los árboles. El sonido es un poco siniestro y me envuelve en una sensación de soledad.

Tardo unos quince minutos en encontrar su lápida.

"Abigail Dalary, madre adorada, amiga de todos, leal y con un corazón inmenso".

Madre adorada, amiga de todos...

¿Y quién fue su amiga, además de mí? No el hombre al que amó, porque, a pesar de la dedicatoria en la foto que Lexi encontró, él nunca la eligió.

Dejo la maleta a un lado y me arrodillo frente a la piedra fría, pasando los dedos por las letras de su nombre.

Las lágrimas, que nunca dejaron de caer del todo, regresan con fuerza, y esta vez no intento detenerlas.

—Lamento haber tardado tanto en venir, mamá. Como te dije en mis oraciones, las cosas no han sido fáciles.

Paso la siguiente media hora contándole en detalle todo lo que ha sucedido desde que llegué a Nueva York y, al final, también le hablo de lo ocurrido esta mañana.

—Odio a Claudia, mamá. Odio también a Ruggieri, pero su madre... Deseo que haya un lugar especialmente reservado en el infierno para ella. Si algún día puedo hacer que pague, lo haré. Me gustaría ser alguien mejor, simplemente olvidar, pero no estoy dispuesta a eso... al menos por ahora.

Escucho voces detrás mío y me giro para ver quién es.

Hay un pequeño sendero entre los bloques de tumbas y, al otro lado, veo a una pareja de adolescentes abrazados, llorando a su ser querido.

"Ella nunca logró ir a Disney", dice uno de ellos. *"La abuela soñaba con conocer el Castillo de Cenicienta, pero nunca cumplió sus sueños".*

Eso me toma por sorpresa, y cuando vuelvo a mirar la lápida de mi madre, pienso que podría decir lo mismo sobre ella.

Trato de recordar nuestros planes. Yo le decía que cuando fuera rica y terminara la universidad de Game Design (yo quería crear videojuegos, ese era mi sueño mientras crecía), la llevaría a conocer el mundo.

En cambio, terminé la secundaria y tuve que esconderme en un convento por culpa de las maldades de Claudia.

Aparto esa desgraciada de mis pensamientos y vuelvo a concentrarme en mi mamá. Ella decía que no quería conocer el mundo, pero su sueño era poder ir, algún día, a Cozumel, en México.

Siempre fue tan fuerte y bondadosa, pero se olvidó de pensar en sí misma. Me crió sola, sin ayuda de nadie, y nunca se quejó. Jamás vivió para sí misma. Cada decisión que tomó fue por mí. ¿Y yo? ¿Qué estoy haciendo con mi vida?

—Te sacrificaste por mí y siempre te estaré agradecida por eso. Te amo, mamá, y me siento tan sola... No sé cómo seguir adelante.

La voz de los adolescentes me alcanza otra vez.

"¿Y si ella pudiera tener una segunda oportunidad? Sería genial, ¿no?".

Una segunda oportunidad...

Mi madre no tuvo la suya, pero yo puedo honrarla cumpliendo al menos uno de sus deseos.

Me pongo de pie.

Una idea empieza a tomar forma en mi mente. He sido cuidadosa con el dinero, y lo que mi madre dejó del seguro de vida está prácticamente intacto. Tal vez sea hora de usarlo, de aventurarme.

México.

La idea parece una locura, pero también... liberadora. Un viaje, una pausa de todo.

—Tal vez sea hora de vivir, mamá. Por mí. Por ti.

Tomo el teléfono y llamo a Casimiro.

—*Lamento mucho todo, querida* —dice, unos minutos después de que le resumo lo ocurrido, incluyendo mis planes de ir a Cozumel.

—Sí, lo sé, Casimiro. No puedo quedarme mucho en el teléfono. Intentaré ahorrar lo más que pueda. ¿Por qué no vienes a verme?

—¿A México?

—Sí. Sé que estás de vacaciones, y a menos que tengas algún plan, podríamos alquilar una casita y pasar un mes en Cozumel, disfrutando la vida. No es un plan de ricos, pero si controlamos los gastos, podríamos divertirnos. ¿Qué dices?

—Iré. Tanto porque me siento aventurero como porque nada en este mundo me haría dejarte sola. Te quiero, niña.

—Yo también. Si quieres hablar conmigo, mándame un correo. Voy a mantener el celular apagado y solo lo encenderé cuando sea indispensable, porque quiero controlar el presupuesto para que me

alcance para todo lo que planeo. ¿Tienes idea de cuándo podrías venir?

—Buscaré los precios de los vuelos, y en cuanto encuentre uno barato, te aviso.

Después de arreglar todo, me siento un poco menos triste. O tal vez sea porque me niego a pensar en Ruggieri. El dolor que guardo por él es demasiado intenso.

Mi siguiente llamada es para Romy. Le digo que no tendré contacto por un tiempo porque necesito pensar en el futuro. Se preocupa y me pregunta si me puede ayudar, pero sé que ella tiene sus propios problemas. A diferencia de Lexi, Romy y yo somos muy parecidas: reservadas con nuestras historias.

Le aseguro que estoy bien, deseando que eso se vuelva verdad pronto.

No tengo valor para hacer nada más que escribirle a Lexi. Es demasiado sensible y notará que mi mundo se derrumba, así que simplemente le escribo:

Me voy a México a disfrutar la vida. No sabrás de mí por un tiempo. Te quiero.

Lo último que hago es enviar un correo a la dueña de la librería, agradeciendo el tiempo que trabajé allí, pero avisando que no volveré. Vivía en un hotel, así que no tengo que preocuparme por dejar una habitación atrás. Antes de salir de España, dejé todas mis pertenencias con Casimiro. Así que ahora soy libre para ir donde quiera.

Empiezo a caminar hacia la salida del cementerio mientras pido otro Uber.

Haré algunas búsquedas durante el camino, porque necesito encontrar un vuelo a Cozumel.

También tengo que buscar una casa para alquilar allá. Debe ser algo económico, ya que no sé cuánto tiempo viviré en México. Lo importante es que ahora tengo un plan, aunque no tenga la menor idea de lo que el futuro me depare.



Capítulo 36

No tengo problemas con los lugares vacíos. Prefiero el silencio al ruido, la soledad a la multitud. Pero en el momento en que Constance salió de mi casa, incluso sabiendo todo lo que sabía sobre ella, incluso después de oír lo que dijo por teléfono, aún quise impedirle que se fuera, sin importar que haya sido yo quien la echó.

Vacío otro vaso de whisky y lo dejo sobre la mesa lateral. Ya casi amanece otra vez. Ha pasado un día entero. No me he movido desde que ella se fue, salvo para buscar más bebida.

Una parte de mí dice que conseguí lo que quería. La poseí, y ahora puedo seguir adelante. Pero mi cuerpo grita que todavía es mía, y que seguirá siéndolo hasta que yo decida que no la quiero más.

No me gustan los dramas. No mantengo relaciones porque el final siempre se parece a esas novelas ridículas: lágrimas, súplicas, ruegos. No importa si desde el principio aclaras que solo será sexo; tarde o temprano, la mujer querrá algo más.

Aprendí desde joven a no quedarme con la misma mujer por más de una semana. Es tiempo suficiente para saciarte, pero no tanto como para que ella se ilusione.

Con Constance, rompí todas mis reglas. Planeaba mantenerla conmigo en Sicilia por un tiempo indefinido; olvidar quién era y lo

que había hecho.

Escucharla decir que amaba a otro hombre y que volvería con él me enfureció. Constance fue la primera que no me exigió nada más de lo que yo estaba dispuesto a darle, y cuando la eché, se marchó sin mirar atrás.

También fue la única que me hizo sentir algo más que deseo. Nunca antes le había propuesto a una mujer quedarse conmigo.

Camino hasta la ventana y observo la luz del amanecer que comienza a teñir el cielo de un rosa apagado.

No soy un hombre que se detenga a apreciar el mundo que lo rodea, pero al mirar el horizonte recuerdo que mi hermano una vez dijo que Constance amaba el amanecer y el atardecer.

¿Por qué mierda me viene esa memoria justo ahora?

Porque estás obsesionado con ella y con todo lo que la rodea.

¿Dijo que amaba a ese desgraciado español? Una mujer enamorada no se entrega a otro como ella lo hizo conmigo.

Si de verdad lo amara, no se habría rendido a mí de la forma en que lo hizo. No habría gemido mi nombre, ni me habría rogado más con cada orgasmo que le di. No me habría mirado como si fuera el único hombre en el mundo para ella.

Apoyo las manos contra el vidrio de la ventana, y solo un milagro evita que lo destroce, porque la furia y el deseo chocan dentro mío. Pero ya sé cuál será mi decisión. La traeré de vuelta. Constance es mía.

No importa cuánto la desprecie. No puedo dejarla ir.

Constance será mía hasta que me canse, hasta que cada parte de su cuerpo me resulte tan familiar como el mío.

¿Y si eso nunca pasa?, susurra mi voz interna. *¿Y si jamás logras dejarla ir?*

El pensamiento me golpea con fuerza.

Entonces estará atada a mí para siempre.

Es como volver a ver después de haber estado horas en la oscuridad.

Tomo mi celular y doy la orden para que mis hombres salgan a buscarla.

Después, me dirijo a mi suite. Necesito una ducha. El alcohol me está nublando la cabeza.

La cama deshecha me hace detenerme en la puerta, y los recuerdos de nuestra noche, antes de que Constance huyera a la habitación de huéspedes y yo la siguiera, me llenan la mente.

El lugar aún parece cargado con su presencia.

¿Qué demonios me está pasando? ¿Desde cuándo me volví un maldito sentimental?

Pero sé por qué. Esa mujer es una maldita adicción, y aunque todas las señales de alarma me griten que debo mantenerla lejos, nada me hará rendirme.

Cruzo el cuarto en dirección al baño, pero apenas doy unos pasos antes de quedarme paralizado, porque algo llama mi atención.

Mis sábanas son oscuras, tal vez por eso no lo noté antes, pero el edredón, casi blanco, no deja lugar a dudas sobre lo que estoy viendo.

Rojo.

Sangre manchando la tela.

Por un momento, intento buscar una explicación racional.

¿La lastimé de algún modo?

Entonces recuerdo su expresión de dolor cuando la penetré por primera vez, y todo se vuelve claro como el día.

La mancha de sangre es la prueba de que Constance no había sido tocada antes de que la hiciera mía.

¡Era virgen!

Le metí la verga a una virgen creyendo que estaba con una mujer con experiencia. Fui su primer hombre, su único hombre.

¿La lastimé?

¿Por qué no me dijo la verdad?

¡Mierda!

Siento un peso extraño hundirse en mi pecho, mientras recuerdo lo que le dije ayer por la mañana, cuando la eché de mi casa.

Tengo que traerla de vuelta. Antes la quería porque se metió en mi sangre sin permiso, pero lo que acabo de descubrir cambiará para siempre su destino.

Será mi esposa. Constance me pertenece.

Intento buscar dentro mío algo que se oponga a esa idea, pero en lugar de eso, una calma extraña, fuera de lugar, se instala en mi interior.

La certeza de que será mía sacia mi obsesión, el deseo de poseerla.

¿El amor que dice sentir por su ex, el español? No creo en esa mierda. Un hombre tendría que estar muerto para respirar el mismo aire que Constance y no desear poseerla. Sin embargo, ella seguía siendo virgen.

Por otro lado, si él la quiso y ella no cedió, es porque no lo deseaba lo suficiente. En cambio, se entregó a mí sin dudarlo.

Mataré a ese hijo de puta si vuelve a mirarla.

Constance no volverá a pertenecer a ningún otro hombre, y no me importa que al obligarla a casarse conmigo me odie por eso.

Aprenderá a obedecerme, a serme fiel. Se doblegará ante mi voluntad y, a cambio, haré de Constance mi reina.

Agarro el edredón manchado de sangre, sintiéndome como un hombre de las cavernas.

Mía.

Ella le negó su cuerpo a todos y me lo dio a mí.

La reclamé, y ahora su destino está unido al mío para siempre.

Tomo el celular para comprobar si ya la encontraron, pero la respuesta de mi hombre de confianza me enloquece. Dice que habló con los soldados que la siguieron cuando salió de aquí, y que ella se fue en un Uber. No se molestaron en anotar la placa porque creyeron que no sería necesario.

—Encuéntrenla. Averigüen si volvió al hotel o si salió del país. Quiero que la traigan urgente conmigo.

Cuelgo y marco su número, pero cae directo al buzón de voz.

Los celos y la posesión me recorren la piel al pensar que pudo haber vuelto con ese bastardo en España.

No me importa que haya sido mi culpa que se marchara. Le pediré perdón por herirla. La cubriré de joyas antes incluso de casarnos, y Constance pronto olvidará nuestra pelea.

Solo necesita entender que debe respetarme como a su hombre.

Hay algo más de lo que debo ocuparme ahora que estoy decidido a casarme con ella.

Claudia.

No me importa que apenas esté amaneciendo cuando la llamo.

Dejo sonar el teléfono media docena de veces antes de que ella conteste, con voz adormecida.

—No vuelvas a mirar en dirección a Constance. No te metas en su camino o te arrepentirás.

—¿Ruggieri? ¿Me despiertas para amenazarme?

—Como bien dijiste, madre, tú me diste la vida. Me conoces. No hago amenazas vacías. Si intentas algo contra Constance, acabaré contigo.

—¡Soy tu madre!

—Eres una víbora que le hizo creer a mi padre que el hijo de otro era suyo. Y si no he dicho la verdad todavía, es solo para protegerlo a él y a Ortensia, que no merecen lo que hiciste. Pero si das un solo paso contra Constance, te destruyo.

Lanzo el teléfono sobre la cama y voy directo a la ducha.

Sé que cuando mis hombres la encuentren, me espera un infierno.

Constance es terca y orgullosa. Pero no importa cuánto tiempo tome, la voy a dominar.



Capítulo 37

México

Un mes después

El miedo se esparce por cada gota de mi sangre.

Para salir de Nueva York tomé un avión hasta California y, después, decidí cruzar la frontera hacia México en autobús, porque resultaba mucho más barato tomar un vuelo interno hacia Cozumel desde dentro del país, que hacerlo directamente desde Estados Unidos.

Casimiro se reunió conmigo unos días después de mi llegada y, aunque yo todavía estaba sufriendo por lo que había ocurrido con Ruggieri, poco a poco logré recomponer los pedazos de mi corazón. No lo recompuse, porque con el tiempo, el orgullo con el que salí de su casa dio paso al dolor.

También hay rabia, y fue algo bueno que saliera a la superficie, porque eso me hizo sentir más fuerte.

Hasta la semana pasada.

Hasta tener la confirmación, con una prueba de farmacia, después de días de angustia por el retraso de mi menstruación y de

saber que existía un riesgo real, de que estoy embarazada.

Entré en pánico. Lloré sin saber qué hacer. No sé qué habría sido de mí si no tuviera a Casimiro a mi lado.

Poco después, sin embargo, el miedo a criar un hijo a los veinte años sin ningún tipo de apoyo familiar fue reemplazado por otro aún mayor.

Ruggieri.

El hombre que me odia.

El mafioso que me desprecia y que me culpa, junto con su madre, por la muerte de su hermano.

Creo que haberme sorprendido hablando con Casimiro, haber entendido todo de la peor manera posible, influyó mucho en la forma en que me echó de su casa, pero también pienso que las acusaciones de Claudia y la descripción tan vívida que hizo de cómo Ítalo murió fueron decisivas para que él sintiera remordimiento por haber hecho el amor conmigo.

Paso las manos por mi rostro, como si eso pudiera calmarme, pero no sirve de nada, porque sé que mi problema no es algo que esté imaginando. Es real, tiene nombre y apellido.

Ruggieri puede ser cruel y regirse por sus propias leyes, pero si hay algo que sé sobre él es que valora profundamente a su familia. Si llega a descubrir que estoy esperando a su heredero, con la opinión que tiene de mí, probablemente intentará quitarme a mi hijo o hija cuando nazca.

Ese pavor hacia él se confirmó ayer, cuando al salir de una tienda local tuve la sensación de que alguien me observaba.

No eran hombres de Ruggieri, porque los reconocería fácilmente; crecí viendo a sus guardaespaldas entrar y salir de la casa de Claudia. Las personas que me parecieron sospechosas eran ciudadanos comunes, pero mi paranoia cree que están vigilándome por órdenes suyas.

Lo único en lo que pude pensar fue en que Ruggieri recordó que no usamos preservativo la última vez que tuvimos sexo y quiere asegurarse de si estoy o no embarazada.

¿Por qué otra razón me buscaría?

Una simple llamada no sería posible, ya que me deshice del teléfono anterior en cuanto supe que estaba esperando a su hijo o hija, y además, casi ya no lo usaba para ahorrar.

Ahora compré un teléfono prepago.

Con mi amigo a mi lado me sentía segura, casi viviendo una rutina normal, pero ayer fue su último día en México, y mi miedo se disparó. En cuanto lo dejé en el aeropuerto, me mudé a una ciudad todavía más pequeña.

Durante unos días no nos comunicaremos, solo por seguridad, por si Ruggieri logró rastrear mi nuevo número. Sí, tal vez estoy un poco loca al pensar que me persigue, pero no voy a arriesgarme a que tenga la oportunidad de quitarme a mi hijo si llega a saber que tiene un heredero en camino.

Incluso después de mudarme, sigo sintiéndome asustada, aunque ahora por otra razón.

Circulan rumores de que esta ciudad está dominada por los cárteles mexicanos, y en este momento estoy encerrada en casa, atenta al más mínimo ruido.

¿No es irónico que alguien que jamás pasó un semáforo en rojo, que pasó años en un convento como novicia, ahora esté corriendo peligro entre dos mafias?

No sé de qué tengo más miedo: si de la Cosa Nostra o del cartel. En el pueblo dicen que aquí las mujeres son secuestradas para ser vendidas como mercancía en el tráfico sexual.

Me siento atrapada. No estoy segura en México, pero sé que si regreso a Estados Unidos o a Europa, Ruggieri me encontrará.

No planeé tener este hijo, pero no pienso renunciar a él. Ya lo amo, no importa cuánto miedo tenga de no estar lista para ser madre.



Ruggieri

El lujo que me rodea en mi despacho en Palermo, símbolo de mi riqueza, no combina con la forma en que me siento.

Soy un animal enjaulado ahora mismo, dispuesto a destrozar a cualquiera que se interponga en mi camino, que se atreva a interrumpir mi encuentro con la mujer que he decidido que será mi esposa.

Llevamos más de un mes buscándola. Casi la encontramos en México, pero Constance debió intuir que yo estaba tras ella, porque antes de que mis hombres llegaran, huyó.

Solo está retrasando lo inevitable, porque pronto estará en mis manos.

Una hora después salgo de mi oficina en el centro de Palermo y conduzco hacia mi propiedad rural, a sesenta kilómetros de distancia. A pesar de tener un apartamento en la ciudad, prefiero el espacio, y haber comprado ese lugar fue una decisión más que acertada, ahora que decidí convertir a Constance en mi esposa.

Quiero muchos hijos, una casa llena de *bambini*.

Pensar en ella con el vientre redondo, llevando a mi heredero, me hace desear salir personalmente a buscarla, pero por ahora no puedo dejar Sicilia. Hay tensiones entre las familias, disputas eternas por territorios y rutas, y Stefano ha dicho que ninguno de nosotros debe viajar por el momento.

Esa es una razón más para querer a Constance conmigo. A mi lado, tendré la certeza de que estará protegida.



Capítulo 38

Todavía estoy de camino a casa cuando suena mi teléfono móvil irrastreable con una llamada de Stefano.

Antes de eso, Luciano me había avisado que me estaría esperando en mi propiedad, porque cree que necesitamos tomar una decisión más drástica respecto a mi búsqueda por Constance. El hijo de puta del ex novio español, que había estado desaparecido por un mes, parece haber regresado al pequeño pueblo donde ella vivía antes de irse a Estados Unidos, para el funeral de mi hermano.

Ellos no vivían juntos, de eso estoy seguro, lo que solo confirma mi teoría de que el amor de Constance por ese miserable es platónico.

Tenerlo al alcance de la mano nos da una ventaja.

Puede que ella no se sienta sexualmente atraída por ese idiota, pero tiene algún tipo de sentimiento hacia él. Sé perfectamente lo que Luciano está pensando: mantendremos al bastardo bajo vigilancia y, si es necesario, lo tomaremos como rehén hasta que ella decida entregarse a mí. ¿Qué haré con él después? Eso dependerá de qué tan bien sepa comportarse Constance y de cuán obediente sea.

Le dejaré claro que no tiene opción. Ella está bajo mi poder.

Si se resiste, empezará a recibir partes de él hasta convencerse de que hablo en serio.

Algo me dice que no será necesario. Constance se preocupa por él y no permitirá que corra peligro por su culpa.

Tal vez lo mate de todos modos. No me gusta la idea de que ame a otro que no sea yo.

No creo que pueda enamorarme, pero quiero su amor. Todo lo que ella es.

—Tenemos que mantenernos en alerta —dice el Don, llamándome de vuelta al presente, y por su tono noto que está preocupado.

—¿Alguna novedad?

—Tu problema con los chinos despertó un levantamiento contra nosotros. Quieren venganza.

No tenía dudas de que habría represalias. Mi trabajo, especialmente con respecto al hombre que dentro de la Tríada equivaldría a un subjefe en la Cosa Nostra, fue ejemplar. No solo ordené que mis hombres lo hicieran sufrir, también que lo humillaran, porque la muerte de mi hermano jamás debe ser olvidada.

Además, hubo hombres de los que me encargué personalmente. Mi obra de arte. Así que, claro, deben estar deseando mi sangre.

—Ya lo esperaba.

—Están recibiendo ayuda de alguna familia cercana a la nuestra para rastrearte. Ten cuidado. Aún no sabemos quién puede estar apoyándolos desde las sombras, pero tenemos que actuar como si cada movimiento nuestro estuviera siendo monitoreado. Confía solo en quien sea absolutamente leal.

En nuestro negocio, la confianza es un bien escaso, y la traición se paga con la vida.

—Estoy teniendo cuidado, pero siempre habrá riesgos. Si algo me pasa, encuentra a Constance. Tráela a la familia. No importa lo que tengas que hacer para mantenerla. Ella será mía, esté yo vivo o muerto.

—No vas a morir, solo mantente atento a tus espaldas —dice, y cuelga.

La carretera está vacía; el sonido del motor de mi coche es lo único que se escucha, aunque sé que voy escoltado por otros dos vehículos a corta distancia.

Desde aquí ya puedo ver el portón de mi propiedad y el auto de Luciano estacionado afuera, lo que significa que no planea quedarse mucho tiempo.

El primer disparo me toma por sorpresa. Lo he escuchado tantas veces en mi vida que ya me suena como una melodía. No me asusta, no me sobresalta, no capta mi atención.

Luego viene otro, y veo la cabeza de mi conductor estallar.

El auto da una fuerte sacudida lateral, girando sobre sí mismo, y en medio del caos saco mi arma. Me quito el cinturón de seguridad porque sé que el vehículo se ha convertido en una trampa de acero.

El instinto toma el control.

Bajo la ventanilla y disparo de vuelta al coche que se empareja con el nuestro.

Las balas atraviesan su parabrisas, y veo el automóvil enemigo tambalearse en la carretera. El guardia al lado del conductor también ha sido alcanzado, pero intenta aferrarse al volante mientras sigo disparando a los hijos de puta.

Le doy al conductor, que ya no consigue mantener el control. El coche gira sobre sí mismo, pero no se desvía en dirección contraria. En un último intento, el maldito que lo conduce, probablemente ya muriendo, lo lanza contra nosotros.

Todo ocurre en cámara lenta.

El sonido del impacto, metal contra metal, es ensordecedor, y nos lanza directo hacia un árbol.

Sin el cinturón de seguridad, soy arrojado dentro del vehículo hasta que un golpe seco en la nuca hace que la oscuridad me envuelva.

No sé cuánto tiempo pasa... Abro y cierro los ojos, escucho voces. Alguien dando órdenes.

—Quédate conmigo, ¡carajo! ¡No te apagues otra vez! —Escucho gritar a un hombre, y enseguida Luciano aparece en mi campo de visión.

El dolor en la parte trasera de mi cabeza es casi insoportable, pero aun así mi mente se aferra a la conciencia.

Constance. Mi mujer.

Siento mi propia sangre resbalando por el rostro, y mantener los ojos abiertos es casi imposible, pero no puedo desmayarme antes de decir lo que necesito.

—Constance —le digo a Luciano—. Tienes que encontrarla. Ella me pertenece.

—Ruggieri, mantente despierto, ¡carajo! ¡No tienes permiso para morir, maldita sea!

—Promete que la encontrarás —exijo, cada palabra me sale con esfuerzo—. Tráemela.

Él asiente.

—Te la traeré, pero no vas a morir, cabrón. Eres como un hermano.

Soy tu hermano, pienso, antes de no poder ver nada más.



Capítulo 39

México

Poco más de un año después

La sostengo entre mis brazos mientras amamanta de mi pecho. El sonido de succión es el único ruido en la penumbra de la habitación.

Mi hija. Mi mundo.

Es perfecta.

Sus ojitos se abren y se cierran mientras se alimenta y, al mismo tiempo, lucha contra el sueño.

¿Cómo puede un ser tan pequeño tener ya tanta determinación? Juro por Dios que vi a Ruggieri en ella desde el momento en que abrió los ojos al nacer.

Los mismos ojos oscuros y el mismo tono de piel dorado y claro de Ruggieri. Señor, hasta las pestañas largas del padre heredó mi Elisabetta. No quiero decir que ella no heredó nada mío, tenemos el mismo color de cabello, aunque sé que, a veces, los niños rubios cambian a castaños cuando crecen.

¿Él la amaría si la conociera?

Apago rápidamente esa pregunta inoportuna porque me llena de remordimiento pensar que estoy impidiendo que se conozcan. Pero,

por otro lado, después de lo que pasó la última vez que nos vimos, Ruggieri sería capaz de quitármela, y moriría de tristeza si me separaran de mi hija.

A pesar del miedo de no ser todo lo que ella necesita y de la tristeza de saber que nunca podré decirle quién es su padre, la amé mientras crecía dentro mío, y la amo con todo mi corazón ahora que ha nacido.

—Hummmm… —murmura, soltando el pezón porque dejé de acariciar su cabecita.

Ella es exigente y mandona, igual que su padre.

Si Ruggieri viera la perfección que creamos juntos, ¿se ablandaría su corazón de piedra?

La amargura que me acompañó durante todo el embarazo hace que el corazón se me contraiga y, enseguida, siento la rabia.

Me concentro en Elisabetta porque no quiero que un momento tan especial como este se contamine con mi rencor hacia su padre.

O que ella siente el dolor de mi corazón roto, no cuando ella es la razón por la que todavía late.

Mi hija suelta mi pecho otra vez, pero ahora me mira con sus ojitos somnolientos. Una sonrisa se dibuja en su diminuto rostro.

—No necesitas tener nada mío —susurro, pasando los dedos suavemente por el fino cabello que cubre su cabeza—. Eres perfecta tal como eres, aunque me recuerdes a él a cada instante.

Ella bosteza y, enseguida, se queda dormida.

Me inclino y beso su frente.

Es mía, y nunca dejaré que la alejen de mí.



La noche es cálida, y cuando me aseguro de que mi pequeña, con apenas tres meses de vida, duerme tranquila en su cuna, voy hasta

la sala de nuestra humilde casa y sonrío al ver a mi hermano. No de sangre, pero sí de alma; un regalo que Dios puso en mi camino.

Nuestra vivienda es muy distinta a la opulencia de la mansión de los Marchese Trovato, pero está llena de amor.

Nunca volví a Estados Unidos. Tengo demasiado miedo de que Ruggieri me encuentre. Nos mudamos constantemente y, si por un lado evitamos que los hombres de Ruggieri nos descubran al no permanecer nunca en el mismo sitio, por otro, un peligro igual de grande que la Cosa Nostra siempre nos ronda: no importa dónde decidamos vivir, hay cárteles por todas partes, y esos hombres tienen los ojos puestos en mí.

Mi cabello rubio llama demasiado la atención, o al menos eso cree Casimiro, porque, aunque fingimos ante todos que él es mi marido, cada vez que debemos ir a la ciudad, en más de una ocasión, miembros de los cárteles se han cruzado en nuestro camino.

A pesar de las miradas amenazantes, nunca hicieron nada, quizá porque yo estaba embarazada. Pero ahora que Elisabetta ha nacido, se están volviendo cada vez más atrevidos, y sabemos que tendremos que marcharnos dentro de unos días.

Dios, huir con una bebé tan pequeña es una pesadilla. Pero la alternativa es quedarnos y esperar lo peor.

Aquí, los hombres de los cárteles son los reyes. Mandan en todo y sobre todos.

Habían pasado apenas un par de días desde que Casimiro había regresado a España y yo me había mudado a otra ciudad, cuando vi hombres merodeando afuera.

Sabía que eran narcotraficantes; ni siquiera intentaban disimular quiénes eran. Entré en pánico.

Llamé a mi amigo y le conté lo que había pasado. Casimiro no lo pensó dos veces: renunció a la librería, compró un pasaje de regreso y vino a vivir conmigo.

Por ser español nativo, consigue trabajo dondequiera que estemos, y con esos salarios, junto con el uso prudente del seguro de vida de mi mamá, hemos logrado mantenernos.

—Creo que hay hombres rondando la casa —dice apenas me acerco.

—¿Qué?

—Tendremos que irnos de nuevo.

Apago todas las luces y me acerco a la ventana. Ahogo un grito cuando veo una sombra moverse detrás de un árbol. Cuando regreso junto a Casimiro, estoy temblando por completo.

—No puedo seguir huyendo con ella para siempre. Dios mío, ¿qué hago?

Él solo me abraza y no dice nada, simplemente porque ya hemos agotado todas las posibilidades.

Sé que ahora solo queda una opción, y cuando le digo a Casimiro cuál es mi decisión, se muestra mortalmente preocupado.

Pero cuando cuelgo el teléfono media hora después de una conversación de quince minutos con Carlorino, me siento un poco más confiada. Siempre le caí bien, y aunque he evitado acercarme a cualquier cosa relacionada con los Marchese Trovato, si algo me sucede a mí o a Casimiro, ¿quién cuidará de Elisabetta?

No la mencioné durante la llamada, pero él me dijo que vendrá a México a verme, como mucho, pasado mañana. Cuando llegue, no tendré cómo ocultarla. Espero que nuestra amistad sea lo suficientemente fuerte para que no traicione mi confianza.

—Vamos a estar bien —le digo a Casimiro, intentando sonar segura, aunque mi estómago esté hecho un nudo y en este momento ni siquiera sepa a qué le tengo más miedo.



Me despierto con golpes impacientes en la puerta.

Salto de la cama, porque aunque tengo miedo y puedo sentir la agresividad de la persona al otro lado solo por la forma en que golpea la madera, no quiero que mi hija despierte.

Al llegar al pasillo, veo que Casimiro también se ha levantado y está en la entrada de su habitación.

—No vengas —le pido—. Quédate con Elisabetta.

—No voy a dejar que enfrentes esto sola.

—No creo que sea el cártel. Ellos no golpearían antes de entrar, irrumpirían directamente.

—Entonces…

Solo me toma unos segundos entender que los hombres de Ruggieri me encontraron.

Carlorino probablemente me traicionó.

Olas de pánico amenazan con envolverme, pero sé que si no abro la puerta, será peor.

—Sí, creo que cometí un error al pedir ayuda a su primo.

—Hiciste lo que cualquier madre que ama a su hija haría. Tal vez no sea tan grave. Si los del cártel te llevaran…

No termina la frase, pero sé lo que quiere decir. Además de la casi certeza de que mi destino sería peor que la muerte, nada garantiza que ellos tampoco le hicieran daño a Casimiro o a mi hija.

—Todo va a estar bien —le prometo—. No salgas de aquí a menos que te llame.

No sé de dónde saco fuerzas para caminar hasta la puerta. Mis piernas amenazan con doblarse a cada paso, y cuando me encuentro cara a cara con un hombre muy parecido a uno que vi una vez en la casa de Ruggieri, sé que todos mis miedos se han hecho realidad.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas, Constance —dice con voz cortante, entrando a la sala, rodeado por media docena de hombres de aspecto igual de amenazador.

—¿Quién eres tú?

—Mi nombre es Salvatore, y tengo a alguien esperándote en Sicilia.

—Yo no…

—No pongas a prueba mi paciencia, loca. Estás en territorio enemigo. Tuve que negociar con el cártel para poder sacarte de aquí. Nos vamos ahora mismo, o entregaré a tu amiguito pelirrojo a los mexicanos.

—¡Estás loco!

—No me conoces, Constance, y te aconsejo que no me pongas a prueba. Vienes conmigo o tu amigo muere.

—Me llevarías de todos modos.

—Sí, pero disfrutaría verte sufrir mientras lo matan.

Me apoyo en la puerta, con el mundo girando a mi alrededor, porque esto es aún peor de lo que imaginé.

—Tengo una hija.

Su mirada, que ya era fría, se vuelve glacial.

—¿Hija?

—Sí, ella es…

Estoy a punto de mentir, de decir que Elisabetta es hija de Casimiro, cuando él entra a la sala con mi niña en brazos.

Elisabetta lleva un mameluco rosa y su cabellera rubia a la vista.

Casimiro la sostiene mirando hacia mí, y justo en ese instante, ella abre los ojos.

Casimiro y yo tenemos los ojos azul claro, casi idénticos. Los de mi hija son exactamente del mismo color que los de Ruggieri.

Salvatore mira a la niña, luego a nosotros.

No es estúpido. Sabe que Elisabetta no puede ser hija de un pelirrojo de ojos translúcidos.



Capítulo 40

Se dirige hacia donde está Casimiro y, gracias a Dios, mi amigo no se mueve. Tengo la sensación de que, al igual que Ruggieri, ese tal Salvatore no es alguien que haga una amenaza sin intención de cumplirla.

Contengo la respiración al verlo levantar la mano hacia mi bebé, pero para mi sorpresa, el hombre enorme es extremadamente delicado, tocando el mentón de Elisabetta como si fuera una joya preciosa.

Durante varios segundos, mi pequeña observa a su primer familiar de sangre, más allá de mí.

Ella no sonríe; lo examina con atención como si recién hubiera despertado de dormir, y ni siquiera cuando el hombre se inclina para jugar con ella le regala una sonrisa.

Elisabetta no es así. Casimiro dice que solo sonríe para mí, y es cierto. Otra prueba de que es imagen y semejanza de su padre, salvo que de él nunca recibí una sonrisa verdadera.

—Es de Ruggieri —dice Salvatore.

No es una pregunta. Ni siquiera duda, y yo ni me molesto en mentir.

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Elisabetta.

—Le diste un nombre italiano.

—Es mitad italiana.

Se agacha y le da un beso en la cabecita, y luego ordena a Casimiro:

—Llévate a mi sobrina de aquí.

Mi amigo, que estaba concentrado en el suelo, levanta la vista hacia mí. Sé que se pondría en peligro por mi causa, y eso no es lo que quiero.

—Estaré bien —le digo, acercándome y tomando la manito de Elisabetta. En ese instante, ella sonríe, como si despertara de un hechizo—. Mamá ya estará contigo, mi amor.

Casimiro sale de la sala con mi hija. No pasa ni un segundo en que quedamos a solas y Salvatore continúa:

—Ustedes dos vendrán conmigo a Sicilia.

—No.

—Si te di la impresión de que tienes elección, perdóname por confundirla, Constance —dice, pero no hay un atisbo de sumisión en su disculpa—. Te diré cuáles son tus opciones: vienes conmigo de buena gana y dejaré que mi primo decida cuál será tu castigo por ocultarle una hija, por impedirle la oportunidad de ver a Elisabetta nacer, su primera sonrisa y su primera vez que tomó la teta; o puedo llevármela sin ti. Claro que en ninguna de las situaciones serás libre.

La amenaza es inequívoca.

Salvatore afirma que se llevará a mi hija, conmigo o sin mí. Pero lo más aterrador es que, si logra apartarla de mi lado, de todos modos seré prisionera de la Cosa Nostra. Quizá incluso decida matarme.

Mi cuerpo se convierte en un bloque de hielo, pero además del miedo por mí misma, por la posibilidad de separarme de mi hija para siempre, siento otro aún mayor: no tengo dudas de que si me niego a acompañarlos, matarán a Casimiro.

No necesito pensarlo mucho antes de tomar una decisión.

—Iré con ustedes, pero necesito hablar con Casimiro primero.

—Tienes diez minutos, pero por tu bien y por la integridad física de tu amigo, no entres en detalles, Constance. Sabes quiénes somos

y qué hacemos. Creciste en la casa de Ruggieri. Las personas que hablan demasiado viven poco en nuestro mundo. Sería una lástima que Elisabetta quedara huérfana.

Quiero abofetear a ese hombre arrogante, pero no estoy loca. Como bien dijo, crecí en este medio y sé que no está mintiendo. Sin embargo, no pienso rendirme sin luchar.

—¿Por cuánto tiempo estaré en Sicilia?

Él cruza los brazos sobre el pecho, como si considerara que estoy demente.

—No te irás más. De una manera u otra, permanecerás en Sicilia para siempre.

Siento mis piernas debilitarse, pero me mantengo firme.

De una manera u otra.

Lo que significa, viva o muerta.

—Si no me iré más, necesito asegurarme de que Casimiro estará bien. Quiero tu palabra de que no le harán nada.

—Es una decisión que Ruggieri tomará.

—Entonces necesito hablar con él antes.

—Eres una criatura con bajo sentido de autopreservación, Constance. —Suspira, irritado, pero toma el celular.

Marca un número y luego habla en italiano rápido.

Pasaron unos dos minutos antes de que me entregara el teléfono.

—No le cuentes a él sobre tu hija por teléfono —murmura Salvatore, con la orden cargada de amenaza.

Asiento con la cabeza, deseando poder decir que, si pudiera, nunca se lo contaría.

—Hola —digo, y solo un milagro explica cómo mi voz puede escucharse, porque siento que está atrapada en mi garganta.

—*Constance*.

Nadie pronuncia mi nombre como él.

Ha pasado más de un año desde que lo escuché llamarme así, y me sorprende la nostalgia, no el rencor, que se arrastra en mi pecho.

—Ruggieri.

Escucho algo parecido a un gruñido.

—Me dijeron que estás haciendo exigencias antes de venir a mí.

"Antes de venir a mí".

¿Eligió sus palabras a propósito?

—¿Por qué quieres que vaya?

—Porque me perteneces.

Miro a Salvatore, dudando si se refiere a Elisabetta, porque sino, ¿por qué otra razón Ruggieri querría que fuera allí? Pero sé que no. Hablo un italiano decente y no mencionó nada sobre hija o bebé.

Podría gritar que no le pertenezco, pero no es momento de berrinches; es momento de salvar la vida de Casimiro.

—Necesito que me des tu palabra de que nada le pasará a Casimiro.

—¿Lo dejaste tocarte mientras estuvimos separados?

—No estuvimos separados. Tú me expulsaste de tu vida.

—¿Él te tocó?

Maldito hombre arrogante. Ignoró mi dolor y se centró en lo que le interesa.

—Solo somos amigos. Nunca fuimos nada más que eso. Me ha protegido todo este tiempo, y para que acceda a reunirme contigo, tendrás que prometerme que nada le ocurrirá. —Me detengo y respiro hondo—. Perdió su trabajo por mi causa y quiero asegurarme de que esté bien. Tienes poder. Haz que consiga trabajo en la ciudad donde vivíamos.

—No hago negocios bajo amenaza, Constance. Ya deberías saberlo. Por ahora, da gracias a Dios de que él sigue respirando. Enviaré a tu amigo de vuelta a España y te doy mi palabra de que no será asesinado. Que eso te satisfaga.

Corta el teléfono sin despedirse y, aún temblando, me giro hacia Salvatore.

—No le hablaste de Elisabetta.

—Ruggieri no puede salir de Sicilia por ahora. Si le dijera que tiene una hija, tomaría el primer avión para venir a verla. —Hace una pausa y me dirige una sonrisa malévola—. Tampoco estoy seguro de que no terminaría con tu vida por ocultarle a su hija.

Finjo no escuchar. Es la única forma de mantener mi cordura.

—Elisabetta no tiene pasaporte.

Él mira el reloj.

—Lo tendrá dentro de unas horas. Haz tus maletas. Volaremos a Estados Unidos y de allí a Sicilia. ¿Tiene certificado de nacimiento?

Niego con la cabeza.

—No permitirán que una bebé viaje sin documentación.

—Tu ingenuidad es casi conmovedora, Constance. ¿Aún no sabes que podemos hacer cualquier cosa? Ahora sé buena niña y ve a juntar tus cosas.



—No me gusta esto. Parecías determinada a no dejar que el padre de Elisabetta se acercara a ella —dice Casimiro mientras hace nuestras maletas, y yo la de mi hija.

—Estaba equivocada, Casimiro. Si algo me pasa, ¿qué será de ella? Ruggieri tiene enemigos.

Lo que digo es en parte cierto, aunque mi decisión estuvo influenciada por la amenaza de Salvatore. Nunca le dije a mi amigo que el padre de mi hija forma parte de la mafia siciliana, pero creo que lo sospecha, porque sabe que trabaja del lado equivocado de la ley, aunque sea un abogado renombrado.

Casimiro es inteligente; solo tiene que sumar dos más dos para sacar conclusiones.

—¿No puedo ir contigo?

—Por ahora, creo que es mejor que no —digo, como si la decisión fuera mía y no de Ruggieri.

¿Qué tan asustado estaría mi amigo si supiera que acepté ir a Sicilia para salvar su vida?

Él cierra mi maleta.

—Júrame que volverás a mí si algo no sale bien entre ustedes.

—Prometo que estaré bien y que pronto nos volveremos a ver.

Él nos abraza a las dos al mismo tiempo, y yo disfruto lo que puedo de ese abrazo, porque no sé cuánto tiempo pasará hasta que

vuelva a sentirme segura.



Capítulo 41

Sicilia

Cuando el avión aterriza en Sicilia, Elisabetta aún duerme tranquila, ajena al caos que llena mi mente. Su carita, que refleja la expresión más pura de paz, es lo que me mantiene cuerda, pues me obligo a recordar que todo lo que hago es para proteger a quienes amo: a ella y a Casimiro.

Miro hacia la cabina del avión privado, donde el primo de Ruggieri me observa como si estuviera dispuesto a impedir que salga corriendo en cuanto se abran las puertas de la aeronave, algo que, no voy a mentir, ha pasado por mi mente.

Hay otros hombres con nosotros y todos parecen tan amenazantes como Salvatore.

La opresión en mi pecho aumenta mientras intento imaginar lo que me espera. Vivir en México bajo la constante amenaza de los cárteles estaba drenando mi salud, pero pensar en entregar mi vida en manos de Ruggieri me provoca casi un infarto de tanta ansiedad.

Solo pasamos un par de días en Estados Unidos antes de que toda la documentación de Elisabetta estuviera lista. Lo primero que

hizo fue gestionar su registro de nacimiento.

Casi me desmayo cuando, con toda la calma del mundo, al lado de un abogado, Salvatore me explicó que Elisabetta no era considerada estadounidense porque la ley de mi país respecto al nacimiento es el *ius soli*, lo que significa que, a pesar de tener madre estadounidense, por no haber nacido en Estados Unidos, no se le reconoce automáticamente la ciudadanía solo por ser mi hija. Habría que pasar todo un proceso antes de que pudiéramos obtener su ciudadanía[3].

Por supuesto, no me permitió hacer eso. En cambio, fuimos a la Embajada italiana en Nueva York y, sin el conocimiento ni la presencia de Ruggieri, pero con la influencia de un miembro de la Cosa Nostra, logramos registrar a mi hija como ciudadana italiana, porque en su país prevalece el principio del *ius sanguinis*, lo que significa que la ciudadanía se transmite por descendencia, sin importar el lugar de nacimiento.

No sé cómo, sin el padre presente ni ningún documento que demostrara el parentesco entre ambos, al final Elisabetta recibió el apellido de Ruggieri además del mío.

Tengo cerebro, y sé lo que hizo Salvatore: en una futura disputa por la custodia, no tendría la menor posibilidad de llevarme a Elisabetta de Sicilia. Enfrentaría un tribunal allá. Eso si acaso llego a verlo, porque podrían matarme antes.

Desafortunadamente para mí, yo tenía (y todavía tengo) las peores cartas en este juego, y no podía hacer nada más que estar de acuerdo con sus decisiones.

Estoy segura de que este proceso normalmente tomaría mucho tiempo, tal vez meses. Pero solo fueron necesarias cuarenta y ocho horas para que no solo Elisabetta tuviera registro de nacimiento y ciudadanía italiana, sino también pasaporte.

¿Qué pensará Ruggieri cuando sepa que tiene una hija y que fue registrada como Elisabetta Dalary Marchese Trovato?

Salvatore determinó que el nombre de su primo apareciera en los documentos de mi hija. Intenté discutirlo, pero fue inútil.

Escucho la puerta del avión abrirse y mi niña se mueve en su sueño, como si adivinara que algo importante está por suceder.

No sabe nada del mundo que la rodea, ni de amenazas ni de las decisiones que tuve que tomar. Es una inocente entre lobos.

Paso los dedos por su carita y le susurro:

—No tienes que preocuparte, mi amor. Mamá te protegerá, pase lo que pase.

En cuanto me instalé en Estados Unidos, recibí una llamada de Casimiro diciéndome que había llegado bien a España. Parecía preocupado, pero intenté tranquilizarlo, aunque no tenía ni idea de qué me iba a pasar.

Al menos él está seguro, lejos del caos que es mi vida.

Ahora llega el momento de enfrentar a mi verdugo.

—Vamos —dice Salvatore, y extiende los brazos para agarrar a Elisabetta.

Dudo solo un instante y luego le entrego a mi niña. Me suelto rápidamente del cinturón de seguridad, tomo mi bolso y extiendo los brazos, queriendo recuperar a Elisabetta.

—No voy a robarte a tu hija —dice, entregándomela.

—Perdona mi desconfianza —ironizo—, pero no tengo razón para creerte.

—Te daré un consejo, Constance, algo que no suelo hacer. Piensa bien antes de abrir la boca. Estás en suelo siciliano, bajo el poder de Ruggieri, el hombre del que pretendías ocultar la existencia de tu hija, quizás para siempre.

Sus palabras me impactaron. A pesar de mi enojo con Ruggieri y mi miedo de que me robara a Elisabetta, ¿tenía derecho a haber planeado no presentarlos nunca?

—No intentes ninguna locura, Constance —continúa—. O te arrepentirás.

Hay algo contradictorio en la forma en que me habla. Su tono es duro, pero la manera en que me observa, casi como si quisiera protegerme, me confunde. Por más que intente, no puedo odiarlo por completo, sobre todo porque cada vez que habla con mi bebé, es como si tratara con un bien precioso.

Salvatore comienza a caminar hacia la puerta del avión y, sin mirar atrás, dice:

—No te molestes en tomar su bolso. Mis hombres se encargarán.

No tengo alternativa más que seguirlo.

Se detiene en la puerta del avión, después de bajar algunos escalones de lo que parece una pista privada.

Mi corazón late tan fuerte que siento un dolor punzante en el pecho.

Desde donde estoy, solo veo un vehículo grande, negro y lujoso esperándonos, pero el cuerpo de Salvatore bloquea la visión del resto.

Y entonces, se mueve un milímetro a un lado y veo al hombre que, por más que lo he intentado, no puedo sacar de mi cabeza.

Mis pies se niegan a moverse, pero pronto Salvatore comienza a bajar el resto de la escalera, y Ruggieri y yo quedamos frente a frente.

Unos veinte metros nos separan.

Está impecablemente vestido como siempre y por una fracción de segundo me mira. Un instante después, su vista cae hacia lo que tengo en brazos.

Su rostro ya estaba rígido, endurecido, pero el cambio al comprender qué significa la bebé que sostengo, la niña que le escondí, se convierte en una rabia incontenible.

Su mirada es como una cuchilla afilada, irradiando peligro. Siento el impacto como si estuviera a centímetros de mí, su rencor helado congela mis huesos.

Vuelve a mirarme y pierdo la capacidad de respirar.

Hay algo, en lo profundo de esos ojos, que me promete que me arrepentiré de haber huido.

Camina hacia mí y quiero salir corriendo, pero no lo hago.

Mi garganta se cierra, pero me obligo a bajar la escalera.

Cuando finalmente se detiene frente a mí, sin decir palabra, toma a Elisabetta de mi regazo.

Sus brazos fuertes la rodean. Sus ojos están fijos en el rostro de nuestra bebé. Elisabetta viste completamente de blanco y tiene un lacito en el vello rubio de su cabello.

Había vuelto a quedarse dormida, pero despierta nuevamente y extiende la manito para tocar el rostro de su padre.

Muerta de miedo y celos, me acerco a los dos, sin importarme si soy bienvenida. En ese momento, entro en pánico pensando que se llevará a mi hija lejos de mí.

Pero veo, ante mis ojos, un milagro suceder. Elisabetta sonríe a alguien que no soy yo en el segundo que toca el mentón de su padre.

Luego veo al hombre que siempre temí cambiar la expresión rígida por una suave, y su mano alrededor de ella temblar un poco mientras dice:

—*Bambina mia*, ahora estás en casa y nunca más te dejaré ir lejos.

Su afirmación, por sí sola, me pone en pánico, pero lo que sucede después hace que el suelo desaparezca bajo mis pies.

La sonrisa de Elisabetta se ensancha como si no solo comprendiera, sino también como si estuviera satisfecha con la promesa de su padre.

Ruggieri parece maravillado con la sonrisa. Desde que lo conozco, es la primera vez que lo veo sonreír sin ironía.

Y es entonces cuando sé que estoy perdida.

Se han enamorado el uno del otro a primera vista.



Capítulo 42

Momentos antes

El rugido del motor del avión al aterrizar me indicó que finalmente la tendría otra vez.

Hace un mes desperté de un coma prolongado y solo estaba esperando autorización para viajar, para ir tras de ella, ya que Luciano me dijo que no logró localizarla durante todo el tiempo que estuve internado, cuando interceptamos una llamada de Constance a Carlorino, en la que revelaba que estaba en México.

Desde entonces, hasta que Salvatore, que ya estaba en Estados Unidos, voló a México para buscarla, pasaron solo unas horas.

Miro la puerta del avión mientras me repito a mí mismo que la quiero como esposa para castigarla por haberse atrevido a esconderse, por haberme hecho pensar que amaba a otro hombre, ahora que sé que ella y el pelirrojo no eran más que amigos.

Determino que todo lo que ella recibirá de mí será un hombre en su cama, y lo que deseo de ella son herederos y tenerla disponible cuando lo desee, pero incluso antes de salir del avión, sé que me estoy engañando.

La obsesión por ella comenzó dos años antes de hacerla mía. Su nombre fue lo último que pronuncié antes de entrar en coma y lo

primero que dije al despertar.

Constance está bajo mi piel como ninguna mujer jamás lo ha estado. Se instaló en mí y no me importa que me odie; estamos atados el uno al otro para siempre.

La he traído de vuelta y nunca más la dejaré ir.

La puerta del avión se abre y veo salir a Salvatore.

Mis ojos captan de inmediato la masa de cabellos rubios detrás de él cuando mi primo baja dos escalones.

Me mira directamente y sé al instante que hay algo más que la llegada de Constance.

No tardo en obtener la respuesta, porque solo segundos después veo a la mujer que me pertenece, que siempre me ha pertenecido, a pocos metros. Nuestros ojos se encuentran, pero el contacto es mínimo porque algo aprieta dentro de mi pecho con la fuerza de un disparo.

Ella sostiene a un bebé en sus brazos y sé al instante que es mío; de otro modo, Salvatore nunca habría traído a Constance hasta mí.

El funcionamiento de mi cerebro se interrumpe.

¿Tenemos un hijo o hija? ¿Un vínculo que nada ni nadie puede romper?

A medida que me acerco más después de que Salvatore se aparta, la realidad de lo que hizo me golpea.

Constance no huyó solo porque la envié lejos. Ella escondió a mi hijo de mí.

Sus ojos están llenos de miedo y la furia que siento es inconmensurable. ¿Comprende lo que estoy pensando? ¿Tiene idea de que, si no fuera quien es, la mataría ahora mismo por haber mantenido a un heredero mío desprotegido, lejos de la familia, cuando yo no podía cuidar de él ni de ella?

Constance no es cualquier mujer. Creció en una familia de la mafia, sabe quién soy. ¿No pensó que si uno de mis enemigos descubriera su conexión conmigo y sospechara que el niño es mío, ambos podrían ser asesinados?

Avanzo hasta donde está y, sin dirigirme a Constance, tomo al bebé de sus manos.

Es una niña.

Rubia como la madre, pero con el color de mi piel y mis ojos.

Mi niña.

La pequeña, cuyo nombre aún desconozco, me mira, y es como ver mi reflejo.

Es diminuta, pero tan mía… Como si hubieran pasado mi rostro por una fotocopiadora.

Mirando a mi heredera, no tengo aire suficiente para llenar mis pulmones. Sabía que algún día tendría hijos, pero jamás imaginé que sostener mi propia sangre y carne en brazos despertara un amor tan avasallador e irrevocable.

La bebé extiende la mano para tocar mi rostro, como si supiera que puede confiar en mí, que siempre estará protegida conmigo. Pongo mi mano sobre la suya y su boquita en forma de corazón se abre en una pequeña sonrisa.

—*Bambina mia*, ahora estás en casa y nunca más te dejaré ir lejos.

La sonrisa de mi niña se ensancha y hago un juramento: garantizaré que nunca desaparezca. Daré mi sangre por ella.

—¿Cuál es el nombre de mi hija? —pregunto a la madre, con voz brusca, lo que parece incomodar a la pequeña.

—Elisabetta —responde, vacilante.

Mis ojos se fijan en la niña y, por un instante, todo a mi alrededor desaparece.

El amor que siento por ella entra en guerra con la ira que tengo hacia su madre en ese momento.

Me inclino y deposito un beso en su frente, sintiendo su piel suave contra mis labios.

—Elisabetta, eres mía. Serás tratada como la princesa que naciste para ser. —Elevo la vista para encontrar la mirada de su madre—. Una princesa de la mafia.

Es un desafío para Constance. Quiero que se atreva a decir lo contrario para poder desatar mi furia, pero a pesar del brillo furioso en sus ojos, se mantiene en silencio.

Comienzo a alejarme con Elisabetta hacia Salvatore, que está en el coche de atrás.

—¿A dónde vas? —grita Constance, pero la ignoro.

—Llévala contigo a mi casa. Necesito hablar con mi futura esposa.

—¡No! —protesta Constance, con los ojos llenos de lágrimas, cuando regreso hacia donde está. Intenta escapar, pero no la dejo ir, sujetándola por la cintura.

—Contrólate. No necesitas ponerte histérica. Estará segura con Salvatore. Tenemos que hablar. Mi primo nos seguirá en un coche detrás, hacia mi… hacia *nuestra* casa.

Sus ojos se abren de par en par, comprendiendo lo que quiero decir: está atrapada conmigo.

Intenta empujarme, golpea mi pecho, y yo la sujeto más fuerte para contenerla, pero parece una fiera luchando por sobrevivir. Me araña el cuello, me muerde, y aunque estoy furioso con ella, su rabia me excita.

Agarro su cabello y tomo su boca. Ella muerde mi labio inferior hasta que me sangra. La sujeto por la cadera y la nuca, meto mi lengua entre sus labios calientes y en pocos segundos su furia se transforma en pasión.

La ira, la frustración y el deseo que nunca dejó de arder dentro mío regresan con fuerza total. La manera en que la beso es brusca, pero también apasionada. Una mezcla poderosa que solo Constance puede despertar.

La suavidad de sus labios encuentra mi urgencia. Su rabia, directa hacia mis brazos que la necesitan.

El beso que comenzó como un intento de contenerla, como un castigo, se convierte en algo más.

Ya no se trata solo de demostrarle que es mía. Se trata de hacerle entender que somos el veneno del otro, pero también una combinación química perfecta.

Odio a Constance en este momento, pero sé que me pertenece y siempre será así.

Cuando nos separamos, ambos intentamos recuperar el aire. Su mirada muestra que está perdida, pero también algo muy cercano a la rendición.

—Entra al coche, Constance.

—Prométeme que Elisabetta irá al mismo lugar que nosotros.

—Es la promesa más fácil que he hecho. Mi hija nunca más se alejará de mí.

Finalmente me obedece mientras se coloca el cinturón de seguridad.

Me dirijo al coche donde Salvatore está con Elisabetta.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque sabía que irías en contra de la recomendación médica y volarías de todos modos. No te preocupes —dice, mirando a mi hija —. Es tuya en todos los sentidos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No tenía registro de nacimiento. Ya me encargué. Tiene tu apellido, primo. La *principessa* en mis brazos es Elisabetta Dalary Marchese Trovato.



Capítulo 43

Quiero gritar. Lastimarlo y decirle que lo odio.

Quiero herirlo como él me hirió a mí. Como aún tiene el poder de hacerlo, pero sé que la persona a la que más odio es a mí misma, porque después de todo este tiempo y de haber alimentado conscientemente mi rencor contra él, me doy cuenta de por qué Italo o cualquiera otro jamás serían suficientes para mí: nunca podrían ocupar el lugar de aquel que mi corazón eligió al verlo en la cocina de la casa de Claudia, cuando mi madre aún estaba viva.

Miro por la ventana, abrazándome a mí misma, y percibo el momento en que él regresa al coche.

Me estremezco porque aún siento el sabor de su beso brusco, posesivo, exigente.

Actúa como si tuviera algún derecho sobre mí. ¿Se ha olvidado de que me expulsó de su vida? ¿De que me trató como si fuera un insecto que podía alejar con un gesto de la mano?

—Nos vamos a casar —suelta de repente, de la nada, justo cuando el coche comienza a avanzar.

El shock es tan grande que tardo unos segundos en repetir lo que dijo, segura de que me estoy equivocando.

—¡Debes estar loco si crees que me voy a casar contigo! —Me giro en el asiento del coche para enfrentarlo—. Elisabetta es tuya,

como pudiste comprobar. Son idénticos. Pero eso no cambia el hecho de que me expulsaste de tu casa.

Me controlo antes de decir lo que me ha consumido durante más de un año: que me expulsó de su vida al día siguiente de que bajé todas mis defensas, cuando me entregué a él por completo, con cuerpo y alma.

—Prepararé todo para el próximo sábado. Tienes menos de una semana. Será una ceremonia simple. Solo estarán presentes mis… primos, y su madre.

—No me voy a casar contigo —digo, y él pulsa un botón que nos aísla del conductor y del guardaespaldas del asiento delantero—. Soy una mujer vulgar, ¿lo olvidaste? Uso a los hombres, soy experta y salto de cama en cama.

—Nunca dije que saltaras de cama en cama.

—Pero lo pensaste. Niégalo.

—Fuiste tú quien inventó que estabas embarazada de otro. Fuiste tú quien me ocultó que eras virgen y me dejó hacerlo sin cuidado alguno.

Siento la sangre abandonar todo mi cuerpo y concentrarse en mi cerebro, como si fuera a estallar en cualquier momento.

No puedo negar nada de lo que dice.

—¿Cómo supiste que yo…?

—¿Cómo supe que eras virgen? Había sangre en el edredón. Nunca fuiste de otro y nunca lo serás. Serás mi reina, Constance. La madre de mis *bambini*.

—Prefiero la muerte.

—Estás herida. Te partí el corazón. Pronto lo olvidarás.

Avanzo hacia él de nuevo y, como sucedió afuera, Ruggieri me besa.

Intento resistirme, pero el hombre tiene más poder sobre mi cuerpo que sobre mi cerebro. Por el momento, mis instintos toman el control.

Mis manos presionan contra su pecho y cuando siento la tensión de sus músculos bajo mis dedos, el deseo se extiende por cada célula de mi cuerpo.

Él siente el efecto que tiene sobre mí, porque casi me levanta del asiento, sujetando mi cintura e introduciendo la mano dentro de mi blusa.

El calor de su cuerpo se une al mío, quemando cualquier resistencia que aún me quedaba. Mientras su boca se mueve contra la mía, los recuerdos se acumulan como una avalancha incontrolable.

—Serás mi mujer —murmura contra mis labios—. No tienes elección.

—Soy libre y tengo elección.

—Si te vas, será sin Elisabetta.

—No haría eso.

—No será necesario. No quieres irte. Si estuviéramos solos, podría tomarte ahora mismo. Si abro tus jeans, si toco la vulvita que me pertenece, estoy seguro de que estará empapada por mí.

—Eres despreciable.

—Y tú siempre lo supiste, y aun así, viniste espontáneamente a mi cama, me entregaste tu virginidad. Eres la madre de mi hija y te casarás conmigo, Constance.

—Te odio. Me echaste. Nunca te perdonaré. Pasé todo el embarazo con miedo. Huyendo del cártel, huyendo de ti, porque temía que me quitaras a mi hija. Tienes toda una familia, grande, y al menos por parte de tus primos, amorosa. ¿Por qué no puedes dejarnos en paz? Cásate con otra, ten hijos con ella. Todo lo que me queda es nuestra niña. No tengo ningún otro familiar.

Lo odio aún más al final que cuando comencé a hablar, porque las lágrimas corren por mi rostro, y no es solo de rabia, sino de dolor, porque ahora lo entiendo: quiero lo imposible. Estoy enamorada de mi monstruo y quiero que me ame de vuelta y me demuestre que soy su reina, no solo por un título como esposa dentro de la mafia, sino en su corazón.

La idea de Ruggieri teniendo hijos con otra mujer también roza lo insoportable.

Me giro hacia la ventana, sin aire, pero no antes de poder ver algo que no sé interpretar en sus ojos.

¿Remordimiento? No, para eso él tendría que ser humano, y no lo es.

No dice nada más hasta que paramos frente a una mansión. Son unos diez minutos a pie desde la puerta hasta la casa.

Ya estoy más calmada, en la medida de lo posible, y sé que enfrentarlo por ahora será inútil. Quiero acceso a mi hija y él ya dio una muestra de que puede arrebatármela en un abrir y cerrar de ojos.

—Quiero quedarme con Elisabetta. Necesita amamantar. Debe estar extrañándome.

—No tengo intención de separarlas. Nuestra *bambina* necesita a su *mamma* al lado. No luches contra mí. Acepta que me perteneces.

—Puedes obligarme a casarme porque estás chantajeando con quitarme a mi hija, pero nunca lograrás que sea una esposa dócil. Tu "reina".

—Ya eres mi reina, Constance. El título servirá solo para que el mundo lo reconozca y para que ustedes dos estén protegidas. Nuestra boda será el sábado.

—¿Cómo es posible?

—Desde que Salvatore te trajo, mandé a preparar todo.

Eso hace explotar mi mente.

—Aún no sabías de Elisabetta.

—Decidí que me casaría contigo de todos modos.

—Eres un arrogante, Ruggieri. Mi voluntad también cuenta.

—Tu voluntad es ser mía. Es tu orgullo lo que te impide admitirlo, pero no cambiará mi decisión. Mañana vendrá una estilista a preparar todo lo que tú y nuestra *bambina* necesitan para la ceremonia. También organizará un ajuar completo para ambas, a tu gusto.

Él es un tractor.

No, porque un tractor puedes detenerlo. Ruggieri es como una avalancha imposible de contener.

—¿Y tus padres? —Intento ganar tiempo.

—Mis padres viven en casas separadas y es demasiado tarde para invitarlos.

¿Giado se separó de Claudia? ¿Después de tantos años?

—No quiero a Claudia cerca de mi hija.

—Yo tampoco.

—¿Qué?

—Ya me escuchaste. No quiero a mi madre cerca de ustedes dos.

Abro y cierro la boca, sin saber cómo interpretar eso.

—¿Y mis amigos?

—¿A qué amigos te refieres? El pelirrojo solo vendrá sobre mi cadáver. Sobre Romy y Lexi…

—¿Sabes algo de ellas?

—Mi familia pasó un año buscándote. Todo lo que necesitábamos descubrir sobre ti, ahora lo sabemos.

Mi familia.

No me dijo que él pasó un año buscándome. ¿Por qué? Ruggieri no es del tipo que delega tareas.

—Lexi es esposa de un primo lejano de ustedes.

—Sí, ya lo descubrí, pero no son unidos a nosotros. No aceptarían venir a nuestra boda.

Paso un dedo entre mis cejas, con la mente saturada, ya que mis argumentos han terminado.

Además, ¿cómo puedo explicar mi situación actual a Romy y Lexi? ¡Ni siquiera saben que soy madre!

—¿No puedo decir nada sobre tus arreglos?

—No, *bella mia*. Tu única palabra respecto a nuestra boda será el "sí" frente al juez de paz.

—Te odio.

—No, no me odias, Constance. Y no me pongas a prueba. No pienses que olvidé que escondiste a mi hija de mí. Sé una esposa buena y obediente, y quizás no te castigue demasiado.



Capítulo 44

—Las veré pronto —le digo a Lexi y Romy por teléfono, después de revisar por la monitor de bebés que Elisabetta está dormida.

No quise hacer una videollamada. Estoy segura de que notarían mi tristeza incluso a través del teléfono.

Tampoco permito que Casimiro me vea, o descubrirá cuán infeliz estoy.

Romy se va a casar con Michele Parisi Trovato y me preguntó si asistiría.

No tienen la menor idea de que estoy en Sicilia y lo único que pude responderles fue: no estoy segura de si asistiré.

Me gustaría mucho ir a abrazarlas, aunque sé que no podría demorarme porque Ruggieri nunca permitiría que Elisabetta fuera conmigo.

Además, sería una molestia explicarles quién es mi hija a ambas.

Mi vida en Sicilia es un gran signo de interrogación hasta ahora, y cuanto menos sepan ellas, más protegidas estarán.

Ayer hubo una cena aquí en la que Ruggieri me presentó al resto de los primos Lattanzi Trovato. Solo no conocí a la matriarca, Ortensia.

Todos ellos (Stefano, Massimo, Luciano, Cesare y los gemelos Salvatore y Luigi) son hombres duros, del tipo de los que primero desvias el rostro cuando te miran, porque, al igual que Ruggieri, son intimidantes.

Pero eso no fue lo que más llamó mi atención. Crecí rodeada de villanos, todos de la Cosa Nostra. Lo que realmente me impactó fue lo mucho que Ruggieri se parece a ellos, hasta el punto de que podrían confundirse como hermanos.

Italo, en cambio, no se parecía en nada. Mientras Ruggieri tiene rasgos rígidos, mandíbula cuadrada y piel dorada, Italo tenía cara de niño, y aun de adulto seguía pareciendo un chico universitario en lugar de un hombre hecho y derecho.

Ruggieri y los primos que conocí tienen ese tipo de postura que te hace pensar: bueno, si el mundo se acaba, es hacia él a quien debo correr, porque seguramente sabrá cómo salvarnos.

Nunca había visto primos con tanta semejanza física y de actitud. Parece que todos salieron del mismo molde.

—¿Pronto cuándo? —pregunta Romy, devolviéndome a la conversación.

—Todavía no lo sé. Tal vez en la boda.

—¡Júramelo! —pide.

—No puedo jurar —digo.

—No la presiones, Romy. Estoy segura de que si Constance puede venir, lo hará.

La culpa me golpea de lleno. Son maravillosas y no las merezco. Pero aprendí desde pequeña que los asuntos de la Cosa Nostra no pueden hacerse públicos, y si hay algo tan cierto como el amanecer, es que ahora mi vida gira en torno a la mafia. Soy una pieza en este tablero.

Cuelgo el teléfono y observo alrededor del enorme cuarto.

El lujo me rodea por todos lados. Estoy atrapada en una jaula de oro.

Al día siguiente de llegar, un verdadero ejército ingresó a la propiedad de Ruggieri. No contrató solo estilistas para vestirme de pies a cabeza, sino también a quien se encargara de mi vestido de novia.

La boda será en esta casa y, hasta donde sé, además de nosotros, solo los Lattanzi Trovato estarán presentes.

Cuando le conté a Casimiro que me casaría, su preocupación se disparó y tuve que mentirle, asegurarle que estaba bien para calmarlo.

El remordimiento por inventarle una mentira no se comparó con la tranquilidad que sentí cuando me dijo que un nuevo inversionista había llegado a la ciudad y le ofreció una sociedad.

Me contó que era italiano, que prefería mantenerse en el anonimato, pero que abriría un pequeño hotel en La Alberca, algo que siempre había sido el sueño de Casimiro.

No creo en las coincidencias. Ese tal italiano solo puede ser alguien del entorno de Ruggieri. En el avión, durante mi viaje a Sicilia, Salvatore me escuchó hablar por teléfono en español con mi amigo porque me vigiló todo el tiempo. Hablamos sobre cuándo él podría, algún día, cumplir su sueño de tener un pequeño hotel, algo que siempre había planeado.

Y entonces, apenas unos días después, surge este inversionista secreto. Llámenme paranoica, pero apostaría mi vida a que Ruggieri tiene algo que ver.

Sé lo que está haciendo. Me muestra, sin necesidad de palabras, que la felicidad, el bienestar y el futuro de mi amigo dependen de mi comportamiento. Mientras haga lo que él quiere, Casimiro tendrá una vida larga.

¿Pero de qué puedo quejarme? En este caso, el fin justifica los medios. Lo importante es que él y Elisabetta estén seguros, protegidos, y que mi amigo sea feliz, porque el hotel es la realización de un sueño antiguo. Después de lo que hizo por mí, y dada mi situación actual, todo lo demás parece pequeño.



—¿Para eso la trajiste a Sicilia? ¿Para aislarla? —pregunta Luciano.

De todos los Lattanzi Trovato, él es el único que sabe que Constance es mi adicción, porque siguió de cerca nuestra corta historia antes de que yo entrara en coma y luego no descansó hasta buscarla para mí.

Los demás creen que me casaré con ella como una forma de castigarla por la muerte de Italo, pero nunca fue por eso. Desde el momento en que la vi en la cocina de Claudia, supe que era mía.

—Mejor así.

—¿Mejor para quién?

—Le estoy dando espacio para respirar.

Él ríe.

—¿Y desde cuándo es tu manera de actuar?

—Nunca he tenido que lidiar con mi futura esposa, que además es la madre de mi hija.

Ella le dijo a mi niñera que prefería cenar en la habitación que comparte con Elisabetta, y yo permitiré que disfrute ese tiempo sola antes de la boda. Por ahora no confío en mí mismo cerca de ella. La quiero, pero no puedo perdonarla por mantener a Elisabetta lejos de mí.

Ella habría hecho esto para siempre si no la hubiéramos encontrado.

—Vives un conflicto, porque quieres matarla pero también la deseas cerca.

—No puedo confiar en ella. ¿Cómo puedo creer en alguien que…?

De repente, uno de mis hombres abre la puerta. Luciano y yo nos ponemos de pie de inmediato, y en segundos tenemos nuestras armas listas, porque sabemos que solo entraría así si algo hubiera pasado.

—¿Constance? ¿Mi hija?

—Su prometida —dice, y corro hacia afuera—. Está gritando por teléfono con alguien.

—¿Dónde?

—En el jardín. Parece nerviosa y está llorando.

Guardo el arma en la funda y corro afuera. Al acercarme, veo que ella está completamente fuera de control.



Constance

—¿Cómo tienes el valor de llamarme después de todo lo que hiciste, Claudia? ¡No me amenaces! Pronto seré esposa de tu hijo y si no le conté a Ruggieri tu papel en la muerte de Italo, fue porque no tuve la oportunidad —miento.

¿No tuve oportunidad? Me he negado a salir de la habitación desde que llegué. Es una bendición que Elisabetta solo tome la teta, o habría tenido que ir a la cocina. Le doy de comer en la suite y no he hablado con Ruggieri desde entonces.

Hace unos días lo encontré en la habitación con nuestra hija. Es un cuarto anexo al mío, pero aunque tiene puerta separada, también se puede entrar desde afuera.

Me desperté esta madrugada y al ver por la monitor de bebés que Elisabetta no estaba en la cuna, entré en pánico. Me levanté de un salto, solo para encontrar al hombre que temo, odio y amo, con nuestra hija sobre su pecho, acostado en la cama destinada a la niñera, que empezará a trabajar después de la boda.

Sus ojos estaban cerrados, pero sostenía a Elisabetta de manera tan protectora que me sentí culpable por no haberle permitido conocerla antes, porque mi niña parecía en paz también, protegida por su padre.

Hoy estaba a punto de bañarme cuando sonó mi celular. Al ver quién llamaba, perdí el control.

A pesar de haber cambiado de teléfono varias veces durante mis fugas, siempre mantuve guardado el número de Claudia porque

planeaba, algún día, hacerle pagar por lo que me hizo.

Salí de la habitación con la monitor de bebés y fui al jardín, porque sabía que no sería una conversación agradable.

¡Qué descaro de esa mujer! Ni siquiera me saludó y comenzó a amenazarme con matarme si no desistía de la boda. Aparentemente, sabe que pronto seré esposa de Ruggieri, pero no que Elisabetta existe; de lo contrario, habría tenido más cuidado al hablar conmigo.

—No entrarás en la familia, te lo juro, Constance. Eres tan zorra como tu madre y…

Dejo de escuchar lo que dice mientras la frase se incrusta en mi cerebro.

¿Está insultando a mi madre? ¿Por qué? Si la carta que leí sobre mi padre siendo Giado Marchese Trovato fuera cierta, entendería su odio, pero no lo es, y ambas lo sabemos. ¿Qué pudo haber hecho mi madre para despertar tal furia?

—No hables así de mi madre.

—Hablo porque lo merece. Tenía dos serpientes bajo mi techo y…

—Dame el teléfono. —Escucho la voz de Ruggieri gruñir detrás mío.

Actúo automáticamente porque mi cerebro está saturado. Le entrego mi celular y corro hacia dentro de la casa.



Ruggieri

—No tienes mucho juicio, Claudia. No llames a Constance otra vez o, te lo juro, te arrepentirás.

—¡No sabes lo que estás haciendo al casarte con ella! ¡Es una serpiente, como su madre también lo fue!

—¿De qué diablos hablas? ¿No tienes vergüenza? ¿Ni siquiera tienes respeto por los muertos?

—Pregúntale a tu papá, que estaba enamorado de esa zorra. ¡Me engañó durante años, hasta que finalmente descubrí que desde que Abigail puso un pie en nuestra casa, siempre estuvo enamorado de ella!



Capítulo 45

—¡No calumnies a mi padre, maldita sea!

—No es calumnia. Pregúntale a él. Descubrí que tenía fotos secretas de Abigail meses antes de que muriera. Lo confronté y me contó todo. Siempre estuvo enamorado de ella y si nunca hizo nada al respecto, fue porque la empleada no le dio oportunidad.

—Entonces, ¿de qué manera puede haber sido una zorra, si estás admitiendo que nunca pasó nada entre ellos?

No estoy realmente interesado en la respuesta.

Tengo por principio no interrumpir al enemigo cuando está cometiendo un error, y Claudia está entrando en una trampa sin darse cuenta.

—Era joven y hermosa. Claro que jugaba con su deseo. Tu padre se obsesionó y si ella no cedió, fue porque entendió que nunca me dejaría para casarse con una empleadita. ¿No lo ves? Ella y Constance estaban actuando en dos frentes, intentando separar padre e hijo, destruir nuestra familia. ¡Él la amó hasta el final! ¿Por qué crees que tu padre vive aislado en el lago ahora?

Ya he tenido suficiente y mi cerebro está a kilómetros de distancia, mientras empieza a formarse una duda.

—Que hables de engaños es casi un chiste, Claudia. Sé de quién soy hijo.

Escucho su respiración entrecortada. No esperaba este golpe mío.

—Puedo explicarlo.

—No te molestes. No hay explicación para que dos familias hayan sido engañadas. No vuelvas a llamar a mi prometida. Constance y yo tenemos una hija. Llevas demasiado tiempo en esto para saber lo que significa: ella será mi mujer hasta el día de mi muerte. Si la molestas de nuevo, te dejaré sin protección; te tocará lidiar con Ortensia por tu cuenta. ¿Qué crees que te hará cuando sepa que te acostaste con su marido? No puedo matarte, madre, pero puedo abrir el camino para que otros lo hagan.



Constance

Me sobresalto al entrar en la habitación y ver a Luciano con mi hija en brazos. Camina de un lado a otro con Elisabetta en brazos, intentando calmarla.

Escuché su llanto por la monitor de bebés que traía conmigo cuando entré en la casa y corrí a ver a mi niña, aunque mi cuerpo todavía tiembla de rabia por la discusión con Claudia.

—Puedo quedarme con ella, gracias —digo, extendiendo los brazos hacia el primo de Ruggieri.

Hoy es solo la tercera vez que lo veo: primero en el apartamento en Nueva York, con Carlorino, y luego en la cena de hoy.

Me entrega a Elisabetta con mucho cuidado. Intento fingir que no está aquí, pero es casi imposible porque sé que está atento a cada movimiento mío, como si aún no hubiera decidido si me quiere en la familia.

—Él te buscó durante todo el tiempo que estuvo en coma.

Me dirijo hacia la mecedora, esforzándome al máximo por ignorar completamente que no estoy sola.

—¿Qué dijiste? ¿Ruggieri en coma?

—¿No lo sabías?

—No.

¡Dios mío!

—Después de que te alejó de su vida, se arrepintió y empezó a buscarte. Poco después sufrió un atentado. Fui yo quien evitó que nuestros enemigos lo mataran. Antes de entrar en coma, me hizo dar mi palabra de que te buscaríamos y te traeríamos a Sicilia. Lo primero que hizo al despertar de un año en coma fue preguntar dónde estabas.

Miro a mi hija y pienso en la magnitud de lo que me está contando. Su padre podría nunca haberla conocido. Todo el tiempo que estuve lejos, odiándolo, creí que él vivía su vida, disfrutando en camas de otras mujeres, mientras yo luchaba por cada día de mi supervivencia, llevando a su hija en mi vientre.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Mi primo no es perfecto, Constance. Ninguno de nosotros lo es, pero tú eres la mujer que él eligió para ser su reina. Analiza lo que sabes de Ruggieri y dime qué razón tendría para decidir casarse contigo, incluso antes de descubrir que tenían una hija.

—Para castigarme por la muerte de Italo —digo, aunque hasta para mí la excusa suena demasiado débil.

—No. Amaba a su hermano, como nosotros también lo hacíamos. Pero Ruggieri sabía quién era Italo. Si no hubiera muerto a manos de los chinos, habría sido a manos de otra mafia. Cuando se encontraron en Nueva York, su cabeza estaba hecha un desastre. Creía que habías traicionado a su hermano con otro hombre. Te quería de todos modos, y poniéndome en su lugar, no puedo ni imaginar el conflicto que estaba viviendo.

—¿Conflicto?

—¿Sabes cómo murió Italo?

—Claudia se encargó de describírmelo el último día que nos vimos.

—Entró en territorio chino drogado. Lo mataron por venganza hacia Ruggieri. Mi primo se culpa hasta hoy, pero no te culpa a ti. Tal vez al principio, cuando pensó que traicionaste a Italo, pero ya no.

No entiendo una mier… —Hace una pausa y mira a Elisabetta—. No entiendo nada de amor, Constance, y no tengo idea de lo que sienten el uno por el otro, pero nunca he visto a un hombre tan loco por una mujer.

—Él no confía en mí.

—Yo tampoco lo haría. Ocultaste a su hija.

—Tenía miedo de que él se la llevara. Además, estaba dolida. Aún lo estoy.

—Eso es problema de ustedes dos y solo juntos podrán resolverlo, pero te garantizo que no todo es lo que parece. Puedo ver en tu rostro que tienes sentimientos por él. En algún momento tendrás que elegir entre el pasado y el futuro.



Ruggieri

—Nunca toqué un cabello suyo —dice mi padre en una reunión por videollamada, con todos mis primos presentes.

No le gusta hablar por video, pero necesitaba mirarlo a los ojos y no saldría de Sicilia en la víspera de mi boda.

—Júralo por mi vida.

—Tienes mi palabra, hijo. Jamás toqué a Abigail, aunque me enamoré de ella a primera vista. No me dio oportunidad —continúa, sin vergüenza alguna de admitir que si lo hubiera hecho, habría traicionado a mi madre con la empleada dentro de la casa—. *Si Abigail al menos me hubiera mirado de otra manera, habría dejado a Claudia por ella, pero nunca pasó.*

Mis primos no dicen nada. Ni siquiera sabía que vendrían a mi casa hasta que Luciano entró nuevamente a la biblioteca, donde fui después de la llamada con Claudia.

Cuando les conté de lo que sospechaba, Stefano me pidió que llamara a mi padre frente a ellos. Sé lo que significa: Constance ahora es de la familia, y si Claudia hizo lo que creo que es verdad, será castigada.

—Continúa.

—Me obsesioné con ella. La fotografié. Son las imágenes a las que tu madre se refirió. Pero nunca siquiera besé a Abigail.

—¿Por qué te aislaste en la cabaña del lago tan pronto como ella se enfermó, papá?

Él mira hacia Stefano, y sé, incluso antes de la confirmación, lo que va a decir.

—No quería verla sufrir, pero ahora creo que tu madre tuvo algo que ver con la muerte de Abigail y que nuestro médico fue su cómplice.

Y él relata cómo, tras mostrarle las fotos de Abigail que encontró, Claudia se volvió agresiva, y no pasó ni una semana antes de que Abigail comenzara a mostrar síntomas de la enfermedad. Llamaron al médico y, en lugar de ayudarla, su situación empeoró rápidamente. Solo ató cabos más tarde.

—Crees que Claudia la envenenó...

Si le sorprende que llame a mi madre por su nombre, no lo demuestra.

Mi papá asiente con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —pregunta Stefano.

—Porque no quería que mis hijos odiaran a la madre. Ni siquiera sabía si era verdad.

Veo que Luigi se levanta con el teléfono en la mano. No necesito preguntar a quién llama. Estoy seguro de que es al médico de la familia. Le sacaremos la verdad y, si se confirma lo que hicieron, será el primero en morir.

Después de terminar la llamada, camino hasta la ventana.

—Sabes lo que tendré que hacer si se confirma —me dice Stefano, colocándose a mi lado.

Asiento, mientras me pregunto si Claudia sabe que la cuenta regresiva para el fin de su vida ha comenzado.



Constance

—¿Tienes por costumbre andar a oscuras? —Oigo su voz detrás mío.

Es casi como una repetición de lo que ocurrió en la cocina de sus padres hace unos años.

Excepto que, a pesar del miedo que siento por tenerlo aún cerca, hay otros ingredientes en juego: rencor, pero también mucho amor de mi parte.

Debería irme.

No puedo verlo, pero solo su sombra hace que mi mente no funcione bien. En este instante, soy más instinto que razón.

Sé que está cerca ahora. Siento su aroma. En la oscuridad, el pasado no pesa tanto. Somos el presente, y no quiero pensar en el futuro.

—Esta vez no estás apuntando un arma a mi cabeza —lo desafío, y en segundos me tiene atrapada entre su cuerpo y la encimera.

—Esta vez no perteneces a nadie más que a mí.



Capítulo 46

Empújalo, me pide el cerebro.

Solo por hoy, mi corazón y mi cuerpo lo suplican.

—Me voy a casar contigo mañana, así que pertenecerte solo por esta noche no parece gran cosa, aunque después de decir el "sí" frente al juez, no significa que serás bienvenido en mi cama.

—No dormirás en otra habitación después de casarnos.

—Dormiré a tu lado y no permitiré que me toques, pero hoy…

—¿Hoy…?

—En la oscuridad podemos fingir que somos extraños y…

No completo la frase. Un momento después, siento mi cuerpo pegado al suyo; al siguiente, estoy recostada sobre la encimera de la cocina. Imagino que es la encimera porque siento el mármol frío contra mi espalda.

—Dormirás en mi cama y cada noche, esa vulvita ardiente recibirá mi verga, Constance. Me lo vas a suplicar.

—Nunca.

—Eres mía, Constance. Los dos lo sabemos. —Su voz poderosa resuena cerca de mi oído y mi corazón se dispara aún más.

Si no supiera que estoy sana, diría que este hombre me hace daño al sistema coronario.

No hay una sola vez que Ruggieri esté cerca mío sin que sienta palpitaciones.

Quiero acallar su arrogancia, pero mucho más que eso, quiero sus manos sobre mí.

Es solo sexo, me juro a mí misma. *Mañana volveré a ser la mujer sensata de siempre.*

—No hables, o pelearemos —advierto.

—Y no quieres pelear. Necesitas gozar porque tu cuerpo está en llamas.

Sujeta mi cintura desnuda. Mi pijama y mi ropa interior se deshacen en sus manos; con un solo tirón, los destruye.

El calor de su toque me convierte en incendio, en contraste con la frialdad del mármol.

—Di que eres mía —murmura, con sus labios tan cerca de los míos que siento su respiración quemándome.

—Solo por hoy, soy tuya.

—Para siempre, eres mía.

Sus dedos recorren mi piel y siento el peso de su cuerpo inclinado sobre el mío, lo que me hace desear estar en el suelo para poder tenerlo por completo.

La oscuridad cumple su papel, permitiéndome jugar en un mundo de fantasía donde no hay pasado, rencor ni ira. Solo existe el deseo.



Ruggieri

Con ella aprendí a controlar el deseo, el hambre, la necesidad. Para un hombre que nunca tuvo que esperar nada en la vida, que siempre tuvo mujeres saltando a su cama más rápido de lo que podía contar, los días sin tocar a Constance desde que llegó a Sicilia,

manteniéndome lejos de la única que deseo, de mi futura esposa y también mi obsesión, fueron una tortura.

Recorro todo su cuerpo con mi boca y mis manos. Mapeo cada parte de ella, porque he soñado con este momento desde que salió de mi casa en Brooklyn.

Lamo sus pezones y disfruto cómo enreda los dedos en mi cabello, hambrienta y desesperada.

Mis manos aprietan su trasero, mis dedos y uñas están enterrados en su carne para recordarle que, al igual que conmigo, solo se sentirá completa cuando yo la toque. Ningún otro hombre tendrá ese privilegio porque Constance nació para ser mía.

La certeza me golpea en el pecho. Somos del otro, aunque no lo aceptemos de buena gana. Nos pertenecemos.

La vida dio vueltas y más vueltas solo para que, al final, termináramos en el mismo lugar. Juntos, unidos para siempre.

—Nunca me he arrepentido de nada —digo, suspendido sobre ella, con mi mano sobre su vulva, pero sin masturbarla. Mi cuerpo está como piedra, rígido por el deseo a duras penas controlado—. Pero lamenté haberte dejado ir en el momento en que me diste la espalda, porque ya entonces sabía que serías mi mujer para el resto de mis días.

—Nunca te perdonaré.

Beso su abdomen.

—No te pedí perdón… *todavía*.

La atraigo hacia el borde de la encimera y suelta un jadeo alto, arquea el cuerpo, abriendo automáticamente las piernas.

—Te encanta que seamos el infierno del otro.

—Nunca volveré a repetir esto. Si lo hago, es porque puedo fingir ser alguien diferente hoy.

—¿Repetir qué, Constance?

—No solo me gusta que seamos el infierno del otro, me gusta todo de ti. Sé que eres el villano en la historia de la vida, y que debería alejarme, pero si no fueras aquel a quien odio, sería contigo con quien elegiría, espontáneamente, vivir mi "para siempre".

—Vas a pasar el resto de tu vida conmigo.

Hundo mi rostro en su húmeda vulva y ella gime debajo mío. Sus piernas están inquietas, temblorosas.

—Quiero verte.

—Si enciendes la luz, voy a huir. No puedo hacerlo mirándote, me odiaría después.

—A oscuras o con luz, sigo siendo yo, Constance. Siempre seré yo.

—Partiste mi corazón, Ruggieri. Me fui enamorada de mi primer hombre, de aquel que sabía que sería mi único compañero, sin importar si viviera una vida plena y me casara con otro. ¿Lo entiendes? Siempre serías mi único hombre. En este momento, lucho entre el orgullo y la nostalgia.

Su voz suena herida, como un corte dentro mío.

No esperaba esa confesión y, más aún, no contaba con lo que provocaría dentro mío.

No soy empático. No sé ponerme en el lugar del otro, de lo contrario no mataría con la misma facilidad con la que me cepillo los dientes. La mayor parte del tiempo, estoy ajeno a los sentimientos. Los desconozco. Los reniego.

Sin embargo, quiero curarla. Hacer que pase el dolor que le causé, pero entiendo que no será con un polvo, sometiéndola a mi deseo. Constance no es otra mujer en mi vida.

Ella es *la* mujer de mi vida.

—No tengo prisa por obtener tu perdón. No voy a ningún lado.

—¿Estás admitiendo que necesitas mi perdón?

—Sí. Pero no lo pediré todavía. No mientras no esté seguro de que estás lista para darlo. Mientras tanto, me contentaré con hacerte gritar mi nombre, gozando para mí.

Nunca me sentí protector con alguien, y ahora la protejo de mí mismo.

Bajo de nuevo el rostro y separo sus labios vaginales. Es suficiente para que gima mi nombre en voz alta.

Lamo su delicada carne y ella gira las caderas, moviéndose en círculos.

Inserto un dedo suavemente en su canal y chupo su clítoris con fuerza. Sus manos sujetan mi cabeza, y cuando traigo sus piernas a

mis hombros, levanta el culo, entregándose a mi boca.

Me pierdo en la suavidad de su vulva, devorándola.

Me ahogo en la miel que se desliza de su sexo, sintiendo mi verga presionar contra mi boxer, derramando liquido preseminal.

Ella gime, diciendo mi nombre mientras atrapo su clítoris entre mis labios.

La penetro con un dedo, suave, porque está demasiado apretada.

Sus gemidos tienen poder sobre mí. Su placer se vuelve el mío.

Cuando rozo mis dientes en su punto de placer, grita, entregándome un orgasmo.

Agarro sus nalgas y, enterrando mi cara entre sus piernas, se la chupo toda.

Constance tiembla, con las piernas convulsionando. No dejo de chuparla, frotando su clítoris con el pulgar, metiendo un dedo en su vaginita, mordisqueando los labios de su vulva.

Percibo que está desesperada, y eso es exactamente lo que quiero.

Mi sangre caliente ordena que la gire sobre la encimera, agarre su cabello y le meta mi verga hasta el fondo.

La bajo, haciendo que su pequeño cuerpo se incline sobre el frío mármol.

Saco mi verga del boxer y, con una mano, separo sus nalgas. Me froto contra su vulva y Constance se inclina hacia atrás, arqueando, intentando obtener lo que quiere.

Tan cerca, maldita sea. Estoy en la entrada de mi paraíso. La punta hinchada de mi verga roza su abertura, deslizándose hacia su excitación.

Aparto su cabello, el deseo por ella hace que todo mi cuerpo duela.

—No voy a seducirte porque si lo hago, te odiarás mañana, como dijiste. Muero por enterrarme en ti tan profundamente que ninguno de los dos sabrá dónde termina uno y empieza el otro, pero cuando suceda, será por tu voluntad, *principessa*.

Nunca tomé una decisión tan difícil en mi vida, pero vuelvo a guardar mi verga en mi ropa interior y la giro hacia mí.

La beso en la boca y durante unos segundos, ella resiste. Constance probablemente está confundida y enojada, con el deseo tan insatisfecho como el mío. Pronto, sus brazos rodean mi cuello cuando se pone de puntillas.

No es la rendición que quiero, pero es una rendición al fin y al cabo, y aceptaré lo que venga de ella en este momento.

La llevo a la habitación que comparte con nuestra hija y, durante todo el trayecto, la beso. La recuesto en la cama y la beso por última vez antes de apartarme.

—¿Por qué te detuviste? —me pregunta ella.

—Porque quiero más de una noche. Cuando decidas venir conmigo, será definitivo.



Capítulo 47

El día de la boda de Ruggieri y Constance

Me miro por última vez en el espejo antes de enviar un mensaje a la niñera, que llegó esta mañana y está con mi Elisabetta.

Quiero bajar para ir al encuentro de mi futuro marido con mi hija en brazos. Ella es mi refugio seguro en medio de la tormenta en la que me encuentro.

La maquilladora hizo un buen trabajo cubriendo mis ojeras, porque no dormí en toda la noche.

Mi mente es un caos. Hay una lucha interna entre el deseo que siento por él y mi orgullo.

Dijo que aún no me ha pedido perdón, lo que significa que está comprometido con ello, y sé que para un hombre como Ruggieri, admitir que se equivocó es un paso enorme.

Pero, ¿y todo el tiempo que tuve que huir, asustada, temiendo que me arrebatara a nuestra hija? ¿Y la humillación de ser echada, descartada como una prenda usada que ya no sirve?

Sin embargo, pronto recuerdo lo que Luciano me dijo:

"Después de que te echó de su vida, se arrepintió y comenzó a buscarte. Poco después, sufrió un atentado. Fui yo quien evitó que nuestros enemigos lo mataran. Antes de entrar en coma, me hizo

prometer que te buscaríamos y te traeríamos a Sicilia. Lo primero que hizo al despertar de casi un año en coma fue preguntar dónde estabas.

Mi primo no es perfecto, Constance. Ninguno de ellos lo es, pero tú eres la mujer que él eligió como su reina. Analiza lo que sabes sobre Ruggieri y dime qué razón tendría para decidir casarse contigo, incluso antes de saber que tenían una hija".

Porque él también tiene sentimientos por mí.

¿Es tan difícil para él admitirlo?

¿Y no fue precisamente eso lo que hizo esta madrugada, cuando me dijo que nunca se había arrepentido de nada en la vida, pero lamentaba haberme echado cuando le di la espalda?

Me buscó durante más de un año; eso debe significar algo.

Un ruido del otro lado de la puerta me saca de mis pensamientos caóticos.

No esperaba ninguna visita de familiares de Ruggieri mientras me preparaba para la boda, así que me sorprende que la puerta se abra tras dos golpes y aparezca una mujer en silla de ruedas. No necesito que me diga su nombre para estar segura de que se trata de Ortensia, la matriarca Lattanzi Trovato.

Por un momento, nos miramos fijamente.

Ortensia me observa de pies a cabeza sin disimulo, y yo tampoco aparto los ojos de los suyos.

—Considero a Ruggieri como un hijo —comienza, sin siquiera saludarme—. Y estaba preocupada de que cometiera un error, pero mi sobrino tomó la decisión correcta, ahora lo veo. Me gusta que no bajes la cabeza ante nadie, muchacha.

El comentario no es afectuoso, pero creo en cada palabra de lo que dice. Sorprendentemente, me doy cuenta de que me agrada Ortensia en ese tipo de afecto inmediato.

—¿Su intención al venir aquí era asustarme?

—No, pero algunos hombres temblarían por ser objeto de mi escrutinio. Tienes más valor que muchos con quienes he convivido. Bienvenida a la familia, Constance.

Ella abre los brazos hacia mí y, a pesar de la inseguridad, voy hacia donde está. Me inclino y su mano llega a mi rostro.

—¿Tienes idea de dónde te estás metiendo?

—Él me obligó a casarme.

Ella sonríe.

—Lo amas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mujeres fuertes como nosotras somos irresistiblemente atraídas por hombres como Ruggieri y mis hijos.

—No sé si puedo hacer esto. Aparte de estar aún muy herida por él, no hemos hablado de nuestros términos todavía.

—¿Términos?

Siento cómo se me enciende el rostro.

—Discúlpeme de antemano. No quiero ofenderla, pero sé cómo funcionan las cosas dentro de un matrimonio mafioso. Fui novia de su hermano y descubrí que me engañó todo el tiempo que él vivió en Europa. No nací para aceptar a un marido que comparte su cuerpo conmigo y con sus amantes.

—Entonces, establece límites.

—¿Qué?

—Su naturaleza es mandar en su propio mundo, Constance, y considerando quiénes son, es necesario que sea así. Establece límites. Desde la puerta de la casa hacia adentro, actúa como una reina. No permitas que Ruggieri te pisotee.

—¿Eso hizo usted con su marido?

Sé que es viuda y que terminó en una silla de ruedas porque ella y su marido sufrieron un atentado. Salvatore me contó sobre eso en el vuelo desde Estados Unidos a Sicilia, creo que como advertencia para no tocar ese tema al conocer a su madre. Por eso, me sorprende que sea ella quien relate el episodio que terminó con la muerte de su marido.

—No en los primeros años. Era demasiado joven e insegura. Lo amaba locamente y hacía cualquier cosa para mantenerlo a mi lado.

—¿Y él la amaba también?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué…?

—¿Él me engañaba?

Asiento, confirmando.

—Porque nunca fue fiel hasta conocerme. El sexo para ellos es una forma de liberar energía y rabia. No tiene nada que ver con el sentimiento.

—¿Y cuándo pararon las traiciones?

Ella se encoge de hombros.

—Al principio, no lo pensaba. Si me engañaba o no, nunca pasó por mi cabeza. Hasta que percibí el perfume de otra mujer en él. Corrí al cuarto y vomité toda la noche. Me enfermé físicamente y no podía mirarlo ni hablarle. Dialogamos y le dije que nunca volvería a tocarme si me engañaba otra vez.

—¿Aceptó?

—Sí.

—¿Tan fácilmente?

—No estaba enamorado de ninguna amante que tuvo. Lo hacía porque estaban a su alcance y así había actuado toda su vida. Lo cierto es que desde entonces, vivió solo para mí.

—¿Cómo sabe que no mentía?

Ella me regala otra sonrisa.

—Hombres como ellos no mienten, Constance. La verdad, por brutal que sea, siempre se dice.

—Entonces, ¿puedo creer en una promesa de Ruggieri?

—Estoy segura de que sí. Establece tus límites, como yo debí hacerlo desde el principio.

Concluyo rápidamente que esta mujer tiene más dignidad en la punta de una uña que Claudia en todo su cuerpo.

No intenta embellecer la vida de esposa de un mafioso, pero me dice que puedo imponerme.

—Gracias. Me siento tan perdida…

—Sé que tu madre falleció cuando eras muy joven. Serás bienvenida a verme como un reemplazo. ¿Bajarás sola o con uno de mis hijos?

—Iré a encontrarlo cargando a Elisabetta.

—Por cierto, la *bambina* es hermosa.

—Gracias.

—Tienes razón en sentir miedo, Constance. Solo una imprudente no lo tendría, pero necesitas entender que están irremediablemente

ligados el uno al otro.

—Pensé que me había aconsejado imponer límites. Eso no significa que, si Ruggieri no los respeta, pueda irme.

—Ah, mi dulce niña, no era eso a lo que me refería. Si no acepta, puedes impedirle tocarte, pero irte… Ya no eres libre, Constance. Tu vida y la de Elisabetta pertenecen a la Cosa Nostra.

Unos cinco minutos después, aún impactada por sus palabras, bajo las escaleras con mi hija en brazos para encontrar a mi futuro marido.

Toda la familia más cercana lo espera, y, por supuesto, el hombre a quien amo y odio al mismo tiempo también.

Siete hombres intimidantes. Los hermanos Lattanzi Trovato y el padre de mi niña.

Luciano se adelanta para tomar al bebé cuando me acerco al altar improvisado en el centro de la sala.

Antes de que se aparte, Ruggieri besa la cabecita de la niña y luego sujeta mi rostro, mirándome durante tanto tiempo que me siento hipnotizada.

—Di que eres mía.

—Quiero negociar.

—¿Ahora?

Asiento con la cabeza.

—No sé si puedo perdonarte por lo que me hiciste, pero sé fiel a mí y no me cerraré a ti. Seré tu mujer en todos los sentidos. La reina que deseas. Abrazaré ese papel y seré tu esposa y la madre de nuestros hijos. Te propongo un "para siempre", pero quiero recuperar tu fidelidad.



Capítulo 48

Sostengo su rostro, vagamente consciente de que mi familia nos observa.

Constance acaba de dar el primer paso y, antes de cualquier otra cosa, soy abogado; estaría muerto el día en que perdiera la oportunidad de cerrar un buen trato que, al final, me dará la victoria.

—¿Qué es exactamente lo que me estás proponiendo?

—No te daré mi corazón. No confiaré en ti porque eso es algo que tendrás que ganarte. Y no estoy diciendo que te perdono por haberme echado de tu vida.

—Tus términos no me parecen buenos.

—Te prometo ser tuya y cumplir con mi parte para que este matrimonio funcione. Te juro mi fidelidad y te daré la bienvenida a mi cama, con acceso a mi cuerpo cada noche. Te digo que no ocultaré que cada gota de mi sangre hierve solo por compartir el mismo aire contigo. Seré tuya en todos los sentidos, pero tú también serás mío. Aún es un matrimonio de conveniencia, pero te propongo encontrarnos a mitad de camino, cada uno cumpliendo su parte.

—¿A cambio de mi fidelidad?

¿Acaso no se da cuenta de que no quiero a otra? ¿Constance no tiene idea del poder que ejerce sobre mi cuerpo y mi virilidad?

—Sí. Si me engañas, hazlo bien y espero que lo disfrutes, porque tendrás que conformarte con tus otras mujeres por el resto de tu vida.

La atraigo hacia un beso en los labios.

No es un beso que creo que ella querría dar en público, pero es uno que la marcará como mía para cualquiera que respire en este maldito planeta.

—No tengo mujeres. Tengo una mujer. ¿Estás lista para mí, *principessa*?



Constance

La intensidad de este hombre me consume. Su pregunta hace que mi pulso se acelere porque estoy segura de que estoy sellando un pacto con el demonio.

Pero hay un hecho: estoy loca por este demonio en particular.

Tanto como soy suya, reclamo a Ruggieri. Él es mío.

No le entregaré mi corazón, aunque ya le pertenezca. Intentaré mantener esto como lo que es: un acuerdo de conveniencia. Y aun pensando así, sabiendo que aceptar un trato de por vida con Ruggieri es como lanzarse de un precipicio a oscuras, no puedo evitar confesar:

—Creo que siempre estuve lista para ti.

—Nunca podrás retractarte de esas palabras.

—No me hagas querer hacerlo. Demuéstrame que soy tuya honrándome como tu reina.

—Eres mi reina. La única.

Me besa otra vez y, desde ese momento, todo lo que ocurre se vuelve una ráfaga.

Recuerdo al juez de paz casándonos y firmando el libro de registros.

Recuerdo cuando Ruggieri me besó en la frente, luego trajo a nuestra hija para que nos tomáramos una foto juntos, a petición de Ortensia, y también las felicitaciones que recibí de toda la familia.

Incluso recuerdo algunas palabras intercambiadas por teléfono con Casimiro, quien quería felicitarme y a quien le aseguré que estaba bien y feliz.

Bese a Elisabetta y la amamanté bajo la atenta mirada de su padre.

Cené con su familia y tomé un sorbo de champán. Comí un pedazo de nuestro pastel de bodas y sonreí cuando la matriarca Lattanzi Trovato me deseó felicidad.

Pero hice todo eso sin respirar casi, porque mi corazón y mi cuerpo estaban en constante expectativa por lo que ocurriría en el dormitorio, cuando, para cumplir lo prometido y dejar caer mis barreras, me entregaría de nuevo a mi villano, mi marido, mi amor.

Ruggieri se despide de la familia y, sin aviso, me toma en brazos y comienza a subir las escaleras conmigo.

Supongo que nos dirigimos a su suite.

—También nos casaremos en la iglesia cuando todo esto pase.

El "esto", creo, es la guerra con los chinos. El día que conocí a sus primos, cuyo jefe familiar es un Don de la Cosa Nostra, comentaron algo sobre la represalia que preparan contra los enemigos por el atentado que hicieron contra Ruggieri.

—Bien.

—Estás muy mansa.

—No me provoques.

—¿Por qué no? Quiero tus garras en mí, *bella mia.*

—Necesito ir a mi cuarto.

—Ya no tienes un cuarto. Eres mi esposa.

—No seas un hombre de las cavernas. Solo quiero ponerme una lencería bonita. Estaba enojada contigo. Tengo puesta una vieja —admito, sintiendo cómo me sube la sangre a las mejillas.

—Estabas enojada conmigo, pero planeando la noche de bodas, ¿de lo contrario cómo sabría que tu lencería era vieja?

—¡Eres insoportable!

—Te conozco, esposa. Tu mente no siempre querrá que esté cerca, pero de tu cuerpo tengo total dominio.

—Déjame arreglarme para ti, como debe hacerlo una novia el día de su boda.

—¿Será una esposa que vivirá para complacerme? —me provoca, dejándome en el suelo.

—Te gusta volverme loca.

Me regala la primera sonrisa de rostro completo desde que lo conozco. Ruggieri puede ser aún más hermoso cuando sonríe, y guardaré este momento para siempre, porque sé que las sonrisas no abundan en su vida.

Él levanta mi mentón con la punta de su dedo índice.

—No necesitas ir al cuarto que compartías con mi Elisabetta. Tus cosas ya están en nuestra suite. No tardes. Te doy diez minutos.

Él comienza a alejarse.

—Ni siquiera habíamos hecho el pacto todavía.

—¿De verdad crees que te dejaría sola en nuestra primera noche de casados?

No respondo porque empiezo a creer seriamente que hay algo muy mal conmigo. ¿Cómo es posible que pueda estar tan loca por este ogro? Y no es solo que Ruggieri sea, en el noventa y nueve por ciento del tiempo, un bruto, un hombre de las cavernas. Es su dominio lo que me excita, incluso sabiendo lo peligroso y malo que es.

Entro al dormitorio, típicamente masculino, como el de su casa en Manhattan, y corro al clóset. Todas mis prendas del nuevo ajuar están colgadas, los zapatos en su lugar.

Elegí para la boda un vestido blanco simple, a la altura de las rodillas, y el diseñador sugirió una tiara de diamantes con un velo corto.

El conjunto es hermoso. No sería lo que usaría en una boda tradicional, pero ahora estoy más que dispuesta a cambiar el escenario, eligiendo una lencería que deje al siciliano boquiabierto.

Ruggieri me envió esta mañana unos pendientes, un collar y una pulsera de diamantes.

Ya me había dado varias joyas junto con el ajuar, pero fueron elegidas por el diseñador.

Las que decidí usar hoy son especiales porque venían con una nota que decía que pertenecieron a su abuela paterna.

Las usé durante la ceremonia, pero decido quitármelas ahora, dejándome solo el anillo de compromiso y el solitario de diamantes que puso en mi dedo.

Quiero ser yo misma cuando él entre y, cinco minutos después, con el cabello suelto, vestida con un conjunto de lencería color champán con liguero y unos *Louboutin* negros, tomo un lápiz labial y me siento en el tocador, sabiendo que en cualquier momento llegará.

Finjo aplicarme el labial; la mano en el cabello y la pose sexy no son más que una farsa. Quiero que crea que estoy segura de mí misma, pero en realidad temo no poder mantenerme de pie.

Mis piernas tiemblan. Mi pecho palpita.

¿Y la mayor locura de todas? Me encanta todo lo que me hace sentir.

La puerta se abre y Ruggieri no dice ni una palabra. Me devora con la mirada mientras se acerca al tocador, con la corbata que se quitó enrollada en una mano.

—¿Intentas volverme loco, Constance?

—No tengo la menor idea de lo que estás diciendo.


Gahtilustra



Capítulo 49

Me obligo a mantener medio metro de distancia de ella. No voy a apresurar nada. Cuando la hice mi mujer, en Nueva York, sabía que era obsesión lo que sentía por ella; lo que no tenía idea era de lo preciosa que era Constance.

Me desnudo y la mano que sostenía distraídamente el lápiz labial cae sobre la mesa del tocador y el maquillaje rueda al suelo.

Lanzo mi blazer muy cerca del lápiz labial y, con cada botón de la camisa que desabrocho, sus ojos se agrandan todavía más, sus pupilas se dilatan, su deseo es evidente.

El conjunto de lencería es pura provocación y se ajusta a su cuerpo como si hubiera sido cosido sobre él.

Mi calentura estalla como una tormenta incontrolable.

Estoy completamente desnudo ahora y estiro la mano para bajar la tira de su sostén.

—Eres la mujer más hermosa que ha existido, Constance Marchese Trovato.

—Dalary. No olvides el nombre de mi madre.

Un velo de remordimiento me atraviesa.

Abigail merece ser recordada y honrada. Sobre todo si lo que sospechamos es cierto.

—Constance Dalary Marchese Trovato.

Me detengo entre sus piernas y me tomo mi tiempo quitándole pieza por pieza la lencería. Beso su cuello, le mordisqueo la oreja, saboreo su piel mientras se desnuda.

Los gemidos de deseo que me entrega, la manera en que las uñas se clavan en mis brazos, son un desafío a mi autocontrol.

Su respiración suena forzada, como si fuera difícil tomar aire. Nuestros ojos se mantienen fijos el uno en el otro y me acerco, hambriento. Dentro de mí hay una necesidad primitiva de poseerla.

—Sabías exactamente lo que hacías al esperarme así.

Beso su clavícula, su cuello, saboreando esa piel de seda.

La quiero entera. Cada pedazo, cada suspiro y cada gemido serán míos.

No lleva nada más que los zapatos de tacón y amenaza con bajar de la mesa del tocador, pero no la dejo.

—Quédate. —Le quito los tacones y beso cada pie—. Pon los pies sobre el tocador, con las piernas bien abiertas para mí.

Ella me mira con las mejillas rojas, pero es naturalmente provocativa, así que aunque sé que es tímida, me obedece.

Me sale un rugido al ver su vulva, con el vello rubio brillando por el deseo.

Uno junto a otro, beso sus labios vaginales y toco su clítoris con el pulgar. Ella tiembla.

Me enloquece la forma en que reacciona a una caricia.

Me inclino y, separando sus labios húmedos, chupo el duro clítoris.

Al contacto de mi lengua con ese haz de nervios, ella grita mi nombre.

Sustituyo la boca por el pulgar en su punto de placer y meto la lengua a fondo en su canal. La penetro con la lengua, con su vulva mojada, y Constance me suplica.

Aprieto el clítoris entre mis dientes y, descontrolada, exige más, abriendo aún más las piernas sin que yo lo ordene.

Lamo su sexo con trazos largos y su primer orgasmo casi la tumba de la mesa del tocador, pero apenas he empezado.

La llevo conmigo hasta la cama.

—Alza las manos.

—¿Por qué?

—Sin preguntas.

Percibo que quiere protestar, pero Constance también está muriéndose de deseo, así que juega conmigo y hace lo que le ordené.

Tomo mi corbata y le ato las manos, anudando el extremo a la cabecera de la cama.

—Quiero tocarte. He soñado esto por más de un año.

—Por Dios, mujer.

¡Es tan perfecta, maldición!

Constance está totalmente sumergida en el deseo hasta el punto de no importarle ceder, de mostrarme su hambre.

Me arrodillo en la cama, abro sus muslos para mí, la froto con la lengua y ella ondula con cada caricia, gimoteando, pero no paro hasta hacerla acabar otra vez.

—No voy a usar preservativo. Tenemos un acuerdo. Sexo. Perdón. Fidelidad. Pasión. Bebés. Familia. Para siempre. No me importa el orden, pero lo quiero todo.

—Eres un bruto.

—Soy tuyo.

—Mi monstruo. Mi villano.

Me reclino sin tocarla. Solo lo justo para lamer sus pezones.

Cada estremecimiento suyo en respuesta a una caricia aumenta mi locura por ella.

Cuando sus gemidos se sincronizan con el movimiento de mis caderas, mostrándome cuánto ansía ser poseída, decido que la próxima vez que acabe, será conmigo enterrado en su vagina.

—No quiero hacerte daño. Estoy loco por ti, así que muérdeme si soy demasiado cruel.

—Nunca te pediré que te detengas.

—No tienes noción del peligro, Constance.

—Me gusta el peligro, si viene de ti.

Me inclino despacio, sin soltar el peso, y cuando la siento piel contra piel, juro que puedo oír los latidos de su corazón.

Respira con fuerza y las tetas se elevan cada vez, rozándome.

Chupo sus pezones, los mamo como si fueran mi alimento favorito; la punta de mi verga solo roza su entrada, lo suficiente para apartarle los labios vaginales y hacerla abrirse.

Empujo ligeramente dentro, pero no demasiado, y ella, ansiosa, levanta las caderas pidiendo más, con el cuerpo suplicando placer.

La beso con hambre y exigencia.

Mi lengua la penetra, obligándola a rendirse.

Bajo de sus labios al cuello, al mentón, a los pezones.

Su vulvita está caliente y mojada. Cierro los ojos para disfrutar el placer de empezar a penetrarla después de tanto tiempo.

Se la meto suave, dejando la cabeza de mi verga agrandar su apertura.

Gemimos en la boca del otro cuando invado sus paredes de seda.

Agarro sus muslos, los levanto y los pongo alrededor de mi cintura.

Entro cada vez más hondo y cuando ella se revuelve, apretando su vagina, estimulando mi verga en una tortura fogosa, sé que ya no puedo contenerme.

Nos miramos en silencio y me introduzco entero en su cuerpo, tomándola por completo.

Ella gimotea por el sobresalto y su vaginita se aprieta a mi alrededor.

Aprieto los dientes porque me está volviendo loco.

Bajo el rostro y beso su boca.

Salgo y entro, acaricio un pezón con el pulgar.

La penetro con estocadas constantes, sintiendo su carne estirarse alrededor de mi enorme verga.

Tiene gotas de sudor en la frente y yo las chupo una a una, queriendo saborearla en todos los sentidos.

Cuando se la meto más fuerte y rápido, sus labios se separan por el impacto, pero pronto vuelve conmigo, queriendo todo el placer al que tiene derecho.

Nuestros cuerpos chocan sin cesar. Sudor y gemidos mezclados.

La penetro profundamente en caliente.

Deslizo la mano entre nuestros cuerpos y alcanzo su clítoris. No me toma más que segundos para que ella aúlle como una felina

salvaje, gritando sin pudor.

No espero a que se recupere. Me pongo de rodillas y la coloco a cuatro patas.

Aún atada con la corbata, tiene la cara hundida sobre el colchón.

Con las manos apretando sus nalgas, le introduzco mi miembro otra vez, enterrándome profundamente en su vaginita.

En esa postura, la tengo completamente a merced de mi deseo.

Ella gira la cabeza hacia atrás y me inclino para besarla.

Con mi verga hasta los testículos dentro de ella, Constance recorre mis labios con la lengua y juro que antes de que amanezca veré su deliciosa boca alrededor de mi verga y su garganta bebiendo mi esperma.

—Di que eres mía.

—Ahhh…

Me incorporo de nuevo.

Le doy una fuerte palmada en la nalga y enredo mi mano en su pelo, haciendo que su cabeza se eche hacia atrás.

—Di que eres mi mujer y de nadie más.

—Aunque lo diga, no significa que te ame.

Desato la corbata y la traigo a mi regazo.

La atraigo hacia mí, penetrándola despacio ahora, dejando que sienta cada centímetro de mi dura carne en su vagina.

—Di que eres mía —ordeno otra vez.

Estoy dentro de ella y no la dejo levantarse. Constance jadea.

—Soy tuya.

—Eres un manjar, esposa.

La vuelvo a alzar y bajar encima mío.

Miro el punto donde nuestros cuerpos se conectan, con mis manos sujetándola por la cintura, y aumento el ritmo con que la penetro.

Siento el placer subir en mí de manera desenfrenada.

—Chúpame —ordeno, mostrando el dedo medio frente a sus labios.

Chupa mi dedo y en ese momento haría cualquier cosa que yo pidiera.

Sigo penetrándola, beso su boca y deslizo la mano que está en la cintura, abriéndola sobre su nalga. Inserto el dedo donde aún está intacto y me pongo de rodillas, arrastrándola conmigo.

La sostengo con un solo brazo; el sexo es brutal; empujo el dedo donde pronto la tomaré también.

La respuesta de Constance es visceral. Me agarra del cuello, forzando su vagina con más violencia contra mi verga.

—Te gusta esto, mi putita. Te voy a comer pronto. Te voy a poner de cuatro y voy a penetrar ese culito hermoso.

La clavo hasta el fondo. Ella se contrae, acabando dentro mío.

Martillo cada vez más rápido y en el último instante aparto nuestras bocas.

—Jurarme fidelidad fue el mejor trato que cerré en mi vida. No quiero otra.

Cuando por fin acabo, mi semen chorrea de su vulvita, empapando nuestros muslos.

La tumbo en la cama y me reclino sobre ella.

—No vas a dormir hoy. Estoy hambriento por ti. He esperado demasiado por tu rendición.



Capítulo 50

Un mes después

Estoy en la colchoneta de goma del cuarto de Elisabetta, jugando con ella. Cada día parece más inteligente.

Nunca había seguido de cerca el desarrollo de un niño. Ninguno de mis primos tiene hijos todavía[4], y es fascinante cómo ella parece aprender algo nuevo cada día.

Ya reconoce el tono de mi voz, al igual que el de su madre. Sonríe cuando uno de los dos le habla. Constance me contó que fui la segunda persona a la que Elisabetta le sonrió además de a ella misma.

Ni siquiera al imbécil pelirrojo le concedió su sonrisa sin dientes. Mi niña es inteligente y sabe que soy su *babbo*[5].

Casimiro, por ahora, es alguien a quien no planeo matar en un futuro cercano. Cuidó de Constance y de nuestra hija, y mientras sus sentimientos por mi esposa sigan siendo los de un hermano, como ella me aseguró que son, seguirá respirando.

Para mantenerla contenta, incluso antes del matrimonio, me aseguré de que tuviera una ocupación en la pequeña ciudad donde vive. No fue por bondad. No soy de gestos grandiosos. Fue porque tenía pocas opciones: o lo mataba, dejando a mi mujer infeliz, o

encontraba la manera de mantenerlo lejos de ella hasta que estuviera seguro de que la veía como una amiga.

—Grrrrrrrr… —murmura Elisabetta, con baba en la comisura de la boca, y yo sonrío, porque juro por Dios que esta niña es mi copia exacta.

Es impaciente y exigente. Le gusta la atención, sobre todo la mía.

—Lo sé, estoy siendo un pésimo compañero de juegos… un compañero de mier… —me detengo de nuevo. Tengo que aprender a reestructurar mi vocabulario desde que soy padre—. Estoy siendo un mal compañero de juegos.

Como si estuviera de acuerdo conmigo, pero también me perdonara, estira su manito y toma mi dedo índice.

Se lo lleva a la boca.

¿Serán ya los dientitos queriendo salir? El otro día pasé horas investigando sobre el desarrollo de los bebés en internet y, al final, llegué a la conclusión de que es más fácil liberar a alguien de la familia de una condena por asesinato que asimilar toda esa información.

Constance, sin embargo, parece multitarea. No solo es una experta en Elisabetta, sino que también entiende cuando nuestra hija está molesta.

Ayer lloró a medianoche y quise llevarla al hospital, llamar a la maldita guardia nacional, cualquier cosa que trajera paz a mi niña.

Constance, con calma, llamó al pediatra de Elisabetta, que Ortensia había recomendado, y media hora después nuestra hija dormía de nuevo tras recibir medicación para los cólicos.

Pasé del infierno al cielo en cuestión de una hora, y eso me mostró claramente lo devoto que soy de mi hija.

Haré lo que sea necesario para evitar que sufra en cualquier nivel.

—Hay algo de lo que necesitamos hablar.

Levanto la cabeza y Elisabetta también mira hacia la puerta, donde su madre está parada en el porche.

Puedo notar que la niñera está detrás de ella, lo que significa que lo que Constance quiere decirme, no desea hacerlo frente a nuestra hija.

Nuestro matrimonio no es un remanso de paz. Es un mar agitado. En la intimidad, ella me entrega todo. En el día a día, es la esposa y madre perfecta, pero Constance nunca me permite pelar sus capas.

Todavía está herida.

Tomo a nuestra hija en brazos y la alzo frente a mi rostro.

—Compórtate. Volveré para darte las buenas noches.

Beso su frente, y sus manitos buscan tocar mi cara.

Es como tener seda contra la piel.

No siempre logro llegar a casa a tiempo para hacerla dormir. Estamos en medio de un infierno. Entre organizar mi trabajo tras el tiempo que pasé en coma, la guerra con los chinos y la sospecha de que una familia se ha aliado con ellos para conspirar contra nosotros, mis días han estado llenos de reuniones y tribunales.

Para hacer el infierno aún más grande, mi madre desapareció.

Está huyendo de mí desde el día en que le dije que no se acercara a mi mujer. La cuestión es: ¿huyendo por qué?

Cada vez tiene más sentido la teoría de mi padre de que Claudia tenga algo que ver con la muerte de Abigail.

El médico, que creemos fue su cómplice, también desapareció, pero no hay lugar en el planeta donde ambos puedan esconderse de mí. En algún momento los encontraré.

Entrego a mi hija a la niñera, pero no antes de que Constance se acerque y bese la barriga de Elisabetta, que ríe levemente.

Nunca imaginé que la vida de hombre de familia tuviera efecto sobre mis emociones, pero ver el amor entre las dos me conmueve profundamente.

—Me gustaría hablar en la biblioteca, si no te importa —dice ella, con ese tono de esposa perfecta que me entrega exactamente lo que le exigí en nuestro acuerdo.

Pero eso me irrita, porque ahora entiendo que lo que siempre me fascinó de Constance es que es espontánea, nunca dice lo que imagino que dirá. Parece guardar un mundo de secretos en su mente, especialmente sobre lo que siente y desea.

La tomo por la cintura y la beso hasta que no le queda otra opción que rendirse. Apoya ambas manos sobre mi pecho y, poco a

poco, lo que parecía un simple empujón se transforma en un gesto desesperado por aferrarse a mí, buscando más.

La tentación de llevarla a nuestra habitación y poseerla es grande, pero además de que pronto debo salir a una reunión, ella dijo que quería hablar.

Estoy aprendiendo poco a poco a no ser un completo imbécil. Intentando respetar sus deseos, y eso es algo nuevo para mí.

Me obligo a dejar de besarla, pero aún deposito un último beso en su frente. Tomo su mano y la llevo a la biblioteca. En cuanto cierro la puerta, me entrega su teléfono.

—¿Qué pasó?

—Algo con tu madre. Claudia me llamó desde un número desconocido y me amenazó. Dijo que pagaría por haberme casado contigo y que nuestra hija sería criada por tu próxima esposa.

No llora ni su voz tiembla. Me mira y veo en su mirada desafío y rabia. Sé que esta vez no está dirigida a mí, sino a la mujer que me dio la vida.

—Nada te va a pasar.

—¿Hay alguna forma de rastrearla?

—Entregaré el celular a nuestro especialista en tecnología. No fue solo porque Claudia te llamó que quisiste hablar conmigo.

—No. Pensé mucho y llegué a la conclusión de que ya no voy a guardar secretos para salvar su pellejo. Es hora de que tu madre pague por el daño que causó.

Por un momento, pienso que se refiere a la muerte de Abigail. No he comentado nada con Constance todavía porque quiero estar seguro.

—¿De qué hablas exactamente?

Durante la media hora siguiente, Constance me muestra que Claudia no tiene límites.

Jugó con la vida de Italo y de mi esposa como si fueran un juego que ella misma creó.

—Perdí dos años de mi vida encerrada en un convento porque quería ahorrarte a ti y a tu hermano el tener que considerar a su padre como a un traidor. Si no hubiera sido por las mentiras de ella, podría haberle contado la verdad a Italo: no habríamos vuelto a

estar juntos porque él no me amaría. En cambio, huí y él creó la fantasía de que me estaba reservando para un matrimonio futuro. Sé que no me crees, pero…

—Te creo.

—¿Qué?

—Creo en todo lo que me dices. Continúa.

—Mandó a hombres a fingir que invadirían el convento. Fue una locura. Las monjas entraron en pánico, al igual que las alumnas. Por eso me fui a España, donde conocí a Casimiro. Nunca tuve otro novio. Inventé el embarazo porque tu hermano estaba volviéndose loco.

—¿Había un pacto de traición entre ustedes? ¿Le dijiste que podría tener otras mujeres?

Creo saber la respuesta, pero quiero confirmarlo. Según lo que me hizo jurar Constance el día de nuestra boda, no permitiría que mi hermano saltara de cama en cama con tranquilidad.

—¿Qué? ¡No!

—¿Cómo descubriste que mi padre no era el tuyo?

—A través de Lexi, mi amiga que está casada con tu primo lejano.

Me narra la historia de la fotografía que la esposa de Carmine, un primo con quien nunca hablé, encontró de sus verdaderos padres.

—¿Pensaste en buscar a tu familia?

—En cuanto supe de él, consideré hacerlo en el futuro… para ver si tenía parientes, pero investigué y ahora estoy decidida a dejar todo lo que pertenece a ese hombre donde se merece: en el pasado. No tuvo otros hijos. Su esposa sigue viva, pero es anciana, ya que había gran diferencia de edad entre él y mi madre. No veo beneficio en remover el pasado, salvo traer dolor a una mujer que fue traicionada.

—Eres muy madura para tu edad.

—Crecí forzada después de que mi madre enfermó. No tenía idea de lo que Claudia planeaba, pero sabía que de una manera u otra estaría sola en el mundo. Nunca me casaría con Italo. Cuando descubrí los planes de tu madre, fue un antes y un después para mí. Estaba sola.

—¿No pensabas buscarme y contarme la verdad?

—No. Me odiabas.

—Nunca te presté suficiente atención como para odiarte, excepto aquella noche, en la cocina de Claudia, cuando ya eras adulta.

—Me gusta que seas honesto conmigo. Podrías haberme corregido cuando te acusé de odiarme. En cambio, revelaste que no me prestabas suficiente atención para sentir algo.

Un rincón de su boca se eleva en una especie de suspiro, pese a que parece preocupada al inicio de nuestra conversación y molesta mientras me contaba la verdad.

Sí, elegí a la mujer correcta para ser mi esposa. Constance no solo es hermosa y me vuelve loco entre cuatro paredes: es una fortaleza.

Extiendo la mano hacia ella y veo su duda. Podría ir hasta donde está, pero quiero que venga hacia mí.

Sus pasos son lentos, como si hubiera una lucha entre lo que quiere y lo que cree correcto, sin darme ninguna apertura.

Pronto, sin embargo, está en mis brazos.

—Nada te va a pasar. Serás mi única esposa y llenaremos la casa de *bambini* —le juro, acomodándole un mechón detrás de la oreja—. Estoy buscando a Claudia.

Ella frunce el ceño.

—¿Tu madre huyó?

—Está desaparecida.

—¿Por qué la persigues?

—Porque ella y yo tenemos cuentas pendientes.



Capítulo 51

Cerdeña
Varios días después

—¿No puedes quedarte un poco más? —pregunta Lexi mientras observamos a Romy bailar con su marido, Michele.

No podía dejar de venir hoy, darle un beso, pero ahora que estoy aquí, me siento terrible por no contarles a las dos que ya estoy casada y soy madre. Menos mal que Lexi está distraída y no ha notado mi anillo de casada.

Tuve que negociar con Ruggieri para poder venir, aceptando traer varios guardaespaldas, aunque exigí que permanecieran fuera de la propiedad. Si hay algo que tienen en común el esposo de Lexi, el de Romy y el mío es que todos son paranoicos por cuestiones de seguridad, y si hubiera entrado a la fiesta con varios soldados de la mafia, Carmine y Michele habrían ordenado investigarme y todo habría explotado en mi cara.

Principalmente porque mi amiga decidió casarse en Cerdeña y yo tuve que llegar en helicóptero.

—Lamentablemente, tengo que irme.

—Estás cada día más misteriosa, Constance. ¿Acaso te has vuelto espía y no quieres contarnos?

—Prometo contar toda la verdad algún día, pero te juro que si no hablo ahora, es porque no puedo.

—¿Tiene que ver con descubrir quién era tu padre?

—No. He decidido dejar ese asunto de lado. Tiene que ver con mi pasado. Con el hombre que amo. Estamos juntos —minimizo, sin poder contar más.

—¿Debería alegrarme por ti? —pregunta ella, sosteniéndome el rostro.

¿Debería? Analizo rápidamente mi vida con el padre de mi hija. Esperaba odiarlo con el tiempo, fuera de la cama, en la convivencia forzada. La verdad, sin embargo, es que estoy cada vez más enamorada.

Ruggieri se ha mostrado un padre maravilloso para Elisabetta, y no solo eso. Cada vez que llega a casa, quiere saber sobre nuestro día a día y cuando le conté que tenía interés en estudiar para convertirme en creadora de juegos online, me animó, aunque dejó claro que solo sería un hobby.

O al menos que, si quisiera llevarlo más allá, volver a estudiar y abrir una empresa en el futuro, como todo en nuestra vida, mi negocio sería gestionado por la *famiglia*.

No soy una ingenua que cayó en este matrimonio de casualidad. Yo sabía lo que significaba ser la esposa de un mafioso. No soy una mujer común.

—Sí, debes alegrarte por mí —respondo—. Estoy donde quería estar, pero ahora necesito despedirme de Romy.

Caminamos hacia nuestra amiga pelirroja, que luce hermosa como novia.

Ahora sé toda su historia de vida y, Dios, era digna de una película de terror[6].

Romy y yo, aparentemente, somos expertas en guardar nuestro pasado oscuro, incluso de quienes nos rodean más de cerca.

—¡No me digas que ya te vas! —suplica mi amiga y flamante esposa.

—Pronto nos veremos de nuevo. No finjas que no mueres por correr a los brazos de tu siciliano, enfermera Bernard —bromeo.

—¿Y tú, te vas a los brazos de alguien?

—Puedes apostar que sí —responde Lexi[7] en mi lugar, riendo.



Ruggieri

Me bebo el vaso de whisky de un trago y lo vuelvo a llenar, mientras miro la hora en mi reloj, sabiendo que en ese momento, Constance debe estar bajando del helicóptero, en el helipuerto aquí en casa.

Llegué hace unas dos horas, me duché y fui a ver a mi hija.

No la besé ni la abracé. Solo observé su sueño porque hoy, particularmente, me siento inmundo cerca de mi ángel.

No importa cuánta sangre haya derramado ni cuán cuidadosamente limpie mis uñas después de matar a alguien; mi impureza contrasta con la bondad e inocencia de mi esposa y de mi hija.

El asunto con los chinos finalmente llegó a su fin.

Hace unas semanas nos reunimos con el líder de la Tríada en Estados Unidos y firmamos un acuerdo de no represalias si nos entregaban a todos los que participaron en el atentado contra mí.

No dudaron en aceptar la propuesta de Massimo. Una guerra prolongada perjudica los negocios de todos.

Ahora, quienes planearon mi muerte han sido enviados al infierno. No a manos de los soldados. Stefano insistió en que los siete los mataramos.

No hubo una sola familia que les diera la oportunidad de entrar en Palermo, como pensábamos inicialmente. Solo un par de soldados de la familia Lucchese, dos idiotas que se rebelaron contra su Don, y ahora también están muertos, a manos del hombre al que deberían haber honrado.

La puerta de mi oficina se abre y veo a Constance en la entrada. Todavía lleva la misma ropa que usó en la boda de la amiga.

Hermosa, con un vestido hasta la rodilla, sin tirantes, del tono de su piel, hasta el punto que parecía que estaba desnuda.

Un instante de celos me invade al imaginar a los hombres en la fiesta de Romy y mi primo lejano deseándola.

Constance es hermosa, aunque no parece consciente de su propio encanto.



Constance

La palabra "oscuro" le queda a mi marido como un guante hecho a medida. Pero hoy parece más peligroso que nunca mientras me observa desde su escritorio, en la biblioteca de nuestra casa.

Tampoco viste su traje habitual, lo que indica que llegó hace un buen rato. Lleva una camiseta blanca ajustada al pecho y a los brazos musculosos y, si tuviera que adivinar el resto del conjunto, diría que lleva pantalón de jogging y está descalzo.

Cierro la puerta y aprieto mis manos detrás de mi espalda, decidiendo qué hacer. Normalmente, esperaría donde estoy a que Ruggieri tome la iniciativa y venga a buscarme.

Sin embargo, la expresión de tormento puro en su rostro me impulsa a acercarme.

—No sueles esperar a que vaya hacia ti.

Toma el vaso de whisky frente a él y lo bebe de un trago.

—Tal vez porque estoy tan loco por ti que nunca me detengo a pensar cuán pura y buena eres para un pecador como yo.

Eso sí que es una novedad.

Ruggieri nunca nos ha comparado, aunque sabía que, a pesar de haber crecido en su mundo, hasta casarnos no formaba parte

realmente de él.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo? ¿Preferías a una princesa de la mafia?

No puedo ocultar la inseguridad en mi voz.

—¿Por qué me arrepentiría si tú eres y siempre serás la única que quiero?

Tiemblo por completo.

La forma en que sus palabras me afectan es aterradora.

Tomo coraje y, como si lo hiciera desde siempre, como si dar el primer paso me fuera natural, rodeo su mesa y giro su silla para quedarme frente a él.

Ruggieri me observa como un águila ante su presa favorita y, cuando me arrodillo, veo maravillada cómo su miembro se endurece bajo el pantalón de jogging.

Agarro la pretina y lo empujo hacia abajo. No lleva ropa interior. Cualquier vergüenza desaparece al instante al ver su verga completamente expuesta.

La rodeo con la mano y un rugido escapa de su garganta.

Es enorme y adoro su gusto. Me siento atrevida y hambrienta. Una mezcla explosiva.

Es suave como terciopelo caliente y pulsa en mi mano.

Ruggieri alcanza mi nuca, pero no hace nada más, y solo esta pequeña muestra de dominio me humedece.

Paso la lengua alrededor de la cabeza de su miembro, provocando su deseo, lamiendo el prepucio, succionando todo.

Lo recorro con la boca hasta los testículos, y cuando lo oigo gemir mi nombre, me siento poderosa.

Bajando mis labios por toda su longitud, quiero hacerlo eyacular para mí, darle placer como él siempre me da, pero Ruggieri me toma en su regazo y, antes de que pueda pronunciar una palabra, mi ropa interior está rota y el vestido enrollado en mi cintura.

Me levanta por los glúteos y me hace descender completamente. Se pone de pie, aparta todo de la mesa, me recuesta sobre ella y coloca mis piernas sobre sus hombros, haciéndome el amor con rudeza y ternura a la vez.

—Soy un monstruo. ¿Cómo puedes amarme, *principessa*?

—No dije que te amo.

Él sale completamente de mí y me siento vacía, pero pronto comienza a penetrarme de nuevo.

—Me amas tanto como yo te amo. Siempre fui tu destino, así como tú eres el mío, Constance.

Se hunde dentro de mi cuerpo y besa mi boca.

—Te amo, pero aún no te perdono por expulsarme de tu vida.

—Te amo y tengo hasta mi último suspiro en la Tierra para ganarme tu perdón. Ninguno de los dos irá a ningún lugar lejos del otro.



Capítulo 52

Dos meses después

—¿Ya no queda ninguna duda? —pregunto a Luciano en mi oficina.

—No. El médico que atendió a Abigail está muerto, pero antes logramos sacarle toda la verdad. La misma semana en que Claudia descubrió las imágenes que tu padre guardaba de la madre de Constance —dice, y no paso desapercibido que hace una desconexión con respecto a Claudia, llamándola por su nombre y no como "mi madre", lo que significa que Stefano ya decidió qué hará con ella—, ella conspiró para matar a Abigail.

Tenemos un código estricto en la familia. Nos protegemos entre nosotros. No nos matamos unos a otros. Para los traidores, sin embargo, la condena es irrevocable.

—¿Cómo mataron a Abigail?

—Con un veneno que simula una bacteria rara. Él realizó el informe de la autopsia, así que nadie lo descubriría, a menos que buscaran específicamente esa sustancia. Claudia apostó que nunca lo harían porque la empleada y la hija eran pobres, y ella misma pagó los gastos relacionados con la enfermedad de Abigail.

—¿Dónde está ahora?

—Desaparecida. ¿Se lo vas a contar a Constance?

—Sí. —Me paso ambas manos por el cabello—. Encontrar a Claudia es mi prioridad. Voy a casa para hablar con Constance. Necesito que me digas dónde está en cuanto lo descubran.

—Stefano no la perdonará, Ruggieri.

—Y yo tampoco intervendré. No me importa el destino que le toque a Claudia, me importa Constance y Elisabetta. Mi madre ya la ha llamado varias veces, amenazando a Constance, siempre desde diferentes teléfonos. Todavía no hemos podido rastrearlos.

—La encontraremos. Ve a casa y habla con tu esposa.

Una hora después, llego a nuestra propiedad y veo que el coche que trajo a mi padre del aeropuerto también está allí. De camino, me llamó diciendo que estaba en Sicilia y que quería hablar con Constance. No tengo idea de qué se trate, pero quizás haya llegado el momento de sacar a la luz algunas suciedades del pasado.

Entro a la casa y subo directo al primer piso, pero me detengo en el pasillo frente al cuarto de juegos de Elisabetta cuando escucho a mi padre decir:

—Tu madre nunca fue nada más que una mujer maravillosa, Constance. Tu padre y yo la conocimos el mismo día. Ambos nos interesamos en ella. Ambos éramos amigos y estábamos casados. Creo que en algún momento, ella estaba un poco interesada en los dos. Tu padre mintió diciendo que era soltero, yo no. Abigail me descartó después de eso. Creo que también lo descartó a él, pero tu padre fue insistente y, eventualmente, ella cedió —dice, colocando piezas de un rompecabezas que ni yo ni ella imaginábamos que existía.

—¿Y qué pasó después?

—Ella quedó embarazada. Tu padre se tambaleó un tiempo, pero tenía mucho que perder. Entonces decidió dejarla definitivamente. Fue cuando finalmente le contó que estaba casado. No soy un santo, para nada. Traicioné a Claudia tantas veces que perdí la cuenta, y después de que nació Italo, ni siquiera dormimos juntos. No podía olvidar a tu madre. Le ofrecí ayuda, ella la rechazó. Era orgullosa. Le ofrecí un trabajo y, con tu llegada recién nacida, no pudo decir que no.

—¿Por qué la llevaste a tu casa? ¿Esperabas…?

—No. A esas alturas ya la conocía y sabía que nunca cedería. Solo quería tenerla cerca mío.

Ninguno de los dos me ve, pero desde donde estoy observo a Constance sentada en la cama, con el rostro entre las manos, mientras habla con él. Mi padre está en la mecedora con mi hija dormida en brazos.

—¿La amabas?

—Sí. Quería todo lo que pudiera de ella. La fotografié muchas veces por toda la casa.

—¿Fue por eso que te aislaste en la cabaña cuando ella enfermó?

—No podía verla morir. Vine hoy principalmente para decirte que poco antes de que tu madre enfermara, mi esposa encontró esas fotografías.

—¿Qué?

Mi padre se levanta y coloca a la nieta en la cuna.

—Vamos afuera, hija mía. No es algo que deba hablar frente a una *bambina*.

Me apoyo en la pared frente a la entrada del cuarto y espero a que salgan.

—¿Me estás diciendo que Claudia tiene algo que ver con la muerte de mi madre?

Mi padre ya sabe todo sobre la participación de Claudia en el viaje de Constance al convento, y cuando me dijo que quería hablar con ella, imaginé que sería una especie de lavado de alma, si es que los hombres como nosotros tienen una.

—Eso es exactamente lo que está tratando de decir —hablo cuando los dos ya están frente a mí.

Ella mira de mi padre hacia mí y hace algo que me demuestra que aún tengo corazón, porque ahora late dentro de mi pecho: viene a buscar refugio en mis brazos.

Durante mucho tiempo mantiene la cabeza enterrada contra mi ropa. Constance tiembla. No es tonta y entiende que mi padre vino aquí no solo para contarle sobre su nacimiento, ni para contarle que siempre ha estado enamorado de Abigail.

—¿Ella mató a mi madre? —pregunta con la voz gutural.

Sé que ambos esperan la respuesta.

—Sí. La envenenó con una sustancia poderosa, similar a un ataque bacteriano.

—¡Dios mío! —Veo a mi padre morder su propio puño para no gritar y despertar a Elisabetta mientras mantengo a Constance en mis brazos.

Mi esposa no dice nada. Solloza bajito.

La tomo en brazos y la llevo a nuestra habitación. Beso su boca, sus ojos y su frente.

—Te doy mi palabra de que esto no quedará así.

—No quiero que te conviertas en parricida por mi culpa, Ruggieri.

—No seré yo quien lo haga. Ya no está en mis manos, Constance. Claudia rompió un código de nuestra familia. Duerme un poco. Necesito hablar con mi padre y volveré a estar contigo pronto.

—¿Puedes verificar si la cámara de la bebé está encendida? La empleada bajó a preparar la sopita de nuestra hija.

Qué mujer tan maravillosa. Está desconsolada. Acaba de enterarse del asesinato de su madre, y aun así no olvida a nuestra pequeña.

—Yo cuidaré de nuestra hija. —Vuelvo a besarla—. Siempre cuidaré de ustedes. Te amo, Constance.

—Yo también, pero aún queda rencor en mi corazón.

—Lo sé, pero algún día pasará.

—¿Y el dolor que siento ahora? Le robó a mamá el derecho de vivir, Ruggieri. Mi hija nunca conocerá a su abuela por lo que Claudia hizo.

Siento mi mandíbula tensarse.

—Ella pagará, Constance. No lo dudes.

Salgo del cuarto y la niñera ya está con Elisabetta.

—Mi esposa está descansando. Si nuestra hija necesita algo, estoy en la biblioteca. No molestes a Constance.

La mujer no me mira.

—Sí, señor.

Pronto estoy con mi padre otra vez. Bajamos juntos las escaleras, y en la biblioteca sirvo una copa de whisky para cada uno.

—¿Por qué pensaste que ella tenía algo que ver con la muerte de Abigail, padre? ¿Fue la razón por la que te fuiste a la cabaña?

—No. Fui a la cabaña porque no quería ver morir a la mujer que amé durante dos décadas. Fue en una llamada con tu madre, después de su muerte, que lo sospeché. Me dijo que se aseguró de que Abigail sufriera durante todos los días que estuvo enferma.

—Hija de…

Doy un puñetazo en la pared.

—¿No sabes dónde está realmente? —me pregunta.

—No, pero Stefano se encargará de eso. ¿Por qué no me contaste tus sospechas antes?

—Como ya te dije, no quería que se volvieran contra tu madre. No estaba seguro. Claudia podría solo estar siendo mala para herirme.

¿Cómo puede defenderla cuando ella lo traicionó con su propio primo y tuvo un hijo con él?

Porque no tiene idea de la verdad, y si dependiera de mí, nunca la tendría.

—Hay algo que Constance me contó que quiero comentarte —me asegura.

—¿Qué es?

—Tu esposa me dijo que cuando estaba en España, llamó a Carlorino para contarle sobre la trama de Claudia, que fingió que ella era mi hija. Constance quería consejos sobre cómo exponer a Claudia. Quería que eso llegara a ti, para que quizás pudieras encargarte de todo, contárselo a Italo y ayudarlo a orientarse nuevamente.

—¿Y?

—No respondió. Tardó cuarenta y ocho horas en contestar. Cuando lo hizo, fue para informar que su hermano había muerto. Fue entonces que ella decidió regresar a Estados Unidos.

—Aún no entiendo a dónde quieres llegar.

—Creo que tu esposa, al pedir ayuda a Carlorino, ni siquiera sabía lo cercano que él era a Claudia ni que quería a Constance para él.

—¿Qué? ¿Carlorino estaba enamorado de Constance?

Asiente, indicando que sí.

—No sabía que había sentimientos entre Italo y Constance. Todos los veían como hermanos. Al menos eso notaba en los sentimientos de ella hacia mi hijo. Ni tú ni Carlorino percibieron nada.

—Sí. Me sorprendió cuando me contó, poco antes de que Abigail muriera, que eran novios.

—Tu primo siempre estuvo enamorado de ella.

—¿Qué?

—Espero equivocarme, Ruggieri. Vale la pena verificar esta historia.

—¿Qué historia, padre?

—Es posible que Claudia le haya contado sobre la trama para separar a Constance de Italo. Carlorino pudo haber pensado que cuando ella saliera del convento, tendría su oportunidad. Constance, en cambio, lo llamó para decirle que sí, había salido de Suiza, pero que descubrió que no era hermana de Italo.

—¡No, por Dios!

—Espero estar equivocado, Ruggieri. Verifica fechas y horarios con tu esposa. Por lo que me contó, descubrió que tu hermano había muerto el mismo día que Carlorino le dio la noticia a Constance. La gran pregunta es…

—¿Cómo lo supo si hasta entonces solo Stefano y sus hermanos tenían conocimiento del asesinato? Lo voy a matar. Si fue él quien entregó a Italo a los chinos, lo voy a matar.



Capítulo 53

Sicilia

El matadero

Cuando interceptamos la llamada de Constance a Carlorino, en la que pedía ayuda a mi primo para salir de México porque temía por su seguridad debido a los hombres del cártel local rondando la casa donde vivía, también le dio instrucciones de que bajo ninguna circunstancia me dijera dónde estaba.

Carlorino sabía que yo la estaba buscando. Todos a mi alrededor lo sabían, excepto Claudia.

Constance me contó hace algunas semanas que guardaba resentimiento hacia Carlorino por pensar que la había traicionado, al contarme su ubicación. Él no lo hizo.

Imaginábamos que si ella iba a intentar contactar a alguien de la familia, sería con él, ya que siempre parecieron tener una relación cordial. Por eso, intervenimos los teléfonos de mi primo.

Estaba tan obsesionado con finalmente descubrir su ubicación que hasta que mi padre me habló de su desconfianza hacia Carlorino, dos cosas me pasaron desapercibidas: primero, que entre que Salvatore fue a buscarla a México y el momento en que Constance

llamó a Carlorino, pasaron varias horas en las que él podría haberse comunicado con nosotros y no lo hizo. Su lealtad pertenece a la Cosa Nostra, no a mí.

Después de todos estos meses en que Constance vino hacia mí, después de nuestro matrimonio, nunca llamó para preguntarle cómo salió de México. Ahora sé, gracias a los rastreos que hicimos en su cuenta, que voló allí horas después de que Salvatore saliera con mi esposa y mi hija del país.

Tampoco mencionó su nombre en nuestras conversaciones telefónicas, que aunque no eran frecuentes, ocurrían al menos una vez al mes.

Quizá yo no había conectado los puntos antes porque, además de tener la cabeza llena, ocupado en reparar mi relación con Constance, lidiar con los chinos de mierda y todas las otras mierdas que ya son comunes en mi vida, Carlorino y yo nunca fuimos cercanos. Su amistad siempre fue mayor con Italo, lo que empeora aún más lo que hizo.

Sí, ahora sabemos que la intuición de mi padre era correcta. Stefano ya ha estado con él por varias horas y logró extraer toda la información que necesitábamos.

—Deberías haberme esperado —digo a nuestro Don, aunque estoy seguro de que apenas me escucha.

Stefano tiene una especie de trance de locura que, una vez que empieza, no se detiene hasta que la sangre del enemigo se haya agotado por completo.

La misma noche en que mi padre me habló de sus sospechas sobre Carlorino, lo llamé a Sicilia.

¿Una invitación de la que no sospechó? No estoy seguro.

Ahora, todos los puntos están conectados.

No lo invité a mi boda y nunca lo cuestionó.

Nunca preguntó, a través de llamadas, cómo reencontré a Constance.

Debería haberlo imaginado, pero no estaba seguro.

Si daba un paso en falso, eso le costaría la vida.

De cualquier manera, negarse a venir ahora sería casi una admisión de culpa.

Luciano lo recibió y lo trajo directamente aquí.

Yo estaba en camino, pero tuve que pasar por casa porque la niñera me llamó diciendo que Constance no se sentía bien.

¿Se sentía lo suficientemente mal como para no tomar el celular y avisarme?

Salí de la oficina como un loco, pero al llegar, mi esposa insistió en que no era nada grave, solo que se sentía mareada.

Yo quería llamar al médico. Ella dijo que no. Discutimos, lo cual no es algo inusual, hasta que llegamos a un acuerdo: si no se siente mejor mañana, llevaré al médico de la familia a verla.

El hecho es que me retrasé para mi "encuentro" con Carlorino y, en el camino, Luciano me mandó apurarme o Stefano no dejaría nada de él para mí.

Todos mis primos están aquí. Vi en el rostro de cada uno, al llegar, cómo se sentían. Nada se compara con lo que siento por dentro.

Tener que matar a alguien de nuestra propia sangre no es algo que hagamos con gusto. La familia, para nosotros, es sagrada.

Sin embargo, eventualmente, aparece un traidor entre nosotros, y la traición siempre se paga con la vida.

Lo que Carlorino hizo, sin embargo, no fue una simple traición al entregar a Italo a los chinos. Sabía lo que le sucedería a mi hermano si esos hijos de puta lo atrapaban. Por su obsesión con poseer a Constance, traicionó al hombre con quien creció, a quien consideraba un hermano, arrojándolo a las manos de una mafia enemiga.

—No pude —responde finalmente Stefano.

Puedo ver que, a pesar de haberlo reducido a un borrador de ser humano durante las horas que pasó con él, Stefano lo dejó lo suficientemente lúcido para mi llegada.

Me quito el blazer del traje, la corbata y la camisa. El galpón está helado porque en esta época del año la temperatura baja mucho, pero no siento frío. La ira me domina al pensar en las últimas horas de Italo. No tuvo ni siquiera la oportunidad de defenderse. Con el cuerpo lleno de drogas, fue un juguete en manos de los chinos.

—No me agradan mucho los seres humanos. Puedo contar con los dedos de las dos manos a quienes son importantes para mí. Y de esos, a ninguno lo mimo. Reconozco sus defectos. Pero ahí está lo más jodido del amor: amas a la persona a pesar de sus defectos. —Camino hasta la mesa y tomo un látigo—. Así que soy consciente de que mi hermano era un imbécil. Tenía una cabeza inútil y actuaba sin pensar. No era alguien que me agradara. —Bajo el brazo con todo mi odio sobre su espalda—. Pero era alguien a quien amaba incondicionalmente desde que nació y lo tomé en brazos a los ocho años.

Mientras lo azoto durante varios minutos, los recuerdos de Italo desfilan en mi mente.

Ignoro los gritos de Carlorino. De hecho, me satisfacen, porque sé que no son muy diferentes a los que mi hermano emitió mientras lo torturaban.

¿Eso significa que creo en el "ojo por ojo, diente por diente"? No. Significa que creo que por cada ojo arrancado a uno de los nuestros, todos los enemigos deben perder los suyos.

—Tú, maldito, estuviste a nuestro lado toda la vida. Creciste con mi hermano, comiste en nuestra mesa y aun así, por desear a mi esposa, entregaste a Italo a los chinos. ¿Y para qué? Ella nunca fue tuya y nunca lo será.

—Yo…

—¡Ni lo intentes, maldita sea! No abras esa boca para justificar nada.

Su cabeza está gacha y el cabello pegado a la frente por la mezcla de sudor y sangre.

He matado a tantas personas que sé cuándo alguien ha desistido de vivir, y Carlorino acaba de darse cuenta de que no saldrá vivo de aquí.

¿Vivo? Ya no está vivo. Respira y su cerebro funciona, pero apenas queda algo más que eso.

—Mírame, hijo de puta.

Obedece y nos encaramos.

—Siempre la amé… Italo me la robó. Si hubiera sabido que estaban juntos, lo habría matado antes.

—Constance nunca sería tuya. Nació para pertenecerme, así como yo soy de ella. Te convertiste en un traidor por nada. Entregaste a un hermano por nada. Tú, desgraciado, no eres nada. —Mis manos tiemblan por la furia que me consume—. Al venir aquí, pensé en cómo poner fin a tu maldita existencia. ¿Armas? ¿Cuchillos? ¿Ambos? Nada me parecía suficiente, pero debía decidir. No estoy seguro de que mi hermano estuviera consciente mientras lo mataban. ¿Despertó del coma con las drogas mientras lo torturaban? Supongo que sí. Así que nada más justo que pases por lo mismo. ¿Tenemos una sierra eléctrica en buen funcionamiento? —le pregunto a mis primos.

—Sí —responde Cesare.

Me lleva menos de quince minutos trabajar con él. Al final, solo quedan su torso y su cabeza. Ya no grita, apenas respira. Pero sigue vivo y así permanecerá un tiempo.

—Desátenlo y llévenlo al cuarto de los ratones.

Voy a darme un baño. No puedo llegar a casa cubierto de sangre. Constance es demasiado sensible.

—Todavía estoy buscando a Claudia —dice Stefano.

—No podrá esconderse para siempre.

Sé lo que ocurrirá cuando la encuentren. En nuestra familia no torturamos ni matamos mujeres, pero hay destinos peores que la muerte. Probablemente la encerrará para siempre en el calabozo de la finca.

Tendrá comida, pero ya no tendrá vida.

Morirá sola, que es lo que merece.



Capítulo 54

Tiemblo mientras sostengo la prueba que confirma mis sospechas. Sabía, cada vez que hacíamos el amor, que esto podría suceder, pero como en una ruleta rusa, jugué con la suerte porque Ruggieri es mi destino.

Ahora, sin embargo, que tengo certeza de que estoy embarazada nuevamente, me siento en pánico.

—No me gusta verte llorar, aunque sé que fui responsable de muchas de las lágrimas que derramaste.

Miro en dirección a su voz.

Ruggieri está parado al borde de la escalera, solo con camisa, a pesar del frío que hace afuera. Su cabello también está mojado.

Ya me sentía insegura, pero ahora esto escala a un nivel completamente incontrolable. Es madrugada y su apariencia solo puede significar que estuvo con otra mujer.

En otra época, habría huido de él, pero tal vez sean las hormonas del embarazo dominando mis sentidos, porque en lugar de eso, avanzo hacia el traidor.

—¡Has incumplido nuestro trato! ¡Tu cabello está mojado, lo que significa que estuviste con otra!

Intento golpearlo como puedo. Ruggieri me atrapa, pero no hace nada por detener mi ataque. Me mantiene abrazada a su cuerpo y

cuando sujeta mis brazos, la prueba de embarazo cae al suelo.

—No estuve con otra porque no existe otra. Solo tú. Mi amor, mi mujer, mi reina.

Su voz suena cerca de mi oído y es persuasiva. No quiero dejarme engañar, aunque deseo con todo mi ser que lo que dice sea verdad.

Para no ceder, lo empujo. Ruggieri vuelve a acercarse, me toma en brazos y camina conmigo hasta la biblioteca. Cierra la puerta y me lleva hasta su escritorio.

Aún tiemblo mientras lo observo desnudarse.

—Te amo y no he incumplido nuestro trato. Dime que crees en mí, Constance. Prueba que confías en mí, quedándote desnuda para tu hombre.

Lucho con mi orgullo, pero el amor que siento por él vence.

—¿Soy tu amor? —pregunto, sin una sola prenda de ropa.

—Mi *único* amor.

—Tengo miedo de lo que siento. Sigues siendo mi villano.

—Siempre seré tu villano, pero también quien adorará el suelo que pisas, *principessa*. Perdóname por todo el dolor que te causé. Por haberte mandado lejos. Por hacerte llorar. Te amo, Constance. El amor que siento por ti vibrará en mi pecho hasta el día de mi muerte.

Soy yo quien da el primer paso.

Ruggieri es una aplanadora, pero por primera vez me deja decidir.

—Creo en ti y te perdono. Te amo, Ruggieri. No juegues con mi corazón si no sientes lo mismo.

Él no responde, pero pasa horas haciéndome el amor.

Amor, no sexo… Sin coito, sin penetrar.

Un amor tan intenso que lo siento en cada gota de sangre que corre por mí.

Me duermo en sus brazos y cuando despierto, estamos recostados sobre la alfombra gruesa, con mi cuerpo sobre el suyo.

Ruggieri acaricia mi espalda. No es un gesto sexual, es ternura, y cuando levanto el rostro para mirarlo, me observa atentamente.

—Estoy embarazada. Por eso entré en pánico, y cuando llegaste con el cabello mojado…

—Nunca te traicionaré, dame una oportunidad de probarlo. Te quiero a ti, a nuestra hija y al bebé que estás esperando, Constance. Ustedes son mi mundo.

—Te amo. No podía concederte mi perdón antes de sentir esto sinceramente en mi corazón.

—¿Y ahora, lo sientes?

—Sí.

Él besa mi frente.

—Mañana te llevaré al médico. Esto no es negociable.

—Qué mandón...

—Perdí cada etapa del nacimiento de nuestra hija y asumo la culpa. No sucederá esta vez. Quiero ir a las consultas contigo y decidir hasta el maldi… eh… hasta el color de su cuarto.

—¿Por qué tienes el cabello mojado, Ruggieri?

—Porque acabo de matar a Carlorino. Lo torturé por horas. Después me duché. No quería traer sangre a nuestra casa. No soy un traidor, Constance. Mi vida será devota a ti y a nuestra familia, pero soy un monstruo. Nunca lo olvides.



Siete meses después
Día del nacimiento de Marcello Marchese Trovato

—Todos tienen cara de malos —susurra Lexi, mirando con recelo a los seis Lattanzi Trovato, así como a Ruggieri, en la habitación del hospital—. Incluso tu marido y su padre. El único que se salva es Casimiro —continúa, y yo río suavemente cuando Romy le da un codazo en las costillas.

—No seas indiscreta y recuerda que, de alguna manera, también son nuestros familiares por afinidad —susurra mi amiga pelirroja—. Michele me dijo que ama a Cesare como a un hermano.

Mi marido sostiene a nuestro hijo recién nacido, Marcello, en brazos. Casimiro está cerca de Ortensia, con Elisabetta en brazos. La matriarca y mi mejor amigo parecen llevarse muy bien.

"Bien" es una palabra que describe a mi pelirrojo favorito del mundo en este momento de su vida. Además de que el hotel es un éxito, el supuesto "socio", que ahora estoy seguro de que era alguien a instancias de Ruggieri, le vendió su parte, y mi amigo se convirtió en el único empresario del pequeño hotel, que incluso apareció en un reportaje como uno de los más encantadores de España.

Casimiro también conoció a una mujer que, como él, se identifica como asexual. Los dos están enamorados y se casarán.

Casimiro me contó que su relación se basa en el amor y la amistad, pero que ninguno tiene intención de cambiar eso hacia el ámbito sexual. A mí me importa que él sea feliz.

Mi amigo decidió tomarse una semana de vacaciones con su prometida para conocer Sicilia, y Ruggieri cedió una de sus propiedades para que se hospedaran.

El único punto de preocupación es que Claudia no ha sido encontrada en ningún lugar. Con esa loca suelta, no me siento segura y temo por mis hijos también.

—Necesitamos irnos —dice Lexi, y siento la tentación de insistir en que se queden un poco más, aunque sé que no sería justo.

Desde hace meses nos volvemos a ver con frecuencia, y cada encuentro es prácticamente una operación de guerra, porque ni Ruggieri ni Michele ni Carmine quieren que sus esposas corran riesgos.

Sin embargo, no importa cuán arrogantes sean nuestros maridos, somos nosotras quienes mandamos. Dejamos claro que nuestra amistad es para siempre, y nada ni nadie intervendrá en eso.

Media hora después, todos se han ido, quedando solo yo, mi marido y los hijos.

Elisabetta está aferrada a mi cuello, y Ruggieri sostiene a Marcello, pero nos mira como si estuviéramos contemplando un tesoro.

—Te amo, Constance. ¿Cómo es posible que un monstruo como yo pueda ser tan afortunado?

—Tal vez no sea suerte, marido. Tal vez sea porque la mujer de tu vida está enamorada de todo en ti. Del hombre y del monstruo. Nunca querré entender lo que siento por ti, Ruggieri, simplemente porque no necesito entenderlo. Eres mi vida.



Capítulo 55

Varios meses después

—Me alegra que te hayas entendido con tu nuera —digo a Ortensia, mientras comienzo a desnudar a Marcello para bañarlo.

Tomé al pie de la letra su ofrecimiento, y nuestra relación es de madre e hija, aunque durante los últimos meses estuve en Nueva York con mi esposo y nuestro hijo por cuestiones de trabajo de él.

Mientras estuve allí, sucedieron muchas cosas y, actualmente, nuestra vida se ha vuelto un caos. Fue precisamente por eso que tuvimos que regresar a Sicilia. Estamos en medio de una guerra.

Uno de sus hijos, Cesare[8], estaba prometido con la heredera Genovese, de otra familia mafiosa de la Cosa Nostra, pero durante un viaje a Estados Unidos conoció (y embarazó) a una mujer.

El hecho es que los Lattanzi Trovato no tienen hijos fuera del matrimonio, lo que, estoy segura, dejó a Ruggieri aún más amargado respecto a su propio nacimiento, porque hasta donde sé, era una promesa que los hijos de Ortensia hicieron a su abuelo y que el padre de ellos incumplió. Aunque creo, basándome en las piezas del rompecabezas que fuimos armando, que él nunca supo que mi esposo era su hijo.

De cualquier manera, el embarazo inesperado de la novia de Cesare arruinó el arreglo con los Genovese, lo que desencadenó una guerra entre las familias.

Ahora vivimos prácticamente en cuarentena.

Ortensia, al principio, no estaba contenta con este "intercambio" de novias por parte de su hijo, porque creía, según me dijo por teléfono, que la mujer, Aubrey, no se adaptaría a la vida de un esposo mafioso.

Todo cambió cuando, en lugar de inclinar la cabeza ante ella, Aubrey se enfrentó a la matriarca, lo que hizo que Ortensia comenzara a respetarla, y ese respeto se transformó en amor cuando la nuera, ya embarazada, se puso literalmente en la línea de fuego para protegerla durante un atentado.

—¿Cómo podría no amarla? Conocí a Aubrey ayer. Tiene ese aire de ángel, pero es una fortaleza —dijo.

—¿Y qué pasa con la heredera Genovese? ¿Sigue en pie el arreglo?

—Luciano se casará con ella —dice, y no hago más preguntas porque sé que, con ciertas cuestiones, cuanto menos sepa, mejor.

—¿Listo para el baño, mi amor? —le pregunto a Marcello, que me sonríe mostrando sus dos dientecitos inferiores.

Mi niño ama el agua al punto de que Ruggieri está considerando comprar una isla.

—¡Está enorme! —dice Ortensia—. Lo siento, querida, pero no te salió a ti. Es la viva imagen de su padre y…

Estaba a punto de meterlo al agua, pero me detengo cuando ella deja de hablar.

—¿Qué pasa?

—¿Podrías girarlo para mí, por favor?

—¿Girarlo?

—Sí.

Llevo a mi hijo hasta donde ella está y veo, sin entender nada, que Ortensia levanta el bracito de Marcello y observa la mancha de nacimiento que tiene cerca de la axila.

Su rostro palidece y me mira como si no me viera, como si en su mente estuviera recordando algo.

—Ortensia, ¿te sientes bien?

—Marcello es nieto de mi marido.

—¿Qué acabas de decir?

—La marca de nacimiento debajo de su axila viene de la familia de mi Savino.

—¿Estás segura?

—Sí. Todos mis seis hijos la tienen.

—¿No podría ser una herencia que Giado también recibió y pasó a sus hijos? Después de todo, él y Savino eran primos.

Sin embargo, ya sé la respuesta, porque Italo no tenía esa marca de nacimiento.

—No. La marca pertenece a la familia materna de Savino. Giado y mi marido son parientes por parte de padre. ¿Entiendes lo que significa?

—Sí —digo, y ella me mira. Sé que me está haciendo una pregunta silenciosa—. Ruggieri también tiene esa marca.



Horas después, estamos todos sentados en la sala de nuestra casa, incluido Cesare, con su esposa.

Sigo procesando el descubrimiento que hicimos hoy.

Después de lo que Ortensia me dijo, llamé a mi esposo y le pedí que viniera a casa.

Le conté la conclusión de Ortensia y él no lo negó. Dijo que ya lo sabía, aunque nunca había sospechado de la marca de nacimiento porque la pequeña mancha está muy cerca del vello de la axila y, en hombres adultos, es más difícil de identificar.

La mancha es clara, pero tiene la forma única de una gota, inconfundible.

—¿Cómo lo descubriste? —pregunta Massimo.

—Escuché una conversación de Claudia por teléfono con la madre de Carlorino. Como ya saben, son primas. Yo estaba entrando en la sala de la casa de mis padres y no se esperaba que llegara ese día, por eso creo que ella se sentía tan cómoda para hablar del secreto que había guardado tanto tiempo.

Aprieto su mano, que mantiene en la mía.

Esperaba mucho de Claudia, pero no esto. Y no solo de ella, claro. Ortensia misma confesó que sabía de las traiciones de su marido al inicio del matrimonio, aunque luego cesaron, pero eso no cambia el hecho de que Savino traicionó a su propio primo, Giado.

—¿Mi padre sabía de ti? —pregunta Massimo.

—Creo que no. Por las respuestas de Claudia al teléfono, lamentaba nunca haberlo contado. Creo que ella era… —Se pasa la mano por el rostro—. Creo que aún estaba enamorada del padre de ustedes.

—*Nuestro* padre. También es tuyo —lo corrige Luigi.

—No. *El padre de ustedes*. Nada cambió respecto a nosotros porque siempre los consideré hermanos, pero mi padre es Giado Marchese Trovato. Y por ahora, no voy a revelar la verdad a mi padre.

—¿Por qué mantuviste el secreto tanto tiempo? —pregunta Luciano.

—No había ningún beneficio en revelar que soy su hermano. Solo habría herido a mi padre y a Ortensia.

No completa el pensamiento, pero creo que todos entienden lo que no dice: la mujer terminó en silla de ruedas por el atentado contra un marido que tuvo un hijo con la esposa de su primo y…

Abro los ojos, con una idea formándose en mi cabeza, pero no quiero hablar porque parece demasiado loca.

—¿Qué pasa, Constance? —pregunta la matriarca Lattanzi Trovato.

—No quiero decir lo que estoy pensando porque es horrible.

—Habla —ordena mi esposo.

—¿Hay alguna posibilidad de que Claudia haya ordenado el atentado contra Ortensia y su padre? —Miro a la anciana—. Recuerdo que me dijiste, cuando me contaste el incidente, que el

tirador parecía haber apuntado primero hacia ti, tanto es así que recibiste más disparos que tu marido. Él no habría sido fatalmente alcanzado si no se hubiera puesto delante tuyo.

Recorro la mirada por todos los hombres de la sala y noto que están considerando lo que acabo de decir, pero es el rostro de Ortensia el que parece, más que los de sus herederos y Ruggieri, endurecido por el odio.

—La quiero —dice la anciana—. Si esto es verdad, Claudia es mía.



Capítulo 56

El matadero

—Nunca desconfié de ti. No me malinterpretes. Siempre te consideré una zorra malvada y cruel, pero "estúpida" no estaba entre las palabras con las que te definiría, Claudia.

—¡Estás resentida porque él se acostó conmigo!

Observo a la mujer atada a la silla frente a mí. Hace mucho me resigné a haber perdido el movimiento de las piernas, pero solo por hoy, me gustaría que Dios me concediera la gracia de volver a caminar.

En mi mente, la estoy tirando al suelo, llenándole la cara de puñetazos, viendo sus dientes volar.

Después de descubrir que Ruggieri era hijo de Savino, y que Constance planteó la posibilidad de que Claudia tuviera algo que ver con el atentado que me dejó en silla de ruedas y mató a mi esposo, me obsesioné con castigarla.

Stefano investigó la historia para descubrir la verdad y, tras desenterrar la red de mentiras que ella usó para protegerse, llegó a un candidato a amante que Claudia tenía en la época del atentado, miembro de una de las familias rivales, quien aceptó matarme a

cambio de favores sexuales de ella. Al parecer, estuvieron juntos por años. Mi hijo lo mató hace unos días, claro.

Tras la confirmación, me decidí a buscar su paradero, hasta que Constance me recordó que Claudia estudió en el mismo internado en Suiza donde fue novicia durante dos años.

Qué buena jugada. Quedarse encerrada sería el mejor disfraz del mundo.

El problema de destruir tantas vidas es que acumulas muchos enemigos.

Al igual que yo, Constance la odiaba y pensaba en ella de vez en cuando; eso le permitió intuir que la suegra estaba en el convento.

—No, estás equivocada. Acepté las traiciones de mi esposo al inicio de nuestro matrimonio, que según mis cuentas, fue cuando Ruggieri fue concebido. Esa no es la cuestión. Mi sentimiento por él es parcial. Por un lado, lo desprecio un poco por haber traicionado a su propio primo. Por otro, lo amo igual que el día de nuestra boda, porque dio su vida por mí. Perdiste, Claudia. El último acto y prueba de amor de Savino fue por mí. Se lanzó frente a mí.

—¡Maldita!

Sonrío.

—Tengo todo, ¿lo entiendes? Hasta tu hijo será mío ahora. Tus nietos me llamarán abuela. Constance, esa niña hermosa, me considera una madre. Soy una reina, una verdadera matriarca. Tú no eres nadie. —Hago una pausa y tomo el arma dentro de mi bolso—. No, perdóname la impaciencia. Pronto no serás nadie. ¿Sabes cómo se llama el lugar donde estamos? *Matadero*. Y no es solo un matadero. Es un lugar mágico también, porque aquí, los cuerpos desaparecen.

—¡No puedes matarme! ¡No se matan mujeres en la familia!

—Ah, querida, deberías haber estudiado mejor el manual de nuestra familia. Los hombres Trovato no matan mujeres. Pero nunca hubo ningún acuerdo de mujeres que no puedan matar mujeres.

—Máteme. No siento miedo. Al menos te puse en una silla de ruedas para siempre.

Apunto el arma a la mitad de su frente.

—Sí. Hiciste eso, pero aún me quedan muchos años por delante. Navidades y cumpleaños. Mi familia alrededor mío. Tu única compañía a partir de ahora será Satanás.

Aprieto el gatillo, acertando a mi objetivo tan perfectamente que, para mi tristeza, creo que ni siquiera sintió dolor.

—¡Mamá! —dice Luciano, abriendo la puerta.

—La maté. Deberían conocerme mejor. Al igual que ustedes, nunca perdono.



Capítulo 57

Llegar a casa y saber que Constance está a salvo, junto a mis dos hijos, es el mejor momento de mi día.

Escuchar las risas de los dos y las "conversaciones" de su madre con ellos me hace tener la certeza de que sí, tengo un corazón.

Endurecido, cruel, arrogante, pero aún queda humanidad en mí, porque cada vez que los veo reunidos esperándome, me siento el hombre más afortunado del planeta.

Nuestro mundo no es perfecto. En él hay muerte, sangre y dolor. Pero también hay amor, lealtad, protección mutua y honor.

Empujo la puerta del cuarto de juegos de los niños y, al instante, tres cabecitas rubias se giran hacia mí.

Por un momento, nadie dice nada. Mis herederos no son dados a sonrisas. Constance tiene tres hijos introspectivos en casa y, además, creo que mi tamaño intimida un poco a los pequeños, aunque están seguros del amor que les tengo.

Me quito los zapatos y los calcetines y me arrodillo.

La bestia se rinde ante los ángeles, poniéndome al mismo nivel que ellos. Subo al cielo para visitar el paraíso formado por mi mujer y mis hijos.

Elisabetta es la primera en acercarse.

—Papá, *mi sei mancato* —dice, estirando los bracitos hacia mí.

—Yo también te extrañé, *principessa*.

Luego, abro el otro brazo para Marcello, que aún camina con pasos torpes.

—¡Papá!

Los aprieto contra mi pecho y los huelo.

Levanto la vista hacia mi reina.

—Ven aquí, mujer. Sin ti, nunca estaremos completos.

Ella sonríe y pronto nos abraza a los tres al mismo tiempo.

—Porque soy tu reina.

—Y mi mundo. Y mi aire. Y mi corazón, Constance.



Epílogo 1

El día de la boda religiosa de Ruggieri y Constance

La vida de nadie es perfecta.

Es ese tipo de frase hecha que escuchamos durante toda nuestra existencia.

Estoy de acuerdo y en desacuerdo con ella al mismo tiempo.

La vida de nadie es perfecta porque no somos perfectos. Cometemos errores, nos unimos a personas tóxicas, lastimamos a quienes no deberíamos.

Entre fallas, aciertos e intentos, sin embargo, existe un intervalo.

El tiempo en el que podemos dedicarnos a aprender y comprender que no necesitamos la perfección.

O al menos no esa que el mundo nos muestra todos los días, recordándonos lo que no somos.

Donde nadie es malo. Donde todos solo tienen para ofrecer actos de bondad. Donde no hay envidia, calumnias ni mezquindad.

La perfección a la que me aferro ahora es la de mi familia imperfecta, pero perfecta para mí.

Hoy, estoy rodeada por quienes más amo en el mundo.

Lexi, Romy y Casimiro.

Ortensia, que ocupó un lugar especial en mi corazón y de quien estoy segura de que, si mi madre me mira desde el cielo ahora, se siente tranquila al saber que tengo a una mujer tan maravillosa a mi lado, quien además se ha convertido en la abuela de mis hijos.

Luego vienen mis cuñados, peligrosos y malos, pero igual de amados por mí.

Aubrey, una amiga inesperada que día a día se ha vuelto como una hermana.

Mi príncipe Marcello y nuestra princesa Elisabetta.

El más pequeño, Camillo, aún protegido en mi vientre y que no llegará al mundo hasta dentro de algunos meses.

Y finalmente, él.

Mi amor, mi malvado, apasionado, devoto y arrogante marido.

No, no necesito la perfección. Estoy enamorada de mi villano.

—Sí —respondo al padre, que acaba de preguntarme durante la ceremonia religiosa de nuestro matrimonio si acepto a Ruggieri como mi esposo.

Él fue el primero en hablar y pude ver en su rostro la expectación mientras esperaba que yo dijera el "sí".

—¡Sí! —me imita Elisabetta.

—¡Siiiiiii! —repite Marcello, copiando a su hermana y dejando escapar una risita.

Ambos están aferrados a mis piernas.

Ruggieri me toma del rostro.

—Dilo otra vez, *amore mio.*

—Sí, marido. Siempre has sido mi "sí", y eso nunca cambiará. Te amo.



Epílogo 2

Cinco años después

No creía en el destino hasta que, después de que la Tierra diera varias vueltas, Constance llegó a mi vida.

¿Llegó?

No. Ese lugar siempre le perteneció. Ninguna otra podría ocuparlo, y aunque la vida no hubiera conspirado para reencontrarnos en Nueva York, ahora sé con absoluta certeza que yo habría ido tras ella, porque es mi mujer. Nació para serlo, y nada en el mundo podrá cambiar eso.

Pero no fue solo por Constance que aprendí a creer que, de algún modo, existe un tablero de ajedrez gigantesco dirigido por el más poderoso de los jugadores, aquel que decide dónde estará nuestro punto final.

A todos les sorprendió que mi padre, después de mudarse a Sicilia, se acercara a Ortensia.

Al principio, pensé que era porque ambos compartían el amor por mis hijos, ya que la matriarca Lattanzi Trovato asumió el papel de madre de todos y, en consecuencia, de abuela de nuestras criaturas.

Sin embargo, poco a poco, se hizo evidente que se habían enamorado el uno del otro. Hace un año se casaron, y solo entonces me di cuenta de que nunca lo había visto feliz antes. Ahora lo está. Tal vez no sea el tipo de amor que yo siento por mi esposa, pero es amor. Y lo mismo vale para ella: Ortensia lo adora.

Solo cuando él se mudó definitivamente a Sicilia le conté que no soy su hijo biológico, pero le aseguré que siempre seré su hijo.

Salgo de la oficina de mi casa, donde acabo de tener una reunión para decidir sobre una inversión en estadios de fútbol alrededor del mundo (una operación con la que podremos lavar millones de euros), y voy directo al segundo piso, porque sé exactamente dónde está mi mujer.

Los niños se quedaron con los abuelos, y pienso aprovechar esta oportunidad, saltarme la cena... o mejor dicho, hacer que mi esposa sea la cena.

Entro en el cuarto que ella usa como estudio. Tiene el rostro hundido frente al ordenador, concentrada en los juegos que tanto ama crear.

Para complacerla, creé una empresa, pero ha prosperado, y ver la sonrisa de Constance cada vez que cierra un negocio es jodidamente encantador.

Sin decir una palabra, la tomo en brazos y la llevo hasta nuestra habitación.

—¿Secuestro?

—Sí. Es una de nuestras especialidades en la Cosa Nostra, ¿no lo sabías?

La despojo del vestido color crema que lleva puesto y me quedo desnudo ante mi mujer. Me arrodillo entre sus piernas y las acomodo alrededor de mi cintura.

—Debo estar loca.

—¿Por mí?

—También, pero me refería a que sé que lo que dijiste sobre la Cosa Nostra no era una broma. Eres el hombre malo de los cuentos de hadas, ese al que nos enseñan a temer.

Mis manos se deslizan por sus piernas hasta alcanzar su vulva. Separo sus labios vaginales con los pulgares y me inclino para

lamerla. No me detengo hasta que me entrega su orgasmo.

—¿Y no me temes?

—No. No te cambiaría por ningún príncipe encantado. Eres mi príncipe de las sombras. Te amo, marido.


Meryartt

¡FIN!

No olvides leer los bonus del libro 1 de la serie Imperio Siciliano, en la página siguiente.



Luciano Lattanzi Trovato

Ella es una princesa de la mafia y la hija de un traidor.

Ella no era la que yo había elegido.

Ella pelea conmigo.

Altiva. Intocable. Provocadora.

Mi esposa.

El odio me unió a Mariangela Genovese y ahora estamos atrapados en un matrimonio de conveniencia.

No puedo evitar desearla.

Lo que hay entre nosotros es oscuro e incontrolable. Y una vez que la toco, ya no puedo parar.

Palabras de la autora

Lamentablemente, otra serie ha llegado a su fin, y cada vez que eso sucede me invade una tristeza enorme, porque termino encariñándome con los personajes.

Sin embargo, no se preocupen. Como ya saben, mis personajes siempre reaparecen en otros libros.

Además, muy pronto será publicado el primer libro de la serie "Imperio Siciliano", que narrará la saga de los Lattanzi Trovato.

Con respecto a la historia que acaban de leer, hacía tiempo que quería plasmar este argumento en el papel, como ya mencioné antes. Soy una gran admiradora de las segundas oportunidades, siempre y cuando el protagonista las merezca (no entraré en detalles, pero diré que, para mí, hay ciertos perdones que son imposibles de conceder).

Ese no fue el caso de nuestro encantador Ruggieri. El mafioso cometió muchos errores, pero supo luchar por el perdón de su amada.

Disfruté enormemente escribiendo sobre esta pareja, y espero que ustedes también lo hayan disfrutado.

Como habrán visto en el capítulo extra, el próximo libro de este universo será el de Luciano Lattanzi Trovato, el primero de la serie "Imperio Siciliano".

Un beso, y hasta la próxima aventura.

D. A. Lemoyne

Sobre la autora

D. A. Lemoyne comenzó su carrera como escritora en agosto de 2019 con el libro "Seducida", el primero de la saga "Corazones Intensos". Desde entonces, ha lanzado varias series exitosas como "Alma de Cowboy", "Hermanos Oviedo", "Alfas de la Mafia", entre otras, además de duologías y novelas cortas.

Su pasión por los libros nació a los ocho años, cuando su abuela (que vivía en otra ciudad) la llevó a conocer su biblioteca personal, ubicada en una habitación al fondo de su apartamento. Al ver el amor instantáneo de su nieta por la lectura, la señora, que era profesora de Literatura, le regaló toda su colección.

Brasileña de nacimiento, actualmente vive en Carolina del Norte, EE. UU., y le encantan las buenas charlas y reunirse con sus amigos.

Sus romances son intensos, y sus protagonistas masculinos, apasionados. Las heroínas sorprenden por su fortaleza.

Cree en el amor, y leer y escribir son sus más grandes pasiones.

Contacto: dalemoynewriter@gmail.com

---

[1] Reina.

[2] Solo para recordar a aquellos que ya leyeron el libro 6, que en este punto de la historia, Cesare aún no había conocido a Aubrey, lo que significa que Orestes estaba vivo.

[3] Estados Unidos también sigue el principio de *ius sanguinis*, lo que significa que un niño puede adquirir la ciudadanía estadounidense al nacer fuera de Estados Unidos, siempre que cumpla ciertos requisitos relacionados con la nacionalidad de sus padres. Si solo uno de los padres es estadounidense, este debe haber vivido en Estados Unidos durante un período mínimo antes del nacimiento del niño. Generalmente, el requisito es que uno de los padres haya vivido en Estados Unidos durante al menos cinco años, dos de los cuales después de que el niño cumpla 14 años. En este caso, Constance tendría derecho a registrar a

Elisabetta como ciudadana estadounidense, pero la bebé no lo es automáticamente. Para que el niño sea considerado ciudadano estadounidense, el nacimiento debe registrarse en el consulado o embajada de Estados Unidos en el país de nacimiento. Este registro dará lugar a un "Informe Consular de Nacimiento en el Extranjero" (CRBA), que confirma la ciudadanía estadounidense.

[4] Cesare aún no estaba casado.

[5] Papá.

[6] Romy es la protagonista del libro “Devoción Siciliana”, y en él se explica todo su viaje.

[7] Lexi es la protagonista del libro “Una esposa con fecha de vencimiento”, y en él se explica todo su viaje.

[8] Protagonista de “Una navidad con el pecador”.